LIBRO dot.com

AQUÍ VIVIERON
MANUEL MUJICA LAINEZ



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

AQUÍ VIVIERON

MANUEL MUJICA LAINEZ

Historias de una quinta de San Isidro
1583-1924

El éxito (o la suerte) de Aquí vivieron —que esta nueva edición refirma— sorprende más que a ningún otro a su autor. De todos los libros míos, éste, nacido hace trece años, ha sido el que suscitó más discusiones y reprobaciones. Sin embargo lo veo seguir adelante, por su camino. Lo quiero especialmente, quizás porque las imágenes que lo forman están íntimamente enraizadas en lo hondo de mi infancia y de mi adolescencia y porque, si alguna rara vez lo recorro todavía, me trae el perfume del viejo San Isidro, que es el de mis años distantes, intenso y secreto. Pienso que si lo hubiera escrito ahora, con lo que la experiencia literaria me ha dado desde su aparición, Aquí vivieron hubiera sido distinto, hubiera sido otro libro, acaso más sutil pero acaso también menos directo y por eso mismo menos eficaz. Por ello prefiero no tocarlo; ni siquiera me asomo a sus pruebas de imprenta. Y, cuando se apresta a surgir una vez más frente al público, siento que pasa junto a mí y se aleja, más viejo que yo y simultáneamente más joven.

MANUEL MUJICA LAINEZ
Marzo de 1962.

ÍNDICE

I. Lumbi (1583) 7
II. El lobisón (1633) 11
III. El cofre (1648) 18
IV. Los Toros (1702) 23
V. Los amores de Leonor Montalvo (1748) 29
VI. El camino desandado (1755) 35
VII. La máscara sin rostro (1779) 40
VIII. Los reconquistadores (1806) 46
IX. Prisión de sangre (1810) 51
X. El poeta perdido (1835) 57
XI. La viajera (1840) 65
XII. Tormenta en el río (1847) 70
XIII. El pintor de San Isidro (1867) 74
XIV. El testamento (1872) 78
XV. El coleccionista (1891) 84
XVI. Rival (1895) 88
XVII. La mujer de Pablo (1897) 93
XVIII. El dominó amarillo (1900) 98
XIX. El grito (1913) 104
XX. El atorrante (1915) 110
XXI. Regreso (1918) 114
XXII. La que recordaba (1919) 120
XXIII. Muerte de la quinta (1924) 123

Librodot

I

LUMBI

1583

Había caminado la noche entera sin darse descanso. Al alba, se tumbó entre unos pajonales frente al río. Estaba en la región que empezaba a llamarse Montes Grandes, por sus arboledas. Durmió horas y horas hasta que la despertaron, con el alto sol, los pájaros que cantaban y reñían en la barranca.

Lumbi estiró su largo cuerpo y, alzándose sobre un codo, se contempló durante buen espacio, como absorta. Era, a los trece años, una de las benguelas de mayor hermosura: tan negra que su carne brillaba como si tuviera lustre o como si la hubieran encendido por dentro. Rompía su pulimentada desnudez un collar de dientes de cocodrilo, que le había dado su padre, reyezuelo de Angola, cuando los portugueses la arrancaron de su cabaña. En la cintura, mal anudado, llevaba un trozo breve de piel de antílope. Tanto deslumbraba su belleza, que se dijera que por un momento tuvo conciencia de su gracia elástica, y olvidó su desventura. Se pasó una mano, suavemente, sobre los pechos nacientes, agudos, y se desperezó. Luego se puso de pie de un salto, echó hacia adelante la cabeza pequeña, de pelo corto y duro, y asomó entre las pajas bravas sus ojillos vivaces, su nariz chata, su ancha boca de hambre y de sensualidad.

El Río de la Plata moría sobre los juncos, a los que imprimía un soñoliento vaivén en la tarde de marzo. Detrás, la barranca ascendía con ceibos y chañares. En la cumbre escasa se erguía un tala, entre cuyo ramaje los zorzales se hostigaban con gritos destemplados.

Lumbi pensó que había conseguido eludir a los perseguidores y sonrió de placer. El sofocante encierro en la bodega del navío había estado a punto de enloquecerla. Vientos contrarios obligaron al capitán a prolongar el viaje y buscar refugio en el Mar de Solís, pero quería regresar al Brasil cuanto antes, con lo que conservaba de su carga preciosa. De los trescientos negros y negras que embarcó en Angola, a latigazos, sólo cuarenta y tres habían llegado a América. El resto había muerto en la travesía, por falta de agua, por malos tratos, por melancolía, por la enfermedad que llamaban "sirigonza". Lumbi los había visto caer uno a uno, con los labios partidos, en la cárcel oculta en el vientre del barco. A ella la salvó su juventud, su agilidad de pantera para saltar más alto y atrapar al vuelo el botijo de agua, su afán de aferrarse a la vida. Si se lo hubieran dicho no lo hubiera creído.

Tampoco lo hubiera comprendido su pobre inteligencia, guiada apenas por cuatro o cinco ideas simples que todo lo atribuían a fuerzas secretas. Estaba segura de que había sobrevivido gracias a su amuleto de dientes de cocodrilo, aquel que su padre le ciñó presuroso cuando la arrebataron.

Ahora, después de tan terrible secuestro, la niña se entregaba plenamente al goce de sentir la brisa ligera, oreándola, envolviéndola como una túnica invisible. Alzó los brazos como si en verdad fuera a revestir esa tela impalpable que temblaba entre los árboles y las matas amarillas. ¡Qué distinto esto de la lúgubre jaula del navío, donde era imposible moverse en el abarrotamiento de carne llagada! Después de tantos días de estupor y de miedo, Lumbi tenía la impresión de que había reconquistado su cuerpo fino. Por eso lo acariciaba, por eso alargaba, orgullosa, las piernas nervudas de corredora de la selva. Merced a ellas y a sus brazos tensos, a sus músculos perfectos bajo la piel de aceituna negra, estaba allí, al pie de esa barranca de los Montes Grandes.

La noche anterior, el capitán portugués había ordenado que enderezaran la proa hacia la aldea de Buenos Aires, fundada tres años atrás en la boca del río. La oscuridad sin una estrella, los bancos arenosos, la pérdida de la brújula —que esperaba reemplazar en el puerto— les habían enviado río arriba, hacia el delta. El negrero borracho juraba por todos los dioses, como hombre del Renacimiento. De la bodega subía el clamor de los esclavos. Cantaban una melopea bantú, adormecedora, gutural. A ella se mezclaban las voces desfallecidas de los enfermos. El capitán temió que murieran si no les concedía un respiro. Ya había dejado en el océano las tres cuartas partes. ¿Cómo iba a explicar tantas desgracias a los hidalgos lusitanos, por cuya cuenta realizaba viaje de tal riesgo? ¿Cómo decirles las tempestades, el extravío de la aguja y del rumbo, la escasez del agua, las muertes? Juraba y maldecía. La sangre le hervía cuando imaginaba que en ese mismo instante sus amos remotos saldrían para ensayar halcones, a orillas del Miño, o andarían en juegos de amor. ¡Así se fueran todos al infierno, con sus meretrices, sus palacios y sus voces afeminadas!

Dio la orden de que arrastraran a cubierta los cuarenta y tres despojos que pronto vendería en el Janeiro. En el montón miserable que gemía con una tozudez animal y que, cegado por las farolas trémulas, agitaba los grillos, tropezaba y se daba de bruces contra los mástiles, el viejo contrabandista advirtió a Lumbi. La luz de una linterna, derramada sobre sus hombros y sus pechos, fulguraba en el blancor de los dientes. El negrero se relamió. No la había visto hasta entonces, perdida en la marea tostada y crespa que bullía cerca de la quilla de su barco. Ahora la deseaba. ¿Acaso no había merecido una diversión tan modesta, después de los infortunios de la travesía? Ya podían reír los floridos caballeros del Miño...

La hizo conducir a su cámara, sin hierros. Lumbi se dejó hacer. Ni una palabra dijo, ni una queja. En el filo de la noche, cuando el marino saciado dormía como Holofernes, la negra le mató con su propio cuchillo. Fue un solo tajo seguro, de nieta, de bisnieta de cazadores africanos. Luego se escurrió entre las sombras, silenciosa, aceitada, oprimiendo el collar brujo, y se lanzó al río. Le

tiraron con arcabuces, con ballestas, pero la noche la protegió. Nadaba como un pez hacia la costa a medias entrevista, cortando el tranquilo olear. Detrás, en la nave cada vez más lejana, las imprecaciones de la tripulación que brincaba con los farolicos por el puente, apuntando a diestro y a siniestro, se sumaban al himno de los negros que, misteriosamente, se habían enterado de la muerte de su verdugo. Los estampidos se fueron espaciando. A bordo, los portugueses peleaban ya por quién debía asumir el mando, y se golpeaban con las ballestas incrustadas de marfil y de hueso o se amagaban unas puñaladas feroces. No tenían tiempo para ocuparse de una benguela fugitiva.

Cuando llegó a la playa de toscas, apenas se concedió reposo. Jadeando, se echó a correr. Juncos y espinas le desgarraban la cara, las manos. Había andado a ciegas, como azotada por invisibles rebenques. El mundo se presentaba a su espíritu supersticioso encarnado en un enorme hipopótamo de Angola pronto a devorarla. Así vagó hasta el amanecer. Así alcanzó el bajo de los Montes Grandes, donde la abandonaron las fuerzas.

¡Qué delicia, entonces, sentir que con la luz renacían sus esperanzas! ¡Qué delicia palpar la soledad del paisaje extraño! Lumbi no se cansaba de recorrerlo con los ojos. No había aquí acantilados abruptos, como en ciertas regiones de su país natal. La tierra no penetraba en el agua en son de conquista, armada de rocas, a modo de una amazona, sino blandamente, como si se entregara a su abrazo. No había ni bosques inmensos ni animales crueles. Lumbi buscó en vano la familiar silueta del baobab multiplicada en los dominios de su padre. Ni cocodrilos, ni panteras, ni cebras, ni jirafas poblaban los bordes del río. Sólo algunas urracas se despiojaban al sol y algunos sapos se zambullían en las charcas turbias.

Con los brazos en alto, agradeció al cielo su libertad. Luego sintió que la vergüenza le quemaba el rostro y que las lágrimas le mojaban las mejillas. Lloraba, a los trece años, la horrible noche transcurrida, los besos sucios del negrero, la sangre en la hoja de la daga. Se quitó el amuleto y lo pasó por todo su cuerpo, estregándolo con saña, como si quisiera que la mordieran los ensartados dientes del reptil. Entonces, en la barranca, sonaron unos ladridos roncos.

No pudo ocultarse. Cuatro perrazos descendían velozmente la loma. Allá arriba, un hombre los detuvo con un solo grito de mando.

Lumbi se puso de hinojos y ocultó la cara entre los dedos. El fatalismo de las razas oscuras la doblegaba por fin. Viniera lo que viniera, no se movería.

En un instante, el hombre estuvo junto a ella. La tomó por las muñecas y la levantó. Permanecieron así, mirándose, tan sorprendidos el uno como el otro. El indio veía por primera vez un ser del color de la noche; Lumbi no había visto nunca nadie semejante a este querandí joven, esbelto como ella, de cara ancha, pómulos salientes y apretada cintura.

A la sombra del tala viejo ladraban los mastines. El indio habló, pausado, pero Lumbi no comprendió qué le decía. Bajó los ojos y se puso de rodillas. El hombre insistió. Entonces ella quiso

contar en lenguaje bundo cómo había llegado allí, pero el querandí le hizo señas de que no la entendía. La alzó de nuevo y le dio la mano torpemente. Como la noche anterior, Lumbi se dejó hacer sin resistir.

El paisaje cambiaba en la breve elevación. Una planicie sin fin se esparcía por doquier, a manera de prolongación reseca del río incoloro. Aquí y allá, como penachos prietos, macizos de árboles cortaban su monotonía taciturna. Pero en la parte de la ribera el suelo se alegraba de manchas verdes. Una tienda hecha con cueros caballares se abrigaba en el talar. Había potros crinudos que pastaban cerca. Los perros, a una orden de su amo, se alejaron hacia la habitación, gruñendo. También había cinco mujeres de edad indefinible, el pelo lacio volcado sobre la frente angosta, el cuerpo vencido.

Ninguna demostró el menor asombro ante Lumbi, aunque se notaba, por la excitación de sus ojos y la nerviosidad de sus manos, que ardían por preguntar. El indio tocó el hombro de ébano y les habló, autoritario. Lentamente se acercaron a mirarla, como si hubiera sido un animal curioso o, más aún, una planta rara.

La tarde se deslizó sin sobresaltos. Lumbi, quebrada de fatiga, se había echado a dormir en una hamaca. Las mujeres trabajaban en grupo silencioso. Preparaban harina de pescado, moliéndola en morteros de palo hasta reducirla a polvo. El jefe pulía unas puntas de piedra aguzada, para hacer flechas. De tanto en tanto, desfruncía el ceño y espiaba a Lumbi, cuyo pecho se movía suavemente. Una pierna pendía fuera de la red guaraní. Abandonada, perezosa, más africana aun por dormida, dejaba que los mosquitos se posaran sobre su vientre. Al pie del tala, sujetos, los perros entrecortaban su rezongo. Al anochecer la negra despertó. El indio la tomó de la mano y la condujo al declive de la barranca. Le señaló la luna pálida, lluviosa, y el agua quieta. Ella tendió los brazos en la misma dirección, como para indicarle que de allí venía. Pero no pronunciaron palabra. Cuando regresaban hacia la tienda, el querandí la estrujó con sus dedos ávidos, un poco temeroso, pues no estaba seguro todavía de si aquélla no sería una diosa extranjera huida de las florestas sacras del norte. Ella cedió, sumisa, pero guardaba en su actitud de esclava, como un rasgo sutil del cual no podía despojarse, su lejana reserva de hija de señores.

Comieron todos carne de pescado y entraron en la cabaña. Lumbi durmió con el indio; las hembras, en el otro extremo de la habitación pobrísima. Hombre y mujeres callaban, como si vivieran un sueño de fantasmas, o esos momentos en que el rencor ahoga. Sin embargo, Lumbi sabía que las otras permanecían en vela, anhelosas. Se oía, en el crecer de la noche, el ladrido de los perros y el cocear de los potros.

Al día siguiente los pájaros despertaron a Lumbi. Las cotorras parloteaban en el ramaje y los picaflores arrojaban chispas, como pequeñas brasas volanderas. La negra estaba sola. Alzó el cuero que servía de puerta y percibió al indio en animada conversación con hombres de su tribu. Haciendo

Librodot

visera con las palmas, oteaban el río y gesticulaban. Lumbi vio que por el agua, gallardamente, henchida la vela redonda, remontaba la corriente un bergantín. Los banderines fulgían en los dos palos, como si fueran de oro. A bordo amasábanse los soldados. El sol hería las lanzas, los morriones, las armaduras. Iba la nave con armonioso balanceo, como si la transportaran en andas las divinidades del río. Los indios disputaban con despavoridos ademanes. Otros irrumpieron a caballo, portadores de informaciones frescas. Éstos señalaban hacia el interior y abrían las manazas vehementes.

Era que Juan de Garay, fundador de Buenos Aires, viajaba hacia Santa Fe, embarcado. Paralelamente le seguían por el antiguo camino de la costa, rumbo a la fortaleza de Gaboto en el Carcarañá, Don Luis de Sotomayor, hermano del gobernador de Chile, y el capitán Francisco de Cuevas, con sus hombres de armas. Los querandíes calculaban que había sonado la hora propicia para el golpe definitivo contra los invasores. Habían oído referir que Garay repartía los aborígenes de estas provincias entre sus conquistadores: tal cacique para éste, aquél para tal otro... La noticia del viaje corrió como el viento por la ribera. En los bosquecillos, aislados entre las fuerzas del bergantín y las que avanzaban por el camino, los indios sopesaban sus probabilidades. Ahora o nunca...

Pero Lumbi no entendía de tan graves aprestos. Vivía y eso le bastaba. Ya había olvidado al jefe negrero, al barco afiebrado con su carga maldita, y también a su padre, remoto, inmaterial, inexistente, habitante de un imaginario país de hipopótamos y de jirafas. Bajo el tala, las cinco mujeres carneaban una yegua. Gorjeaban los jilgueros amarillos. Los benteveos al detenerse, trocaban en largo quejido su canto zumbón. Las calandrias orquestaban el concierto oculto. Los dogos rondaban, erizada la pelambre cimarrona. Cuando husmearon la carne negra y joven, rompieron a ladrar y quisieron abalanzarse sobre la muchacha. Pero el amo, en dos saltos, los contuvo, imperioso. Luego, con rápido ademán ordenó a Lumbi que se encerrara en la tienda.

Entreabierto el cuero, la benguela notó, a medida que pasaban las horas, que nuevos emisarios sofrenaban sus cabalgaduras en la barranca y sin desmontar repetían los gritos amenazadores. Escudriñaban el horizonte en pos del bergantín esfumado, o extendían los brazos hacia el interior, camino de Santa Fe. Más tarde, como por ensalmo, desaparecieron todos. El indio entró en la choza. Su aspecto era terrible. Se había pintarrajeado las mejillas con toques de máscara cruel. Boleadoras de piedra le colgaban de la cintura; lanza, arco, honda, carcaj, maza, nada le faltaba para sembrar el espanto. La niña observó que sobre la pintura violenta temblaban dos lágrimas absurdas, casi infantiles. Simplemente, sin abandonar su aire secreto de majestad africana, de ídolo negro, Lumbi se quitó el collar de colmillos y lo entregó al guerrero. Él, por respuesta, le rozó un hombro con los labios. La indicó a las mujeres reunidas, como previniéndolas y encomendándola a su protección. Y ya se había ido. Ya galopaba, pampa arriba, con un fondo revuelto de nubes incendiadas, hacia la muerte de Juan de Garay.

Lumbi sintió en la espalda el estremecimiento del crepúsculo. Se aproximó a las mujeres que comían carne de yegua y sentóse junto a ellas. Impasibles, como talladas en la corteza de los árboles vecinos, continuaron acurrucadas. No la miraron ni una vez. Habituada a la charla gárrula de las esposas de su padre, en la casa natal, bajo el baobab generoso, advirtió que la soledad y el silencio le pesaban sobre la nuca, como un puño glacial. Los perrazos, atados a un tronco, le enseñaron los dientes. La noche descendía con grillos y murciélagos. Una a una, las cinco mujeres entraron bajo el toldo. La última, cuando la intrusa quiso seguirla, la echó fuera, de un empellón, sin decir palabra. Entonces Lumbi vio que los perros salvajes grandes como leones, estaban sueltos, y que tenían hambre.

II

EL LOBISÓN

1633

Por el camino de la costa, viene la cabalgata. Pica el sol. Pican también los terciopelos fatigados. La polvareda hace toser a los viajeros. El calor cruel del mediodía, los tábanos voraces, la reverberación de la planicie, la vegetación calcinada, prolongan la tortura. No ha llovido en dos meses. A la izquierda, el río del cual les separa la altura de la barranca, parece de estaño. Se dijera que vibra, con sorda crepitación de lava. Los caballeros han encontrado pobre socorro en su líquido fangoso, tibio, impuro. Callan todos. Don Pedro Esteban Dávila, gobernador del Río de la Plata, se desabrocha el jubón en el que la cruz de la orden de Santiago añade su llama roja a la hoguera del estío.

Todavía faltan cinco leguas, cinco mortales leguas, para alcanzar el alivio de tapias y aleros en la ciudad. Han andado desde la madrugada por el lado del río de Luján, donde cuentan que hay cuatreros. En Buenos Aires se susurra que el viaje obedeció, en verdad, a contrabandos del propio gobernador, avezado mercader. ¡Tantas cosas se dicen de Don Pedro, que si las consignáramos tendríamos para rellenar varios memoriales! Que si tiene cinco mujeres, que si introduce esclavos sin permiso, que si las matemáticas de su administración han revolucionado las cuatro operaciones... A

Don Pedro no le hacen mella los escándalos. ¿Acaso no es hermano del Marqués de las Navas y pariente de los Alba de la casa ducal? ¿Acaso no ha luchado treinta años por el Rey, en Italia, en Flandes?

Ahora, mientras el sudor le empapa el cuello rígido, sus pensamientos vuelan hacia esas comarcas de frescura. Negros cipreses, fontanas con estatuas mitológicas, se levantan en la carretera, en vez de los espinillos inflamados. ¡Y aquellos mesones, en los caminos de Holanda, aquellos jarros de cerveza helada que se bebían de un golpe! ¡Y las hembras, las mozas de Nápoles, de Sicilia, de Amberes! Sobre todo las italianas... Le enloquece la tez levantina, dorada por el Mediterráneo. Se pasa la lengua por los labios secos. Prefiere no pensar en su hermano, el Marqués, porque entonces todo se le antoja más negro y más rojo. Estará muy repantigado, con sus pantuflos, en el palacio de Castilla. Le traerán el vino en cristales de Venecia. De nuevo la lengua moja los labios partidos. ¡Mala suerte, la de los segundones! Para eso dio treinta años de su vida a un soberano indiferente... Pero no... Esta vez se terminarán las penurias. Regresará de Buenos Aires con las arcas henchidas y ya verán quién es Don Pedro Esteban Dávila, el indiano.

En el séquito de tormentos toca el turno a los mosquitos. Una nube persigue a la tropa abrasada. Los soldados se dan palmadas feroces. El sol... el sol... Cruje el verano.

Ya van entrando en la zona de los Montes Grandes. A la vera del camino, avístase una choza de barro y paja. Más allá, los talas grises, casi neblinosos, entrecortan la lámina fluvial con su ramaje de espinas. Durazneros, algunos sauces, cuecen en la barranca. Hay una pequeña huerta junto a la habitación.

—Por aquí —dice Don Pedro a Felipe Medrano, que a su lado cabalga— debió darse el combate en el cual murió Don Diego de Mendoza, ha medio siglo.

El otro no lo cree. Para él, el combate contra los querandíes se libró más arriba, en la ribera del Luján, aunque hay quien sostiene que tuvo lugar en la región de la Matanza.

Una mujer, que ha salido a la puerta de la casa atraída por el estrépito de las armas y de los caballos, pone punto a la conversación. Es una mestiza, casi una adolescente. Va medio desnuda, con la ropa llana desceñida por el calor. Queda inmóvil, pues no imaginó que toparía con tantos hombres. Por lo menos son quince, entre caballeros y soldados. Sus mosquetes y sus lanzas llamean sobre los morriones.

Don Pedro ha quedado atónito también. Le parece que esa visión es trampa de la temperatura y de la sed que le quema la garganta. ¿No será un espejismo como los que acosan a las caravanas en los arenales? Jamás ha visto mujer tan bella. Ni en Portugal, ni en Sevilla, ni en Siracusa. Acaso la fiebre le haga desvariar así. Ya ha olvidado las mujeres que poblaron sus noches italianas. El deslumbramiento se las oculta. No tiene ojos más que para esa muchacha de hombros morenos, de labios como frutas. Quizá sea el frescor que la envuelve el que le engaña. En medio de la vegetación

desmayada y como agonizante, fórjase la ilusión de que la mestiza permanece intacta en su gracia aérea. Si hasta se diría que una brisa leve le hace temblar los pliegues del vestido para mostrar mejor la hermosura de su cuerpo.

Con un ademán del brazo arqueado, Don Pedro detiene a la tropa. A la urgencia de pedir agua se suma ahora la de otras sedes. Detrás, la soldadesca se inquieta, azuzada por la aparición excitante. Si no hubiera estado ahí el gobernador cuya cólera temen todos, hubiérase desatado en torno de la mocita el incendio de los requiebros desvergonzados. Pero el caballero de Santiago no tolera la familiaridad. Desterrado en el Río de la Plata, fin del mundo, mantiene en su Fuerte mísero una apariencia de corte. Sigue siendo el hermano del Marqués de las Navas, el pariente de los duques, con trece roeles en el blasón. Sin embargo, presiente el bullir de las ansias de su milicia. Aunque los bravos no lo manifiestan, eso le irrita, sin considerar que no arde menos su deseo. Por ello extrema la ceremonia señoril cuando, inclinándose sobre el cuello de su cabalgadura, interroga:

— ¿Podríais procurarnos algunos cántaros de agua? Mi tropa anda sedienta.

Ella ensaya una reverencia torpe y entra en la casa. Vuelve con un cuenco y lo ofrece. El movimiento grácil le afloja más aún la ropa, de tal suerte que debe recogerla sobre el seno con una mano, mientras la otra tiende el recipiente tosco.

—Gracias —dice Don Pedro, campanudo, secándose las gotas que le abrillantan la barba con su rocío—. Soy el gobernador.

La confusión de la mestiza aumenta pero sólo dura un instante. Instintivamente, su cuerpo esculpido, macerado para el amor, le otorga una seguridad que aflora en la picardía de sus ojos, en el mohín de su boca.

Los soldados han desmontado y beben de un cubo. El cuenco pasa entre los gentiles hombres.

Don Pedro quisiera conservar el aplomo, pero la voz le traiciona. Valora los pechos de la niña, entrecerrando los párpados. Pregunta de nuevo:

— ¿Cómo os llamáis?

Y ella, con una sonrisa abierta:

—Soy la Mari-Clara, mujer de Sancho Cejas, al servicio de vuesa merced. Allá viene agora mi marido.

Añade esto último al condimento de esa charla en la que lo más importante es lo que no se dice, como un grano de pimienta, porque no se le escapan las emociones del hidalgo. Detrás de los frutales asoma un paisano, mestizo también, bastante mayor que ella y tan feo que el señor apenas disimula su asombro. Tiene las orejas separadas, en punta, mucho vello en la cara, en los brazos. Se inclina, y Don Pedro nota la aspereza de su pelambre. Como el gobernador tampoco pierde nada, percibe la mirada sumisa con que Sancho envuelve a su mujer. A no dudarlo, ella es quien da las órdenes.

Ya han apagado la sed y parten, rumbo a la ciudad. El caballo de Dávila piafa y caracolea, en alarde de gallardía.

Tan caviloso va Don Pedro, que Felipe Medrano se le acerca para distraerle. Es un muchacho de la Asunción del Paraguay, mitad bufón y mitad confidente, gran rascador de guitarra. Sus bromas no despiertan eco en el hidalgo, quien espolea el caballo andaluz como si buscara algún sosiego en la brisa candente. Pero no lo halla. En la monotonía del paisaje, baila la imagen de la mestiza tentadora. Felipe lo empareja nuevamente y, para recobrar su favor, le repite lo que se cuenta del lobisón de los Montes Grandes. Aguza la atención Don Pedro.

Los hechos extraños y oscuros siguen atrayendo, más allá de la cincuentena, a su alma milagrera, supersticiosa.

Medrano lo ha sabido por boca de campesinos. Por esa región anda suelto un hombre-lobo. Las noches de luna llena se le oye aullar y las buenas gentes desparramadas en la llanura, atrancan las puertas. Han aparecido varios carneros despedazados.

El gobernador, que desde niño se familiarizó con la conseja milenaria del ser humano que se transforma en bestia carnicera, como Nabucodonosor, el hombre que cuando ha recobrado la hechura normal, disminuida la luna, ignora sus crímenes, arguye, desdeñoso:

—En el Río de la Plata no hay lobos. Os han engañado. Ésas son patrañas de viejas.

Pero Felipe no cede.

—Aquí —responde— los endemoniados trocan la catadura y se mudan en una suerte de grandes zorros que los guaraníes llaman aguará-guazú. Ya los vieron cuando Gaboto.

Reanudan el galope. A la distancia, el caserío de Buenos Aires recuerda, de tan diminuto, esas ciudades que los santos patronos abrigan en las palmas, en los cuadros del medioevo.

La figura de la mestiza, balanceada ante su marcha como un pámpano jugoso, se baraja en la mente del hidalgo con la facha torva de su marido y con la leyenda del licántropo, florecida en América como una planta dañina, toda garfios y ponzoña, cuyo germen regaron los conquistadores, sin quererlo, en la charla nocturna de las carabelas.

¿Hombres-lobos? Cervantes los cita, y ya antes, mucho antes, Homero y Plinio y Ovidio y Plauto. Don Pedro Esteban Dávila tropezó con el relato en Italia, en Flandes, en Castilla. ¿Por qué no aquí, donde los dioses caníbales acechan detrás de cada mata, donde Cristo tiene que abrirse paso duramente por selvas impenetrables como mallas de acero? El lobisón, hijo del Diablo, puede reptar entre esos árboles martirizados cuyo nombre desconoce el representante del Rey Católico para saltar cuando menos se lo aguarda, con la aureola de la luna llena al fondo. Y Don Pedro superpone a la estampa hirsuta, convencional, del maldito, la de Sancho Cejas, con las orejas triangulares separadas del cráneo, con los dientes filosos que descubrió su sonrisa esclava.

En Buenos Aires, el gobernador se hastía. Ve crecer, entre bostezos, el Fuerte de San Juan Baltasar de Austria, alzado penosamente por los vecinos para intimidar a los piratas holandeses de Pernambuco. Debe atender una retahíla interminable de quejas. La Audiencia de Charcas le escribe por esto y por aquello; los funcionarios le apremian con rendiciones de cuentas dudosas; su hermano, el Marqués de las Navas, que Lucifer confunda, no contesta los pliegos que le despacha para pedirle que interponga su influencia ante el príncipe, quien sospecha de su honestidad. Pronto, demasiado pronto, tendrá que abandonar el cargo pingüe y entonces comenzará el juicio de residencia. Que si robó... que si no robó... que si andaba amancebado... que si los contrabandistas...

Ni de noche ni de día consigue reposar. A la hora de la siesta se tiende bajo el alero débil, frente al río. En su percha calla el papagayo, ahogado por la modorra.

Una cuadrilla de negros moja las plantas del patio y las baldosas hirvientes. ¡Ah, si ese viento del Plata, a veces tan levantisco, se desperezara por fin e irrumpiera en la ciudad, golpeando puertas, arrancando la ropa tendida, azuzando el polvo de la Plaza Mayor! Don Pedro no titubearía en subir al más alto pasadizo de ronda, aunque se escandalizaran las gentes, para ofrecerse semidesnudo a su abrazo vivificador. Pero por la plaza muerta sólo va, zigzagueando como una hebra de hormigas, la procesión que implora la lluvia.

De tanto en tanto, entre una y otra reclamación de los cabildantes y del deán a cargo del obispado, su imaginación huye hacia la mestiza que le embrujó en los Montes Grandes, de regreso del Luján. La ve a modo de una ninfa de cariátide, de una náyade de fuente italiana con el cántaro al hombro. Nada: lo único que podría amenguar un poco la fiebre que le consume es la Mario- Clara, con su frescor. Su hechizo se vincula, en el recuerdo, al de las viejas metrópolis europeas donde las calles angostas son frías como arroyos, donde los soportales conservan un aire húmedo, como si fueran enormes tinajas.

¿Y el marido? ¿Y el hombracho crinudo de ojos de perro? De seguro, siempre estará celándola...

Esa noche el calor agobia a Su Señoría. Ambula por su paseo del Fuerte, desde el cual observa a las mujeres que han bajado a bañarse en el río, flotantes las camisas largas. A su lado, Felipe Medrano sorbe ruidosamente una calabaza de yerba del Paraguay. El vicio ha cundido entre los españoles. Hasta se menta a un obispo a quien las libaciones abusivas enloquecieron.

Don Pedro Esteban Dávila, apretada la cruz de Santiago contra la aspereza del parapeto, escudriña en la noche iluminada. Se le van los ojos pecadores tras las mujeres que chapotean con pies y manos el agua limosa o que lanzan gritos agudos cuando alguna alimaña les roza las piernas.

—Tres días más —dice Medrado— y gozaremos el plenilunio.

El gobernador levanta la mirada hacia el disco que un cendal vaporoso vela. Poco le falta para alcanzar la redondez total, fecunda, orgullosa. Así, con su fina mordedura, se le antoja uno de los doblones que su hermano, el Marqués, dilapida. Al pasar, una nube recorta en su delgadez la silueta erizada de un hocico. Es como si el hombre-lobo se estremeciera ya, en acecho.

Pero el maese de campo no está hoy para fábulas. Aquí, entre los andamios del Fuerte San Juan Baltasar, es absurdo dar pábulo a las preocupaciones sobrenaturales. Se sonríe él mismo de sus pasados resquemores. ¿Qué? ¿No le ha enseñado nada la vida aventurera? ¿La residencia en Italia no le sirvió de cátedra de escepticismo? Trasgos y duendes y encantamientos y hombres que se mudan en tigres y en zorros, pertenecen a la leyenda dorada y a las novelas de caballerías. Denle a él un soneto de Pietro Aretino o un cuento de Boccaccio, como los que le leían las cortesanas en Florencia, ante mesas colmadas de frutas y de vinos raros. Lo otro son embustes de nodrizas agoreras, de viejas desdentadas que asustan a los niños, en el fondo de los caserones aldeanos de Castilla, sazonándoles el alma con un terror de diez centurias.

Después de tantos días de opresión, suelta una carcajada tan recia, tan rica, que el pajarraco despierta y se echa a parlotear, hamacándose en su barrote. La idea que ha cruzado por su espíritu le parece inspirada por el Decamerón. Mientras la elabora, la completa y la pule, Su Señoría piensa en lo mucho que hubieran reído sus amigos toscanos, al exponérsela. Es cuento para narrarlo en un palacio rodeado de cipreses negros, junto a un lago azul hasta el cual se desciende por escalinatas musgosas. En Buenos Aires su sabor se deslíe... ¿Quién lo comprendería? No importa. Llevará a cabo su plan estrafalario aunque sólo sea por amor de la obra de arte, y también porque, de realizarse, su maquinación podrá proporcionarle el placer que ambiciona, el pámpano balanceado.

Todo depende de la astucia de Felipe, el paraguayo. Y, entre carcajadas, se lo comunica.

Al día siguiente, muy de mañana, tendrá que ir hasta la choza de la mestiza a uña de caballo. Le llevará ese collar de piedras celestes, tan diáfano, que guarda en una arqueta con otras joyas. Le dirá que el gobernador retribuye así su bondad de samaritana. Luego le insinuará que Don Pedro quiere verla a solas y aludirá a su carácter rumboso, pródigo. Si la mestiza capitula, le descubrirá los secretos de su estrategia. Sancho Cejas está tan embobado con su compañera que, si ella es hábil, hará cuanto le pida. Para alejarle por unas horas es menester un pretexto, algo que impida su regreso inopinado y peligroso. El pretexto será el lobisón. Mari-Clara deberá darle a entender, sutilmente, con argucias de que únicamente dispone una mujer ante un palurdo cegado por el amor, que en su ánimo se ha infiltrado el recelo de que él, Sancho, el propio Sancho, es el hombre-lobo. ¿Cómo? ¿Por qué? Ahí finca la ocasión de ejercer su sagacidad femenina, ducha en mañas... Que le relate, con una dosis de llanto, que cuando se eleva la luna llena le ve saltar de la cama, furioso, y lanzarse a correr por la llanura. Que agregue que vuelve cubierto de sangre y que si él no lo ha advertido hasta ahora es porque ella tuvo buen cuidado de lavarle, cuando dormía ahíto, de miedo de que los vecinos le

descubrieran. El hombre-lobo, el hombre-aguará, no sabe nunca qué le ha acontecido en ese lapso de ferocidad sonámbula. Por eso no lo sabe Sancho Cejas. Pero ahora el terror empieza a ganar a Mari-Clara. No osa hacer frente a una noche más de espanto, de demencia, y la luna llena se anuncia...

Tan poseído está Don Pedro por la escena que describe, que la representa como un mimo o un actor, cambiando las entonaciones y multiplicando los ademanes. Y todo el tiempo, aun en los instantes de sugestión más siniestra, en el fondo de sus pupilas brilla una lucecita retozona con destellos verdes. Medrano no pierde palabra, arrastrado por el discurso peregrino, mezcla de tragedia y de farsa.

Don Pedro le revela lo más íntimo de su argumento, el nudo de la comedia florentina que ha urdido. Si Sancho se convence — ¿y cómo no doblegarse ante la imploración de esos ojos, ante la fingida angustia de esas manos?— Mari-Clara le arrancará la promesa de que la noche en que la luna alcanza toda su opulencia se dejará ligar de piernas y brazos y amarrar con una gruesa cuerda al tronco del tala que corona la barranca del río. Sancho es un simplote, un burdo juguete para su mujer. Su estupidez le ocultará la trampa. Entonces el caballero, furtivo, podrá introducirse en la choza. A la madrugada, partido ya el gobernador, Mari-Clara deshará los nudos y el marido regresará a su habitación. Por una vez, habráse conjurado el riesgo de la bestia...

La risa sacude a Don Pedro Esteban Dávila. Se ve holgando con la suculenta mestiza, en tanto que el dueño legítimo, cien metros más allá, tirita de pavor a la sombra del tala, esperando que se le alarguen las mandíbulas y que le crezca el pelo de zorro en los pómulos deformados.

Medrano ríe también. La aventura le tienta. Apenas si opone algún reparo. ¿No sería más sencillo traerla a la fortaleza como a tantas otras? Pero el militar no le atiende. Está harto de escándalo, de habladurías. Allá, él catará la sal de la comedia, de la cosa muy civilizada, despabiladora de aburrimientos y, simultáneamente, tendrá en sus brazos a la mujer más seductora que conoce. Nublados los ojos por las lágrimas alegres, dando grandes palmadas al paraguayo, repite:

—La llamaremos “La farsa del lobo cornudo”.

Todo salió a pedir de boca. Tal vez fue demasiado fácil. La moza —según Felipe—, si bien se negó al principio, terminó aceptando.

— ¡Y cómo reía! —recordaba Medrano, lisonjero—. Vuesa merced debiera escribir entremeses. Para mí que esa ladina le cobra ansí alguna cuenta antigua al cuitado Sancho Cejas.

También lo piensa Don Pedro Esteban Dávila, al par que galopan camino de los Montes Grandes. La luna no se ha mostrado aún. La verán más adelante, pues les faltan tres leguas.

Librodot

¡Hela aquí, redonda, colosal, luna de encantamientos, de bebedizos; luna para que los herbolarios la saluden murmurando las fórmulas mágicas, cuando van recogiendo las raíces misteriosas; luna para desencadenar la pasión dormida del hombre fiera que aúlla a su resplandor!

Pero ni Don Pedro ni su escudero escuchan rumores alarmantes en la desierta ruta. Sólo se oye el resollar de los caballos, el graznido fúnebre de las aves nictálopes, el croar de las ranas. Millares de luciérnagas guiñan las lamparitas en el campo. Bulle el calor. Alrededor del satélite se agolpan los indicios de lluvia. ¿Quién puede pensar en nada tétrico, mientras se galopa, floja la brida, hacia la promesa de un amor lujoso, desbordado, convulso sin tontos remilgos de cortesanía?

Cuando sólo les separa de la cabaña una escasa legua, Felipe desmonta. Lo han concertado así, por prudencia. Aquí aguardará a su señor, acariciando la vihuela española.

Y Don Pedro atropella, delirante, sintiendo en la faz el aletazo de las primeras ráfagas de un aire nuevo, libre, que empuja los rebaños de nubes. Ha vestido un jubón modesto, sin su insignia de Santiago, para evitar que lo reconozcan si encuentra alguna partida de curiosos. Vana fue la precaución. En todo el viaje no han hallado ni un alma.

Ahora sofrena la cabalgadura y la pone al paso. El monte de espinillos desde el cual seguirá su marcha a pie se amasa a su derecha. Asegura el caballo a una rama y continúa su camino, cauteloso. A doscientos metros, la luna enfoca sobre la carretera la cabaña de paja y barro. A la distancia, en la cumbre de la pendiente, los talas se arropan en la bruma translúcida de su follaje. Son fantasmas de arboleda. Cuidando de eludir el menor crujido, el gobernador avanza, se aposta en un magro cañaveral y avista, como lo esperaba, a Sancho. Es un bulto informe, acurrucado al pie de un tronco, pero Don Pedro reconoce el pañuelo que anuda a la cabeza. Lanza un suspiro de alivio y, sigilosamente, se dirige a la casilla.

Dos horas, tres horas quedó allí. La mestiza, con el collar celeste al cuello, sobrepasa en hermosura cuanto soñó el hidalgo. En voz baja, Mari-Clara le ha detallado los ardides de que debió valerse para vencer la terquedad del marido y Dávila se asombra de su delgado ingenio. Cejas nunca ha logrado rehusarle nada y ahora, convencido de su doble personalidad truculenta, duerme bajo el tala cómplice.

Dos horas... Tres horas... Afuera, el viento aumentó su volumen, enriquecido con fuerzas robustas que vinieron de allende el río. Pronto tendrán encima la tormenta que sucede al rigor de las sequías. Entreabriendo la puerta, Don Pedro observa que la luna se ha ocultado bajo nubarrones roqueños. Mari-Clara no le deja partir. El gobernador le ha prometido ya un collar de oro con una imagen de Nuestra Señora y, con mil coqueterías, la muchacha trata de sonsacarle una ajorca que complete el aderezo.

Repentinamente, la tempestad rompe las cadenas tendidas. Un trueno sacude la casa. Por un segundo, en brazos el uno del otro, sienten que el terror les hiela la sangre. En medio del estrépito

formado por las hojas desparramadas a puñados y por el choque del ramaje, han oído el grito de Sancho Cejas. La lluvia comienza a tamborilear sobre el techo de paja. Su miedo se acrece cuando creen escuchar cerca de la puerta y luego en los resquicios de la ventana, un ansioso jadear, como de bestia que olfatea.

¿Será alucinación? Don Pedro toma la espada y sale. La oscuridad ha hundido por doquier sus algodones negros. Los truenos sueltan sus carros de metal. Dávila vacila, da unos pasos y, cuando intenta volver a la choza, apenas alcanza a divisar, en la penumbra temblona de una bujía, la desnudez de Mari-Clara que está afianzando la puerta. Después, la noche, la enorme noche de lluvia, se abate sobre él. A tientas, busca la cabaña. El tablón recio resiste sus empellones. No osa golpear ni llamar. Titubea brevemente y parte en pos de su caballo andaluz. Su capa y su sombrero quedaron en la habitación.

El agua le corre por la cara, le empapa el jubón, se escurre por sus botas altas. Haciendo visera con una mano, trata de comprobar si Sancho sigue en su prisión al amparo del tala, pero la sombra y la lluvia se lo impiden.

Entonces empieza el viaje atroz que no olvidará nunca. Le fustigan los sauces. Las cañas rotas le acosan, como venablos. Cayendo aquí, levantándose allá, blandiendo el acero contra invisibles enemigos, retorna a tropezones, por el camino de la costa, hasta los espinillos donde dejó su cabalgadura. Sólo encuentra un pedazo de la brida, destrozado. El enloquecido animal debió romperlo... a menos que... a menos que alguien... Y Don Pedro se afana por horadar las tinieblas que le aprisionan...

Los relámpagos le señalan el rumbo. Va, viene, el barro le salpica las barbas. Se ha hecho un tajo hondo en la frente, al caer, y la sangre le emparcha un ojo por momentos. Ahora, los resoplidos que le pareció oír en la choza resuenan a su derecha y a su izquierda, delante y detrás. Los rayos nada le muestran. Silba el viento y a sus aullidos se incorpora la algarabía de escondidos demonios. Don Pedro Esteban Dávila se imagina rodeado por una manada de lobos espectrales que husmean sus botas, que arañan sus brazos, que rechinan los colmillos. Los miedos infinitos de su infancia planean sobre él, como murciélagos, como búhos. ¡Qué lueñe, qué desvanecido está ahora el fácil paganismo de las noches de Florencia y de Roma, pantomimas del Renacimiento, en las que se blasfemaba porque sí, por hacer una frase, por enardecer la sensualidad de las cortesanas! Los monstruos de cola escamosa, los macabros duendes nacidos junto a la lumbre de sarmientos, en el sortilegio de la cocina del palacio castellano, danzan a su alrededor la zarabanda que arrastra a los muertos fuera de sus tumbas.

Corre... corre, desesperado... La espada dibuja círculos de fuego a la luz de los rayos rojos y azules. De esta suerte, gimiendo, cubre la legua que le separa de Felipe. Los ojos salidos de las órbitas, ruega a Santa Teresa de Ávila, la santa de su familia, por que el paraguayo no le haya

Librodot

abandonado en ese trance. Formula el voto de construir un convento bajo la advocación teresiana en el Río de la Plata. Jura solemnemente que jamás volverá a yacer con la Mari-Clara, hembra de perdición. Devolverá hasta el último ochavo de sus granjerías. El latín semiolvidado de los rezos acude a sus labios exangües. Pagaría cualquier precio por poner término a la pesadilla. Y sigue... sigue... azotado por espinas y ramas...

¡Por fin! ¡Aquí está Felipe, el buen Felipe, el generoso y fiel Felipe, calado hasta los huesos! Bajo la capa, la guitarra improvisa una joroba chorreante.

Pero Felipe al ver surgir de la maraña al esperpento horroroso, bañado en sangre, negro de fango, con la ropa hecha jirones y la espada en la diestra, se persigna demudado, prorrumpe en un alarido: ¡El hombre-lobo!, y volviendo grupas hunde las espuelas en los ijares del caballo y huye como un poseído hacia la ciudad.

Don Pedro se derrumba con la cara en el lodo. A la madrugada le recogieron unos carreteros, y, sin reconocer a Su Señoría, arrojaron al hermano del Marqués de las Navas, muñeco de trapo, sobre los fardos de cueros malolientes. Al lento paso de los bueyes le llevaron hasta Buenos Aires. Tenía el cabello blanco, los dientes le castañeteaban, temblábanle las manos febriles. El sol enjugaba los árboles castigados. Sobre la sábana verde, deslumbrante, las mariposas amarillas doraban la mañana, augurando la monarquía del calor ciego, del bochorno que trastorna los espíritus.

III

EL COFRE

1648

Era una canoa larga y esbelta, de aquellas que solían recorrer, tripuladas por diez o quince guaraníes, todo el curso del Uruguay y del Paraná, aventurándose hasta el delta mismo. Sólo que ahora no la ocupaba nadie. Abandonada, a la deriva, ponía en la serenidad del Río de la Plata inesperadas sugestiones de naufragio.

Los dos pescadores, de pie sobre el lomo de los caballos cuyos belfos sobrenadaban el agua indolente, escudriñaban el interior de la barca, más cerca de la costa.

Un movimiento de la corriente hizo virar con blando balanceo la proa erguida, y el sol, al bañar su cóncava superficie, arrancó chispas de un objeto oscuro, metálico, alzado en la popa.

— ¡Un cofre! ¡Un cofre! —gritó Ignacio, el menor de los muchachos, y se zambulló ágilmente. El otro le siguió. Brillaban los ojos de ambos, pero su luz era distinta. Había entusiasmo, codicia, en los de Ignacio; en los de Miguel, desazón: cada brazada que le acercaba a lo desconocido, añadía a su miedo. Chapaleando las ondas breves, llegaron hasta la canoa.

Por más que mirara hacia atrás, hacia los comienzos de su corta vida, Miguel no podía separar de su memoria la imagen de su primo hermano. Juntos habían crecido en el caserío de Torre del Mar, en Vélez Málaga. Su infancia transcurrió entre olivos y naranjos, a orillas del Mediterráneo, y en barcazas ligeras que regresaban al anochecer, henchidas las redes. Fue una vida alegre, retozona, de semidioses anfibios. Cuando no estaban bañándose en las aguas azules, o pescando mar afuera, o tumbados entre los naranjales, paseaban por las callejas delgadas y entraban en las iglesias antiguas y en los conventos. Lo poco que sabían lo habían aprendido codo con codo: algunas oraciones milagreras, zurcir una red, preparar un anzuelo, elegir el cebo mejor. Los grumetes de los barcos que acudían al refugio de Torre del Mar, en busca del agua fresca de sus pozos, les habían referido cuentos de sirenas, y los pescadores no cesaban de narrarles la mágica historia de cuando el Rey Católico pasó por allí, acuchillando moros.

Para Miguel, Ignacio era inseparable de esas evocaciones. En su imaginación infantil azuzada por las viejas piedras esculpidas y por el aire del Mediterráneo, Ignacio ocupaba el sitio de los héroes de la leyenda. Veíale amarrado al mástil del navío veloz, mientras las mujeres de cola escamosa cantaban los cantos fatales. Veíale, el casco coronado de alas, frente a la hueste sonora que salvó a Andalucía del infiel. Ignacio, siempre Ignacio, para su soledad de niño. Su desnudez atravesaba como un relámpago la negrura de los olivares y todo se iluminaba con brusco resplandor.

Al morir el padre de su primo, hermano del suyo, aquella intimidad se aguzó. Ignacio a los quince años y Miguel a los diecisiete se parecían como dos estatuas de bronce, en la similitud de los torsos soleados, del pelo renegrido, de los ojos árabes. Pero en aquella relación, riesgosa por lo que implicaba de desequilibrios, el mayor era, al tiempo que el protector, el esclavo. Tan habituado estaba Ignacio a hacer su voluntad, desde que juntos iniciaron la vida, que no lo consideraba un privilegio que podría quitársele. Y así, si Miguel le otorgaba todo, Ignacio no advertía la singularidad de tal actitud, y la recibía sin agradecerla, con la naturalidad inconsciente de los pequeños déspotas. Pero a Miguel le bastaba, como recompensa de una situación cuya injusticia no podía escapársele, sentir que ese sacrificio permanente, que era en él como una segunda personalidad, le había dado en cambio la seguridad de que no compartía a Ignacio con nadie. Durante años, habíase valido de mil

Librodot

tretas para alejarle de los otros muchachos pescadores, y su primo, con aquel abandono y aquella fácil indiferencia que le singularizaban, le había dejado hacer, quizá sin notarlo.

Si Miguel se hubiera detenido a analizar, indagando en sus sentimientos, la índole sutil de los lazos que había estrechado así con Ignacio, su ingenuidad aldeana no le hubiera permitido discernir su nudo más escondido. Esa ignorancia que sólo obraba por impulsos ponía una extraña base de pureza a su amistad. Lo único que él le pedía a la vida es que le dejara estar con Ignacio, bajo los naranjos deslumbrantes o bajo las estrellas balanceadas, en las noches en que el Mediterráneo vuelve a ser griego y fenicio. Y como Ignacio, por inercia, porque exige más esfuerzo negar que acordar, se había sometido a esa vida de tácito aislamiento, su existencia transcurrió feliz en el caserío de Torre del Mar.

Hasta que el menor cumplió diecisiete años, y repentinamente empezó a sentir que le ahogaba un dogal tan laboriosamente trenzado. Íbansele los ojos tras las muchachas, cuando salían los domingos de misa, y aunque Miguel le urgía para que volvieran a la playa, se atardaba en el atrio de la iglesia de la Encarnación o, si conseguía escapar, rondaba el palacio de los marqueses de Veniel, cuyas criadas eran hermosas.

También cambió entonces el carácter de Miguel. De jubiloso y encendido, se tornó taciturno, receloso, secreto. Ignacio ya no pudo ejercer su tiranía. Aunque se acompañaban siempre, abríanse entre ambos verdaderos pozos de silencio, y entonces advertían la distancia que les separaba: Ignacio de una parte, con su inquietud, su ansia de vida, de amor, de luces; Miguel de la otra con la muda angustia de quien siente que pierde lo que es suyo y comprende que cada palabra puede contribuir al alejamiento y por eso no la pronuncia, aunque arde por hablar. Así iban, trepando las pendientes de Vélez Málaga entrecortadas de calles cojas, sin percibir ninguno de los dos cuál era la índole del peso que les agobiaba. Y a ambos lados, en los soportales, bullía la vida con los gritos de los arrieros y de las fregonas, con el tartamudear de los mendigos y las grescas de los marineros. Nombres remotos: México, Lima, Portobelo, Cartagena de Indias, Buenos Aires, acudían a los labios. Pero ellos no los escuchaban. Ignacio, disimulando —y no entendiendo, en verdad, la causa de su disimulo—, se detenía con cualquier pretexto para entornar los ojos y atisbar, bajo un corpiño, el pujar de un pecho adolescente, imperioso. Y Miguel, disimulando también y sin alcanzar tampoco la fuente de ese fingimiento, seguía con la mirada los ojos de Ignacio y bajaba los párpados.

No se había equivocado el menor. Era un arca de madera dura, quizá de jacarandá macizo. Su tosca talla aparecía aquí y allá, bajo el cuero repujado que la vestía y al que ornamentaban rígidas figuras de águilas, de flores, de leones y pájaros. Tanto pesaba que tuvieron que hacer un esfuerzo para moverla, cuidando de que no zozobrara la embarcación. Cerrábanla herrajes martillados. Cuando quisieron levantar la tapa, ésta no cedió. Entonces, desenvainando los cuchillos de pescadores, hundiéronlos en el delgado intersticio que separaba el cajón de la cubierta.

Librodot

Ignacio, agrandados los ojos por la emoción, hablaba con una volubilidad que Miguel no le conocía de largo tiempo. No paraba de preguntar. ¿De dónde podía venir ese cofre? Y él mismo se contestaba, como intoxicado:

—De seguro que trae tesoros de los Padres de la Compañía. El gobernador está en lo cierto. ¡Aquí hay oro, Miguel, onzas de oro hasta el tope!

Y forcejeaba con la faca reluciente, hasta que la hoja se quebró por la mitad, haciéndole un pequeño corte en una mano. Miguel, como tantas veces cuando eran niños, allende el océano, le tomó la mano y oprimiéndola con fuerza entre los labios, comenzó a sorberle el hilo de sangre.

Mucha gente había venido de la costa andaluza para América. Los viejos que recordaban los relatos de las primeras conquistas encendían fogatas en la imaginación de los auditorios. Desgarrábanse los mozos de Almería, de Motril, de Málaga, de Cádiz. ¿Quién iba a resignarse a andar con bueyes o con cabras, o trabajando en las vides y en los sembradíos, si cada golpe de viento de África alimentaba la hoguera con alusiones a un pasado levantisco, aventurero? En las Indias meterían el brazo hasta el codo en oro virgen, y de regreso serían más príncipes que los califas que alzaron las mezquitas y los palacios.

El padre de Miguel no resistió a ese reclamo alucinante. Dejó los aparejos de pescador y embarcó con su hijo y su sobrino. Tanta era su certeza de fortuna, que antes de partir de Torre del Mar escogió el solar de Vélez Málaga en el cual levantaría su casa rica, con fuentes en los patios y terrazas y jardines de cipreses y arrayanes.

Poco le duró el espejismo. La peste que asoló al velero y contra la cual fue impotente el "maestro zurujano", le empujó con otros veinte cadáveres al seno de las aguas profundas, para festín de las especies plateadas que él había recogido tantas veces en las mallas de su red.

Miguel e Ignacio quedaron solos, más solos que nunca, antes de que el mayor hubiera cumplido veinte años. Aislados en medio del duelo de la tripulación, recobraron la confianza perdida. Miguel creyó que su primo volvía a ser suyo, en el miedo de un porvenir que habría que ganar paso a paso. Fondearon en Buenos Aires a fines de julio de 1647 y a poco se alistaron en la expedición que el gobernador Don Jacinto de Lariz aprestaba contra las misiones de la Compañía de Jesús.

Don Jacinto debía su nombradía principal a sus querellas con el obispo del Río de la Plata, quien acababa de excomulgarle a pesar de sus privilegios de caballero santiaguista. ¡Qué terrible fue la enemistad del señor de Lariz y del prelado! Por nada, ya estaban escribiendo memoriales al Rey y al Consejo de Indias y a la Audiencia de Charcas, pintándose respectivamente como demonios. Si el

jefe civil organizó su expedición misionera, cabe suponer que, en buena parte, su afán derivó de la urgencia de alejarse de Buenos Aires, revuelta por la discordia.

El pretexto era la denuncia de que los padres ignacianos ocultaban minas de oro en sus reducciones y que no las habían declarado, como ordenaba la ley, ante la autoridad real. Un indio, llamado Buenaventura, se ofreció a conducir a Don Jacinto hasta los mismos yacimientos. Y allá se partió el malhumorado maese de campo, con un ensayador de metales, algunos vecinos de la ciudad y cuarenta soldados. Formaban entre ellos Ignacio y Miguel. Fue una marcha penosa y estéril. Pasada Nuestra Señora de la Encarnación de Itapuá, sobre el Paraná, el indio desapareció; sólo volvieron a hallarle bastante más tarde, en plena selva, y aunque Buenaventura fue sometido a tormento por el gobernador irritado, no pudo sacársele palabra. Vagaron de misión en misión, recibidos con violines y chirimías por jesuitas astutos que simulaban una sorpresa respetuosa ante su aparición, y por caciques que no les mostraban más que cacharros y plumas de colores. En diciembre estaban de nuevo en Buenos Aires.

Durante aquellos seis meses se acentuó el humor melancólico de Miguel. De noche, su primo solía acercarse a los fuegos que crepitaban para ahuyentar a las fieras, en un claro del bosque o a orillas de los grandes ríos.

Quedaba allí las horas, escuchando a los soldados que hablaban de mujeres. Súbitamente, un yacaré atravesaba la corriente entorpecida por camalotes, o un jaguar elástico cruzaba un calvero entre los disparos de la mosquetería. Renacía la calma, y las imágenes, con su obsesión, tornaban a danzar sobre las brasas. Eran mujeres de las tabernas y de los burdeles del Levante, o indias maravillosas que uno de ellos había entrevisto en el Perú, en el último patio de la casa de un alto funcionario de Castilla. El vaivén de las llamas tatuaba en todos los pómulos igual quemadura. Suspiraban los veteranos. Ignacio no se cansaba de oírles. Justificaba tanta fatiga y tanto riesgo, a cambio de estas horas de camaradería bronca con hombres de pelo en pecho que iban descubriendo ante sus ojos ávidos visiones que le enardecían. Cuanto había en él de bisnieto de árabes voluptuosos cimbraba ante la promesa de los serrallos. Más atrás, en la sombra, Miguel sentía el frío de la soledad. Cuando Ignacio entraba en la tienda, apenas si cambiaban palabra.

A costa de mucho brío consiguieron arrastrar la canoa hasta la playa. El cofre empecinado no les había revelado todavía su secreto. Lo colocaron sobre las toscas y reanudaron la tarea ardua. El sol brillaba sobre sus espaldas, sobre sus manos sudorosas. Ignacio se había anudado un lienzo a la herida y apretaba los dientes. Nada, nada, la tapa no cedía. Dijérase que los leones y las águilas, acaso repujados por un indio de esas mismas misiones de la Candelaria, de Santa Ana y de Yapeyú

Librodot

que habían recorrido el año anterior, les hacían burla con las fauces grotescas y los picos desmesurados.

— ¡Mejor fuera llevarlo a la cabaña! —dijo Miguel—; allí podremos usar de otros hierros.

El menor aprobó. No fue fácil trabajo el que emprendieron. El arca era pesada y voluminosa. Empujándola lentamente entre los sauces, alcanzaron la base de la barranca. Peor resultó el ascenso. De camino, se asían a las matas, a los troncos de los ceibos y de los espinillos. Bajo la piel dorada, hinchábanse sus músculos tensos. Así escalaron la cumbre de la loma y, exhaustos, se echaron a la sombra del tala que la coronaba.

Frente a ellos, sin una vela, el río se irisaba con los esmaltes transparentes del atardecer. A esa hora única, ya no semejaba una prolongación de la pampa vecina, pues lograba una hermosura que no fincaba en su grandeza desierta sino en el tesoro de tonos que de su entraña subía.

Ignacio no prolongó el reposo. De un salto estuvo en la choza y regresó con un trozo de hierro curvo, para reanudar la lucha con lo desconocido al borde de la barranca.

Cuando volvieron de las misiones de piedra roja, resolvieron que en Buenos Aires no prosperarían. Es decir que lo decidió Miguel. De haberse seguido el deseo de Ignacio, hubieran permanecido en la ciudad. Con la sopa de los conventos y las sobras del Fuerte hubieran tenido para sustentarse. Siempre hubieran encontrado quehacer en una metrópoli adolescente. ¿Por qué no engancharse de soldados? Pero Miguel opuso todo el vigor de su tenacidad al proyecto. Ellos eran pescadores y la capital del Río de la Plata necesitaba alimentarse. Los comienzos serían duros, mas pronto ganarían lo suficiente para instalar un comercio. Medio año de andar entre gentes de la villa le había bastado para comprender que aquí no había ni el oro ni las esmeraldas ni las turquesas que les anunció la fantasía andaluza. Aquí, para amasar algunas onzas, era menester recurrir al negocio de cueros. Primero pescarían; más tarde, Dios les guiaría de su mano.

Ignacio capituló a regañadientes. Arguyó que podían ubicar su choza a las puertas de Buenos Aires, cerca de donde las lavanderas batían la ropa. Pero Miguel tampoco quiso oír hablar de tales vecindarios. Había demasiados pescadores en la zona y la competencia anularía su empeño. Él sabía de un paraje ideal, cinco leguas más arriba, en los Montes Grandes. Y allá se fueron, aunque no se le escapaba a Miguel que la distancia conspiraba contra las probabilidades de su comercio.

Habitaban una cabaña que había pertenecido, según se decía, a unos mestizos que huyeron de allí, después de una terrible tormenta y a quienes ya no se vio nunca. Corría la fama de que la mujer había tenido una hija con Don Pedro Esteban Dávila, uno de los gobernadores de más lujuriosa memoria. Lo cierto es que en los aledaños moraba una pareja de labradores, con una niña de quince

Librodot

años a quien hallaron recién nacida en los cañaverales de la costa, y que los pobladores del lugar sostenían que ése era, precisamente, el fruto de los amores de aquel gran señor violento con la mestiza esfumada.

Miguel e Ignacio tardaron bastante en ponerse al tanto de las habladurías. Por lo pronto, tuvieron que reconstruir la deshecha cabaña; luego emplearon sus magros ahorros de la paga de Lariz en adquirir dos caballos; después, la diaria tarea les absorbió. Con ella, dijérase que el mayor surgía a una vida nueva. Todas las mañanas salían a pescar. Se internaban en el río a caballo, acarreando cada uno un extremo de la red. Adelantábanse hasta que el agua limosa tocaba el pescuezo de las bestias y, de pie sobre el lomo, separados por el largor del ancho aparejo de cuerdas, recogían en la malla a los convulsionados batallones del río. Bogas, sábalos zurubíes de cabeza chata, bagres y pejerreyes, se revolvían en la prisión. Hacían el mismo viaje varias veces. Otras, cazaban tortugas en las islas vecinas, y hasta pequeños lagartos, valiéndose de arpones. De tarde preparaban los cebos de carne, lombrices, pescado y frutillas, o torneaban anzuelos, o concertaban las ventas con los carreteros que pasaban por el camino de la costa hacia la ciudad.

La felicidad de Miguel era sólo comparable a la de su infancia en Torre del Mar. Sucedíale de despertar en mitad de la noche y quedar las horas, a los pies de la cuja de su primo, velándole. Ningún pensamiento atravesaba su mente. Una infinita paz le invadía. Al alba cuando le veía ensillar los caballos, desnudo el torso, la emoción le caldeaba el pecho.

Hasta que conocieron a Antonia, la de los cuentos, la que podía ser hija de un gobernador del Río de la Plata y sobrina del Marqués de las Navas.

Era una muchacha fina, frágil, modosa. Andaba siempre como dentro de un halo que le desdibujaba el contorno y le otorgaba el prestigio de la lejanía. La leyenda de su origen añadía a su orgullo. Aderezaba las ropas pobres como si fueran vestidos cortesanos; cuidaba el ademán; medía la risa. Ignacio se enamoró de ella con locura. Estaba en la edad en que el misterio es el condimento más escogido de la pasión. A fin de ocultarse de Miguel —e ignorando, como antes, por qué se escondía— fingía acostarse muy temprano para escapar luego. Miguel espiaba desde la barranca sus sombras entrelazadas en el agua inmóvil.

Así transcurrieron cuatro, cinco meses... Y ahora, el cofre...

Nada podía con las cerraduras y con sus refuerzos. Jadeantes bajo las primeras estrellas, sacudían el arca como si fuera la cabezota de un gigante que se niega a comprender.

Ignacio hablaba a borbotones, con un ritmo entrecortado de hombre que se confiesa o que piensa en alta voz. Subía tras ellos la luna inmaculada, y Miguel, clavando en el jacarandá macizo el puñal mellado, seguía el monólogo de su primo a modo de quien se asoma a un abismo entre jirones

Librodot

de niebla. Ahí estaba la fortuna, por fin, y qué fácil, qué fácil... el oro de los jesuitas, tan ansiosamente buscado, venía a buscarles a su turno por obra de encantamiento a bordo de una barca a la deriva... Se irían de allí... serían dos reyes... reyes como los que edificaron la Alhambra... Y Antonia —repetía Ignacio— iría con ellos... Tendría cuanto ambicionara... los terciopelos crujientes... los collares... el patio en el cual baila el surtidor sobre los mosaicos...

A Miguel le temblaron las manos y le latieron las sienes. Ya no eran suyas, ya no eran suyas esas ásperas manos de pescador que se aferraban a la daga de ganchos, filosa como una hoz. Eran las manos del hombre que debe matar y matar en seguida, porque todo en él, el cuerpo y el alma, van dirigidos incontenible mente hacia la oscuridad de un destino de sangre.

Lucharon un instante, como dementes. Apagóse el alboroto de los loros en el ramaje del tala, y de las ranas en las charcas del bajo. Hasta que los dos rodaron por la barranca espinosa, arrastrando en pos el arca enorme. Ignacio, ovillado, llevaba la faca hundida en el corazón, sobre el cual crecía una flor bermeja. Miguel se abrazaba a su primo, cegado por el arañazo de los arbustos. Detrás descendía a los tumbos, entre desprendidas piedras, el cofre de los jesuitas, como un negro jabalí que les fuera persiguiendo.

Cuando llegaron a la playa, el arcón, impulsado por la fuerza de la caída, se estrelló contra el cuerpo de Miguel, destrozándolo.

Así les iluminó el parpadear del amanecer, entre el indiferente charloteo canoro: el menor, de espaldas, más niño con la palidez de la muerte; Miguel, a su lado, echada la greña sobre la faz, una mano lívida sobre el pecho desnudo de Ignacio; el cofre, volcado, desvencijado, abierto por fin, vacío.

IV

LOS TOROS

1702

El fragor llena las calles angostas. Tan intenso es, que se diría que van a resquebrajarse los muros, a derrumbarse los techos, a volar hacia los picos nevados los frágiles balconcillos, cuando las calles, incapaces de contener el alud feroz que por ellas se vuelca, revienten en mil pedazos, hendidas. El estrépito de las pezuñas y los mugidos locos retumban en los últimos aposentos y en los patios más distantes. Cuenca, toda la ciudad de Cuenca se distiende y puja por hacer frente a la

Librodot

arremetida, con sus paredes viejas, con sus puertas descascaradas, con sus torres de siglos. Las casas colgadas y asomadas milagrosamente en la altura, sobre los barrancos del Júcar y del Huécar, a modo de nidos de aves guerreras, vibran, palpitantes, como ansiosas de ceder por fin y echarse en el agua que circunda la ciudad. Trepidan hasta las murallas ruinosas y el puente de San Pablo y los campanarios enhiestos. Cabría esperar que, arrancados de sus tumbas, los Albornoz y los Muñoz ilustres que enorgullecen la historia del lugar, aparecieran en la fachada catedralicia, armados de pies a cabeza, para inquirir sobre la causa que altera su reposo. Sólo los mansos ríos que discurren entre las vegas reflejando los álamos erectos y, más allá, la ancha llanura, permanecen inmutables.

Redobla el estruendo que contrasta con esa placidez. ¡Son los toros, los toros, los toros, los toros ciegos de furia que galopan hacia el tablado construido sobre el Júcar para divertir a Felipe IV! Van, levantando nubes polvorientas, arrasando con cuanto hallan a su paso, bufando, pateando, entreverando los cuernos, dejando en las casas perezosas como una huella más honda que la de sus pezuñas, su olor acre, cerril, que evoca las dehesas y que se mezcla al de la espuma de rabia que les mancha los belfos.

Los mozos hacen prodigios para eludir las cornadas. Hacia el tablado se apresuran, en pos del desenfreno de las bestias, mientras ondulan los tapices en las azoteas y en los balcones. Toda Cuenca festeja al Rey, ese día sonoro de 1642. El tablado es una maravilla de ingenio. Una valla lo cerca de manera que los toros no puedan huir de su recinto, alzado sobre la corriente fluvial. Y allá se precipitan los toros, como otro río resonante, hirviente, en el que los cuernos improvisan marejadas. Llegados a la pista de duras maderas, los animales acosados no encuentran más salida que el espacio que ha quedado sin contención, del lado del Júcar. Los gritos de los muchachos los ensordecen, los aterrorizan, recalientan su cólera. Y, con un solo y largo bramido, los toros se despeñan como una catarata roja en el agua, donde los esperan en barquichuelos toreros improvisados, o nadadores que sostienen en alto las banderillas.

El monarca goza con el espectáculo de suntuosa barbarie. Gozan los adolescentes de pies ligeros, bañados en sangre, y los magistrados que honran así al Rey Nuestro Señor, y las mocitas castellanas que excitan a los matadores, riendo sobre el agua bravía. Pero más que ninguno goza un niño que ha quedado detrás, en la soledad de su balcón de flores. El corazón le golpea como una aldaba. Le tiemblan las manitos que aferra al barandal. Desde que la novillada empezó a rebosar su calle, camino de la muerte, no ha salido de allí.

Es Gonzalo Montes, hijo de un espadero. Los mayores le han dejado solo, arrastrados por el entusiasmo que bulle sobre el río. Al oír el tumulto se ha puesto al balcón, a tiempo de ver el torbellino demente que abajo se apretuja. Le ha suspendido una emoción tan aguda que creyó desfallecer, tan aguda que ya nunca volverá a sentirla con tal vehemencia en su vida obsesionada. Es la emoción de un vértigo que le sacude hasta la raíz de los cabellos y le enfría en los pómulos una

terrible palidez. El olor de los toros le marea y le acelera el pulso. ¡Qué no daría por bajar a la calle, sumarse a la multitud y rozar la piel lustrosa de uno de esos animales! ¡O pasar sobre ella la mejilla que arde ahora! A la idea del contacto áspero retrocede y se lleva ambas manos al pecho. Apenas un niño, un niño de pocos años... A sus pies la calle parece un horno crepitante sobre el cual restalla la pasión de los bramidos.

Su existencia entera transcurrió entre toros. Los músculos fuertes, la agilidad bailarina, eso de escurridizo que le afina la cintura, le predestinaron. Y aquello otro, aquello otro que jamás se ha confesado a sí mismo y que está en la esencia de su personalidad, como una puerta última que, cuando se entreabre, insinúa el relámpago de imágenes que le estremecen. Nada cambiaría por el placer de andar entre las bestias que se aprestan para las corridas. Adivina sus ardides más inesperados. Y va, en la mano la capa roja, el puño en la cadera, de las lidias de toros embolados a los encierros de vacunos cuya cornamenta semeja formada con dos alfanjes. Su padre quiso hacer de él un espadero. ¡Inútil afán! Espadas, si; pero para hincarlas en la testuz. Rejoneadores a caballo y a pie, arponeros, banderilleros, capeadores, lanceadores y picadores de vara larga, le admiran. ¡Cómo no admirar a Gonzalo Montes si se dijera que baila entre los animales encendidos! Y los grandes señores dados al toreo, juego aristocrático, le regalan. Pero unos y otros presienten que detrás de esa cara impávida, morena, agitanada, hay algo confuso, indefinible, un misterio, una sombra que por momentos le cae como una crencha sobre los ojos. Quizá derive esa impresión inquietante de la caricia brusca con que, apretados los dientes, desliza la mano sobre la piel de los toros.

No se le conoce mujer. No dispone de tiempo para gastarlo en ellas. Y eso que a las más tentadoras se les escapan los suspiros detrás de Gonzalo Montes, el que danza con el estoque en una mano y la capa en la otra. La leyenda de su hosca sobriedad parece que le levantara en andas.

Recorre las ciudades españolas a la zaga de los duques y los marqueses que no torearían sin él a la vera. Sabe de los redondeles armados en las plazas, los desfiles de cabezudos y mojigangas, las lluvias de flores, el clamor de las muchedumbres delirantes. Cuando el toro escarba la arena y arremete contra él, siente, al esquivarlo arqueándose, el paso violento de esa masa brutal que apenas le toca, y cierra los ojos con delicia siempre nueva. Así, año a año. El adolescente garboso se muda en hombre cabal. Al llegar, la madurez sólo le dibuja unas líneas breves bajo los párpados. Acaso esté hecho de un flexible metal que no se herrumbra.

Él es quien salvó de una terrible carnicería al Conde de Königsmarck, en enero de 1680, en la Plaza Mayor de Madrid, cuando los festejos de las bodas de Carlos II con Doña María Luisa de Borbón. ¡Aquello sí fue cosa de verse! El toro se aprontaba ya a ultimar al desgraciado caballero

Librodot

sueco, caído a sus pies, en momentos en que Gonzalo Montes, vestido a la morisca, se adelantó prestamente y con rara destreza clavó la espada en la cerviz del animal. La Reina se tapó los ojos con un pañolito de randas y el Rey, caldeada un segundo su apatía, arrojó una bolsa de oro al torero. Seis mulas adornadas de cintas y campanillas unciéronse al bruto para quitarlo de la arena. Desde lo alto de sus cabalgaduras, se pasmaban el Duque de Medinasidonia, el Marqués de Camarasa, el Conde de Ribadavia. Y Gonzalo doblaba el torso entre los próceres y mostraba al público, con elegancias de volatinero, el acero ensangrentado.

Muy pocas veces más lidió. Al año siguiente —y ya contaba más de cincuenta— debió retirarse por una herida en la rodilla. Se atardó algún tiempo entre gentes del oficio, pero pronto se advirtió que decaía. El rostro, hasta entonces asombrosamente intacto, empezó a manchársele de lividece. No había guardado ni un doblón, pues todo lo había invertido en los lujos pasajeros que daban color al espectáculo. Una a una fuéronse sus espadas finas; una a una, sus capas, sus fajas bordadas, sus puños de encaje, y las monturas y hasta el traje moro de la gran corrida. Gonzalo Montes, sobándose la pierna enferma, rondaba los toriles. Los viejos compañeros habían desaparecido; otros, jóvenes, desafiantes, alados, les sustituían. Hasta que él mismo, transformado casi en un pordiosero, desapareció también.

Hacían crisis los males extraños que desde su niñez más remota luchaban en su interior, aquellos que le embrujaron una tarde de su infancia, cuando el río mugiente se encrespaba en su Cuenca natal. Desesperado, azuzado por las alucinaciones, buscó refugio en la religión. Iba de casa en casa, mendigando, y los vecinos se detenían a observar ese hombre alto, ligeramente cojo, que pedía un trozo de pan con ademanes de príncipe. Sólo había conservado una gran capa de raído terciopelo, y sobre ella, como los peregrinos, había cosido las imágenes de los santos de su devoción: San Marcos, San Juan, San Fernando, Santiago y San Roque, patronos de la tauromaquia, y San Julián y San Lesmes, protectores de Cuenca. Rehuía los sitios que le recordaban su vida anterior. Creyó encontrar asilo para ello en los puertos del Mediterráneo, a donde le llevó de lástima un carro de gitanos andaluces. Las mujeres seguían mirándole. Las atraía, delgado y esbelto, filosos los pómulos cetrinos, quemado el mirar con brasas ocultas, imprecisables.

Estaba en Barcelona cuando se anunció una corrida de fuste. Casi sucumbió a la fascinación que sobre él ejercían los animales rojos. Una madrugada, disimulándose, llegó hasta el corral donde pacían las bestias. La brisa le trajo la vaharada recia, el olor que le enloquecía.

Tendió entonces en el suelo la capa con el santoral y, de hinojos, rezó como un poseído.

Al día siguiente embarcó en un velero que recorría el Mediterráneo con un mercader de Génova. Era fuerte y pensó que la única forma de poner término a sus torturas fincaba en cambiar

Librodot

totalmente de vida. A los cincuenta y siete años, nadie hubiera reconocido a Gonzalo Montes, el diestro famoso, en ese marinero taciturno que aprendía tan tarde los rudimentos de la ciencia náutica. Durante un lustro vagó por el mar antiguo. Vio gentes distintas, oyó idiomas diversos. El poderoso encanto de un paisaje que cambiaba siempre, le aturdía y adormecía sus visiones. Pero las raíces eran demasiado profundas para arrancarlas de cuajo.

Poco a poco, sutilmente, las obsesiones tornaron a cebarse en él como aves hambrientas. En todas partes, por más que se alejara de España, multiplicábanse los mitos y las alegorías, acosándole. Su inquietud en acecho las convocaba. Tenía que cubrirse los oídos las noches en que los marineros griegos narraban las leyendas doradas que se repetían bajo el signo pujante del toro. Ya era el Minotauro, revolviéndose en el laberinto cretense; ya Europa raptada sobre el lomo que relucía; ya Pasifae... En Roma, el escudo con el toro púrpura de los Borgia le acompañó por capillas y palacios. En Siracusa, las medallas descubiertas en las carreteras imperiales ostentaban en el anverso la figura bestial. En Alejandría fue peor aún. Allí, perdida en las ruinas de un templo, la femenina imagen de Isis-Ator, desnuda y con la cabeza bovina coronada de cuernos curvos, le dejó trémulo, anonadado. Sucedíanse las reses sacras adoradas por los sacerdotes, en los pintados jeroglíficos y en los bajos relieves.

A medida que transcurría el tiempo, parecíale que la persecución, en vez de debilitarse, intensificaba su rigor. Si quería salvar su alma abrasada, debería huir de ese Mediterráneo maldito, demasiado viejo, demasiado sapiente, demasiado corroído por la podredumbre de las pasiones milenarias cuyo germen fermenta en el arcano. Debería hacer penitencia y concluir su vida en algún desconocido lugar todavía no profanado por el aliento de los monstruos.

Pensó que América, la virgen, la intacta, podría brindarle ese remanso de paz. Y azarosamente partió hacia Buenos Aires.

Al promediar el año 1701 llegó a la capital del Río de la Plata. Quedó en ella unos pocos días. La ciudad naciente no convenía a sus propósitos. Una semana más tarde, tras largo caminar a la ventura, halló en la barranca de los Montes Grandes el sitio añorado. Levantábanse allí, al amparo de un tala robusto, los restos de una cabaña que nadie habitaba hacía más de media centuria, desde que dos pescadores se acuchillaron frente a su puerta. Con paja y adobes cocidos le añadió unos remiendos. No iba en pos de holgura, sino de serenidad.

Los raros vecinos diseminados en las chacras lueñes le fueron conociendo. Encontrábanle sentado al borde del camino por el cual transitaban las carretas rumbo a Buenos Aires, o le entreveían en el magro monte de talas, de espinillos y de ceibos, embargado en la contemplación del ancho río. Era un personaje estrafalario, con su amplio manto incoloro cubierto de imágenes religiosas. Se apoyaba en un báculo pues renqueaba levemente. Los moradores le apodaban “el ermitaño” y le arrimaban algún alimento a la choza. Contados eran quienes habían cruzado palabra

Librodot

con él. Su milagrera imaginación les insinuaba que debía ser un hidalgo español que purgaba un terrible pecado. Sabíase que había viajado mucho. Le respetaban, le dejaban en su arisca soledad de anacoreta. De noche, los mozos que volvían de parranda divisaban su silueta balanceada entre los sauces de la costa, y callaban al punto. Infundía cierto supersticioso pavor, con su señorío distante y con su abigarrado indumento. Había unas muchachas en la cercanía que de tarde en tarde se asomaban a su refugio dejándole frutas y leche. Él se lo agradecía y, a los setenta años, continuaba ejerciendo el inconsciente dominio que emanaba de su mirada misteriosa.

Los ayunos y el aislamiento robustecieron su ánimo. Había domeñado por fin al demonio sensual. Sus pensamientos resbalaban sobre el río sin fronteras.

Hasta que, el 9 de febrero de 1702, cuando más escocían los calores, celebráronse en Buenos Aires las fiestas de la aclamación y jura de Felipe V.

Vinieron gentes de todas partes para presenciar las ceremonias. A caballo, en carros, a pie, desembocaban en la ciudad los vecinos de los contornos. Anunciábanse espectáculos dignos de una colonia de tan probada fidelidad al monarca.

De plaza en plaza, el alférez paseó el estandarte con el escudo real. Marchaba entre los solemnes cabildantes de enlodados zapatones, y su empaque dejaba boquiabiertos a los lugareños. Nadie hubiera reconocido a la aldeana Buenos Aires bajo el ropaje de las colgaduras. Los cuatro reyes de armas y las compañías de caballos corazas se llevaban el corazón de las mozas. ¡Con qué donaire exclamaba el decano de los funcionarios heráldicos!: ¡Silencio! ¡silencio! ¡silencio! ¡Oíd! ¡oíd! ¡oíd! Hasta hacía olvidar los zurcidos de sus calzas. ¡Y con qué majestad carraspeaba el alférez antes de engolar la voz bronca para repetir el ritual!: ¡Castilla y las Indias! ¡Castilla y las Indias!

Servíanse refrescos, quemábanse luminarias de artificio. El pueblo vitoreaba al primer Borbón sin distinguir lo que importaba el cambio dinástico. Había borrachos tumbados en los zaguanes y, detrás de las puertas, los pícaros abrazaban a las mocitas recatadas, esas que sólo podían espiarse en el atrio de San Francisco, de Santo Domingo, de la Catedral.

En medio de la muchedumbre que entorpecía la Plaza Mayor, Gonzalo Montes divertía casi tanto como las máscaras que brincaban entre los corros de paisanos. Su capa añadía a su estatura. En ella, muy arrugadas, muy borrosas, las estampas atraían a los niños que deletreaban las inscripciones ingenuas.

Las muchachas vecinas le habían forzado a acompañarlas a Buenos Aires. No fue fácil lograr que cediera. Tuvieron que argüir y argüir, señalándole que sus seis meses de aislamiento bien podían quebrarse con un respiro y que todo súbdito estaba obligado a prestar juramento de lealtad al príncipe.

Librodot

Habían partido al alba en una despaciosa carreta ornada de cintas, que recorrió penosamente las cinco leguas fragosas. Las niñas reían. Escoltábanlas algunos mozos, la guitarra a la espalda, empinados en los zainos de finos remos. También se apretaban varios viejos sobre el zarandeado vehículo. Nadie quiso quedar en los Montes Grandes. En tan galana romería, Gonzalo ponía su negra nota de fantasmón.

Presto le perdieron al llegar a Buenos Aires. Ambuló por las calles alegres que el sol doraba. Los chicos le siguieron, gritándole burlas, pero ante su mansedumbre terminaron por dejarle.

Ahora, irguiéndose sobre el gentío, avistaba en el centro de la plaza fundadora el tablado tendido de tapices dudosos, sobre el cual ondeaba el estandarte imperial.

Un alarido le paralizó: ¡Los toros! ¡Los toros! ¡Salen los toros!

Le empujó la masa que el calor hacía espejear. Tres músicos negros desafinaban bajo un alero y su tañido áspero se mezclaba al son de las chirimías y a los pregones de los vendedores de dulces. En vano pugnó por zafarse. La corriente le impulsaba en afanoso desorden hacia la mitad del descampado donde se habían armado las barreras. Impotente para desasirse, se recostó por fin detrás de las gradas de los canónigos.

A esa hora podían rejonear quienes quisieran y el redondel estaba colmado de jóvenes que hostigaban a los cuatro novillos sueltos.

Entonces el azorado público presenció un lance singular. Un anciano extravagante habíase lanzado al toril, tomando al pasar una espada. Su desmesurado esqueleto, marcado bajo la piel morena, dominaba a los restantes. Parecía un gran vampiro con el flotante manteo.

— ¡Quítenlo! —voceaban las mujeres—. ¡Es demasiado viejo! ¡Le van a matar!

Pero en seguida se advirtió que aquel anciano cojo sabía más de esas suertes crueles que los mozos sin experiencia que se empeñaban alrededor. Con la capa oscura sembrada de pinturas multicolores, azuzaba al animal que más cerca tenía. ¡Con qué gracia torcía el cuerpo nervudo! ¡Cómo quebraba la cintura breve; cómo hacía girar el manteo que trazaba en su torno una rueda vertiginosa!

Aplaudía el pueblo. Gonzalo Montes sentía que se le iba a romper el corazón. Su juicio flaqueaba y le trasladaba a la Plaza Mayor de Madrid y al día en que salvó al Conde de Königsmarck y lloró la Reina María Luisa. ¿Cuántos años habían transcurrido? ¿Más de veinte años? ¡Disparate! Allí estaba él con el bello atavío a la morisca. ¡Adelante, pues!

El toro aguardaba su oportunidad. Frente a frente se medían y en verdad no pudo darse escena más macabra que la representada por el impetuoso animal y por el viejo cuya capa evocaba las tablas antiguas de los limosneros que van a Santiago.

En un segundo de lucidez, vivísimo, Gonzalo comprendió que su vida entera había estado consagrada no a lidiar toros sino a luchar contra ellos; que cada combate y cada victoria habían

Librodot

significado un triunfo sobre el enigma que desde niño le encadenaba. Lo veía ahora nítidamente y se sorprendía de que no se le hubiera ocurrido antes. ¡Qué largo duelo mortal! ¡Qué infinito cansancio!

Pero el toro ya estaba sobre él y entre el clamor de la multitud le clavaba un asta en el hombro izquierdo.

A la mañana siguiente le condujeron de regreso a su cabaña de los Montes Grandes. Quería a toda costa volver allí. Repetía con tozudez infantil que sanaría en su refugio, en la ermita que nunca debió abandonar. Ya era un milagro que no hubiera sucumbido bajo la bestia. Ni él ni los que le llevaban conocían su gravedad. En el hospital que dirigía la comunidad de San Juan de Dios le hicieron unas inciertas curaciones y un pobre vendaje, declarando que con eso bastaba. Por otra parte, nadie tenía paciencia para dedicarse a un viejo loco que había echado a perder la fiesta cuando la ciudad entera vibraba de regocijo. Las muchachas le dejaron en su choza. Discutieron rápidamente acerca de si una debía quedar junto a él, pero todas encontraron pretextos. Le temían un poco, a pesar de la pierna vacilante y del brazo en cabestrillo, desde que le vieron de pie frente al toro, transfigurado.

La fatiga y el dolor le derribaron en el camastro de hojas secas.

Despertó avanzada la noche. La fiebre le hacía castañetear los dientes y temblar el cuerpo aterido bajo la capa frailuna. Su celda estaba iluminada por un resplandor glauco, submarino, irreal. Se apelotonó en el rincón y empezó a rezar las letanías. Un miedo inexplicable le atenaceaba. Quizá fuera aquella venenosa claridad la que se lo producía; quizás el rumor confuso que poco a poco invadía la habitación. Era una resonancia semejante a la que recoge el rastreador experto al poner el oído en tierra, cuando, muy lejos, galopa una tropa vacuna.

El ruido fue robusteciéndose. Pronto alcanzó el volumen estruendoso de las grandes caídas de agua. Ovillado, Gonzalo Montes desgranaba la oración mecánica:

—Sancte Paule, ora pro nobis; Sancte Andrea, ora pro nobis; Sancte Jacobe, ora pro nobis.

Ya se partía la puerta y se rajaban las ventanas. Ya aumentaba la luz hasta lograr la acuática intensidad de las esmeraldas y los berilos. Enfrente, entre nieblas verdosas, dibujábase un delicado balcón enmarcado de flores. Sólo había en él un niño pálido. Delante, cruzando el aposento como un viento escarlata, atropellábanse los toros con estrépito ensordecedor. Un fuego de fragua incendiaba el aire.

El olor familiar de las reses crecía alrededor de Gonzalo como una marea sofocante.

—Sancte Stephane, ora pro nobis; Sancte Laurentis, ora pro nobis...

Librodot

La calma sucedió a aquella arremetida del delirio. Con los ojos desmesuradamente abiertos, respirando anhelosamente, Gonzalo observó que descendía el resplandor, para ofrecer el tono profundo de los follajes en los crepúsculos de tormenta.

El niño había bajado del balcón y caminaba como tanteando. Ahora, unos seres inverosímiles surgían lentamente del fondo de algas sombrías, y le rodeaban. Gonzalo Montes reconoció a los monstruos de las fábulas que habían poblado sus pesadillas en las agitadas vigilias del Mediterráneo. Allí estaba el toro blanco de los cuernos fulgentes, con la mujer maravillosa echada sobre el lomo; allí, el hombre de cabeza de toro que custodiaba el laberinto de Creta; allí, la divinidad mitad doncella y mitad vacuno que le había angustiado en los muros policromos de Alejandría. Suavemente esfumáronse los espectros.

No permaneció en la escena vaga, ondulante como el fondo del mar y como él indecisa, más que el niño extenuado.

Gonzalo movió los labios para llamarle, para rogarle que volviera a la seguridad del balcón florido, mas sólo salieron de sus labios, en un estertor agónico, las litúrgicas letanías:

—Sancte Hieronyme, ora pro nobis; Sancte Martine, ora pro nobis; Sancte Nicolae, ora pro nobis...

Y el Minotauro y la diosa astada de Oriente aparecieron una vez más. Se adelantaron hacia el pequeño, hacia el frágil Gonzalo, con los brazos abiertos, con el doble reclamo de sus cuerpos desnudos, deslumbrantes, coronados por las cabezas bicornes.

En su camastro, Gonzalo Montes se rendía por fin, después de una vida de martirio. Incorporándose trabajosamente, se desesperaba por ver, por ver... Pero fue la muerte la que recibió su abrazo convulso.

V

LOS AMORES DE LEONOR MONTALVO

1748

Filomeno Castillo, el pulpero de la calle de San Cos-me y San Damián, se pavoneaba como un cortesano. Hasta había trocado el delantal de algodón con el cual disimulaba la falta de ropas más ceñidas y honestas, por unos calzones dignos del primer alcalde. Desdeñando el deprimente

Librodot

mostrador, símbolo de su ocupación villana, sin el pañuelo verde que, anudado a la cabeza, confirmaba su parentesco con la piratería, paseaba soberbiamente entre su clientela. Todos querían saber las noticias y él las daba gota a gota, como quien sirve un vino precioso, un vino harto mejor que los del Paraguay y Santa Fe que se agriaban en sus barricas.

Entraban las gentes a pedir las abigarradas mercaderías apiladas en los estantes, pues Filomeno era también corredor de ventas. Discutían un momento, por costumbre, sobre el precio de las pasas, de los bizcochos, del jabón de Tucumán, de las madejas de hilo, y, en seguida, se dibujaba en los labios del comprador la pregunta que colmaba de gozo al comerciante:

— ¿Qué hay de la boda, señor Castillo?

El pulpero no se cansaba de repetir los detalles, ni la asamblea de escucharlos. La boda tendría lugar doce días más tarde. La consagraría el propio obispo de Buenos Aires, Su Señoría Fray Pedro de Fajardo, quien era no sólo un prelado piadoso sino hijo de todo un caballero de Calatrava. A Filomeno se le hacía agua la boca. Por centésima vez desplegaba los últimos regalos que Don Francisco había enviado a su hija y que guardaba celosamente en una alacena. Las negras se extasiaban con el faldellín a la francesa y el jubón con ribetes. ¡Ésos eran lujos que convenían a la futura esposa de tan gran señor!

La charla giraba como una rueda de colores, en cuyo centro mareante el orondo gallego se ahogaba de vanidad. Entrecerraba los ojos y se creía trasladado a la casa de su hija, entre tapices y doradas pinturas religiosas. ¡Suegro de Don Francisco Montalvo, él, el pulpero de la calle de San Cosme y San Damián! ¿Qué no se podía esperar de una carrera así iniciada? Se figuraba muy sentado en el escaño del Cabildo, con la vara entre las manos gruesas, o a caballo, de alférez real, haciendo tremolar el estandarte.

Los hechos se habían sucedido con tan vertiginosa rapidez que le parecían un sueño más, un sueño que se confundía con las fantasías de grandeza que de noche le revolvían en el lecho, junto a su flaca mujer.

Don Francisco había entrado por la puerta de la esquina dos meses antes, para quejarse de que había encargado unos higos y no se los entregaban. Quiso la casualidad que viniera él mismo, en vez de mandar a uno de sus esclavos, y que quien le atendiera no fuera Filomeno Castillo, anulado por el dolor de encías, sino su hija Leonor, y quiso —para coronar las yuxtapuestas voluntades— que Don Francisco se prendara como un muchacho, a los cuarenta y un años, de aquella flor de dieciséis, de aquel jazmín de la calle de San Cosme y San Damián.

Menudearon las visitas con sazón de escándalo. El pulpero dejaba hablar. ¿Qué le importaban las serenatas insolentes de los mazos, si observaba día a día cómo se caldeaba la pasión del soltero glacial, si lo veía enrojecer en la fragua y retorcerse como un hierro que toma la hechura que se le impone? Ya podían avinagrarse los guitarreros despechados e insinuar esto y aquello en sus

Librodot

canciones cojas. Él estaba seguro de la virtud de su hija única. Por otra parte, la menor sospecha, el indicio más leve, hubiéranle bastado para curarla a palos de las fiebres peligrosas, con una energía doblemente gallega y pulperil.

Hasta que Don Francisco, a punto por fin su metal recalentado para los toques definitivos, sucumbió ante la tentación de tan frescos candores y solicitó en matrimonio la niña que desperezaba en él, como serpientes dormidas en la nieve, sensaciones desconocidas. Filomeno la concedió de inmediato. No consultó ni con su mujer, ambulante esqueleto que había perdido toda voluntad hacía largos años, ni con Leonor, quien no había hecho, en el curso de su corta vida, más que recibir y ejecutar órdenes.

Filomeno se regodeaba con tal deleite que no se hubiera cambiado por Don Bruno Mauricio de Zabala, gobernador del Río de la Plata. Regidor... alcalde... alférez real... ¡qué fastuosas puertas se abrían a su ambición de padre político de uno de los vecinos más acaudalados y uno de los hidalgos más principales de la provincia! Gloria de tanto lustre, ¿a trueque de qué? De una muchacha sin formas, filosa, asustadiza, cuyos rasgados ojos siempre miraban al suelo y cuyos pómulos góticos recordaban los de las estatuas de piedra de su Galicia natal.

El pulpero no conseguía comprender cómo un ser tan desprovisto de gracia podía haber seducido a un caballero de la calidad de Don Francisco. El respeto de los no iniciados frente a los grandes misterios, le sobrecogía en la soledad de sus meditaciones. A no dudarlo, recelaba esa mocita esfumada algo secreto, sutil y punzante, como un aroma que no alcanzaba a percibir su olfato y que había enloquecido los sentidos alertas de Montalvo. El padre la trataba ahora como a un personaje de cuento, depositario de dones para él impenetrables. Eso sí, no se le hubiera ocurrido averiguar si Leonor amaba o no a aquel frío y silencioso hidalgo, veinticinco años mayor. Ni se le hubiera pasado por la mente suponer que, como aconteció para su desventura, después de bendecida la boda por Fray Pedro de Fajardo, no volvería a ver a su hija, ni sería alcalde, ni regidor, ni nada más que un pulpero amargado y decepcionado de la calle de San Cosme y San Damián.

Entre tanto, ignorante de las maquinaciones del sino adverso, paseaba con magnífico porte entre las negras asombradas, y distribuía con rumbo inaudito los vasos de vino de Santa Fe.

Poco tardó Leonor Montalvo en saber que su vida conyugal carecería de ciertas satisfacciones esenciales. Don Francisco, a pesar de que hubiera podido ser su padre — ¡ay, no, que nunca hubiera podido serlo!—, no le disgustaba. Elegante, señoril, pausado, con un tic nervioso en el ojo izquierdo, era distinto de cuantos hombres había conocido en la tienda de San Cosme y San Damián. La halagaban el interés que en él había suscitado y los obsequios con que la colmó durante su noviazgo breve. Las mocitas del barrio abrieron tamaños ojos, cuando les enseñó las ajorcas de turquesas y los

Librodot

pañuelos de randas y la cadena de diamantes que había sido de los mayores de Montalvo. La niña extrañó apenas a los guitarreros que noche a noche se apostaban frente a las rejas de la pulpería para cantarla. Filomeno le había hecho comprender que junto a Don Francisco gozaría de halagos muy superiores a los que le brindarían esos pobres tañedores de vihuela, mal pesara a sus cinturas ceñidas y a sus ojos lánguidos. Sería una de las primeras damas de Buenos Aires. En las corridas de toros y en las fiestas patronales, estaría en el estrado de la plaza cerca del gobernador, haciéndose aire con el abanico. ¿Era posible ambicionar más bella suerte? Turbada por los razonamientos de su progenitor; por el majestuoso empaque del caballero, que cuando hablaba olvidaba una mano en el pecho, como los modelos de los retratos antiguos; por el titular de las piedras sobre su seno adolescente y por la envidia mal encubierta de sus amigas, no quiso oír a su madre, la sola vez que, tímidamente, trató de mostrarle la otra cara de su casamiento desigual.

Ahora discernía el porqué de los desvelos maternales y percibía el alcance de sus reticencias avergonzadas. Don Francisco, tras de encender su sensualidad, no había añadido leñas a las brasas juveniles. Humillado, el prócer se encastilló en una cólera sorda de la cual sólo salió las contadas ocasiones en que tornó a ensayar el gesto inconcluso.

Percances de esa índole atormentaron la existencia de Don Francisco Montalvo. Enardecido por la niña de dieciséis años que le deslumbró en la sordidez de la pulpería, había creído que ella pondría punto a sus desesperaciones, y que a su vera recorrería sin tropiezos el camino riesgoso. No lo quiso el destino. Por eso el hidalgo tamborileaba irritadamente con los dedos magros en las talladas columnas del lecho matrimonial donde la muchacha fingía dormir. Por eso caminaba de largo a largo en el patio porteño, mientras se apagaban las estrellas. Por eso los tirones del tic le torcían el rostro en sus paseos solitarios.

Su preocupación más cara cifraba en que sus derrotas no se difundieran. Temía más al comentario aldeano que a las derrotas mismas. Tal fue el motivo por el cual, sin darles explicaciones, prohibió la entrada de su casa al pulpero y su mujer. Las gentes supondrían que lo hacía porque su orgullo no toleraba la familiaridad de tan modestos parientes. Mejor así. Mejor que le imaginaran cegado por fatuos prejuicios, que...

Filomeno Castillo no intuyó el escondido móvil del alejamiento. Tenía demasiada salud para descubrirlo. Como no le convenía dejar traslucir su destierro de las salas del yerno ilustre, inventó, a uso de su clientela, una intimidad inexistente esmaltada de visitas ilusorias. Su esposa sí presintió la causa verdadera pero, amordazada por treinta años de silencio, se limitó a ahondar los suspiros nocturnos, en la cama grande como un carruaje hasta la cual llegaba el mezclado olor de viandas y licores.

En Don Francisco la desazón presto se volvió manía obsesiva. Las caminatas lunares en el patio blanco, alrededor del aljibe, contribuyeron a su extravío. Pensaba y repensaba que algún otro

vendría, tarde o temprano, a robarle la fruta zumosa que guardaba en la despensa y que se burlaba de su boca sin dientes. Le veía riéndose de él y ¡ay, ay, ay! realizando con naturalidad feliz los ritos que esa misma Naturaleza le vedaba.

Pero no; él sabría defender lo que si no era suyo no sería de nadie. Su insatisfecha pasión conservaba intacta la llama primera, la llama prendida la tarde de verano en que el azar le condujo a la pulpería de Filomeno Castillo. Se llevaría a Leonor lejos de Buenos Aires. La enclaustraría con verjas y cerrojos. El vulgo no sospecharía su secreto. Otras mujeres españolas vivían así, como esclavas árabes, en el aislamiento de las suertes de tierras distantes.

Su amigo el capitán Don Domingo de Acassuso edificaba a la sazón una iglesia, cumpliendo un voto, a cinco leguas de la ciudad, frente al Río de la Plata. Crecía en torno una población titubeante, que empezaba a llamarse San Isidro en homenaje al santo labrador a quien estaba consagrada la capilla. En 1718, un año después de su boda, Montalvo adquirió allí una propiedad sobre la barranca, con límite de mojones en el camino del fondo de la legua. En seguida se dedicó a alzar la casa segura, la remota pajarera para el pájaro cuyas alas se tornaban diariamente más ágiles, más trémulas en su ansia de vuelo.

Don Francisco Montalvo acertó en la elección del lugar de su retiro. Era un sitio encantador en el que quince años antes se había levantado la choza de un torero que murió ermitaño y en olor de santidad. Bosquecillos de talas, de espinillos, chañaros, sauces y durazneros cortaban la aspereza del pasto puna. Más allá, hacia la ondulación gentil de las lomas, trepaban las huertas con zapallos, con melones y sandías. En los contornos, las chacras desplegaban sus sembrados irregulares, con algunos ranchos dispersos. Como grises tropas de paquidermos, grupos de ombúes erguían su robustez sobre la gracia de las margaritas, de las azucenas silvestres, de los cardos.

En medio año de trabajo la casa estuvo pronta. Era sobria y amplia. La parquedad de sus muros de adobe crudo y ladrillos, azucaradamente enjalbegados, sólo se alegraba con algún leve alero de tejas, con las rejas de barrote cuadrado, con los goznes de las puertas de tableros cuarterones. En breve una santa rita empezó a abrazar sus paredes.

Si sencilla exteriormente, propúsose Don Francisco que la finca fuera, en su interior, digna de su calidad. En el salón de baldosas puso el estrado y sobre él, pintadas por un indígena, las armas de los Montalvo, pues se preciaba de su parentesco con el señor de ese apellido que fue gobernador de Cuba, caballero de Santiago y alguacil mayor de la Inquisición de Granada.

En ese vasto salón vacío transcurrió buena parte de las horas de Leonor. Vivía en el siglo XVIII como una dama del XIII o del XIV, y a la verdad tan irreal era su existencia como las que se

Librodot

deslizan en el fondo de los tapices con follaje, entre unicornios, tréboles rojos y arvejillas multicolores.

Un ejército de esclavos andaba por la quinta. Don Francisco siempre tenía que ordenarles algo, ya se tratara de la plantación de vides nuevas, de la construcción de corrales para las vacas, de la tala del sauzal. Una vez por mes iba a Buenos Aires y en tres o cuatro oportunidades se aventuró hasta Córdoba, por sus negocios. Leonor quedaba al cuidado de dos fieles negros de Guinea, dos bufones sonrientes que acudían como perrazos a los nombres de Don Sacristán y Don Fermín. Pero la ausencia del amo apenas se prolongaba. A poco ya estaba de regreso, con algún regalo para su mujer. Con fútiles pretextos habían rechazado los cargos que se le ofrecieron, para que nada lo alejara del casón.

Así pasaba la cadena de los días iguales. Nadie les visitaba. La cancela permanecía cerrada siempre. Los domingos asistían a misa en la iglesia de San Isidro, y Leonor iba tan rebozada que ni siquiera se adivinaba la hechura de su cuerpo. El resto de la semana la niña ambulaba por su prisión de la barranca, perdido el mirar en un cielo de pájaros fugaces. Conocía de memoria el número de estrellas doradas que decoraban el manto de los tres Reyes Magos, en el óleo quiteño colgado en el salón. Sabía con exactitud infalible cuántas plumas formaban la cola del cisne y la de la paloma que sustentaban los sahumadores de oro. Podía decir, con sólo escuchar el roce de los pies desnudos en el patio, cuál de los esclavos lo cruzaba. Así día a día... el canto de la calandria, el canto del benteveo, la voz gangosa de la mulata, la aguja en el bordado interminable, el mate, el gato acurrucado al sol, los talas bañados por la lluvia, la boca estúpida de Don Sacristán, los ojos de Don Francisco Montalvo, con ese su perenne sufrimiento...

Hasta que la niña ya no fue la niña sino una hembra esplendorosa, y ésta, mujer madura, y el hidalgo comenzó a encorvarse y a requerir más y más el socorro del bastón de puño de plata, para sostenerse.

Leonor Montalvo era como su casa de San Isidro: la uniformidad de su recato exterior disfrazaba lo que dentro escondía. Agarrotada por un marido celoso, cuidada como un objeto frágil, no dejaba aflorar las tempestades de su ánimo. Aprendió de Don Francisco a pronunciar sólo las palabras ineludibles. Cruzaba como una sombra las galerías y nadie, ni su esposo taciturno, ni las negras que alrededor remendaban infinitos lienzos, hubiera podido penetrar qué pensaba, qué soñaba, ni presentir en las líneas leves que empezaban a marcar su frente lisa la huella de una protesta contra la vida monjil que le había deparado la suerte.

Librodot

En 1748, cuando el hidalgo contaba setenta y dos años y parecía un fantasma de aquel que seis lustros antes había alumbrado las aspiraciones del ya difunto Filomeno, un ataque postró a Don Francisco. El físico que acudió de Buenos Aires con más pompa que luces, declaró que se había roto un canal en su cerebro. Aconsejó reposo pues las consecuencias podrían ser fatales. Y se volvió a la capital en su jaca tatuada de mataduras.

Inmóvil en una silla frailuna con respaldo de vaqueta que le llevaron al estrado, el caballero semejaba una imagen más entre las que ornaban las paredes en el chisporroteo de los candiles. La parálisis ligaba su cuerpo. En la cara angulosa sólo vivía el tic del párpado izquierdo. Al crepúsculo le transportaban a su lecho de madera de jacarandá.

Dos días corrieron así. Leonor no se separaba de él. A los cuarenta y siete años, escasos rastros le quedaban de la belleza que conmoviera a Don Francisco. Pesada, empastada, ablandada por los dulces y la molicie, nadie hubiera reconocido en aquella lenta mujer de ojos duros a la niña que vendía higos y bizcochos tras el mostrador de la pulpería, y que cuando todos dormían arrojaba una diamela a los guitarreros. Cosía desganadamente, entre las esclavas sentadas a la redonda en el piso. De tanto en tanto una atizaba el brasero y a su resplandor cobraba tintes siniestros la facha del castellano, con la faz inexpresiva convulsionada por el temblor nervioso. El miedo helaba a las negras. Siempre habían temido al señor Montalvo, pero ahora su pavor se transformaba en algo más denso y más profundo. La señora suspiraba y cortaba un hilo con los dientes. En el atardecer de otoño, tiritaban las campanadas de la capilla de San Isidro.

Al tercer día regresó el médico. Anunció con doctorales inflexiones que el proceso se desarrollaba bien y que si el enfermo salvaba sin sobresaltos la jornada siguiente quizá se notaran signos de reacción.

Algo más tarde vino un escribano de la ciudad. Necesitaba conversar con el amo urgentemente y se impacientaba ante Don Sacristán y Don Fermín que no abrían la cancela. Los servidores llegaron al salón con el mensaje. Quiso hablar Don Francisco pero sólo arrastró unos balbuceos. Entonces se oyó la voz clara de Leonor:

—Háganle entrar.

Vacilaron los morenos. En tan largo espacio, jamás habían recibido una orden que no emanara del propio señor. Aun más, su tácito papel de vigilantes de la dama les otorgaba una jerarquía especial dentro de la casa, fuera de su dependencia.

Leonor se puso de pie y golpeó con una mano sobre el bastidor:

—Háganle entrar —repitió.

Los negros miraron hacia el hidalgo como buscando aviso, pero sólo hallaron una fisonomía desierta.

A poco el escribano estaba allí.

Librodot

—Salgan ustedes —dijo la hija del pulpero. Y esclavos y esclavas abandonaron la cuadra, en el rumor de los géneros plegados velozmente por las manos torpes.

El funcionario quedó más de una hora en el estrado. De hito en hito parpadeaba hacia el muñeco que presidía la absurda reunión. Explicaba las ventajas de comprar una estancia vecina de la propiedad de Córdoba. Leonor le dejaba discursear más por el placer que la situación le procuraba que porque comprendiera los argumentos. Los ojos de Don Francisco brillaban como carbones en su cara muerta. Ella sentía, por primera vez en más de un cuarto de siglo, la delicia del poder. La aspiraba con fruición, como un perfume fuerte mezclado al del benjuí que ascendía del brasero.

El escribano repetía cifras y desplegaba sus papelotes con harta rúbrica. Dijérase que él también se había desembarazado de aquel señor tiránico, encadenado ahora a su sillón.

Leonor se puso de pie nuevamente:

—Compre vuesa merced la estancia —dijo recalcando las palabras como si las saboreara—. Yo sé que ése es el pensamiento de Don Francisco.

Partido el empleado, reanudó la labor de aguja como si nada hubiera ocurrido, pero las manos exornadas de anillos le temblaban sobre el lienzo y por momentos se le acortaba la respiración.

Aquella noche acostaron a Don Francisco más temprano que de costumbre. Una hora después reposaba el caserón. Sólo se escuchaban las canciones de los negros en los ranchos de la servidumbre, hasta que Leonor las hizo callar también. La voluptuosidad de disponer, de ordenar, tras una vida de sojuzgamiento, la embriagaba como una droga. Ya no se oyeron en el silencio plomizo más que los graznidos de la lechuza atraída por las velas que iluminaban el aposento.

A los pies de la cama, Leonor desenroscaba un rosario de amatistas. Su sombra cuadrada, maciza, se volcaba sobre las esteras del suelo. Hundido en los almohadones, el viejo la espiaba. Meditaba la señora. Su vida entera desfilaba por su imaginación como pasaban por sus dedos las cuentas cristalinas. La veía en sus detalles ínfimos. Y del fondo de su ánimo se levantaba por fin la rebeldía, como un perro castigado que muestra los dientes. En la penumbra del aposento donde revoloteaban los insectos fúnebres, otras sombras se sumaban a la suya, apenas entrevistas. Estaban allí el burlado comerciante de la calle de San Cosme y San Damián y su mujer llorosa, y los mozos que improvisaban al compás de la vihuela, y otros, otros muchos incorporados a su vida oscura. Cuanto podía haber aprendido junto a Don Francisco, de cortesanía, de sobriedad orgullosa, cedía y caía en mil pedazos, ante el sordo bullir de su mezquindad de hembra criada en la trampa de la compra y venta, y en la ley del trueque con monedas muy mordidas arrojadas sobre las tablas entre naipes y vino turbio. El aire se tornó asfixiante con tanto espectro. Leonor abrió de par en par la ventana sobre el patio que oreaba la brisa.

Sus pesadillas de treinta años de represión, cuanto había hecho y no había hecho desde que Don Francisco la sacó de la miseria, flotaban en el cuarto con olor a pociones. ¿Sobreviviría

Montalvo? ¿Recobraría la autoridad? ¿O se iría esa noche para siempre, atravesando las rejas de la ventana? ¿Y si partiera para el viaje tenebroso, era justo dejarle ir así, con la sensación del triunfo? ¿Qué significaban las recientes tentativas levantiscas de una mujer domeñada hasta hoy, junto al peso de una vida cercenada por la impotencia? Nada... nada...

Insensiblemente, como quien piensa en voz alta, comenzó a hablar...

Afuera, a la noche prieta sucedieron los tintes del alba con el piar de la pajarería, y Leonor Montalvo no había callado aún. Una anécdota ensamblaba con la otra. Sus palabras se atropellaban ansiosas, como si temiera no disponer del tiempo necesario para redondear las frases. Animábanse las pausas de silencio con imágenes surgidas de los rincones, o venidas de distantes aposentos, o, más lejos todavía, del camino de la costa y de Buenos Aires.

El caballero parecía un leño que ardía sin crepitar, un leño podrido al que las llamas iban vaciando por dentro, comiéndole el corazón. Aleteaba su párpado. Hubiera querido apretarse las manos en los oídos, imprecar, rogar, pero nada era posible. El veneno se filtraba por su piel mustia y alcanzaba a las venas y ascendía por ellas, hirviendo, hacia la cabeza loca. Y todo el tiempo los insectos de coraza tétrica revoloteaban en su torno.

Leonor hablaba como una poseída, confesaba las minucias más horribles, sin retroceder ante aquellas que hubieran espantado a las señoras y también a los señores del claro linaje de Montalvo, en la casa patricia de Segovia. Dijérase que las paredes la escuchaban y los muebles de noble cordobán y las cuatro columnas plantadas como cuatro centinelas en las esquinas del lecho sin amor. A veces, incapaz de permanecer en la silla, la señora caminaba por la habitación malsana, ahuyentando a las bestezuelas rezongonas.

¿Qué no dijo en las horas tendidas hacia el amanecer? Las traiciones, una a una, representaron en el aposento sus escenas infames, que ella declamaba cambiando el tono y exagerando el ademán. Y entre unas y otras enlazábase el ritornelo de las acusaciones irónicas y sañudas al hombre incapaz de hombría. Don Francisco vio con nitidez al guitarrero más joven y más hermoso de la pulpería conducido por sus negros hasta el cuarto de Leonor, durante uno de sus viajes a Córdoba. Vio al buhonero andaluz que, aprovechando una de sus ausencias a Buenos Aires, había conseguido deslizarse al estrado, con sus baratijas. Quedó allí la tarde y a la noche todavía no había partido. Vio, a medida que transcurrían los años, a los esclavos robustos de Angola — ¡sí, los mismos negros, los mismos negros!— buscando con el labio goloso el pecho blanco del ama, entre las cortinas de la cama enorme. Y así... y así... Estremecíase el salón con el chasquido de los besos, con las risas lascivas, con los quejidos pecadores. Ahora, mientras estallaba la fanfarria de los gallos en la huerta, la orgía culminaba con la estampa grotesca de la matrona acosada en su otoño por Don Sacristán, el esclavo idiota.

Librodot

Como un reloj que se para, roto el mecanismo, detúvose el tic que desencajaba el ojo izquierdo del hidalgo. La hija del pulpero continuó gritando, desbocada, azuzada por la histeria.

De repente, la inmovilizó el terror. Fue como si el muerto hubiera recobrado el dominio. Entonces, inesperadamente ágil, la gruesa mujer huyó por los corredores hacia su alcoba. El eco de sus mentiras la seguía, rebotando en las puertas, entre el zumbido de los abejorros y de los insectos peludos escapados de la habitación.

VI

EL CAMINO DESANDADO

1755

Los cuatro escribientes del Marqués de Valdelirios admiraban al embajador. Copiábanle la elegancia de la casaca y de la chupa; el ademán con que tendía la caja de rapé; el arte con que pasaba las uñas pulidas sobre los encajes de la chorrera; la tos falsa; la afectación de los "¡o là là!" franceses, y sobre todo las frases, las frases burlonas de gran señor incrédulo para quien la religión es cosa femenina, cuento de viejas. Y el que más ahínco ponía en imitarle era Sebastián Valdés. A los veinte años, dábaselas de voltairiano sin haber leído a Voltaire; levantaba el lente con desenfado igual al de su amo, para mirar a las niñas en la Plaza Mayor, y escribía unas sátiras anónimas en las cuales quien peor parada salía era la gramática.

Los cuatro escribientes se habían formado en la escuela del escepticismo mundano. Su modelo, el Marqués de Valdelirios, se afanaba de ser amigo de francmasones y enemigo de jesuitas. Desde que llegó a Buenos Aires, con el cargo de comisionado español para entender en la aplicación del Tratado de Madrid, no cesó de hostigar a los hijos de San Ignacio. Según el convenio, debían entregarse a los portugueses algunas de las misiones más florecientes de la Compañía, a cambio del definitivo dominio sobre la Colonia del Sacramento. Fácil es imaginar el revuelo que se armó. Los indios, secretamente aguijados por los padres, se levantaron en guerra. Cartas fueron a la Corte y vinieron de ella, mientras se destruían las reducciones de piedra roja, se incendiaban las cosechas y corría la sangre. El Marqués se desesperaba. Hubiera dado su título por regresar a los halagos de España o de su Perú natal, y no se lo permitía la situación de las misiones convulsas. Protestaban lusitanos y españoles: corregían los dibujos cartográficos, argüían con brújulas y compases. Y vuelta con las epístolas y las memorias...

Librodot

De vez en cuando, el señor de Valdelirios salía de caza o jugaba unas partidas interminables de revesino y, entre un escopetazo y otro o el barajar de los naipes, destilaba su hiel inventando motes para el general de la Compañía de Jesús.

En torno aplaudían los cuatro escribientes. Su labor era holgada junto a un diplomático perezoso. A cada instante el caballero detenía el dictado de un informe, complicado por los vocablos guaraníes, para introducir una pulla. Los muchachos le hacían coro, tosiendo como él, haciendo como él unos gorgoritos más propios del salón del Oeil-de-Boeuf de Versalles que del desnudo aposento blanqueado con cal en el que se desarrollaba la flaca tarea.

Uno de los temas que más seducían al Marqués era el de la Inquisición. Habíanle contado sus espías que un jesuita había escrito poco antes al Padre Arroyo, procurador de provincia en Europa, urgiéndole la necesidad de establecer un tribunal del Santo Oficio en Buenos Aires, pues la distancia que mediaba con el de Lima debilitaba la acción celadora.

Valdelirios se echaba hacia atrás en el sillón barroco y se abanicaba con el pañuelo de Malinas. El rigor veraniego de ese año de 1755 le había obligado a quitarse la casaca bordada con hilos de plata y lentejuelas. A pesar de la incomodidad estaba de muy buen talante. Reía: —O là là! O là là!

Le habían contado también que los de Loyola trazaban cuadros tétricos del poder que la hechicería había alcanzado en el Río de la Plata. De escucharlas, todo el territorio era un enorme hormiguero de brujos. Y volvía a reír:

—Parece, señores, que el Diablo anda a su gusto por estas tierras calientes. ¿Sus mercedes le han visto por ventura? Yo creo que le ocultan en alguno de sus armarios de jacarandá los padres de la Compañía y que de noche le sueltan para que haga de las suyas. Eso sí, el pacto le obliga a regresar al alba a su residencia de San Ignacio, y el Diablo siempre cumple. Allí le encontrarán sus mercedes de día, cuando hayan menester de él.

Sebastián Valdés aprovechó el humor del peruano para dejar la pluma y formular el pedido que le habían confiado sus compañeros. ¿Podían disponer de la jornada siguiente para ir a cazar perdices del lado de las lomas de San Isidro? ¿No quisiera acompañarles el Señor Marqués?

Valdelirios hizo revolotear como pájaros los encajes de sus puños. ¿A los Montes Grandes en el calor de diciembre? ¡Qué disparate! Que fueran ellos en buena hora, si les divertía. El embajador quedaría en su hamaca de almohadones con alguna bebida fresca y el ejemplar de los cuencos de Monsieur Jean de La Fontaine que guardaba muy escondido.

Ya cerraba las carpetas timbradas con su corona y llenas de fórmulas sutiles escogidas para no comprometer su opinión.

—Si el Diablo llega me encontrará acostado como un bendito. El fabulista me ayudará a conjurarlo. Es un exorcizante eficaz, por amistad con el zorro.

Librodot

Los cuatro escribientes cazaron la tarde entera en las lomas de grácil ondulación. Hincháronse de perdices sus morrales de flecos. Sólo su juventud pudo resistir un fuego como el de ese día. Escarlatas, sudados, por instantes recordaban su condición de secretarios de Valdelirios y el aprendido melindre resultaba más absurdo en contraste con su facha en desorden. Pero pronto olvidaban el fingimiento y se llamaban en el estruendo de la escopetería para mostrarse los trofeos cobrados. A quienes no olvidaban era a las botellas de vino de Guadalcanal y de Esquivias que les había regalado el Marqués para alegrar el asueto. A cada minuto estaban dándoles unos sonoros besos enamorados.

Resolvieron regresar con el crepúsculo. Iban al tranco de sus cabalgaduras, cantando una irreverente canción francesa que pronunciaban muy mal. Balanceábanse en las sillas, más por el efecto del alcohol que por el zarandeo del paso. Cuando avistaron el río que se extendía como una fina lámina de nácar, propuso el menor de los cuatro:

—¡Qué bien nos viniera un chapuzón! Vamos a bañarnos por favor, caballeros, y seguiremos viaje a Buenos Aires en la noche.

Aprobaron los otros bullangueramente. El único que se resistió fue Sebastián, que era por cierto el más bebido. Decidieron dejarle descansando, mientras gozaban del agua fría.

La sombra descendía con rapidez. A un lado del camino, encendiéronse luces en el blancor de una casa principal.

—Aquí vive —informó el único criollo de la compañía— Doña Leonor Montalvo, viuda de Don Francisco, quien murió siete años ha. Lo sé porque mi padre, escribano de los señores, me trajo alguna vez. Al viejo le recuerdo también vagamente. Ponía un miedo terrible. Siempre estaba guiñando un ojo, el ojo izquierdo.

Y le remedaba como un bufón, haciendo muecas que avivaban las carcajadas de sus amigos.

—Pues aquí nos quedaremos —dijo otro—. Doña Leonor Montalvo no lo sabrá si bajamos la barranca con precaución. En cuanto al viejo del guiño, si está muerto no vendrá a guiñarnos.

Ahogando las risas, ataron los animales a un aguaribay que volcaba su llovizna a un costado de la carretera. Luego, con el índice en los labios, se introdujeron en la quinta. A cien metros de la casona, un tala tan torturado y antiguo que parecía carbonizado por la centella, elevaba su ramazón de víboras como un Laocoonte negro. Allí se tumbó Valdés y se desvistieron los muchachos. Pronto desaparecieron entre los matorrales, rumbo al río.

Librodot

Sebastián creyó que había dormitado una hora en el cabeceo de la ebriedad, pero en realidad fue cosa de momentos. Un rumor de voces crecido a su derecha le despabiló milagrosamente, arrancándole a las nieblas del vino. Aguzó el oído y distinguió una melopea contusa, gangosa, imprecisa, algo como un canto de iglesia que resonara en la lejanía. Reptando como un lagarto, se deslizó hasta el lugar de donde surgiera. Apostándose tras la corpulencia de un ombú vio, en un claro de la maleza, el resplandor de brasas. Había sobre ellas una caldera ventruda y, a ambos lados, dos hombres.

Valdés apartó delicadamente el follaje, y la extraña escena se le ofreció, herida por los reflejos de la hoz de la luna que allá arriba segaba nubes. Uno de los hombres —el que canturriaba— era negro y estaba semidesnudo. El otro era indio. Vestía el miserable chiripá de los peones y se arropaba con un poncho ceniciento. Sentábanse los dos en cuclillas. Mientras el africano modulaba su rezongo, su acompañante arrojaba en la olla manojos de hierbas de un haz que a su vera tenía. Hirvió el agua y un humo espeso se alzó de la marmita balbuciente.

El negro hamacaba el torso. En las pausas de silencio, el indígena murmuraba una invocación:

—¡Mbaé! ¡Mbaé!

Sebastián recordó que los guaraníes llamaban así a los espectros, y una serpiente helada le corrió por el espinazo. De las frases entrecortadas del esclavo, nada comprendía. Abiertos los brazos en cruz, en blanco los ojos, el negro se había puesto de pie. El indio le siguió y hundió en la cocción maléfica las últimas ramas. Cuando las alzó al brillo lunar, el muchacho advirtió que afectaban formas fantásticas de miembros y de rostros humanos.

Quiso volver a su refugio del tala, pero el temor le clavó en su sitio. Temblando, se inclinó en el escondite.

El humazo retorcía su columna. Con la frente en la tierra, el negro y el indio oraban. El mismo vaivén conmovía sus espaldas y sus cinturas. Sebastián comprendió que ambos rogaban, urgían a sus respectivos dioses. Como en un fogonazo, vio la estampa cortesana del Marqués de Valdelirios haciendo mofa de la hechicería rioplatense. A esa imagen se sumó la memoria desazonante de cuanto había escuchado, durante sus cuatro años de permanencia en Buenos Aires, sobre los brujos que pululan en el Tucumán y en las riberas de los anchos ríos litorales y acerca de los conjuros secretos de los esclavos reunidos en las cocinas solariegas, a hurtas de los señores. A escasos metros, en un hueco de la barranca de San Isidro, tenía la prueba de la veracidad de los relatos que excitaban el regocijo del embajador. Esto era más terrible que cuanto se podía imaginar, por la suma de esfuerzos tenebrosos que significaba la conjunción de dos magias distintas: la negra y la guaraní.

Librodot

El humo empezó a palidecer, y el grito ronco de los nigromantes sofocó su propia exclamación. La columna de vapores se extendía como una cortina tenue y detrás, por el borde mismo de la loma que vigilaba el río, avanzaba una figura. Era la de un anciano hidalgo encorvado sobre su bastón. A Valdés le bastó el tic que torcía su ojo izquierdo para saber de quién se trataba. Con los cabellos erizados, vio alejarse el fantasma de Don Francisco Montalvo. Añadía al espanto de la aparición el hecho de que la materia indefinible que la integraba, vibrara, oscilara, según los caprichos de una brisa inexistente que por instantes la desflecaba, la descomponía, y tornaba a armar su perfil fugaz.

Una enredada algarabía sucedió al espectro, a modo de un galope apagado. En pos de Don Francisco se precipitaron varias figuras borrosas que Sebastián no distinguió al principio, ya ensanchadas, ya reducidas, hasta que una a una se corporizaron, se delimitaron, más allá del velo trémulo. Iba primero un mendigo arrebujado en una capa sembrada de lo que, a la distancia, se dijera estampas del santoral. Dos fabulosos seres, coronados los cuerpos desnudos por bestiales cabezas de toro, acosaban al desgraciado con sus cuernos y le obligaban a huir. Seguíalos una pareja de muchachos desgreñados, uno de los cuales tenía un cuchillo hincado en el corazón. Luchaban enloquecidos y sus ojos encendían y apagaban relámpagos, como luces de cocuyos, en el cendal de humo transparente.

El negro y el indio, que habían quedado inmóviles, no resistieron más. Escaparon como liebres a campo traviesa hacia los ranchos de la servidumbre. El escribiente de Valdelirios hubiera querido hacer otro tanto, pero sus piernas rígidas se negaron a obedecerle. Se aferró al tronco del ombú para no caer, y cerró los ojos, pero la curiosidad sobrepujó al miedo.

Ahora atravesaba la soledad de la barranca un monstruo feroz, mezcla de hombre y de lobo. A la zaga surgió una africana adolescente de maravillosa hermosura. Una jauría de perros cimarrones la perseguía, hundiendo los colmillos filosos en sus piernas descarnadas, en sus pechos diminutos y sangrientos. Su cuerpo era una llaga roja.

Todos esos trasgos se dijeran arrancados al trasmundo, desgarrados de él y de su impenetrable paisaje. Llevaban adheridos fragmentos de otros seres del más allá, que quizá no habían podido rehusarse totalmente a acudir al imperioso reclamo de los invocadores; ya esfumadas cabezas que asomaban sobre sus hombros; ya garras cortadas que se prendían de sus miembros y de sus vestiduras, en el vaivén que pudría y reconstruía las imágenes.

Por la mente alucinada de Valdés cruzó la idea de que esos personajes de pesadilla habían habitado alguna vez el suelo que esa noche volvían a hollar con pies de bruma. Acaso los hechiceros, con su doble agorería, hubieran desconcertado los misteriosos mecanismos del reloj del tiempo, cuyas agujas extraviadas desandaban el camino velozmente. El negro y el indio habían puesto en marcha a fuerzas pavorosas, al tocar sin proponérselo quién sabe qué resorte nefando, y habían

emprendido la fuga abandonándole a él, aterrorizado testigo, en medio de las formas desencadenadas.

Indios pintarrajeados con bárbaros añiles colmaban ahora el escenario con sus ademanes. Combatían con españoles y entre ellos. Se mataban. Otros indios les sustituyeron, cada vez más crueles, cada vez más deformes, hasta que ya no parecieron criaturas racionales.

Por fin renació la calma. Sólo se oía la crepitación de la olla infernal. Valdés creyó que el maleficio había terminado. Suspiró hondo y se pasó la mano mojada por la frente. Pero todavía faltaba para que concluyera el tormento.

Comprobó que el humo se tornaba más opaco. Un golpe de brisa candente lo sacudió y bajo su cortina se dibujaron algunos árboles achaparrados, extravagantes, demoníacos, anteriores a toda flora normal. Se agitaban como si estuvieran dotados de torpe movimiento. Desde su apostadero, Sebastián asistió a sus abrazos larvados, a sus acoplamientos monstruosos, a sus luchas tenaces y calladas, en las que la savia manaba como sangre. Las flores mismas semejaban inmensas tortugas hambrientas. El miedo, sólo el miedo aleteaba en el espíritu de Valdés. ¿Qué más, qué más podía ver, Dios mío? ¿Qué más le recelaba el desbocado galope del tiempo hacia la nada primera?

Coagulóse otro lapso, más hondo, de silencio. Bramaba la marmita y la luz se deshacía en irisados tonos submarinos. Formas nuevas se descolgaban de las plantas lascivas y caían al suelo. El muchacho las tomó por grandes gusanos blandos y viscosos, que caminaban contrayendo los anillos. Tenían por extremidades una suerte de manitas cortas y en la cabeza peluda se esbozaba el contorno de una cara inexpresiva, casi humana, en la que burbujeaban a flor de piel los ojos redondos. Arrastrábanse sin hacer el menor ruido y de tanto en tanto se erguían, rampantes, sobre las patas traseras.

Sebastián observó que, a diferencia de los restantes pobladores de su terrible aventura, las gigantescas lombrices se adelantaban con la mirada fija en él. Sí; sin duda alguna el ramaje del ombú no representaba una muralla verde para la penetración de aquellos ojos tan glaciales como sardónicos. ¡Iban hacia él, iban hacia él las bestias inmundas, impulsando con sordo rumor sobre la hierba los cuerpos lechosos! Pronto llegarían a la vasija en cuyo seno nacían los vapores mortales; después, muy poco después, le rozarían con sus babas, le ceñirían con sus manos sin uñas contra los cuerpos fofos, repugnantes.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para romper el sortilegio y, dando un salto, se plantó junto a la caldera, apenas a unos pasos de los gusanos blancos que ganaban terreno lentamente. Ya se alzaban, amenazadores, y Sebastián vio sus vientres rosados con una segunda cara maligna tatuada en el centro. Asiéndola con ambas manos, volcó la pesada olla de barro. Sus bordes se quebraron y el líquido nauseabundo se derramó sobre el pasto, entre trozos de ramas que parecían los restos de un festín de caníbales. Sin mirar hacia atrás, lanzando un alarido, huyó a su vez.

Librodot

Cerca de la casa, al abrigo del talar, aguardábanle sus tres camaradas, listos para partir. Cuando, extenuado y tartamudeante, quiso referirles su insólita experiencia, le forzaron a callar, tapándole la cara con las manos, inquietos de que diera la alarma a los criados de Doña Leonor. Le empujaron hasta las cabalgaduras. Reían por lo bajo, asegurándole como a un demente, y se repetían que nunca imaginaron que el vino de Guadalcanal produjera tales efectos. Él se debatía, desesperado, desorbitado. En vano les señalaba hacia el ombú sombrío; en vano pugnaba por suplicarles que fueran allá todos juntos, pues detrás de su copa se había abierto una hendidura en la última puerta, la que conduce a los supremos arcanos. No le dejaban respirar. Le ahogaban con los brazos robustos. Reían como niños, paladeando los comentarios ingeniosos que el Marqués dedicaría al incidente. Y cada vez se alejaban más del secreto.

VII

LA MÁSCARA SIN ROSTRO

1779

El coche de Doña Leonor Montalvo entró en Buenos Aires con gran estrépito. Adentro, derrumbada en los almohadones, la gruesa señora no volvía en sí. Catalina, la mulata, le hacía aire con un abanico. Sus guantes verdes se agitaban como saltamontes. De tanto en tanto, temerosa de que su ama se muriera, asomaba la cabeza a la ventanilla e insultaba al negro Clavel. Iba éste montado en una de las mulas delanteras, en el revuelo de las borlas de lana amarilla que eran su orgullo, y casi no la oía. Su traje escarlata se había manchado con el barro del camino y el tricornio se le ladeaba peligrosamente sobre una oreja. Azuzó con largo grito a las dos yuntas y el carruaje pareció cobrar bríos nuevos, mientras brincaba hacia la Plaza Mayor.

El viaje desde San Isidro había sido terrible. No tenía fin la carretera de la costa, sembrada de baches y de pantanos nauseabundos en los que flotaban los cadáveres de las vacas ahogadas. Sacudido locamente, el coche cubrió sin etapas las cinco leguas. Más de una vez estuvieron a punto de regresar a la chacra. Así lo hubieran hecho Catalina y Clavel, de no mediar la orden imperiosa de Doña Leonor.

A los setenta y ocho años, la dama había sentido como un aguijón el deseo impostergable de ver a Rosario Bermúdez, su única parienta como viuda de un sobrino de Don Francisco Montalvo.

Librodot

Durante la última parte de su vida de reclusión, la señora había tratado de atraer a aquella deuda por alianza sin conseguirlo. La muchacha se escurría de su abrazo fofo. En dos lustros, apenas apareció por la quinta. Para verla, Doña Leonor debía emprender el viaje de infinitos cansancios, cada vez más difícil a medida que el tiempo transcurría y aumentaban sus achaques. Esperando seducirla, la señora le había insinuado que sería la heredera de su fortuna, sin que la promesa velada contribuyera a modificar su relación. Rica ella misma, hermosa, independiente, Rosario Bermúdez eludía la intimidad. Su frivolidad y su orgullo de sangre se reflejaban en su actitud cruel hacia la hija del pulpero. Aunque no lo demostraba más que en cierto matiz del tono que enfriaba la atmósfera, cualquiera advertía que no estaban hechas para entenderse.

Pero Leonor, con un empeño que debía al linaje de mercaderes, no daba su brazo a torcer. ¡Ay! ¡Qué triste fue la vejez de Doña Leonor Montalvo! En el aislamiento del caserón aguardaba las noticias de su parienta como perfumados billetes de un amante, sin que nunca llegaran. Se las traían sus negros, que rondaban sin cesar la casa de Rosario. Cuando se enteró de la muerte de Bermúdez, por la cual vistió un luto excesivo, quiso convencerla de que fuera a vivir a San Isidro y, ante su negativa cortés, se ofreció a radicarse definitivamente en Buenos Aires, en un aposento de la casa de la Plaza Mayor. Vanas fueron sus tentativas; inútiles sus argumentos sobre las ventajas que para el buen nombre de una mujer joven y sola encerraba la presencia vigilante de una persona de edad. Doña Leonor dejó traslucir que estaba pronta a abdicar su jerarquía, y a trocarse en una acompañante, en una dueña, para su sobrina, pero no obtuvo nada.

La anciana se lamentaba estérilmente. La lejanía del objeto de su cariño avivaba el fuego de su pasión. En su vida oscura, sin amor y sin amores, caldeaba su viejo corazón la imagen distante de su sobrina. De sus visitas breves regresaba a los Montes Grandes con la visión de una belleza y una elegancia crecientes, sumada a la de un desdén que no cedía. Esas emociones la fustigaban como látigos. Rosario poseía cuanto ella no había tenido: una clara aristocracia racial que resaltaba en sus ademanes, y una vida libre, gozosa, alocada, que impulsaba las lenguas de Buenos Aires. Pocas mujeres fueron tan mentadas entonces como esta viuda temprana y opulenta. En el curso de los cinco años que sucedieron al fallecimiento de su marido, y antes de entrar en los veintiséis, la murmuración le descubrió tres enamorados felices.

Los ecos del escándalo sazonaban la imaginación de la vieja, en su propiedad de la barranca del río. Encadenada a su sillón por su inmensa gordura de hembra de serrallo oriental, pensaba en su sobrina y arrastraba una ficticia existencia de reflejos, acariciando en el aire una quimera ausente. Ni ella misma sabía cuál era la índole exacta de sus sentimientos, mezcla de envidia admirativa ante la realización en plenitud de lo que siempre había soñado; de fijación senil de una llama hasta entonces contenida; de tozudez y despecho ante el rechazo. Disfrazaba todo ello, trampeándose, con el adusto manto del deber. Desde su sillón inmóvil, anclado como un bajel en el jardín oloroso a magnolias,

Librodot

Doña Leonor se probaba holgadamente que su insistencia respondía a motivos altos. Hasta, ahondando el ardid, llegaba a argüirse que, al proceder así, borraba pasadas culpas y que el alma de Don Francisco se lo agradecería.

Seis meses habían transcurrido sin que viera a Rosario. Le escribió infructuosamente, mencionando su salud declinante, y le envió mensajeros, portadores de anchos cestos de naranjas y de piezas de terciopelo suave. La señora de Bermúdez garabateó por fin dos líneas en un trozo de papel. Declaraba que por el momento le sería imposible ir a la chacra. La vista de esas letras desiguales —las primeras que recibía de su parienta— obró como un resorte sobre el ánimo de Doña Leonor. Decidió viajar de inmediato a Buenos Aires. Los reclamos de Catalina, la pequeña mulata, de nada sirvieron. Con sus setenta y ocho años, con su obesidad, con su corazón débil, la señora sufría una vez más el golpe torturador.

Por eso iba desmayada en el coche mientras adelantaban por las calles riesgosas de la villa, que el virrey Vértiz se esforzaba por remendar. Tropezaba el rechinante vehículo, y los vecinos —en una época en que Buenos Aires sólo contaba con dieciséis carruajes— lo atisbaban detrás de las rejas, en las casas de adobe y frágil ladrillo que coronaban los parrales, los durazneros, los olivos y los campanarios de azulejos. En el atardecer de marzo, Buenos Aires disimulaba su pobreza con la suntuosidad del cielo púrpura, decorador de tapias y tejados.

Catalina, la mulata, nació en uno de los ranchos de la servidumbre, en la quinta de San Isidro. Su padre, el negro Don Fermín, había sido esclavo de los Montalvos desde que desembarcó en el Río de la Plata. La muchacha no había conocido a su madre y Don Fermín murió cuando era muy niña. Huérfana de ternura, volcó la suya, que era muy grande, en Doña Leonor. Desde su infancia, cuando la señora no había alcanzado todavía los límites de gordura que impedían sus paseos, solía acompañarla en caminatas lentas por los senderos del jardín. La viuda la miraba como a un monito travieso de aquellos que los negreros traían de África, sobre el hombro. Le divertía vestirla y aderezarla como a una muñeca. Le envolvía el cuerpo grácil, apenas dibujado, con géneros chillones; le colgaba de los lóbulos anillos con cuentas tintineantes; le regalaba fruslerías —como esos guantes verdes que ahora pasaban y pasaban, inquietos, sobre su frente lívida—, y siempre la tenía a su lado. No se percataba del hondo cariño que había despertado en ese ser callado y sonriente que le aventaba las moscas con una hoja de palma. Cegada por la obsesión de Rosario, no sabía que Catalina hubiera hecho cualquier cosa por ella.

La mulata había seguido noche a noche el progreso del mal de su ama, con esa devoción animal de la cual sólo es capaz la raza oscura. Por eso, mientras el coche se detenía con brusco tirón de riendas ante la casa de los Bermúdez, dos lágrimas temblaban en sus párpados. Sentía que su señora se le iba de entre los brazos, de entre las manecitas verdes que se aferraban a su carne blanda e impasible.

Librodot

Había en la casa inusitado movimiento. Cuando Clavel empujó la puerta, el patio apareció iluminado como un altar. A su llamado acudieron dos negros bozales de jeta estúpida. Entre todos descendieron el inmenso fardo de Doña Leonor. Fue tarea complicadísima, pues apenas cabía por la portezuela. Levantándola entre los cuatro, lograron pilotear su mole hasta el zaguán. Los esclavos hacían visajes y Catalina lloraba en silencio. De un rincón surgió una sombra espectral que se adelantó hacia la extraña comitiva. Era un hombre joven, alto, erguido, cubierto hasta los pies con su capa pardusca. Un capucho, a modo de las cogullas fraileras, le caía sobre la faz. La parte inferior de la cara se ocultaba con un pañuelo sin color. Cuando alzó la cabeza se le vieron los ojos, como carbones encendidos. Alargó un muñón vendado y con voz ronca, inhumana, imploró la limosna de su señoría. Doña Leonor se recobró vagamente e hizo una mueca de espanto. La serenó la esclava niña.

—Sosiéguese su melcé mi ama. Es el malato de San Lázaro.

La señora recordó, como en una niebla, que hacia años que se hablaba de enviar al incurable a un hospital de Lima, pero que seguía andando alrededor de la Catedral y de las casas principales. Del fondo de una pesadilla, ascendió nítido, como atravesando corrientes turbias, el rostro sin nariz y sin labios que había visto una sola vez. Un segundo vahído la hizo flaquear, y apretó los puños sobre el corazón, mientras los negros sacaban del zaguán al intruso con ademanes destemplados.

A medida que recorrían los salones con su enorme carga, Catalina notaba signos de que allí se preparaba algún acontecimiento singular. La plata y los cristales arrojaban chispas. Sobre una consola, alineábanse los mates de oro. Ardían los pebeteros. Los últimos jazmines languidecían en los vasos transparentes. En una mesa larga, lujosa, aprestábase un convite para muchos invitados. Depositaron a Doña Leonor en un sillón que gimió bajo su peso. La respiración se le acortaba y una palidez letal se le extendía sobre los pómulos hinchados.

Por la puerta del estrado surgió, como en un paso de comedia, Rosario Bermúdez. Catalina, que la odiaba y celaba, pues intuía cuánto había hecho padecer a su señora, no pudo reprimir un gesto admirativo. Jamás le había parecido tan bella. Vestía a la moda de la majeza española, pues se desvivía por conocer sus mudanzas más audaces. Imitaba, como informada que estaba de las usanzas de la corte, el desplante de las duquesas amigas de cantaores y toreros, con una pimienta de garbo popular y de donaire aristocrático. Llevaba una falda con volantes de tafetán que descubría el zapato escotado. Una mantilla negra, alzada por el peinetón y adornada con flores encarnadas, le caía sobre los hombros. Tenía en una mano un antifaz y en la otra un abanico. Relampaguearon sus ojos rasgados, sensuales. En un segundo abarcó la situación. Su timbre vibró, atiplado, nervioso:

—¿Qué es esto, Leonor?

—La siñola viene enfelma —musitó la mulata.

Titubeó la presunta manola. Se mordió los labios.

Librodot

—Pues es menester quitarla de aquí, Catalina. ¿Cómo pudo ocurrírsele venir en ese estado y tan luego hoy que tenemos baile? ¡A ver! ¡Álcenla ustedes!

Catalina quiso responder que su ama estaba muy mal y que lo más aconsejable sería no moverla, pero ya la habían cargado en vilo y la conducían hacia los aposentos interiores. En uno de ellos la acostaron. Salieron los negros, demudados por la vecindad de la desgracia. Agoreramente, se apiñaron en la galería. Rosario acercó el oído, con inclinación modosa al pecho de su tía. Luego curvó las cejas perfectas y volvió los ojos hacia Catalina:

—Ha muerto.

La pequeña rompió a llorar. Sin saber qué hacer, la viuda de Bermúdez contempló la figura informe que agobiaba el lecho. Le costaba discernir, perdidos en la grasa que pronto empezaría a disolverse, los rasgos que hechizaron a Montalvo hasta inducirlo a casar fuera de su medio. Se preguntó si el caballero habría sido feliz con ella y, sacudiendo los rizos, ahuyentó la imagen de lujuria que súbitamente se diseñó en su espíritu y que le mostró a la pareja enlazada, frenética, en una de las habitaciones sombrías del quintón. Ante la desaparición de su parienta no sentía ni pena ni alivio. Lo único que la desazonaba era lo inoportuno del acontecimiento. Cerró los párpados de Leonor y juntó sus manos. ¿Qué más podía hacer? Desde su marco dorado, un espejo barroco le devolvió su silueta de modelo de Goya. Halagada, distraída del percance, arqueó el talle mórbido, esbelto, y dio un toque a la mantilla.

Catalina, de hinojos junto a la cama, daba rienda suelta a los sollozos. "¡Dios mío! —pensó la señora—. ¿Quién les mandó venir aquí? ¿Por qué no quedaron en la chacra?" Miró una vez más al cadáver grotesco y comprendió cuánto había despreciado, en su fuero íntimo, a aquella mujer vulgar. Durante los últimos ocho años había palpado su presencia en torno, sin cesar, aun desde la lejanía de San Isidro, como si Leonor la anduviera espiando siempre.

Un negro despavorido, absurdo dentro de su casaca celeste, asomó por la puerta para anunciar la llegada del virrey del Río de la Plata. Rosario golpeó con las uñas el abanico.

—Catalina —dijo con voz segura—, tendremos que dejarla así. Yo no había previsto la visita y menos tan desventurado desenlace. Hay invitados. Lo mejor será no revelarles nada. Luego velaremos a la tía. Ven conmigo.

La mulata vaciló, pero la señora la sacó afuera de un brazo. Dio una vuelta a la llave de la habitación y la guardó en el seno.

—Vete al segundo patio y come algo, mujer. Más tarde hablaremos.

Se anudó el antifaz, abrió el abanico de nacaradas varillas y entró en el salón frontero de la calle, cuyos muebles de jacarandá, de caoba y de cocobolo se desperezaban en el tiritar de las velas y de los candiles.

Librodot

Aunque Don Juan José de Vértiz y Salcedo sólo la honró media hora, la fiesta resultó memorable. Un viajero apicarado que anduvo por Buenos Aires a la sazón, cuenta que las cenas de máscaras se habían introducido en la ciudad a costa de mucho expendio y apoplejías. Remedábanse con ellas los saraos cortesanos de Carlos III, quien impuso en España el gusto italiano de los carnavales. La caricatura colonial no carecía de color. No faltó nadie al convite: ni Don Antonio José de Escalada, ni los Azcuénagas, ni los Balbastros, ni Don Agustín Wright, ni Don Manuel Antonio del Moral, ni el capitán de navío Pedro de Cárdenas, ni los Aranas, ni Altolaguirre, ni Doña Josefa del Rivero, ni Don Diego de Alvear y Ponce de León, quien había arrojado un dominó azafranado sobre su uniforme rojo y azul.

Rosario Bermúdez no cabía en sí de placer. Había nacido para eso, para triunfar en un mundo de elegancias y juegos sutiles. ¿Qué le importaba que bajo los antifaces venecianos se ocultaran, en la mayoría de los casos, unos honrados comerciantes lugareños, si estaba allí la flor de Buenos Aires, mimándola, adulándola con la frase y el pestañear?

Sonaban los violines no muy justos y las parejas prolongaban la danza, mientras iban de mano en mano los sorbetes y los dulces almibarados por las monjas. ¡Cómo oprimía la diestra de Rosario su cortejante de turno, en las figuras del baile! ¡Y qué bien resplandecía la cruz de Calatrava sobre el raso del virrey! Alucinada, la dama creía hallarse en una de esas mascaradas que ha pintado Tiepolo y que le había descrito un amigo vagamundo.

Había relegado a un desván de la memoria la estampa de la muerta tendida a pocos metros. Diríase que al correr el cerrojo sobre ella lo había corrido también sobre su recuerdo. Una vez en el transcurso de la noche la sobrecogió el remordimiento, pero presto lo sacudió de sí, como si alejara una mano fría que se le había deslizado en la desnudez del escote.

Cantaba en las mesas la vajilla de plata de los Bermúdez. En el patio, alrededor del aljibe, bajo las jaulas de sonora pajarería, se enlazaban las confidencias. Atmósfera y huéspedes creaban el tono que Rosario pugnaba por obtener y que resultaba tan desconcertante en el Buenos Aires pacato de los primeros virreyes. Y los negros asustados de calzón corto seguían ofreciendo las jícaras de refrescos, en bandejas grandes como escudos de guerra.

Al abrigo de la higuera del segundo patio, la more-nada, excitada por el ambiente festivo, participaba de la bulla. Lo que en las salas aparatosas se trajeaba de cortesanía, tenía aquí un carácter bestial e ingenuo. Algunos, movidos por la superstición del disfraz que hervía en su sangre africana, habíanse despojado de la camisa europea para pintarrajearse el torso. Saltaban como simios, contorsionando la cara burlescamente. En tres oportunidades, Rosario mandó decir que apagaran la

Librodot

gritería. Callaban un momento y luego, abrasados por los licores, reanudaban la zarabanda infernal entre los repollos de la huerta.

Sentada en un banco de hierro, Catalina se tapaba los ojos. Era una muñeca curiosa, con su vestido nevado, la faja color de esmeralda que le rodeaba la breve cintura, y la mota negrísima apuntando sobre los guantes verdes. Al cabo de dos horas había cesado de llorar. No quiso probar bocado. Sentía que algo se le estaba helando dentro del cuerpo, acaso el corazón, y le dolía como una piedra afilada. El veneno del rencor sucedía a la amargura. Sus pensamientos huían hacia su dueña, abandonada como un trasto en la alcoba vacía, mientras las damas y los caballeros danzaban al compás de las cuerdas y los esclavos se desgañitaban como dementes. Su corta existencia se le representaba en escenas rápidas, y valoraba cuánto debía a Doña Leonor. Medía la injusticia de esa muerte disimulada para proteger la vanidad egoísta, y la aversión que desde niña alimentara contra Rosario crecía en su pecho, como una flor espinosa y maléfica.

Se descubrió la faz y vio, a la distancia, al joven enfermo del mal de San Lázaro. Sin duda había logrado deslizarse hasta allí aprovechando la confusión. Apoyada en un pilar, espiaba por el corredor la fiesta de los señores. El capucho le había descendido levemente sobre la espalda. Un macabro vendaje le envolvía parte del rostro, pero Catalina distinguió, sobre la nariz y la boca roídos por la corrupción que pudre la carne, sus ojos espantosamente vivos.

En ese instante Rosario despedía a los últimos convidados. Presagios de amanecer teñían el cielo. Llameaba en los adioses las gargantillas de diamantes; redondeábanse las chupas bordadas con flores; la risa cascabeleaba histérica. La esclava advirtió que el malato no perdía ni uno de los movimientos de la señora.

Ya no quedaban sillas de manos en el zaguán. Lo negros mataban las luces, ebrios, tambaleándose. Llenóse la casa con el olor de la cera. Catalina se acercó a Rosario para rogarle que le permitiera entrar en la habitación de su ama. La viuda, pálida de fatiga, arrugada la falda, deshechos los pliegues del mantón por el abrazo de su amante, cortó la súplica humilde.

—Mira, Catalina, más vale que te acuestes. Mañana traeremos al deán Andújar y tendremos el velatorio y pasado mañana los funerales, pero esta noche nada me pidas. El cansancio me rinde.

Hablando, ganó su aposento. Todavía añadió:

—Pronto será el día nuevo, Catalina. Ya nos ocuparemos... no temas... ya nos ocuparemos...

La mulata permaneció clavada en su sitio. En su interior algo se le rompía en las venas y la inundaba de fuego. Sacó la llave de la puerta de Rosario y se llegó a la estancia clausurada de Doña Leonor, frente a la cual hizo la señal de la cruz. Clavel, que oraba de rodillas, la llamó quedamente por detrás. La niña se volvió y al reconocer al criado le dijo:

—Nos vamos en seguida, Don Clavel. Plepala el coche.

Librodot

Luego volvió al segundo patio en el que roncaban los negros ahítos. El embozado seguía en su apostadero, como quien sueña. Bajo el manto se le dibujaba la hechura casi adolescente. Venciendo su repugnancia, la pequeña le rozó la capa monjil. El hombre se estremeció y quiso prevenirla de que no se aproximara, pero Catalina le tomó una mano. Bajo el guante verde, palpó con horror el muñón sin dedos que luchaba por desasirse.

—Ven conmigo —susurró.

El otro, seducido por la voz autoritaria, se dejó hacer. Juntos cruzaron el corredor hacia la galería de alero. Se detuvieron ante la alcoba de Rosario. Adentro, oíanse los pasos de la señora que se desnudaba. Ahora caía sobre el piso de baldosas la falda con volantes de tafetán. Ahora se desceñía los encajes rumorosos. Ahora se quitaba las medias caladas y descubría las piernas finas como columnas. Ahora...

La mano monstruosa del muchacho temblaba en el guante de la esclava. Catalina entreabrió la puerta sin ruido y lo empujó hacia la bella mujer de pechos frescos que allá dentro se peinaba frente a un espejo sostenido por querubes. No se escuchó más que un grito ahogado. La niña dio dos vueltas a la llave en la cerradura y la guardó en el seno, tal como hiciera Rosario con la de la estancia en la cual la muerta yacía sola.

El carruaje aguardaba junto al farol del zaguán. Cuando salían de Buenos Aires, la muchacha arrojó por la ventanilla los guantes verdes como saltamontes, los guantes que habían tocado al leproso.

VIII

LOS RECONQUISTADORES

1806

El olor del churrasco crucificado en el asador consolaba y aguijaba simultáneamente el hambre de Bertrand Suliac. Por la abertura de la choza se veían, más allá de los talas y del ombú rocoso, más allá de las densas cortinas de lluvia, las iluminadas ventanas de la quinta. Sus marcos aprisionaban fugazmente, como dentro del varillaje de una galería de cuadros históricos, las figuras de los militares: el capitán de navío Santiago de Liniers, de rojo y azul flordelisado de oro; el coronel Agustín de Pinedo, con la chupa encarnada de los dragones de Buenos Aires; el capitán Juan

Librodot

Gutiérrez de la Concha. A veces asomaba entre ellos, con ademanes desmedidos, François-de-Paule Hippolyte Mordeille, el corsario francés.

Habían llegado a San Isidro dos días antes, calados hasta los tuétanos, famélicos, rendidos de fatiga, pues la travesía iniciada en La Colonia había sido azarosa por la oscuridad y el temporal del sudeste que aventó las naves. Desde la margen del río del Tigre, los soldados arrastraron con la lengua fuera los viejos cañones, por el camino de la costa. Dijérase que el barro tenía manos que tiraban de los ejes. Los chubascos, al transformarse en tormenta, les obligaron a detenerse en los Montes Grandes. Liniers y los oficiales se alojaron en la casa que había pertenecido a los Montalvos y que ahora, después de una sinuosa testamentaría papelera, había sido adquirida por Don Fernando Islas de Garay, descendiente del fundador de Buenos Aires. Los mil trescientos hombres que componían la tropa se diseminaron en los contornos. Los vecinos hospitalarios les recibieron generosamente. No ignoraban que sus huéspedes marchaban a la reconquista de la ciudad, prisionera del inglés.

En los ranchos y en las casonas esparcidas alrededor de la capilla levantada por el capitán Domingo de Acassuso, se improvisaban vivaques tumultuosos. Las brasas chisporroteaban bajo las enramadas y en los soportales modestos. Artilleros, miñones, blandengues, dragones y algunos paisanos que se habían sumado a las fuerzas en la carretera de Las Conchas, devoraban cuanto se les ofrecía. Entre ellos llamaban la atención por su facha los setenta y tres marineros del corsario Mordeille. Eran gárrulos y pintorescos. Discutían en lenguas extrañas, barajando el francés con los dialectos de Normandía y de Provenza y mechando el todo con vocablos recogidos al azar en sus andanzas por el Caribe y por los golfos del continente negro. Uno tenía una cotorra perchada en la muñeca. Otro ostentaba un parche sobre el ojo izquierdo, de acuerdo con la mejor tradición de la bucanería. Los más mostraban en sus brazos arremangados el tatuaje de anclas y mujeres desnudas. Se interpelaban a voces roncas y su desplante contrastaba con el recelo amoscado de los criollos y con el despacioso desdén de los españoles, quienes, aun los más harapientos, se daban aires de hidalgos.

Sosegada la picazón de las entrañas con una pierna de cordero bien rociada de vino de Cuyo, Bertrand Suliac se desperezó sin saber qué partido tomar. Había llovido desde su llegada y el agua del cielo no pararía de caer en todo el día y acaso el siguiente. A pesar de que aún era temprano, el encapotamiento ponía doquier tintas nocturnas y tenebrosas. En la sala de la residencia, los esclavos habían encendido las velas en las grandes arañas de cristal. Protegiéndose del aguacero con un poncho, el muchacho se arrimó a una de las ventanas y atisbó el interior. Los jefes rodeaban una mesa cubierta por un plano. Las bujías hacían brillar la nieve de sus pelucas. Cuando Liniers se volvió, la cruz de Malta arrojó chispas, como un cairel, en su solapa bicolor. Un anciano caballero, el dueño de casa, se inclinaba, obsequioso. Entre tantos señores —y al fondo estaba, junto a los jóvenes

Librodot

marinos, Don Cándido de Lasala, sobrino de un santo—, Mordeille desconcertaba con su desaliño. Liniers le hablaba de vez en cuando en su idioma, para sosegarle. Trajeron los mates los niños de la casa.

Bertrand bostezó y se alejó hacia las cuadras de la servidumbre. Aquí y allá, los fogones pintarrajeaban los uniformes untados de sombra. De pie detrás de los soldados, los gauderios de crencha lacia (que algunos llamaban ya "los gauchos") escuchaban sin intervenir en la conversación. En un corro, uno cantaba acompañándose con una guitarra. La melancolía de los versos que comprendía apenas fastidió a Suliac. Se sujetó el pañuelo verde que le ceñía la cabeza y le titilaron los aros de oro. Entró en la noche.

Pensaba en su Bretaña remota, tan distinta de esta tierra por la cual pronto tendría que luchar y acaso dar su sangre.

A la zaga de Mordeille había sucumbido siendo casi un niño a la tentación novelesca de la piratería, y anduvo en navíos de toda traza con nombres absurdos pintados en la popa. Había desembarcado dos días antes de la fragata "Dromedario", con patente de corso del Rey de España, para comenzar una aventura más, quizá la más curiosa de su existencia. No se trataba ya de pelear cuerpo a cuerpo, en los puentes confusos, bajo las arboladuras destrozadas, en pos de un tesoro o de rehenes que pagarían un bello rescate, sino de acudir en defensa de una ciudad capturada por el invasor. Los himnos de la Revolución Francesa, que desde su infancia le habían estremecido, resonaban ahora, misteriosamente, entre los sauces mojados de la barranca del Río de la Plata. El odio a los opresores alentaba en él como otra respiración. El corsario llevado y traído por las olas no podía sufrirles.

Por eso canturriaba alegremente mientras ambulaba por los caminillos de la quinta, saltando sobre los charcos. Un corredor de alero, cercano de la ranchería de los esclavos, le brindó su abrigo. De un brinco más se plantó bajo sus tejas. Los ojos empapados no le dejaron distinguir nada al principio. Se quitó el poncho, que el agua tornara pesado y rígido como una armadura. A la luz de un brasero, advirtió que en la extremidad de la galería había otra persona. Se aproximó cautelosamente entrecerrando los párpados.

Era una mujer joven y le daba la espalda. Indiferente al trajín que turbaba la monotonía del quintón, seguía entregada a su trabajo. En un alto mortero de madera estaba machacando el maíz destinado a la mazamorra. Bertrand valoró su cadera redonda y arqueada y sus piernas robustas bajo la saya recogida. Había atado el pelo negro en un rodete hecho a la diabla.

El muchacho silbó suavemente y ella giró sobre los talones, temerosa. En la soledad del alero, al escaso resplandor amarillo, se contemplaron un instante. Veía él una mujer morena de ojos pardos y labios de gula. El cuerpo se le marcaba en la desgarrada sencillez del vestido. Ella observaba al mozo cuyos ojos clarísimos de celta se destacaban en un rostro curtido por los soles oceánicos. Una

Librodot

cicatriz culebreó sobre la mejilla derecha del marinero cuando tornó la cara. Sus aros recibieron la estocada de la luz.

Suliac inició el palique en su media lengua que la hizo sonreír. Sonrió él también y albearon las dos dentaduras. La moza no había conocido jamás a un hombre como ése, ni siquiera había imaginado que existiera. Los pocos que había tratado eran autoritarios y taciturnos. Cuando hablaban dejaban las manos inmóviles sobre el facón o caídas a lo largo de los flancos. Siempre quedaban entre ellos, mateando o riñendo o embriagándose con un vino que les manchaba la boca. Se saciaban con las mujeres como si fueran bestias. En cambio el forastero parecía pendiente de su voluntad. Le decía unas cosas oscuras que la hechizaban tanto como su faz dorada que apenas velaba el vello sutil. Y todo el tiempo sonreía, retorciendo un mechón color bronce sobre la frente.

En breve el marinero le tomó una mano, obligándola dulcemente a abandonar el palo con el cual majaba el maíz. Quería saber, por adornar la charla pobre, si tenía algún cortejante. Parpadeó la mujer y ruborizándose replicó que era casada. Bertrand no comprendió e insistió en su pregunta. Ella respondió de nuevo, y, ante el gesto de sorpresa del muchacho, le señaló a lo lejos, para indicarle que el marido estaba ausente. El bretón entendió por fin, hizo un guiño picaresco y optó por reír acariciándole los dedos ásperos. Ella añadió:

—Tiene de venir mañana, pa juntarse con los que van a Buenos Aires.

Bertrand no necesitó que se lo repitiera. Sus manos ascendían ahora con sabia presión por los brazos tostados, hacia los pechos duros.

Repiqueteaba la lluvia. En la penumbra trastornada de relámpagos no se oía ya la voz de la soldadesca. Entre el sauzal pasó a escape el coronel Agustín de Pinedo con dos edecanes. Iba a reunir la tropa.

Bertrand Suliac tumbó ahí mismo a la morenita deslumbrada, ahí mismo, sobre unas bolsas vacías. Los golpes de viento, al torcer las túnicas de agua, les salpicaban a veces, y la criolla reía como una niña. Un pájaro tiritante revoloteó como ciego y se refugió en las vigas de palma. El perfume de las hojas y de la tierra creaba una armonía singular con el croar de las ranas infinitas y el balbucir del brasero que entibiaba el aire. El bretón tuvo la sensación fantástica de que ambos bogaban a la deriva en un barco que la tempestad no lograba conmover. Un mar verde, embrujado, les circundaba. Y no había en su extensión rumorosa más navegantes que ellos dos y el pájaro que temblaba allá arriba; ni más brújula que esa boca semiabierta, roja.

Al amanecer entraron en una pequeña habitación vecina. Ella le cebó un mate y el francés se quemó la punta de la lengua al sorberlo. La muchacha se acostó en un cuero de toro tendido sobre el suelo de tierra apisonada. Su cuerpo moreno resaltaba como enjoyado en la miseria del ambiente.

Librodot

Bertrand le refería ahora cuentas de su vida vagabunda. Le describía las selvas de Angola, donde crece el baobab y las jirafas se frotan el cuello contra los cocoteros; le pintaba los encantados archipiélagos del Mar de los Sargazos, donde los piratas antiguos enterraron las barras de metal de las catedrales y de las fortalezas antillanas. La criollita bebía sus palabras, a las que el titubeo del idioma agregaba un sabor de fruto exótico.

En la galería se oyó un ruido quedo, como el que podría hacer una espuela al rozar sigilosamente una baldosa. Suliac se levantó de un salto y se anudó la faja. Abrió la puerta y espió a ambos lados. Luego, con la punta de los dedos, envió un beso a la mujer que se había incorporado apoyándose en un codo y que, asustada, tapaba su carne con una piel de oveja. No había nadie en el corredor. El muchacho recogió el poncho y, ágil como un galgo, escapó a través del jardín hacia el campamento de las gentes de Mordeille. Volaba casi sobre los macizos que florecerían en septiembre.

Contra los cálculos de los capitanes, había cesado de llover. En todo San Isidro, las tropas se aprestaban a marchar sobre Buenos Aires. Los restos de las fuerzas deshechas en el caserío de Perdriel se les añadieron, trayendo noticias contradictorias. A poco los cañones rodaban penosamente sobre la carretera. A pie y cabalgando, los soldados los seguían.

Bertrand Suliac buscó entre la pueblada reunida para despedirles a su compañera nocturna. La avistó bajo el ombú. Un paisano alto y flexible le rodeaba la cintura con el brazo. No hablaban. El hombre tenía algo de árabe y algo de indio, quizá por lo curvo de la nariz fina y el tinte de la piel. Cuando montó a caballo, el corsario notó que calzaba botas de cuero de potro, con los dedos asomados, y que ceñía a los calcañares enormes espuelas de plata.

El 12 de agosto de 1806, las tropas se dividieron en tres columnas y avanzaron hacia el centro de la ciudad, por las calles de la Merced, de la Catedral y del Correo. Habíase fijado la hora del ataque pero la precipitaron los marineros de Mordeille y los voluntarios catalanes de Bofarull. Grupos de campesinos se mezclaron con ellos. Los facones pugnaban por salírseles de los cintos y blandían los trabucos naranjeros. Se deslizaron hasta las cercanías de la Plaza Mayor y abrieron el fuego rabiosamente. Detrás, ante lo ineludible, el grueso del contingente se adelantó hacia la fortaleza.

Bertrand Suliac bailaba de gozo. El olor a pólvora le enardecía. Dejando la calle, subió a una azotea y comenzó a tirar sobre los ingleses que retrocedían hacia las murallas virreinales. Otros

Librodot

franceses le acompañaban y gritaban como él, jurando y haciendo ademanes descompuestos cada vez que las casacas rojas caían en el ancho descampado.

Por la calle del Santo Cristo iban las milicias de la Colonia y los dragones de Buenos Aires. Liniers lo hacía por la de la Merced. El pueblo, frenético ayudaba a empujar las piezas de artillería. Pronto se vio que los británicos no podrían sostenerse, pues uno a uno abandonaban sus baluartes, replegándose sobre la Recova.

Suliac ganó el Hueco de las Ánimas, aquel que los fantasmas visitaban de noche. Cuando se dobló para cargar el arma, advirtió a su vera al hombre de nariz aguileña que era probablemente el marido de su amante de San Isidro. El corazón le latió con fuerza. Ni los tenientes más aguerridos del famoso Regimiento 71, ni los del destacamento de Santa Helena, le infundían pavor; había dado pruebas de su bizarría en los mares más revueltos del globo; pero este paisano silencioso le sobrecogía de miedo. Le miró con el rabillo del ojo, mientras colocaba el cartucho, y trató de serenarse. ¿Quién podía asegurarle que el otro le hubiera visto en la habitación de la morena? Lo más posible es que ni siquiera hubiera regresado a la choza cuando Bertrand estaba todavía en ella. Para aquietarse, se esforzó por analizar en el recuerdo el rumor levísimo que se parecía —eso es, se parecía, sólo se parecía— al roce de una espuela sobre un mosaico y que había escuchado esa madrugada. No. No podía ser una espuela. Quizás una rata había pasado sobre las baldosas y había movido algo. Sí; eso sería todo.

Entre tanto, el gauderio no paraba mientes en él. Flemático, descargaba su carabina.

Bertrand se irguió y le sonrió a medias. Musitó una frase entre dientes, cualquier cosa sobre el desarrollo del combate, y el hombre le respondió con simplicidad. Suliac respiró de alivio. Le impulsó de repente la urgencia de conquistar la buena voluntad de su peligroso aliado, de alcanzar la absoluta certeza de que por ese lado no tenía nada que temer. Púsose a hablar con volubilidad y el otro le siguió la charla con monosílabos corteses. Alentado, el marinero le palmeó la espalda.

La división inglesa se había encerrado en los bastiones. Su defensa no duraría mucho. El pueblo colmaba la plaza. Los corsarios de Mordeille arrimaron escalas a los baluartes y treparon por ellas como equilibristas. Bertrand Suliac, ebrio de alegría, revivía otras escenas: aquellas que le habían visto rebotar, el cuchillo entre los dientes, hasta la altura de los velámenes restallantes, en las luchas del mar. Se apresuraba entre los primeros hacia los parapetos donde flameaba ya el trapo blanco de la rendición.

La bandera española ascendía en la transparencia del cielo, limpio ahora de nubes. Había terminado la empresa heroica. Frente a uno de los arcos del Cabildo, Liniers, como un caballero de gesta, todo luces y bordados, abrazaba al brigadier Beresford y le devolvía la espada coruscante.

El muchacho bretón, que había permanecido en el pasadizo de ronda, abarcó de una ojeada la plaza en la que deliraba la multitud. Los clamores de triunfo brotaban doquier. El Cabildo, la

Catedral, la Recova, espejeaban como si los hubieran lustrado para dar más gloria al espectáculo. Bertrand, en la bruma de las lágrimas, comprendió entonces cuánto amaba la libertad, cuán hondamente llevaba metida en la sangre su pasión generosa.

Allá abajo, entre un grupo de blandengues y catalanes, el hombre aguileño le hizo señas con una mano. Mientras bajaba los peldaños de dos en dos, el marinero se dijo que, para ser completamente feliz ese mediodía de victoria, debía agasajar a aquel a quien, sin proponérselo, había burlado. El destino lo había querido así... ¡Mala suerte! Pero hoy se olvidaban las ofensas, hoy renacían a una vida mejor, más pura, más hermosa. Ya habría tiempo de convidarle con cuatro, con seis, con diez copas, en la fonda de Los Tres Reyes; ya habría tiempo de ser su amigo.

El estruendo de la muchedumbre no paraba. En breve los ingleses entregarían sus pertrechos y sus estandartes.

Bertrand se acercó al paisano, cantando a plenos pulmones la canción de los voluntarios marselleses que agita como un huracán las enseñas republicanas. Brillaban sus ojos infantiles; el pelo de bronce, alocado, añadía a su belleza; su entusiasmo se comunicaba como un incendio. En torno aplaudían los lobos del pirata Mordeille alzando los brazos tatuados de azul con mujeres desnudas. El muchacho repetía:

—Allons, enfants de la Patrie,

le jour de gloire...

El paisano levantó la carabina y de un golpe seco de la culata le hundió el cráneo.

IX

PRISIÓN DE SANGRE

1810

Fragmento de las memorias manuscritas de Rodrigo Islas. El resto se ha perdido. Lo hemos retocado algo, despojándolo de la retórica que caracterizó a la época.

"...mi padre. Quizá si yo hubiera podido hablar con ellos, el corazón no me pesaría tanto. Algunos días el dolor me sofoca. Siento como si se revolviera bajo mi camisa el zorro que devoró el

Librodot

pecho del joven espartano. Pero ¿cómo hablarles? ¿Cómo revelarles un secreto que calificarían de monstruoso? Y aunque lo hubiera hecho y se esforzaran por comprenderme —conjetura fantástica—, ¿qué consuelo me hubiesen procurado? Ninguno. Debía, por eso, andar solo por la vida: solos yo y secreto.

Advierto que vuelvo a desvariar. Si quiero poner orden en mis ideas y entretener una prisión que durará probablemente lo que mi paso por este mundo miserable, es menester que me atenga estrictamente al relato. Acaso el pobre alivio que busco me sea dado por estas flacas cuartillas. Dicen que confesarse es quitarse un fardo de encima de los hombros. Sé que no podré despojarme de él para siempre, porque está tan atado a mí que se alza sobre mi espalda a modo de una joroba. Tal es su evidencia, que me sorprende que sólo ahora la haya notado Sebastián. Con todo, a medida que escribo siento que se aligera mi angustia.

Los primeros síntomas del mal se manifestaron en la primavera de 1804. Para concretar con frases el recuerdo que he guardado de lo que era entonces María habría que ser un gran artista, algo como Rousseau, cuyas obras me prestó mi hermano Gaspar en la época de la Revolución de Mayo. Ni lo intentaré siquiera, aunque tengo tan grabada la gracia y la armonía de su imagen, que no he olvidado el detalle menor: desde cómo le temblaban los rizos sobre la frente, hasta cómo abandonaba las manos en el banco de piedra donde solíamos sentarnos después del almuerzo. En aquel tiempo nos parecíamos extraordinariamente y a veces nos disfrazábamos para confundir a los visitantes. Mi padre, tan duro, tan viril, nos lo había prohibido, de manera que para hacerlo nos escondíamos de él. Cambiábamos nuestros trajes y aparecíamos en el patio de la quinta en momentos en que llegaban los coches. La media claridad del crepúsculo nos ayudaba. Cualquiera hubiera tomado a María por un muchacho, tan escaso de formas era su cuerpo. Los años la modelaron luego, pero creo que hoy la mayor desemejanza finca en que mientras ella ha conservado su intacta frescura, mi rostro se ha oscurecido y torturado como si le hubieran ajustado una máscara.

Una tarde de ese verano, en que vendrían varios vecinos a hacer una partida de tresillo, especialmente mi tía Catalina Romero, cegata y ridícula, resolvimos ensayar con ella la broma. Había —siempre está allí— cerca del rancherío de los peones, una casita de madera, disparatado desván donde hallaban albergue los más extraños. En ella nos encerramos para mudar la ropa, echando de tanto en tanto miradas rápidas por el ventanuco, de miedo de que el carruaje de la tía rodara sobre el camino antes de que estuviéramos prontos.

A la luz de un candil que pusimos sobre una caja, nos desvestimos. María lo hizo tras una despanzurrada alacena que había fondeado en un rincón. Sin imaginar lo que pronto sucedería y que trastornaría el rumbo de mi existencia, yo me fui quitando la ropa al amparo de una arca grande como una barrica. Prestaba oído atento al trotar de las yuntas de la tía Romero y de vez en vez escuchaba la risa ahogada de María y el crujir de sus ropas rebeldes. El perfume de las bolsillas de

flores secas que colocaba en su cómoda, entre la ropa blanca, llenaba el cuarto. Su aroma resultaba extravagante en ese curioso aposento donde se habían dado cita los muebles truncos más diversos.

Súbitamente creí oír el rumor de los cascos y las ruedas y me asomé a la ventana. No era el coche de tía Catalina sino una carreta que regresaba al quintón. Me volví para decírselo a María y quedé como embrujado. Detrás de la alacena erguíase un enorme espejo que había pertenecido a una de las dueñas anteriores de la propiedad, Doña Leonor Montalvo o Doña Rosario Bermúdez. En él se reflejaba la desnudez de María, quien, inconsciente de cómo se brindaba a mis ojos, aguardaba que yo arrojara mi traje por encima del mueble.

María tenía entonces trece años y yo uno más. Nunca se me había ocurrido, hasta ese momento, considerarla como a una mujer. Vivíamos juntos, compartíamos los juegos, reñíamos, casi no nos separábamos. Aislados del resto del mundo en la quinta de San Isidro, donde mi padre no toleraba que tratáramos familiarmente a los esclavos, y Gaspar, el mayor, metido entre sus libros, ni siquiera nos atendía, ambulábamos por una atmósfera irreal, más allá de la diferencia de los sexos. Para nuestra ingenuidad no existía tal diferencia. Jamás me había detenido yo a mirar a ninguna mujer. Era, a los catorce años, un tonto, un estúpido, lo que se quiera, pero era así. Hasta que en la pequeña habitación agobiada de trastos inútiles, densa de un olor que conocía tan bien pero que ahora lograba una intensidad enloquecedora, María me reveló sin querer el secreto de la carne. ¡Ay, si digo que permanecí como hechizado, digo mal! He ahí una prueba de mi dificultad para expresarme. Sentía, es cierto, como si me agarrotaran cadenas invisibles, pero debajo de su trabazón dos fuerzas se pusieron a luchar; dos fuerzas que tenían por campo a mi desgraciado cuerpo y cuyos golpes repercutían sobre él: una era el terror, la urgencia de huir de allí hacia el refugio de las cosas sabidas, ordenadas, seguras; la otra, indefinible, lanzaba sucesivas puntas de fuego en mis venas. Así estaba yo, como una roca, o no, más bien como el casco de un barco podrido, abandonado en la playa, y embestido por olas ya heladas ya ardientes.

Mientras se desarrollaba el combate, mis ojos no se apartaban de María. Su rara blancura, realzada aquí y allá con ligeros toques de sombra, iluminaba el ángulo del cuarto en el cual, ausente de lo que acontecía, seguía esperando mis ropas. Alzó el cabello sobre la nuca, para acomodarlo según la moda masculina, y la luz del candil lamió sus pechos breves, su vientre hundido, en cuya caja se marcaban los huesos filosos de la adolescencia.

No sé cómo me vestí, ni entiendo cómo tuve ánimos para tomar la mano de María y correr sonámbulo tras el carruaje de la tía Romero.

—¿Qué te pasa? —me preguntaba riendo en el aire de primavera. Ella era ahora un jovencito, con mi corta chupa y mis calzones ceñidos, abotonados bajo la rodilla: pero yo sabía qué se ocultaba en el estuche de lino y terciopelo y, mentalmente, no la veía saltar entre los dogos, en la polvareda

Librodot

del coche, sino tendida en el fondo obsesionante del espejo como en un gran lecho verde, dibujándole los codos dos ángulos sobre la nuca.

Desde ese día no viví. Desde ese día no vivo. Toda mi existencia de mocito despreocupado, de tranquilo estudiante de latines, se trocó en la del furtivo cazador siempre en acecho. Mi razón de ser ha sido acechar a María. He aprendido, con el andar de los años, las astucias más sutiles, para que ni ella, ni mi hermano, ni mi padre, adivinaran lo que pasaba por mí.

Argüirán los austeros que en vez de seguir la turbia corriente acariciadora debí pelear contra ella. ¡Qué fácil es moralizar desde el reparo de la costa! Hundido en el torrente, sus remolinos me arrastraron. Ya que me confieso, apuntaré que por más que quise persuadirme del horror y la anomalía de mis sentimientos, para que la repugnancia me proporcionara las armas de que carecía, nunca lo conseguí. Mi pasión será reprobable para el mundo, pero no puedo condenarla. Jamás he sentido ni sentiré otra. Es el impulso que me mueve naturalmente desde que abrí los ojos a la realidad.

Como no quiero alargar esta relación con referencias que no le atañen, apenas insinuaré los efectos que sobre mi régimen de vida provocó el cambio brutal. Nada me atrajo ya, ni los libros, ni las plantas. Mi intimidad con María se resintió, como es lógico. Estaba cohibido ante ella, cuidando que ningún indicio me delatara. Si lo hacía no es porque pensara que mi amor no podía ser compartido por culpable, puesto que ella podía sentir por mí lo que yo sentía por ella, sino de angustia de que me rechazara definitivamente; de espanto de ver pintada en su rostro la repulsión; de pavor de perderla para siempre. De entonces arranca, y quizá por razones que no son extrañas a mi descubrimiento, la disminución paulatina de nuestra semejanza. María siguió siendo la misma. Yo fui otro, hasta en la cara, hasta en las manos trémulas.

Sólo una vez en el tiempo tuve un movimiento de flaqueza. Fue dos años más tarde. Las tropas de Liniers, desembarcadas en Las Conchas, habíanse detenido en San Isidro, en su avance sobre Buenos Aires, a causa de las lluvias. Recuerdo que los oficiales rodeaban a mi padre bajo las bujías de la sala principal. Mi hermano Gaspar partiría con ellos, orgulloso de reconquistar la ciudad fundada por nuestro antepasado. Yo contaba sólo dieciséis años y por eso quedaría en la finca, con las mujeres y algunos negros. ¡Ay! ¿Mancharé más mi autorretrato si declaro que la grave situación de las provincias no lograba conmoverme? Ansiaba, sí, que todo se enderezara y retornara al cauce normal, pero si para ello hubiera sido menester que abandonara a María, allá dejara yo que las cosas siguieran su tortuoso camino. Así me tenía ligado mi pasión. No pensaba en otro asunto. Día y noche, su idea me alimentaba y me consumía. Esmirriado, taciturno, todo ojos y esqueleto, me acurrucaba, como un animalito enfermo junto al hogar, al abrigo de mi amor.

Mi padre llamó a María para que brindara una bebida a los capitanes. Avanzó entre ellos, leve, volandera, tendiendo la bandeja de refrescos. Tiene un curioso modo de caminar, como si se

Librodot

deslizara por tapices silenciosos. Era tal su delgadez a la sazón que evocaba los ángeles adolescentes de las estampas. Llevaba un vestido azul, con el talle muy alto, a la moda de la corte del Emperador de los Franceses, y los oficiales se inclinaban a su paso. Uno de ellos —el que luego sería su marido—no paraba de mirarla. Yo iba detrás como un bobo, presentando las copas y los mates de plata antigua. Percibí el peligro, aguijado por mi instinto de cazador, y, no bien reanudaron los señores su discusión sobre planos y proclamas, la saqué de allí. Sebastián la acompañó hasta la puerta. Me pareció un fatuo, feliz con sus alamares. ¡Cómo odié a mi padre, ese segundo, al notar que a la distancia le hacía una señal amistosa, levantando el mate! Lo recuerdo como si en este momento le viera. Brillaba el granate de su anillo.

Salimos a la galería que refrescaba la lluvia. Sebastián apareció detrás de nosotros. Sin contenerme, así a María por el brazo y eché a correr bajo el aguacero. La empujé dentro de la casita que había servido de escenario a su revelación, hacía dos años. De inmediato la colmó su perfume, mareándome. Me puse a hablar a borbotones con la misma incoherencia de esa lluvia que repiqueteaba sobre el techo y cuyos latigazos se deshacían en gemidos. Ella me observaba atónita. Ciego de celos, pues no había querido entrever hasta ese instante la posibilidad de que me la quitaran, continué rezongando. A pesar de que palpaba la injusticia del cargo, le enrostré su actitud, le grité que aprovechaba la primera ocasión para insinuarse entre los hombres, ofreciéndose. En mi ofuscamiento, alcé los ojos y vi la tristeza de los suyos. Desesperado la abracé. Juro que fue un abrazo arrepentido, sin segundos propósitos. Pero su contacto, que había eludido hasta entonces, me estremeció.

Me aparté hacia la ventana, y a poco sentí su mano serena, leal, sobre mi hombro. Todavía hoy —y han transcurrido varios años— ignoro si en ese instante único me comprendió, si su intuición afinada la empujó a asomarse al abismo.

Miramos afuera. La lluvia y la noche todo lo cubrían. A corta distancia, más allá del timbó, vacilaba una luz. La arrojaba un brasero colocado sobre las baldosas del corredor, en el rancho de Montiel. Junto a él yacían un hombre y una mujer, el uno en brazos del otro. Reconocí a Petra, la mujer del gaucho, y a uno de los marineros franceses del corsario Mordeille.

Es singular que el destino haya dispuesto que en la misma habitación colmada de despojos se realizaran mis dos iniciaciones fundamentales en el conocimiento de la vida. Quizás entre esos despojos subsistan los fantasmas de mi inocencia.

Detrás del postigo, María y yo espiamos a la pareja, sin entender qué hacían, al comienzo. Veíamos sus cuerpos anudados en el fulgor rabioso de los carbones, y aunque el trueno y el tableteo del agua no nos dejaban oírles, yo leía en sus labios convulsos sus palabras entrecortadas de balbuceos, las palabras que tantas veces, en mis sueños, había murmurado a María.

Librodot

Repentinamente, como si sólo entonces hubiera sentido el temblor de mis nervios bajo sus dedos, ella quitó la mano que había aferrado a mi hombro y que, bajo la casaca, me hacía sentir las uñas. Quise retenerla con perversa alegría, quise —¡desventurado de mí!— forzarla a seguir contemplando el espectáculo de pasión violenta, como si él pudiera establecer entre nosotros una nueva corriente vital. Se libró de mi presión y escapó de la casilla. La vi cruzar en el relampagueo verde y amarillo, azotada por la lluvia. Su cabellera, suelta sobre la espalda, bailaba detrás.

Nunca hablamos de esa experiencia compartida.

En 1809 María casó con Sebastián Montalvo, remoto pariente de los primitivos dueños de nuestra finca. Mucho antes me había resignado ante lo imposible. Al principio di alas a la esperanza de que no sería de nadie, mas las asiduidades de Sebastián vencieron mis confusas tentativas de aislamiento.

Después de un viaje a la estancia de los Montalvos en Córdoba, se instalaron en la casa grande. Yo había resuelto que por lo menos me alimentaría de las sobras de su festín de amor, calmando mi sed mortal con la visión de María. Si me despojaran de ese nimio socorro no podría soportarlo y me apagaría como una lámpara privada de aceite.

Durante los dos primeros años, nuestra existencia se desenvolvió con aparente tranquilidad. Mi padre, cada vez más débil, apenas dejaba su alcoba, donde estudiaba hasta tarde la "Historia" del jesuita Mariana. Gaspar, obsesionado como siempre por la política, hacía constantes viajes a Buenos Aires. Sebastián y María compartían una vida deliciosa. Planeaban obras importantes en la quinta. En esa época se construyeron los salones largos, frente al río, y el mirador.

Yo me mostraba lo menos posible. Rondaba por el jardín, pretextando aficiones botánicas. En verdad, como antes, como hoy, buscaba las ocasiones de ver a María sin ser visto por ella, o permanecía las horas cavilando al amparo de algún viejo tronco. ¡Ay!, en cada página de este cuaderno debiera inscribir la misma frase dolorosa: María lo es todo para mí; María lo es todo para mí.

En 1810, mi hermano y Sebastián me propusieron que les acompañara en las conspiraciones de los revolucionarios. Me invitaron a concurrir a la jabonaría de Don Hipólito Vieytes y a la quinta de Don Nicolás Rodríguez Peña, el que después fue miembro del Triunvirato. Volvían a San Isidro caldeados por las discusiones, con paquetes de libros traducidos del francés atados a las sillas de montar. ¿Cómo no advertían que nada de eso podía tentarme? Al reflexionar me doy cuenta de que si lo hacían no era tanto por la hipotética eficacia de mi ayuda como por sacudirme de una vez, por arrancarme de lo que calificaban de daño de la mente sin percibir que su gusano me roía la raíz del corazón.

Librodot

Mi padre, a pesar de ser nacido en el Río de la Plata, no quiso participar de los cabildeos que depusieron al virrey. Ahincadamente español, orgulloso de su sangre, no toleraba que el asunto se debatiera en su presencia.

El 25 de mayo, María y yo cenamos con él, pues Sebastián y Gaspar habían pasado la noche en Buenos Aires. A pesar de la llovizna, los ventanales de la galería estaban abiertos. Comíamos ensimismados. El silencio se rompió con el eco de pasos en el corredor sombrío. Un gaucho asomó la crencha detrás de una de las rejas bajas. Tomándola reciamente, como si quisiera sacudirla, nos gritó:

—¡Tenemos Junta! ¡Viva el coronel Saavedra! ¡Mueran los vendidos al tirano Napoleón! —Y revoleó el sombrero en el que chispeaban las cintas blancas y azules.

Uno de los tres mulatos que nos servían, olvidando la etiqueta, soltó sobre la mesa la fuente y respondió:

—¡Vivan los criollos libres!

Mi padre se puso de pie, intensamente pálido.

—Echen a ese gaucho ebrio —dijo apretando los dientes. Y, volviéndose hacia el esclavo—: Tú recibirás veinte azotes.

Luego abandonó el aposento, erguida la cabeza señoril, y me pareció que la vieja España se iba con él, dejándonos solos entre los negros azorados. Todavía escuchamos durante unos minutos las exclamaciones del paisano que galopaba hacia la carretera.

Una hora más tarde, cuando vagaba como un espectro por el jardín, me encontré con mi padre. Habíase sentado en un banco de mármol. Dos surcos de lágrimas le mojaban la faz. Sentí nacer por él una piedad infinita y por vez primera advertí cuánto me había separado mi pasión de quienes me rodeaban. Cuando intenté consolarle me cortó la palabra alzando la diestra seca:

—Su deber —me dijo— es reunirse con sus hermanos en Buenos Aires. No hay nada tan culpable en estos días como la indiferencia. Vaya a la ciudad y tome partido. Si piensa como yo, se lo agradeceré; si se suma a mis hijos, no podré odiarle. Lo que no permitiré es que se quede aquí como una mujer, mientras se juega la suerte de la colonia. Ensille su caballo y váyase a Buenos Aires.

¡Qué ciego estaba yo! ¡Cómo titubeaba en un laberinto de sentimientos! Calculé en seguida que lo que mi padre perseguía era separarme de la que amaba. No miraba más allá. María lo era todo para mí, y por eso todo lograba sentido en relación con ella. ¡Qué me importaba el señor Saavedra! ¡Qué me importaría el señor Moreno! ¡Qué me habían importado antes el señor Liniers y el señor Álzaga! También tenía yo mis luchas, mi reconquista, mis conspiraciones, y el tiempo no me alcanzaba para dos empresas.

Las frases de mi padre helaron mi gesto de ternura. Me acosté y esa noche urdí el plan.

Librodot

Lo único que podía salvarme, era fingirme loco. Un insano tendría que permanecer en la quinta siempre...

Así lo impondría el orgullo familiar.

Al día siguiente representé la escena de mi demencia y me encerraron. Nadie se sorprendió. En cierto modo, esa salida era el coronamiento lógico de los últimos años de mi existencia. Mi padre, Gaspar, Sebastián y hasta María se explicaron los unos a los otros mis rarezas encadenadas desde la infancia, como síntomas del daño que hacía crisis.

A poco, ante mi pasividad, me dejaron bajar al jardín, a gozar del sol entre los ralas de la barranca. Yo sería desde entonces algo menos que un loco manso, una suerte de extraviado melancólico a quien la gente no se acercaba mucho pero que no incomodaba. Respondía con monosílabos a las preguntas. Tan habituado estaba a callar, a vivir dentro de mí mismo como un ermitaño en su cueva, con la imagen de María por dios, que no me costó mayor esfuerzo acomodarme al nuevo ritmo.

María crecía entre tanto en hermosura y en gracia. Yo espiaba su paso, disimulándome entre los arbustos, y ella permitía que la acompañara en sus perezosas caminatas por el quintón. ¡Cómo tuve que dominarme para no confesarle que ella, exclusivamente ella, era la causa de mi estado, y que mi enfermedad no era lo que parecía sino una vesania maniática, un delirio permanente que me obligaba a morderme las uñas para no saltar sobre ella y apretar sus labios bajo los míos!

Mi padre falleció en 1812 y Gaspar se incorporó a las tropas del general Belgrano. Murió como un héroe en la derrota de Vilcapugio. A fines del mismo año nació Francisco Montalvo, el hijo de María.

Días después del bautismo, andaba por la galería, frente a su cuarto, cuando oí voces. María hablaba con su pequeño en voz casi imperceptible, como suelen hacerlo las madres. Sebastián se hallaba en el extremo más distante de la chacra, calculando el estrago de las langostas en los frutales, y no resistí la tentación de entrar.

En el gran lecho de columnas ahusadas, María daba el seno a su niño. Me detuve en el umbral. Jamás había estado tan bella. Su pecho redondo surgía entre los encajes como dentro de una corola. Creí que iba a desfallecer, como cuando la vi desnuda en el espejo del desván. Su perfume se atardaba sobre las sábanas suntuosas.

—María —susurré—, María...

Ella levantó los ojos y lanzó un grito, mientras se cubría precipitadamente. Sólo en ese momento tuve la seguridad de que mi secreto ya no era mío. ¿Cuándo, cómo lo había penetrado? ¿Qué estremecimiento de la comisura de mi boca se lo entregó? Todavía no lo sé. En la soledad que me rodea, he consagrado horas y horas a buscar ese instante, en el recuerdo, sin encontrarlo.

Di un paso hacia la cama. Detrás, en el corredor, se levantó el timbre metálico de Sebastián:

Librodot

—Si te acercas, te mato.

Me encerraron con llave en el aposento del mirador. Sé que Sebastián contó a los vecinos que no había tenido más remedio que proceder así, pues mi locura se tornaba peligrosa.

Aquí transcurren mis días y mis noches. Desde la mañana, en primavera, en verano, en otoño, en invierno, estoy apostado junto a la ventana, esperando el paseo de María por el jardín. Nunca mira hacia arriba y no me atrevo a llamarla, porque Sebastián sería capaz de mandar construir un muro en torno de mi habitación. Pero la aguardo. Mi destino es acecharla. Mi destino es acechar la sombra esbelta de mi hermana entre las magnolias y los jazmines. A veces pienso que si...”

X

EL POETA PERDIDO

1835

Cuando el hijo de Sebastián Montalvo quedó huérfano, su tía abuela Catalina Romero de Islas le llevó a vivir con ella en su casa vecina del convento de Santo Domingo. El niño tenía entonces ocho años. Había heredado, con la frágil belleza de su madre, la aguzada sensibilidad paterna. Tales condiciones, características del “adolescente triste y hermoso”, despuntaron en una época de la historia en que ser hermoso y triste alcanzó una importancia desconocida en otros tiempos.

De su infancia en la quinta de San Isidro no conservaba más que recuerdos vagos. Su madre era para él una señora perdida entre muselinas, apoyada en un jarrón de mármol roído por el musgo; su padre, un caballero que tosía en el pañuelo blanco y que permanecía las horas con los ojos fijos en el río y en su quietud. Al tío Rodrigo Islas, el demente, le había entrevisto detrás de las rejas del cuarto del mirador. El destino segó sus existencias una a una, en pocos años, como si hubieran estado enredados sus hilos y el primer corte hubiera bastado para aflojar toda la trama. La madre murió cuando iba a dar a luz; al padre le hallaron inmóvil en su lecho, una mañana, con la almohada manchada de sangre; el tío Islas se quitó la vida misteriosamente después de la desaparición de su hermana.

Librodot

A los ocho años Francisco había sufrido heridas que le dejaron cicatrices profundas. Su niñez transcurrió vestida de luto. Desde entonces, el negro fue su color. Jamás se le vio reír. Sus labios sólo conocieron una sonrisa tenue, aquella que ensayaban los hombres del Romanticismo por literatura y que en él se producía naturalmente, como una pálida flor desvanecida.

El resto se desleía en sus primeras memorias. Veíase acurrucado en los brazos paternos, una tarde de mucho frío, en la quinta de Pueyrredón. Un militar moreno inclinó sobre él los ojos ardientes. Después supo que era el general San Martín. Veíase también entrando en la sala de misia Mariquita Sánchez. Había varios señores que discutían con europea elegancia. Uno de ellos —el joven y demacrado Juan Cruz Varela— le rozó la frente con los dedos flacos:

—Este niño será poeta.

Veía estatuas agobiadas por la hiedra, balaustradas y galerías en cuyos capiteles anidaban los horneros, y de nuevo el rostro del tío loco en la ventana gorjeante, y los pasos menudos de la madre en los senderos que el trébol invadía. Todo eso tenía un olor de nardos y de magnolias y la música de un piano invisible.

La tía Catalina Romero usaba unos anteojos con vidrios gruesos como fondos de botella. El bozo le azulaba el labio. El mínimo necesario de carne cubría sus huesos largos, bajo el pellejo. Flotaba en su torno, como algo imperceptible pero presente, la atmósfera agria de las hembras sin amor. Se adivinaba que el amor debía haberse estrellado contra esos huesos, a modo de la espuma que se deshace en el filo de los acantilados, y que nada, ni una onda siquiera de su marea generosa, había refrescado su corazón.

¿Cómo habría sido el fabuloso tío Islas que osó darle su nombre? ¿Qué coriácea armadura le había permitido compartir la cama estéril de esa mujer, la cama que era imposible imaginar mullida y fragante, la cama de vértices y de aristas?

La sombra del marido se volvía neblina en el tiempo. Cuando se le citaba —y eso ocurría rarísima vez—, sorprendía a la rueda como si un forastero sospechoso hubiera entrado súbitamente en la habitación. Tanto desazonaba la aparición del intruso —acaso por la obscenidad antinatural que suponía la idea de un hombre conviviendo con Doña Catalina— que las señoras visitantes evitaban aludir a él. Ella misma le había relegado en la última alacena de su memoria. No le sacaba a relucir sino en los momentos graves. Si advertía que se dudaba de algún aserto suyo, subrayaba, relampagueando los cristales: “El señor Islas de Garay pensaba lo mismo.” Y aunque la concurrencia intuyera que el mítico caballero no había podido opinar de la suerte, era tal la incomodidad que suscitaba el fantasma, que la gente cedía, para conjurarlo y para que se fuera de allí.

Librodot

Ese círculo de damas viejas, que ni los achaques ni la muerte conseguían diezmar, estrechó sus anillos alrededor de la juventud de Francisco. A él se añadieron los hábitos talares del convento cercano. Solamente se aflojaba su presión en el refugio estival de la quinta.

Si Catalina Romero acogió en su casa a su sobrino, no fue por caridad. A su mayoría, Montalvo recibiría una fortuna en tierras y ganados. Con la señora vivía una niña pobre, hija de una hermana suya, y la tía planeó su boda cuando el uno contaba ocho años y seis la otra. Le gustaba organizar la existencia de los demás, obrar sobre ella como un agente divino. Tal vez eso había precipitado a su esposo camino de la tumba.

—Francisco casará con Teresa —decía a las cotorreantes beatas. A través de la ventana, las amigas observaban a los chicos que jugaban en el patio. No parecían entenderse muy bien, aunque no reñían.

Catalina limpiaba las antiparras de escribano y agregaba:

—El señor Islas de Garay deseaba que esta boda se hiciera.

Las presentes notaban el lapsus, pues ninguno de los dos interesados había nacido cuando el caballero había alcanzado ya, definitivamente, la categoría espectral, pero preferían no señalarlo. Algunas eran tan milagreras que barruntaban que Catalina dialogaba con su marido después de muerto, y atisbaban sobre el hombro, recelosas hacia los rincones.

Los dominicos —siempre entraban y salían en esa casa de sahumerio eclesiástico— aprobaban con la cabeza, dando al mate unas chupadas sonoras.

Los veranos transcurrían en la quinta de la barranca de San Isidro. Francisco renacía allí. Aunque desde su infancia comprendieron sus allegados que nunca gozaría de mucha salud —quizá tuviera los minados pulmones de su padre—, Francisco crecía en donosura.

A los diecisiete años, las muchachas se volvían para mirarle, disimulando con las mantillas, cuando pasaba a caballo, volcada la capa negra sobre el anca del alazán. Lo que más las impresionaba era su palidez, las venas azules diseñadas en las sienes bajo la masa de pelo oscuro, desmadejado, y aquella esbelta delgadez que tan bien se avenía con las ceñidas botas y los chalecos de seda.

La viuda de Islas se había aplicado, desde que Francisco cayó bajo su tutela celosa, a aclarar la trabazón del alma del adolescente, en busca del sendero que la conduciría hasta su intimidad, pero presentía que siempre había algo más allá, algo que esquivaba su conquista, una cámara secreta. Su impotencia para atravesar los umbrales postreros la encolerizaba. Conjeturaba que no se podía ocultar a su penetración nada bueno. Revisaba sus bolsillos. Le abría los cajones. Escuchaba tras las puertas. Ya colérica, ya mimosa, persistía en su indagación. A veces se decía que aquéllas eran sólo

Librodot

fantasías de su cavilar, pero otras, un parpadeo, un ademán del huérfano, bastaban para encender su curiosidad alerta.

Francisco emprendía largas caminatas por la costa. La viuda desplegaba su táctica para evitarlo. Sabía que la gracia física y la posición de su sobrino no dejarían de tentar a las vecinas duchas. Al mismo tiempo le preocupaba que se murmurara que prefería el solitario vagar a los halagos de la quinta, donde le aguardaban su tía y su novia. Pero sus sermones eran inútiles. A poco, Montalvo había desaparecido rumbo a los terrenos del Santo o a la propiedad de los Pueyrredón.

En San Isidro la independencia de Francisco era mayor que en la ciudad. La finca le pertenecía y quedaban en ella esclavos de la época de su padre y de su abuelo.

Para ellos, "el amito" era el amo. Montalvos e Islas de Garay habían vivido entre esos blanqueados muros, de generación en generación, para que un día albergaran al descendiente melancólico, al niño triste y hermoso de los cuentos. Además el paisaje estaba tan mezclado con sus recuerdos que por él se evadía de los rigores tutelares. Ni Catalina ni Teresa podían seguirle, aunque permanecieran a su lado, cuando deslizaba la mano sobre la pared que suavizaba la glicina o sobre el ánfora de mármol roto. Adivinaban que el muchacho sentía un latir humano bajo la palma, como si la sangre de los dueños anteriores corriera en la materia inerte y sólo él captara su mensaje.

Al atardecer, olvidado el libro de vidas de santos sobre las rodillas, miraba hacia afuera. La noche penetraba en el patio como una mujer negra coronada de luciérnagas y perfumada de azahar. Al mugido de una vaca remota, al relincho de un potro, respondían los ejes de una carreta fatigada y el alto grito cruel y como ensangrentado de un gallo victorioso. En los oídos de Francisco sonaban a manera de una sinfonía. Noche a noche, sumábase al coro un instrumento. Sosegábanse después los rumores del campo. Era la hora de rezar el rosario en el corredor, frente a la imagen de San Isidro que cabeceaba en el temblor de las velas. Mientras dirigía las oraciones, corriendo las cuentas entre los dedos viriles, la tía espiaba al mozo. La voz del muchacho naufragaba en la gangosa respuesta de los negros. El despecho de la viuda llegaba entonces al colmo. Olvidada del empaque propio de sus años, hubiera querido arrojarle a la cara el rosario bendito por su pariente Fray Julián Perdriel, sacudirle por los hombros y enrostrarle, delante de la asustada servidumbre:

—¿Pero no tienes alma? ¿No tienes alma para mí? ¿Qué me escondes? ¿Qué me escondes?

Francisco presentaba una faz impávida, irritante de ausencia. Cantaba un pájaro, de repente, en una de las jaulas, y al punto se le iluminaban los ojos. La viuda proseguía:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Sabía que su sobrino no estaba allí.

Una extraña timidez había entumecido desde sus primeros años al muchacho. Las sucesivas tragedias de su infancia hicieron germinar sus sentimientos precozmente, de manera que fue tal la desproporción de los mismos con su edad que a los primeros choques —pues nadie entendía su

sensibilidad— se vio obligado a disimularlos. Surgió así una tendencia a la ocultación propia de los reprimidos, un perpetuo miedo de revelarse y de que no le comprendieran, que se reflejaba en su apocamiento. Luego su propia hermosura contribuyó a aumentar su confusión. Él, que hubiera deseado pasar inadvertido, era el centro de la atención donde fuera. Las mujeres jóvenes le observaban de hito en hito y también las viejas le comían con los ojos. Algunos hombres bajaban los párpados precipitadamente, cuando se volvía a mirarles, medrosos de que descubriera en ellos cuanto querían velar.

Además la tía Catalina se encargó muy pronto de aislarle y con ello facilitó su inclinación morbosa. De haber sido una mujer inteligente, se hubiera percatado de que lo que Francisco requería era precisamente lo contrario: alguien que le empujara hacia el mundo, que le explicara que éste no es un monstruo hipócrita sino un animal rebelde que es menester domar y que una vez dominado obedece al tirón de riendas. Pero el sello del carácter de la viuda de Islas fue su ceguera psicológica. Jamás intuyó nada de lo que embargaba el espíritu de su sobrino nieto y que año a año agregaba nuevos nudos a su prisión. Aun más, cuando notó en él algún movimiento espontáneo —como su cariño a la quinta, por ejemplo— se aplicó a combatirlo sin razonar, por celos. Celaba cuanto pudiera privarla de una partícula de la voluntad de Francisco. Acaso sea justo decir que si auspició con tanto empeño la boda del muchacho con su sobrina fue porque percibió que no la amaría nunca y que de ese lado nada tenía que temer. Francisco fue su único amor, pero nunca quiso analizar esa corriente de su alma y nadie, ni siquiera sus confesores, sospechó el verdadero móvil que la impulsaba a posesionarse del adolescente sin compartirle. Los mismos dominicos, inconscientemente, alentaban su actitud, al aprobar cómo defendía a Francisco de las asechanzas mundanas.

Pero si la debilidad de Montalvo entregó sus baluartes al lidiar inquisitivo de la tía Romero, hubo uno que conservó intacto con toda su fortaleza: la quinta. La quinta era para él mucho más que su casa y su palomar, su jardín y sus frutales, sus negros y sus tropas de vacunos que pastaban del lado del camino del fondo de la legua, allí donde la quinta se volvía chacra. Era lo suyo, su castillo.

Frente a la falta de perspicacia de la gente, la quinta le comprendía, como una amante leal. Él le devolvía el sentimiento. Conocía cada uno de sus árboles, desde los talas que se arañaban sobre el declive frontero del río y el timbó y las enredaderas que enrojecían los muros en otoño, hasta los ombúes anclados como carabelas en la inmensidad de la llanura. Conocía sus rumores y sus perfumes, sus asperezas y sus suavidades: el rozar del lagarto en la hierba y el olor de las fogatas crepitantes, el canto de los pájaros distintos, el zumbar de los insectos y el dulce aroma de las pequeñas flores abrazadas a las cortezas robustas.

Cuando Catalina Romero creía que escapaba de la quinta hacia los terrenos donados al Santo Patrono por la piedad del capitán Acassuso, o hacia las residencias patriarcales de alrededor, se equivocaba. Rara vez abandonaba los límites de la propiedad. Solía trepar hasta la copa del aguaribay

Librodot

opulento, o tenderse a la vera de los juncos de la orilla. Sólo así era feliz. Sólo así se sentía seguro. Sólo así vivía las vidas intensas que le vedaba la realidad.

A los quince años había comenzado a anotar en un cuaderno todo lo que le sugerían sones y fragancias. Pronto, la cadencia del verso encuadró línea a línea su emoción. Los cuadernos se sucedían, colmados de una caligrafía diminuta. Los guardaba en el hueco de una viga, en su casa de Buenos Aires, y bajo el piso, alzando uno de los tablones, en su habitación de San Isidro. Eran su invisible tesoro, su secreto, su única intimidad.

La tía ni imaginaba su existencia.

En Buenos Aires, en los cursos de latinidad y de retórica, Francisco atrajo a los muchachos más descollantes de su época. Vicente Fidel López, Félix Frías, Miguel Cané, Juan Bautista Alberdi, Miguel Esteves sintieron la seducción de su gracia. No era un alumno extraordinario. A veces, en mitad de la clase monótona del señor Guerra, Alberdi le soplaba por lo bajo la espinosa cita de Virgilio, o López le susurraba, junto a la cátedra de Alcorta, el final del concepto filosófico que había desordenado.

—Francisco Montalvo vive en la luna —decía Miguel Cané, abriendo mucho los ojos negros en la cara redonda. Y en la luna le dejaban, respetuosos de su misterio, de ese curioso alejamiento que le proyectaba fuera del aula, por encima de los tejados, hacia el mirador distante, hacia las lentas nubes copiadas por el río. Pero ignoraban todos a dónde le conducían esos viajes ensimismados. Como a nadie hacía confidencias, le suponían apasionado por su prometida. Y la verdad es que Francisco no sabía responder a sus maestros porque hacía varios días que una estrofa —o algo menor, un adjetivo, la forma de una imagen— le daba vueltas y vueltas en la cabeza, obsesionándole, hasta que hallaba la solución en el momento menos pensado, como suele ocurrir a los poetas, y, distraído de la severidad del profesor de la Peña o de los latinajos del profesor Guerra, fijaba su conquista en cualquier trozo de papel blanco, en el margen de Salustio o en el de la "Retórica" de Blair.

Los muchachos que hubieran deseado tenerle por amigo abandonaron tal propósito, enfriados por su timidez que tachaban de indiferencia. Ellos andaban siempre juntos, en los reñideros de gallos, en las guitarreadas del barrio del Alto, entre las "chinas" chacotonas, o en las discusiones sobre literatura y política. Francisco ansiaba confundirse con ellos, ser uno de tantos, dentro del grupo juvenil y alegre, pero se lo impedía ese confinamiento invencible que era tal vez su encanto más singular.

En 1832, durante los últimos meses del primer gobierno de Rosas, cuando se fundó en la casa de los abuelos de Cané la pomposamente denominada Asociación de Estudios Históricos y Sociales,

Librodot

Francisco asistió a algunas de sus reuniones. Los mocitos se arrojaban a la cabeza, como proyectiles centelleantes, los nombres de los autores nuevos: Prosper Mérimée, Désiré Nisard, Edgar Quinet; se arrebataban los números muy sobados de la "Revue de Paris"; hablaban de Victor Cousin, de Michelet, de Hugo, de Sainte-Beuve. Corría por la sala un soplo caldeado. Cané golpeaba sobre la mesa con los puños cuando mencionaba a Manzani, su ídolo; Frías sostenía, entre las burlas de sus compañeros, la superioridad de Martínez de la Rosa sobre Mirabeau; Laureano Costa criticaba a Vicente Fidel López. Francisco Montalvo permanecía mudo, hojeando los libros. Un día, cuando todos salían para sus casas en un revuelo de capas y de chisteras, le encontraron en el patio. No había entrado en el salón y se había entretenido en conversar con misia Bernabela Andrade, la abuela materna de Cané. La gruesa señora, arrebujada en su pañoleta celeste, estaba contándole en el columpio de la tonada cordobesa algo de su estancia "Los Algarrobos", en el pago de San Pedro, cuando les rodeó la algarabía de los muchachos.

—¡Queremos saber de qué se trata! —gritaba López, zumbón. Pero Francisco ya se había encerrado en sí mismo y se envolvía en la capa negra, con aquel ademán estatuario que ejecutaba naturalmente y que Cané se desvivía por imitar.

El poema de la quinta crecía despacio. Francisco volvía a él de tiempo en tiempo. Lo dejaba madurar. Por debajo del canto a la naturaleza, como un río subterráneo, fluía a lo largo de las estrofas la historia sin historia de su vida. Ni él mismo se daba cuenta de las presencias sutiles, pero cuanto había intuido de su madre, de su padre y de su tío Rodrigo, flotaba en el arcano de las alegorías que sólo él podía interpretar plenamente. Ese poema, tan clásico en su estructura rigurosa, tan romántico en ciertos desalientos y frenesíes, tan inesperado en el Río de la Plata, en momentos en que Echeverría no había publicado aún sus "Consuelos", era para Francisco Montalvo fuente de energías y camino de desahogos. Cuando tomaba la pluma, frente a la bujía, se despojaba de su timidez como de una cota de hierro. Presentía que llegaría el instante en que su canto le revelaría a los demás. Entonces todo lo que había sufrido por su retraimiento se desharía como el hielo al calor, para mostrar bajo la rígida lámina su trémula intimidad. Pero para lograrlo el canto tenía que ser perfecto. Por eso volvía sobre las estrofas con ahínco, raspando, anulando, destruyendo en un segundo de autocrítica desesperada la obra de meses.

En 1834, cuando Francisco acababa de cumplir veintidós años, el presbítero Cornelio Cipriano Goneti, párroco de San Isidro, bendijo su boda con Teresa Rey.

Librodot

En seguida se establecieron en la quinta, en las habitaciones que fueron de los padres de Montalvo, en tanto que la tía Islas ocupó las que clausuraban el patio del lado opuesto.

La vieja señora triunfaba. Ya nadie podría quitarle a su sobrino. Después de comer, cabalgándole sobre la nariz los enormes anteojos, levantaba la cortinilla de tul, en su ventana, para vislumbrar a los muchachos que paseaban por el jardín.

Muy poco después, sin embargo, comprobó que los acontecimientos no tomaban el fácil y placentero rumbo que había trazado. Francisco solía encerrarse durante horas en el cuarto del mirador, el que había servido de cárcel a su tío. De allí bajaba al comedor, pálido, fatigado, y sólo respondía con monosílabos a las preguntas.

El poema tocaba a su fin. Francisco trabajaba incesantemente en pulirlo y redondearlo. Para justificar sus ausencias, había dicho a las señoras que preparaba su tesis. A Teresa no le interesó la aclaración. Las cosas de su marido no le importaban. El matrimonio le había procurado lo que siempre ansió tener: el bello nombre de Montalvo y un porvenir de gran dama vanidosa. No hacía más que probarse las alhajas de la madre de Francisco. Por haber convivido con él desde su infancia, ya no veía su física hermosura, la que sólo conmovía su orgullo cuando entraban al templo, los domingos, entre la admiración de las mozas.

Pero la vigilante viuda no se contentó con las explicaciones. Demasiado bien conocía el desdén de su sobrino hacia el estudio. No. Ahí había algo distinto, algo que se complotaba contra sus planes, algo que quería sobrepujar su voluntad. En el cuarto del mirador, alquimias oscuras operaban contra su influencia. Acaso estuvieran en juego los elementos imponderables que desde la niñez del muchacho pugnaron por socavar su dominio sobre él y cuya esencia ignoraba.

Entre tanto, Francisco había resuelto dar el definitivo paso de su vida.

En enero de 1835, Marcos Sastre fundó su librería en la calle Reconquista. Los muchachos acudieron a ella en bandada. Mil volúmenes escogidos tapizaban su salón. Allí se fumaba, charlaba y reía, alternando la broma con el tema grave. Vicente Fidel López llevó a Francisco al sanctasanctórum una tarde de marzo, y le refirió los proyectos que abrigaban para el futuro. Había que dar conferencias, que organizar debates, que recitar versos, que irradiar la luz del espíritu frente a las sombras del tirano.

—Estoy seguro —le dijo mientras revolvían los tomos franceses— de que tú compones versos. Nunca me lo has confiado pero creo que no me equivoco...

Francisco volvió hacia él los ojos rasgados de su madre. Por primera vez, quebró su timidez.

—Es cierto.

Brilló la mirada del otro en las cuencas hondas.

—Entonces tienes que prometer que mañana nos leerás algo.

Librodot

Montalvo quiso defenderse, pero fue en vano. Ya estaban los demás en torno, y Juan María Gutiérrez declaraba que traería el laurel para trenzar su corona.

La noche anterior había sido terminado el poema de la quinta. Sus estrofas colmaban cuatro cuadernos que en ese momento reposaban dentro de una caja de latón bajo el piso de su estudio de la casa ancestral.

—Bueno —respondió, y su voz resonó como la de un extraño en sus oídos—; mañana vendré.

Aplaudieron todos y Juan María chasqueó la lengua. López le pasó la mano por la frente:

—¡Un poeta! ¡Un poeta! ¡Tenemos un poeta!

Francisco recordó el día distante en que los dedos fríos de Juan Cruz Varela le ungieron en la sala de misia Mariquita Sánchez.

Montó a caballo y lo espoleó hacia San Isidro. Largo sería el galope, mas estaba habituado a hacerlo y hoy el viaje le parecía más holgado que nunca, a pesar del huracanado viento que le tironeaba de la capa.

¡Bien valían los años de incertidumbre, a cambio de la sensación que le embargaba ahora! Había vencido. Se había vencido a sí mismo. Con su quinta por aliado, había derrotado a los enemigos que, asombrados sobre su cuna, le condenaron a un destino de permanente indecisión. ¡Libre! ¡Libre! Las estrofas más felices cantaban en el compás de las herraduras. Eran las que dedicara a referir cómo florece la magnolia y cómo se acuesta el sol entre los árboles. O no... no... mejor aquella en que los gauchos, sentados entre las ruedas del carretón, miran la ondulación del alba sobre los flamencos rosas... O mejor aquella en que la hebra de hormigas asciende por la desnudez de la estatua...

Advirtió que, como otras veces, su flaca memoria no le permitía reconstruir los versos. El poema se le escapaba, se le diluía. Declamaba el comienzo de la parte del río, los octosílabos con los cuales había querido reproducir la música de los juncos, y a poco olvidaba el resto. ¡Y las estrofas de las boyadas que regresan al atardecer! ¡Y la de las mariposas que revolotean bajo el alero, en verano! ¿Cómo era aquélla? No. No podía decirlas. Se le esquivaban en el texto elaborado durante tanto tiempo.

Comprendía, por fin, que su canto era bueno, que nada de lo que hasta entonces se había producido en el Plata podía comparársele. ¡Adiós, pues, a los terrores infantiles! ¡Desgarradas, las ligaduras!

Galopaba en alas de la canción. El viento restallaba sus látigos furiosos. Unos aguateros, entusiasmados por su suelta elegancia, le saludaron con la mano, y un mendigo barbudo que cabalgaba como él se quitó el sombrero a su paso, mientras el pampero le arremolinaba los andrajos grises.

Librodot

Francisco Montalvo sonreía. El pegajoso secuestro, la imposición de un casamiento sin amor, las torturas de su alma apocada, siempre insatisfecha, abdicaban ante el irresistible impulso.

Ya caía la noche entre las campanadas de la capilla de San Isidro. Algo más allá, se enrojecía el paisaje. Frenó el animal delante de la quinta. El mirador ardía en la oscuridad como una antorcha inmensa. Los reflejos del incendio despertaban formas desconocidas entre los árboles que despeinaba la tormenta.

Esa mañana, no bien partió Francisco para Buenos Aires, la tía Catalina resolvió realizar una inspección cuidadosa en el mirador, para salir de dudas de una vez y averiguar qué retenía a su sobrino allá arriba. Propuso a Teresa que la acompañara, pero ésta se encogió de hombros. La muchacha acarició el collar de diamantes que ceñía su cuello y que resultaba absurdo en tan hogareña sencillez. Que la tía hiciera lo que se le antojase y que la dejara en paz. ¿Qué podía hallar en el famoso cuarto secreto? Francisco no era un Barba Azul. Nada... las cuartillas de la tesis... que la dejaran en paz...

Pero la viuda bullía ya de impaciencia. La despreocupación de su sobrina le sirvió de acicate, porque creyó percibir en ella el dejo de un reproche insoportable para su vanidad. Descubrió la llave en el cuarto de Francisco y subió penosamente la escalerilla de caracol que conducía a la azotea. Un viento tempestuoso sacudía los follajes. Entró en el estudio y cerró la puerta con llave, para evitar sorpresas inoportunas.

Era una pequeña habitación cuadrada, que recibía luz por dos rejas, las mismas en las que tan a menudo apoyó su frente lívida Rodrigo, el enclaustrado. Una claridad fantástica las bañaba. El ruido del ventarrón avivaba ecos en los rincones y hacía silbar la extinguida chimenea.

Todo estaba en orden. En los anaqueles alineábanse unos pocos libros y sobre la mesa blanqueaban los papeles. La tía Romero los revisó sin encontrar nada. Lo mismo sucedió con los cajones. Al revés de lo que podría esperarse, la falta de inmediatas pruebas le dio ánimos. Evidentemente, aquí se ocultaba algo, algo que no se dejaría al alcance de los intrusos. Uno a uno, registró los libros de la biblioteca.

Entre tanto la tormenta bramaba de cólera. Muy pronto cayó sobre el jardín una sombra verdinegra. La señora aseguró las ventanas y encendió el candelabro de tres brazos. El aire que se colaba por la chimenea hizo bailotear las llamas. Alzó las velas y tornó a recorrer el aposento palmo a palmo. No bajaría del mirador con las manos vacías. Se sentó junto a la mesa y dejó la llave sobre la tela de cachemira de la India, muy manchada de borrones, que tapaba su parte superior. Escuálida, huesuda, brujeril, hurgó con la imaginación en pos de escondrijos. Las paredes eran de ladrillo pintado. Imposible disimular nada en ellas. Tampoco estaba lo buscado en el escritorio ni en la

biblioteca. Palpó en el hueco de la chimenea, estremecido por el viento, con igual resultado. Volvió a la silla y dio un brinco. ¡El piso! ¿Cómo no había pensado en el piso? De rodillas, empezó a golpear los tablones. Uno cedió. Adentro, en una caja de latón...

Colocó su tesoro sobre la mesa. Eran cuatro cuadernos en los que reconoció la escritura de su sobrino. Los hojeó anhelosamente e hizo una mueca de disgusto. ¡Versos! ¿Y para eso se había tomado tanto trabajo?

A la luz oscilante del candelabro leyó el título: "La Quinta", y de inmediato su interés renació, más poderoso.

Siempre había odiado a la quinta de los Montalvos, la quinta que no era suya. Desde la niñez de Francisco, había notado que el chico le oponía allí una resistencia sorda, de la cual carecía en Buenos Aires, como si la casa de sus abuelos le infundiera insólito vigor. ¡La quinta! ¡La quinta!

Volteó las páginas. La quinta cobraba en ellas una grandeza insospechada. De estrofa en estrofa. Francisco revelaba lo que significaba para él esa propiedad maravillosa. Sus árboles, sus pájaros, su río, sus nubes, cantaban en los octosílabos musicales. Pero la viuda permanecía impenetrable a su lirismo. Se percataba, con asombrada amargura, de que Francisco no le había pertenecido jamás, como jamás sería de Teresa; que su dueña era esa quinta execrable, de la cual hablaba con frases de enamorado, con frases que ni ella ni su sobrina habían escuchado nunca.

Sus dedos amarillos arrugaron los folios, al pasar del uno al otro cuaderno. Afuera se sucedían las ráfagas impetuosas. La viuda llegó a la estrofa en la que el muchacho describía la estatua italiana del jardín. Detrás de las gafas, brillaron sus ojos. Si algo la enconaba especialmente era esa escultura demoníaca, con su grácil desnudez que le hacía sentir la indeseable sequedad de su cuerpo. Francisco se extasiaba en la cadencia de las rimas y contaba cómo, en los crepúsculos estivales, cuando el sol doraba la transparencia marmórea que recorrían como ríos las venas celestes, una hebra de hormigas trepaba por los flancos hacia la sombreada morbidez de los pechos, a manera de una caravana que asciende hacia el frescor de un oasis al amparo de las dunas.

Se puso de pie y gritó:

—¡Porquería!

Luego, incapaz de contenerse, desgarró las tapas de los cuadernos, arrancó sus hojas y arrojó las destrozadas cuartillas a la chimenea, sin cesar de mascullar improperios. Inclinó el candelabro y el fuego hizo pronto presa de una de las páginas. Se dobló nuevamente, para propagar la combustión al resto, y los anteojos titubearon y cayeron en el hogar. Casi ciega, quiso rescatarlos, pero sus afanes resultaron inútiles. El aire loco levantaba la humareda y las llamas rojas. Retrocedió hasta el centro de la habitación, fascinada.

Entonces el viento se introdujo como un gran pájaro graznante por la chimenea y echó a bailar los papeles incendiados. Uno de ellos, arrebatado por el soplo, empezó a quemar una de las

Librodot

cortinas. Otro, como si estuviera dotado de vida, saltó sobre la silla de paja y abrió allí sus alas multicolores.

La viuda tanteó la mesa, en pos de la llave, y sus dedos temblorosos la empujaron al suelo. Oyó el tintineo burlón en las tablas. Aterrorizada, se puso de hinojos y manoteó torpemente. Quiso serenarse. Debe de estar por aquí... por aquí debe de estar... Pero se dijera que la llave vivía también, que le habían brotado unos piececitos silentes y que se había lanzado a correr por el cuarto que el humo invadía.

Catalina Romero se orientó hacia las ventanas con los brazos extendidos. Los muebles le salieron al paso. El cuarto vacío se había llenado de muebles. ¿Y las ventanas? ¡Ah, ellas también! ¡Ellas también huían! ¿Dónde estaban las ventanas, en medio de esa hoguera que la rodeaba por doquier, en medio de ese sinfín de sillas y de mesas que la herían con las faldas esterilladas, con las caderas de caoba, con los senos de mármol? ¿Y sus gritos, nadie escucharía sus gritos en la tempestad? La quinta, la vieja enemiga, se había conjurado contra ella.

—¡Porquería! —exclamaba entre los accesos de tos—, ¡porquería! —como si sus labios no pudieran modular otra palabra. Hasta que uno de los chamuscados fragmentos del manuscrito se adhirió con uñas incandescentes a sus encajes. Era, precisamente, aquel en el cual el poeta —el poeta que ya nunca volvería a escribir— cantaba la gloria de la estatua desnuda desperezándose al sol.

XI

LA VIAJERA

1840

Los pasos de Francisco resonaban en el corredor. Mezclábase a ellos el golpeteo de su caña de bambú sobre las baldosas. Siempre caminaba allí una hora, de ocho a nueve, antes de cenar. Iba de un extremo al otro de la galería, ceñido por la levita azul y la corbata de dos vueltas, jugando con los sellos y los dijes que le colgaban del bolsillo del chaleco. Sólo sus botas delataban entonces al hidalgo campesino.

Librodot

En mitad del paseo descubierto, bajo el alero sostenido con vigas de palma, su esposa aguardaba también a que los negros sirvieran. Estaba sentada en una mecedora, entre las dos ventanas iluminadas del comedor. El gran peinetón calado dejaba caer sobre su seno la espuma de la mantilla. En la oscuridad, titilaba su collar de camafeos.

Ambos parecían prontos a salir para una tertulia mundana. Sin embargo, rara vez abandonaban la quinta de San Isidro. Aun en esa soledad, para Teresa el mayor placer fincaba en adornarse, en cambiar día a día los aderezos.

Bostezó la señora. A lo sumo contaba veintiséis años, pero el busto comenzaba a redondeársele ya con exceso, y los brazos, mimados por la pereza, acusaban demasiada morbidez bajo las mangas bollonadas.

Él, en cambio, a los veintiocho, no había perdido nada de su agilidad felina y de su belleza de retrato romántico, de personaje de cuento fatal. Las manos a la espalda, asomado el bastón sobre el hombro, continuó la caminata.

No se hablaban durante toda la hora. A la verdad, cada vez se hablaban menos. Se dijera que ya nada tenían que comunicarse y que al no pronunciar palabra postergaban la definitiva escena que echaría por tierra su matrimonio endeble.

La noche flotaba sobre el Río de la Plata, ligera como una neblina. Arriba, en el aire de diciembre, palpitaba el cielo estrellado. Toda la bóveda parecía un inmenso jazminero y se confundía con los jazmines enredados en las columnas del corredor. Tan fuerte era la fragancia, que el caballero se detenía por momentos como si le sofocara la intensidad del perfume. Luego reanudaba el paseo, haciendo girar los dijes en la cadena de ónices.

Sonaron las nueve en la campana del templo, cristalina, casi infantil. Simultáneamente abriéronse las puertas del comedor y el negro Cipriano se inclinó para anunciar la comida. Francisco apoyó la caña contra la pared y dio el brazo a Teresa. Se esmeraba por conservar los usos señoriales que agradaban a su mujer e impresionaban a la servidumbre.

En ese instante, los ocho perros diseminados en los senderos de la quinta ladraron del lado de los portones. Arrugó Francisco el entrecejo y Teresa se llevó las manos a la boca. En 1840 se vivía en zozobra perpetua. Podían ser los mazorqueros. Montalvo era un “tibio”. Si bien no se había declarado abiertamente por el gobierno, ni había dado pruebas de ser un buen federal, tampoco había emigrado a Montevideo, como casi todos sus amigos. Pero esas mismas amistades de adolescencia y sus gustos refinados debían tornarle sospechoso ante los espías del dictador.

—Las divisas —murmuró la señora—; no tenemos las divisas...

Ni uno ni otro ostentaban la cinta roja de adhesión a la causa de Don Juan Manuel. No las usaban en el quintón. Si algún esclavo les denunciaba, correrían el albur de las explicaciones. Entre tanto, Francisco prefería ese riesgo a la humillación constante.

Librodot

—Voy a traerlas —añadió la dama.

Pero era tarde ya. Por el corredor, entre cuatro o cinco perrazos saltarines, desembocaban unos negros desaforados. El caballero tomó nuevamente el bastón flexible y lo hizo chasquear en el aire:

—¡A ver! ¡A ver! ¿Qué es esto?

Los morenos atropellaban las palabras. Por fin comprendió qué querían decirle. Frente a la verja del camino real había volcado un coche.

Francisco arrojó sobre sus hombros una chalina y atravesó el jardín, pisando una alfombra de jazmines blancos. Seguíanle los negros, que disparataban y hacían muecas. Delante de la puerta de hierro estaba el coche enorme, torcido. Habíase cortado una de las sopandas de cuero, estiradas a torniquete, que mantenían la caja. A un costado esperaban dos mujeres a que el cochero descendiera el equipaje apilado sobre el techo, que corría peligro. Una breve orden de Montalvo bastó para que sus esclavos se encaramaran como monos en las ruedas de urunday y ayudaran en la tarea difícil.

Francisco se acercó a las señoras. Un negro alzó una linterna. De las viajeras, una era evidentemente el ama, y criada la otra. La primera frisaba los treinta años. Bajo la capota le temblaban los rizos rubios, rebeldes. Vestía un traje escocés a dibujos verdes y amarillos que perfilaba el apretado donaire de su figura.

El caballero oyó su voz clara en la que vibraban las notas metálicas del acento sajón. Pedía excusas por el contratiempo. Francisco levantó las palmas, rechazando el comentario:

—Entren ustedes. Podrán aguardar mientras les componen las correas.

Sin titubear, la extranjera tomó sus dedos tendidos. Juntos volvieron hacia la galería. Detrás, la servidora caminaba con dignidad, llevando la maleta y la sombrilla de su ama. Cuando llegaban a la casa, en el mareo de los jazmines, detúvose la señora.

—¡Este perfume! —suspiró—. ¿No lo siente usted como algo vivo que lo acompaña?

Francisco no tuvo tiempo de responder. Ya estaban en el corredor y Teresa avanzaba, curiosa, para recibir a su huésped.

Mrs. Foster aceptó sin remilgos la invitación a cenar. Adivinábase a la mujer habituada al agasajo. En el comedor, a la luz de los candelabros, Francisco la observó con disimulo. Veía allí lo que no había distinguido a la claridad de la linterna: los ojos gatunos que a veces refulgían como si se llenaran de chispas de oro, y la boca demasiado grande, tentadora, que hubiera pintado años después Dante Gabrielle Rosserti.

La delgadez de la inglesa contrastaba con la porteña blandura de la señora de Montalvo. La gracia de la primera estaba hecha de la rapidez de su mirada, de la nerviosidad de pájaro con que

volvía la cabeza, y de la arquitectura de esa cabeza misma, cuyos huesos pequeños apuntaban bajo la piel tirante y diseñaban unas sombras sutiles en la línea de los pómulos. Estaba hecha también de la elegancia de su cuerpo liviano modelado por el traje de tela de Escocia.

En cambio Teresa mostraba la blanquinegra hermosura de los bandós tirantes, como de raso, encuadrando un cutis de magnolia en la redondez del óvalo. Lánguida, adormecida, parecía hoy más criolla, más habitante de una isla de orquídeas y quitasoles.

Mrs. Foster explicó que iba a la chacra de su marido, en San Fernando. Cuando Francisco quiso ubicar la propiedad, la extranjera eludió la respuesta en la confusión de los detalles. Dijo, sí, que Mr. Foster era un comerciante de Edimburgo radicado en Buenos Aires hacía seis meses.

Los esclavos pasaban las fuentes copiosas, labradas a martillo: el sábalo del río, los pasteles de maíz, la pierna de carnero mechada, las ensaladas, luego la sopa de fideos, y por fin el arroz con leche y las torrejas. Era la época de las comidas que se prolongaban durante horas. La inglesa apenas probó bocado y Francisco era generalmente sobrio. Hasta Teresa, que siempre picoteaba todos los platos, devolvió intacta la dulcera colmada de dulce de leche.

Los esposos escuchaban fascinados a la viajera. Tenía ésta el don de crear una atmósfera y de envolverse en ella, como en un velo. Los nombres de las ciudades remotas acudían naturalmente a sus labios.

Su curiosa pronunciación y la manera con que desfiguraba ciertos vocablos, añadían al encanto de las narraciones.

París... Viena... Sevilla... Roma... Nápoles... y después Rotterdam y Estocolmo... y también Atenas y El Cairo y Chipre... Giraba el globo entre las yemas sensitivas de Mrs. Foster. Había estado en todas partes. Sabía contar sin dar la impresión de que contaba, provocando los temas. Había visitado a Victor Hugo en su casa de la Place des Vosges, en París, el año anterior. Conocía a Alfred de Musset y a George Sand. Su padre había tratado a Byron en Venecia, en 1816, y al pirata Trelawny. Citaba sin aparatosidad a los personajes ilustres, y sus ojos verdes se posaban ya en Teresa ya en Francisco.

Jamás había invadido al comedor de la vieja quinta de los Montalvo tal multitud de duendes invisibles. El caballero, cuando su mirada se perdía en las ventanas de reja, no veía en su encuadramiento la silueta familiar de los talas y del ombú, sino la corona de los cipreses italianos y la blancura casi celeste de las escalinatas hundidas en el Lago de Como. El mundo con el cual había soñado siempre, en la severa soledad de San Isidro, acudía a él como una ronda estupenda que conducía la inglesa indefinible. Los hombres extraordinarios cuyas obras revolucionaban la literatura —Hugo, Vigny, Lamartine, Musset— vagaban del brazo por la galería. ¿Cómo era aquello?:

—"Poète, prends ton luth et me donne un baiser..."

Mrs. Foster se lo había oído recitar al poeta mismo, en 1835.

Librodot

Y Teresa imaginaba el esplendor cabrilleante de los bailes de Londres, de París, de Viena. Se irguió, en el lujo de los camafeos y de los encajes, como si presidiera una mesa tendida en una terraza de mármol rosa, a orillas del Adriático, con un príncipe romano a su diestra.

Así como era imposible no ceder ante la seducción de Mrs. Foster, era imposible atravesar el misterio que la aislaba. Debajo de la enumeración deslumbrante y del espejear de las anécdotas oportunas, columbrábase la presencia de elementos oscuros y recios. Iban sus ojos de Francisco a Teresa y sus labios ricos, generosos, se crispaban en un leve mohín. Porque si ella brindaba a los Montalvo un espectáculo singular, éstos, sin percatarse, le devolvían el de una perfección física que no había hallado en sus andanzas de incansable buscadora de sensaciones nuevas.

El negro Cipriano entró para anunciar que el carruaje estaba listo, pero los dueños de casa no quisieron atender las protestas de su huésped. Era demasiado tarde para reanudar el viaje por un camino sembrado de baches y acaso de salteadores. La señora pasaría la noche allí y a la mañana siguiente se trasladaría a San Fernando. Mientras insistían, tanto Teresa como Francisco se daban cuenta de que lo hacían no sólo por la tradición de la hospitalidad española, sino por conservar entre ellos algunas horas más a ese extraño ser que había hechizado a la quinta.

Mrs. Foster accedió. Aceptaba lo insólito sin discutir con la facilidad propia de quien ha vivido en continuos vagabundeos y ha reducido la sorpresa al orden de lo cotidiano. Además el matrimonio intrigaba a lo que en ella había de aventurero, de irresponsable.

Teresa se puso de pie. Tenía que disponer lo necesario para el alojamiento en la habitación que había sido de su tía Catalina Romero, en el otro extremo del patio interior. Francisco y Mrs. Foster salieron al jardín.

Florecía la noche. El aroma de los jazmines se había acentuado. La inglesa, aludiendo a ellos, repitió la frase que se le había escapado al llegar a la quinta:

—¿No siente como si algo vivo lo acompañara?

Y añadió:

—¿No siente como si todos estos jazmines fueran una mujer que pasea a su lado?

Jamás le habían hablado así a Francisco. ¿A qué mujeres había tratado hasta entonces? Apenas a la suya, a quien nunca amó y con quien nunca conversaron sino sobre cosas triviales y exactas: habrá que cortar la rama gruesa del aguaribay, porque ya roza el alero; no hay que olvidar que el jueves vienen a comer los Márquez; murió el potrillo alazán al rodar en el camino... Su timidez —esa timidez contra la cual había guerreado desde su infancia y de la que no se había desasido por completo— le prohibió otras compañías.

En su brazo se insinuó la mano de Mrs. Foster. ¿Era una treta de su imaginación o las uñas se hundían ahora en su manga azul?

Librodot

Iban hacia la barranca. Millones de estrellas se encendían y apagaban en el cielo. No corría ni un soplo de brisa. Se detuvieron junto a la estatua de la ninfa semidesnuda que mordían los dientecillos de la hiedra. Francisco esbozó una sonrisa melancólica:

—He aquí mi Italia...

Cantó un pájaro en el timbó. Al caballero le latió el corazón. Se volvió hacia la inglesa y sólo vio los ojos verdes y los labios húmedos tendidos hacia él. Arrastrado por un vértigo, olvidado de la reserva que le aprisionaba, los besó con fruición de hambriento, y besó también los pómulos y los párpados y el cuello, buscando el vello dorado de la nuca. Sus manos acariciaron el cuerpo fino que cedía, pegado al suyo, el cuerpo que olía a jazmín.

En el corredor, la voz de Teresa rompió el encanto. Anunciaba que la habitación estaba pronta.

La señora de Montalvo quiso ayudar a su huésped a desvestirse, mas no se atrevió a hacerlo. No había sentido hasta entonces la embriagante desazón que la rendía ahora. Mientras la forastera se despojaba de las prendas, apartó los ojos, fingiendo interesarse por sus frascos y sus peines. Pero los ojos se le escapaban hacia el cuerpo enjuto de adolescente que emergía del oleaje de batistas, frente al espejo. Por la abierta ventana entraba el aroma de los jazmines.

Mrs. Foster se deslizó bajo las sábanas bordadas con las iniciales de los Montalvo y los Rey. Habíase anudado a la cabeza una ceñida gasa celeste, que le disimulaba los rizos como dentro de un casco. Su pecho y sus piernas arquearon apenas la colcha.

—¡Qué hermosa es usted! —dijo, haciendo sonar la "t" inglesa con rápido chasquido—. ¡Qué hermosa! Con tanto haber viajado, creo que no he encontrado antes una mujer así.

Teresa se volvió hacia el espejo. La luna le devolvió sus ojos negros y sus mejillas de magnolia, pero distintos, desconocidos. Tuvo miedo de sí misma y giró sobre los talones hacia el lecho. No había más luz que la de una palmatoria colocada sobre la mesa de jacarandá en el centro de la habitación. Resultaba curioso y absurdo, pero hubiera podido confundir a Mrs. Foster con un muchacho, con uno de aquellos muchachos que se bañaban desnudos en el río, cuando era niña, y que había espiado entre los juncos de la ribera.

Se aproximó a la cama y tomó la mano que la aventurera le ofrecía. Su contacto desperezó reflejos inquietantes, adormecidos en lo más hondo de su sensibilidad, acallados desde la infancia por el rigor de la educación religiosa, pero que persistían allí, agazapados, prontos para cuando se aflojara la armazón convencional.

—Good night —murmuró Mrs. Foster y entornó hacia ella los párpados. Su iris verde tenía el tono del cielo en las tardes de tormenta. Diseñáronse sus pechos andróginos en la lisura de las sábanas.

Librodot

Hubo una pausa de silencio, en la que los rumores del campo se mezclaron como los de una orquesta que afina ensayando sus partituras.

En la almohada suntuosa, los labios que temblaban se entreabrieron, ofrecidos como se habían brindado al otro. Incapaz de contenerse, Teresa cerró los ojos como delante de un abismo, se inclinó sobre ellos y los besó, como si besara a un hombre. Huyó después hacia su aposento, desconcertada, entre arrepentida y feliz, agitado el peinetón como una inmensa mariposa.

Francisco Montalvo se revolvía en el gran lecho de caoba con columnas torneadas, que había sido de su abuelo Don Fernando Islas de Garay. Su esposa ocupaba el cuarto vecino. Vivían separados hacía cinco años, exactamente desde la muerte trágica de su tía Catalina Romero, la que urdió su boda.

El caballero no logró conciliar el sueño esa noche. A las tres, cuando callaba toda la quinta y sólo se oía el lejano ladrido de los perros que se llamaban en las lomas, saltó de la cama sin poder resistir más. Púsose a caminar por el cuarto, como enjaulado. El recuerdo de la inglesa y de su abrazo junto a la estatua, le estremecía. Palpaba aún la firmeza del cuerpo joven, furiosamente estrechado en la fugacidad del paseo.

¿Por qué no ir hasta su habitación? Sin duda le estaría aguardando. ¡Ah, esa timidez, esa terrible timidez! Pero esta vez las cosas sucederían de otro modo. Iría. ¿Acaso no le había invitado ella al entregársele sin lucha? Le obsesionaban los labios rojos, abiertos como una flor en la austeridad casi monacal del aposento. Y, más allá del tironeo de la carne, le tentaba todo lo demás: el prestigio de los viajes que no había realizado; los encuentros maravillosos que no había conocido; la libre fantasía encendida como una lámpara en la oscuridad de la quinta de San Isidro y que echaba a bailar los silfos olvidados en el tedio y en el polvo de los rincones.

Se arrebujó en la capa y salió al corredor de arquería que rodeaba el patio como un claustro de convento. Las estrellas se habían escondido. Dijérase que a esa hora abandonaban el sitio a la victoria de los jazmines. Tanteando la pared, se adelantó hacia el cuarto de la tía Romero, el cuarto de Mrs. Foster.

Poco a poco sus ojos se adaptaron a la penumbra. Distinguió los macetones, inmóviles como borrachos panzudos bajo las rejas. El jazminero se adhería a las columnas transformándolas en fantasmas transparentes. Dio un paso más y se le heló la sangre. Algo se movía en su camino. ¿Ladrones? Los perros vigilantes los hubieran denunciado. ¿Un alma en pena? A pesar de su escepticismo de camarada de Vicente Fidel López y de Miguel Cané, demasiados frailes y beatas habían poblado su niñez para no marcarle una huella milagrera. Pero no... no... Tal vez sería la

Librodot

inglesa que no conseguía dormir y que tomaba el aire de la madrugada. Acaso se hubiera apoderado de ella su mismo y ansioso desvelo.

Los aguijones de la voluptuosidad se le hincaron en las venas. Apretó los dientes.

La sombra se había detenido delante de la puerta de Mrs. Foster. Pareció vacilar. Francisco avanzó y rozó sin querer una planta de helechos. La sombra sofocó un grito y dio vuelta hacia él. Era Teresa.

Quedaron mirándose unos instantes, atónitos, como si por vez primera vieran en sí mismos y se reconocieran, desnudos. Jamás habían brillado así los ojos de Teresa Rey; nunca habían ardido así los de Montalvo. Jadearon sus respiraciones. Olían a pecado los jazmines. Hasta que la tensión fue más fuerte que ellos. Francisco abrió los brazos y su mujer cayó en ellos, vencida.

Regresaron silenciosamente a la habitación de Francisco, como si no quisieran perder ni una partícula del tesoro de pasión que llevaban. En tantos años, fue ésa su primera noche de amor, una noche de lágrimas y de fiebre, violenta, humillante, desgarrada, que puso frente a frente a dos amantes de un espectro.

Por la mañana, muy temprano, oyeron a la forastera cruzar el patio, seguida por su criada. Luego escucharon, del lado de la carretera, el traqueteo del carruaje que se alejaba hacia San Fernando, azuzado por el cochero.

Ambos simularon dormir en la cama española del abuelo Islas de Garay, pero cada uno sabía que el otro velaba también. Lentamente, el odio comenzó a crecer entre ellos, a manera de una planta tortuosa de negras raíces que se extendieron por la habitación y amarraron las cuatro columnas de la cama antigua con su cordaje envenenado: el odio de lo que habían hecho, el odio de por qué lo habían hecho.

XII

TORMENTA EN EL RÍO

1847

Entraron a caballo en el lodo de la playa y a poco el agua chapoteó bajo los cascos. Eran siete hombres: cinco emigrados, un peoncito y el capitán del velero. Callaban todos menos este último, quien venía algo alegre por la influencia del vino carlón con que había rociado el gaznate en la

Librodot

pulpería de San Isidro. Para él, que hacía el viaje semana a semana, la aventura se había trocado en un medio de vida que le procuraba patacones sonantes.

—Parece que vamos a tener tormenta —dijo con voz ronca—. Quizá lo mejor fuera volvernos pa las casas y salir el jueves.

Los demás protestaron velando el tono. No era eso lo convenido. Cuando le pagaron el pasaje, se estipuló que zarparían hoy, cualquiera fuera el tiempo. El regreso podría ser fatal.

—¿Acaso tiene miedo? —le preguntó uno, en la oscuridad.

—¿Miedo yo? Sépase que el Lindo Oteyza no tiene miedo a naides. ¡Adelante, caballeros!

Se puso a cantar un "cielito" de los federales:

—Cielito, cielo que sí,

Cielito y viva el Gobierno,

Que al unitario traidor

Le hace ver el quinto infierno.

Francisco Montalvo frenó la cabalgadura:

—Usted está loco. ¿Quiere traicionarnos? ¿Y a qué sale con esos versos tan...?

—...tan poco a propósito —apuntó su primo Mariano Islas.

El Lindo Oteyza rió con la risa del aguardiente.

—Si no hay naides, niño, le juro que no hay naides. El "cielito" lo estoy aprendiendo porque necesito que en Buenos Aires me crean buen federal. Por eso uso también el poncho colorado.

El agua les mojaba las botas. En la negrura del río se dibujó el perfil de la embarcación que les conduciría al Uruguay. Treparon todos a bordo, menos el peoncito, quien regresó a tierra con los caballos. El capitán dio orden de izar las velas y el viento las hinchó furiosamente. Levaron anclas.

Era tan densa la sombra, que las luces de la costa casi no se distinguían. Con ayuda del catalejo, Montalvo ubicó las de su quinta en la barranca de San Isidro. Correspondían a las ventanas del comedor. En ese momento tintineó la campana de la capilla. Las nueve. Teresa, su mujer, se sentará a la mesa, frente a su retrato por Jean-Philippe Goulu, aquel en el cual está vestida de amarillo, con un gato en las faldas. El negro Cipriano entrará con la fuente. Nada habrá cambiado. Sólo falta él.

Suspiró y se arropó, friolento, en la capa.

Había titubeado antes de resolverse a dar este paso grave. Las súplicas de su primo Mariano Islas le convencieron por fin. La situación se tornaba peligrosa para ellos. Amigos fieles les avisaron que había llegado al despacho de Don Juan Manuel de Rosas una delación contra ambos, por su simpatía con los defensores de Montevideo. Teresa fue quien puso más empeño en su partida y eso no dejó de sorprenderle. Nunca le había dado pruebas de interesarse por él. Ahora, mientras se alejaba el velero, camino de la proscripción, Francisco pensaba que en tantos años de matrimonio no

había logrado comprender a su mujer. Verdad que no le había dedicado mucha meditación. ¿Cómo sería Teresa? ¿Qué sería Teresa? ¿Era posible que hubiera vivido junto a ella desde su infancia, que se hubieran casado hacía trece años y que fueran como dos extranjeros; dos extranjeros que compartían los almuerzos y las comidas, que conversaban con las amistades comunes, pero que nada tenían que decirse? Con hijos, las cosas hubieran sucedido de otro modo. Eran dos solitarios bajo el mismo techo.

Se encogió de hombros. Ni a Teresa le había importado jamás de él, ni a él de Teresa. Su boda fue una equivocación impuesta por la ciega voluntad de su tía Catalina Romero.

El frío le estremeció. Se esfumaban ya las tímidas claridades de la costa. Se iba, quizá por seis meses, quizá por un año o dos, y no experimentaba ningún desgarramiento; sólo la presencia de esa doble pregunta que se había planteado: ¿Cómo sería Teresa? ¿Qué sería Teresa? ¿Qué sería esa mujer que en la treintena alcanzaba la sazón de la madurez como un fruto jugoso de tierra cálida? En más de una oportunidad había advertido que los hombres la espiaban con ojos de gula. ¿Qué sentiría ella? ¿Qué sentiría ahora, ahora que quedaba librada a su capricho en la quinta de los Montalvo, hermosa, rica, independiente?

Su primo le tocó la espalda. Lo más acertado era guarecerse en la cámara de popa. Caían ya los primeros goterones. Si el tiempo no despejaba, no podrían desembarcar en el Carmelo a las dos de la mañana.

Sus tres compañeros —había un prusiano y dos criollos— cabeceaban en un rincón, medio mareados. Oteyza había descorchado una botella y de tanto en tanto le daba una chupada al gollete. La ofreció a los primos, pero éstos rehusaron.

Francisco observó cómodamente, por primera vez, al capitán del velero. Mariano Islas había concertado la fuga. Cuando se encontraron bajo el aguaribay del camino, no se veían ni las manos.

El Lindo Oteyza merecía su apodo. Era un gaucho joven y curtido, con rasgos de indígena. Se cubría la cabeza con un gran pañuelo blanco que le tapaba las orejas y el pelo y que anudaba bajo la barba negra. Los pliegues del amplio poncho escarlata no disimulaban su robustez. Entrecerraba los ojos maliciosos, que velaban los vapores de la bebida, pero sus ademanes lentos conservaban su gracia afelpada de puma.

—Y, capitán —dijo Mariano, por vía de conversación—, ¿quién dirige este barco?

—Tengo tres muchachos arriba. Si el río se pica más, subiré. Entre tanto...

Y sobó amorosamente la botella. A la luz del farol que se balanceaba, colgado del techo combo del camarote, brilló su sortija.

—Lindo anillo comentó Mariano.

Librodot

—Lindo —dijo el marino—, lindo como el Lindo Oteyza. —Y se echó a reír.

—¿De dónde lo ha sacado? —inquirió el otro—. Es alhaja de caballeros.

—Sépase que yo soy caballero también. Mi padre solía decirme: "Los Oteyza valen tanto como cualquiera."

Francisco, que se había echado sobre unos bultos, se incorporó. La sortija titilaba como un insecto sobre el vidrio verde del frasco. La reconoció en seguida. Era de oro, con dos figurillas entrelazadas que sostenían en el engarce central un granate.

Las ráfagas recrudecían su violencia. Bailoteaba la embarcación.

—¿Todavía no va a subir? —volvió a interrogar Islas.

Oteyza guiñó los ojos que el alcohol hacía lagrimear. Se pasó el revés de la mano por la boca.

—Déjeme que le cuente. Hay tiempo para todo. Una mañana, el año pasado, iba yo a caballo por la carretera de la costa, cerca de la capilla del Santo Labrador, cuando me crucé con una mujer que también venía a caballo. ¡Qué hembra, mi amigo, qué flor de hembra! Blanca como la luna y una manera de erguirse sobre el animal... A la legua se le distinguía la condición... Mi overo le asustó el zaino no sé cómo y, ¡zas!, allá se fue al suelo con su vestido bonito y su mantilla. Desmonté de inmediato para ayudarla a levantarse y me percaté de que se había torcido el tobillo. ¿En verdad no quiere un trago de esta ginebra?

—No, hombre, apúrese, todavía vamos a tener un accidente por su cachaza. ¿Qué pasó después?

—Naturalmente, la ayudé a acomodarse en la silla. ¡Qué cintura, mi amigo! Se le escurría a uno entre las manos. Ya en ese momento, le juro por mi patrono San Jacinto que no es vanidad, me di cuenta de la impresión que le había hecho el Lindo Oteyza. La acompañé hasta su quinta, que allí cerquita quedaba, y me convidó con unos mates...

Se abrió con gran ruido la puerta de la cámara y asomó la cara asustada de uno de los marineros, casi un niño, con la brújula en la mano.

—Andamos mal, capitán, se nos han enriedado las cuerdas y me parece que esta aguja está rota.

—Ahora subo. Bueno, para terminar el cuento, le diré que el marido estaba ausente y que me regaló el anillo.

—¡Caramba! —comentó Mariano—. Parece que la señora pagaba bien la ayuda.

—Vamos, mi amigo, no me haga creer que se chupa el dedo, todo un señor leído como usté. Lo que pagaba no era mi compañía desde la carretera, sino lo otro, lo que pasó después. O ¿qué piensa? ¿Piensa que con el marido afuera el Lindo Oteyza se iba a quedar tranquilo? Una flor de hembra, le aseguro... Volví a visitarla cuatro veces. Valía la pena y a ella le gustaba. Su hombre algún sonso, andaba entonces por una estancia de la familia, en Córdoba, del lado de Alta Gracia...

Oteyza sorprendió la mirada que cambiaron los primos. Olfateó el riesgo del tembladeral por el cual avanzaba. Su oficio le había acostumbrado a vivir alerta, aun cuando estaba bebido.

—¿Qué pasa? —preguntó con recelo.

Mariano Islas había palidecido. Conocía la propiedad de los Montalvo en Córdoba. Les venía por herencia de un encomendero. Francisco la recorría cuando así lo exigían las faenas.

—Cállese, gaucho mentiroso, envenenado, y ocúpese de lo suyo —replicó Mariano—. No está la noche para fantasías.

Francisco hundió él rostro en la sombra, pero hasta allí le persiguieron los ojos inquisitivos del capitán. ¿Si no será este el marido?, barruntaba el mestizo sobresaltado. ¡Buena la he hecho!

El barco se tumbó hacia estribor. Rodaron confusamente los muebles, las petacas y los cajones. Se apagó la luz. Los hombres trastabillaron como borrachos y cayeron también. Arriba sonaron los gritos de los marineros.

Oteyza consiguió forzar la puerta y salir, blandiendo un hacha. Siguiéronle los demás a los tropezones.

El velero hacía agua por todas partes. Las olas negras barrían su cubierta semihundida en la espuma. La oscuridad se apretaba sobre la arboladura volcada. No se veía a medio metro.

Francisco pudo aferrarse a un cable y mantenerse en pie, entre el azote del agua. Quería analizar sus sentimientos y le asombraba no hallar reacción alguna. Acababa de enterarse, brutalmente, de la soez infidelidad de su mujer, y no le dominaban ni el odio, ni la angustia, ni siquiera el asco. Pero ¿de qué materia estaba hecho? La timidez terrible que desde niño le había maniatado, ¿no sería en realidad una de las expresiones de la indiferencia?, ¿no sería un desdén congénito hacia todo, una incapacidad?

Buscó a Mariano y no le halló. Las órdenes del capitán ebrio nada significaban en la desatada locura de la tormenta.

"Quizá —continuó diciéndose Francisco— lo más prudente fuera terminar aquí. ¡Sería tan fácil! Con aflojar un poco la presión de mis dedos sobre este cable, la próxima ola me arrastraría... y entonces, ¡adiós!"

Una barrica lanzada a través de la cubierta le golpeó el pecho. En lugar de soltarse, se asió con más firmeza a los nudos. ¡No! ¿Morir? ¿Para qué morir? ¡Al contrario! Esa escena grotesca había sido providencial. Ahora se había liberado por completo. En Montevideo iniciaría una existencia nueva, sin trabas. Acaso lograra escribir. ¡Qué curiosa vida! No conseguía odiar a Teresa. Antes bien, le embargaba una inmensa piedad hacia ella. En cuanto al Lindo, ¿cómo odiarle, si era un profesional del amor, si los pasajeros encuentros en la quinta nada representaban para él? Seguro que tendría anillos para los diez dedos. Sonrió levemente, al imaginar las manazas del paisano con las

Librodot

falanges ahorcadas por las sortijas: los rubíes, las turquesas, el topacio y, en el índice, el granate que había sido de su abuelo, de Don Fernando Islas de Garay.

El agua le lamía la cintura. Naufragaban. Escuchó a su derecha la alterada voz de Mariano:

—¡Arrójate al río! ¡Quedarse aquí es peor!

Nadó al azar en los remolinos de la noche. Ansiaba salvarse. Debía salvarse para empezar a vivir. Sólo ahora empezaría a vivir, en Montevideo, entre los miradores y las terrazas árabes, entre los amigos de siempre. Escribiría en el diario de Florencio Varela. ¡Tenía tanto que decir! Y luego se iría a Chile, para reunirse con Vicente Fidel López y entregarse a la tarea feliz de reconquistar la patria.

Repentinamente vio a Teresa en el comedor de la quinta. Era la Teresa del cuadro de Goulu, Teresa con la piel delicada como las magnolias. A su lado, se insinuaba el Lindo. Los brazos morenos del Lindo acariciaban su carne de magnolias. La echaba hacia atrás, en el diván del óleo.

¿Y Mariano? ¿Se habría dado cuenta Mariano? Aquella mirada... Pero no, no podía haber adivinado que él era el personaje del cuento burdo. ¿A quién se le iba a ocurrir que Teresa...? El tío abuelo Islas de Garay había muerto cuando Mariano era un niño. Imposible que recordara su sortija.

La lluvia arreciaba sus latigazos crueles. Breves relámpagos y rayos distantes hendieron el paisaje invisible. En la cresta de las olas flotaban barriles y cajas. ¿Qué habría sido de los demás? Un fragmento del mástil le rozó. Se tomó de él desesperadamente, hasta que le dolieron las uñas. La rápida luz, al rasgar las tinieblas, le mostró en la extremidad opuesta algo que parecía una cabeza humana.

—¿Eres tú, Mariano? —gritó en el estrépito de la tempestad.

Con mil dificultades se deslizó a lo largo del madero. No. No era Mariano. Era el Lindo Oteyza. Haciendo un esfuerzo supremo, se había despojado del poncho pesadísimo y ahora, desnudo el torso, cabalgaba sobre el leño destrozado, con el hacha en la cintura.

Se observaron un instante. El miedo hizo castañetear los dientes del mestizo. Francisco Montalvo quiso decirle que no tenía nada contra él, pero el terror del otro fue más veloz que cualquier mensaje. Levantó el hacha y de dos tajos limpios cortó las manos que se adherían al madero y que permanecieron allí unos segundos, crispadas, como si emergieran de dos chorros de encaje púrpura.

XIII

EL PINTOR DE SAN ISIDRO

1867

Micaela no cesó de lamentarse durante toda la mañana. El pintor oía su voz aguda, entrecortada por el llanto, mientras repetía las malas noticias a los renovados visitantes:

—¡Nos vamos, Don Marcelino! ¡Nos sacan del rancho! ¡La señora Teresa dice que está cansada ya de esta pulpería metida en su quinta!

O bien:

—¡Mire qué vida perra, Don Eusebio! ¿Y pa esto valía la pena sufrir tanto?

Y luego:

—Será la última copa de ginebra, Don Fabio, la ultimita copa. Se acabó la pulpería. Esta tarde mesma nos vamos pa la chacra de mi hermana Flora del lado del Samborombón.

Entre tanto, el pintor no dejaba quietos los lápices. Llenaba de apuntes su cuadernillo. Saltaba de una página a la otra. Esbozó la traza de las carretas cargadas con fardos de lana, junto a las cuales pastaban los bueyes; anotó los perfiles de los paisanos que rodeaban el asador bajo el ombú; dibujó con cuatro líneas la silueta de Micaela, cuando brindaba una calabaza de mate a un gaucho a caballo; recortó la estampa del pulpero, su marido, enfrascado en grave conversación con los peones a la sombra del árbol colosal.

Nada escapaba a su retina sutil: ni la transparencia del cielo, ni el traje celeste de la mujer quejosa, ni los verdes desvaídos de la llanura a la cual dividía un rodeo de hacienda, ni las iridiscencias del cañadón que lamía casi los pies de su pequeño caballete y se internaba en la ondulada planicie.

—Parece mentira —sentenció Don Marcelino, el gaucho de más edad—, y ansí, en menos que canta un gallo... ¡Una pulpería que ustedes tienen tan lindamente! ¿Y por qué ha sido?

Micaela inició la explicación, pero el marido le cortó la palabra:

—Dice Doña Teresa que vuelve a la quinta y que no quiere vecinos. Ansí tratan a los pobres criollos. Y estamos aquí desde el 51, va pa dieciséis años.

Se puso de pie, alisó el cribado calzoncillo y se acercó al artista:

—¿Cómo puede trabajar, Don Prilidiano, con tanto alboroto? ¡A ver, Micaela, traile un cimarrón a Don Prilidiano!

Librodot

El pintor aceptó el mate de buena gana. Arrancó del cuaderno la página en la que había diseñado el retrato del pulpero y se la mostró:

—¡Ta güeno! —declaró el otro.

Prilidiano Pueyrredón y él se conocían desde que el primero había regresado de Europa, en 1854. En el curso de sus largas estadas en la propiedad paterna de San Isidro, el pintor solía detenerse en el modesto despacho de bebidas de Benavídez en sus paseos por los alrededores. El caballero era siempre bien recibido. Ufanábase el comerciante de las atenciones del hijo del general Pueyrredón. También le atraían sus cuadros, tan hermosos, tan sencillos, que copiaban fielmente el paisaje de la zona. Le había visto fijar en la tela los amaneceres ribereños, los trajines de los pescadores del bajo, los rancheríos disimulados al amparo de los sauces, la fatiga de carretas y galeras en los pantanos del camino. Le había oído charlar con peones y capataces, sin perder nunca señorío, con una llaneza que seducía. De todos los allí presentes, Prilidiano era el único que estaba enterado de que los Benavídez se iban porque no le podían pagar su antigua deuda a la viuda de Francisco Montalvo. Cuando les ofreció su ayuda, el pulpero la rechazó con dignidad:

—Se agradece, Don Prilidiano, pero prefiero dirme de aquí. Si es cierto que Doña Teresa vuelve a la casa, lo mejor será no entreverarse con ella.

El pintor recordó que, en tantos años, el paisano y su mujer no habían parado de rozar con el carácter levantisco de la señora. Por una nada, su victoria aparecía en el rancho conduciendo a la señora colérica. Mentalmente, Prilidiano se dijo que ese carruaje abierto, tirado por una yunta oscura, completaría ajustadamente la composición que ahora planeaba. Lo colocaría a la derecha del óleo. No debía olvidar al cochero de pajizo, muy orondo en el pescante.

¡Ay, sí! Teresa Montalvo era una hembra agridulce, puntillosa. A pesar de que había doblado el codo de la cincuentena, conservaba intacto el vigor de la mocedad. Recalentaba los ambientes. Su presencia no significaría nada bueno para San Isidro, a menos que —calculó Pueyrredón, muy enterado de sus manejos— venga a encerrarse en la quinta con algún amor de contrabando.

Sonrió y a poco la risa conmovió su corpachón espeso y su cara redonda, enmarcada por las patillas. Quiso justificar con un pretexto su actitud, insólita en un medio que no condecía con el humor festivo, e interrogó:

—¿Cómo era aquello del collar de la señora de Islas de Garay?

Algo desconcertado, Benavídez le refirió por décima vez la historia. Pero Prilidiano no escuchaba. Conocía el cuento demasiado bien. Mientras comenzaba el boceto de Salustiano, el idiota del pago, que se acercaba montado en pelo, el episodio revoloteó en su memoria.

Teresa Montalvo, que adoraba las alhajas, sólo visitaba su quinta de San Isidro para buscar el collar de la tía Catalina Romero de Islas de Garay. Debía estar en algún sitio. Cuando la tía murió en el incendio del mirador, allá por los principios del gobierno de Rosas, la sobrina se puso en campaña

para descubrir el escondite de su collar de rubíes. Sabía que lo había ocultado en alguna parte de la casa inmensa, pues nunca se separaba de él. Había escudriñado en las habitaciones una a una, pero sus afanes resultaron estériles. Desde entonces, durante más de treinta años, la señora continuaba sosteniendo que la joya permanecía en el caserón.

—Si estuviera ya la habría encontrado —comentó Benavídez armando un cigarro—. No ha dejao rincón en paz. Hay quien asigura que la dijunta anda por las piezas, de noche, cuidando las rosetas de su collar.

Cinco días antes, al anunciar a los pulperos que estaba cansada de esperar y que debían optar entre pagar los arrendamientos que le adeudaban o abandonar el rancho en seguida, Teresa había aprovechado el viaje para hacer una excursión más por los desvanes de la propiedad.

—¡La viera, Don Pueyrredón! Parecía mesmito un álima en pena. Hasta anduvo entre las ruinas del mirador, revolviendo los cascotes.

El pintor miró hacia la casa, cuya severa arquitectura coronaba la barranca del río. La vegetación la sofocaba con su desorden. El edificio era muy viejo y amenazaba desmoronarse. Sobre la azotea destacábase la desdentada crestería del mirador.

Prilidiano dio los últimos toques al dibujo del muchacho idiota y añadió:

—¡Pero la señora no puede instalarse aquí! Si la casa se va a derrumbar el día menos pensado...

—Diz que va a gastar un montón de patacones y la va a dejar nuevecita, pero pa mí esto jiede a muerto.

Petrona, la hija menor del pulpero, se aproximó atufada.

—¿Tú también quieres que te ponga en mi cuadro? —le preguntó Pueyrredón—. Bueno. Te pondré como acabo de verte, junto a la china que machaca el maíz.

Apartóse Benavídez y Prilidiano comenzó a recoger los bártulos. Estiró con un rezongo su anquilosado corpachón. Sacó del morral de cazador que pendía de su hombro una galleta y la dio a la niña. Ella le ofreció a su vez una cajita de lata.

—¿Qué guardas aquí?

Por toda respuesta, Petrona agitó el juguete. Sonaron los pedruscos en su interior, contra las paredes de metal. Se pasaba el día juntando guijarros.

La niña tornó a hacer sonar la caja con la gravedad que había heredado de su padre, arrimándola al oído como si escuchara una música deliciosa.

—¡Esta tarde vendré a verlos antes de la partida! —gritó Pueyrredón a los paisanos.

Se alejó por la carretera, con la carpeta bajo un brazo y el caballete bajo el otro. Encima volaban unos chimangos lentos. Croaron las ranas del lado del cañadón. El idiota pasó al galope y se detuvo junto a la hondonada para tirar puñados de tierra a los batracios.

Librodot

Pueyrredón volvió a soltar su risa. Había asistido antes a la misma escena. Salustiano odiaba el canto de las ranas, porque los peones ladinos le habían asegurado que se burlaban de él.

Una sola carreta toldada bastó para amontonar en ella la hacienda de los Benavídez. Tenía los costados de junco y el techo de cosidos cueros de toro. Micaela, el pulpero y Petrona se acomodaron entre las petacas. La abuela casi centenaria se acostó sobre una colchoneta. Adelante, el peoncito palmeaba los bueyes. Había gallinas en una jaula y palomas en otra. Dos gatos perezosos se acurrucaron bajo el pescante. Los perros huesudos los seguirían esquivando el sol entre las ruedas enormes.

Paisanos y chinas despidieron estrepitosamente a los Benavídez. Velaban la emoción del instante haciendo bromas. El pulpero retrucaba, entrecerrando los párpados. Un payador que olía a caña se dio tiempo para improvisar unas décimas. Detrás, el hijo del general Pueyrredón dibujaba el ombú.

Le entusiasmaban esos árboles que había pintado tantas veces y de los cuales poseía en su quinta ejemplares espléndidos. Se internaba con el lápiz o el pincel en la maraña de su follaje y de sus raíces, y los copiaba como si fueran unos animales inmensos de fantástica cabeza verde y tentáculos rugosos.

Llegó por fin el momento de los adioses. Lloriquearon las mujeres. Benavídez tendió la diestra a Prilidiano. Había vestido sus ropas de fiesta para la ocasión: la chaqueta campera, el chiripá ocre a listas rojizas, los calzoncillos lujosos y las botas de cuero negro. Chispeaba su alto galerón sobre la melena blanca.

—Hasta la vista, señor Pueyrredón, y gracias por sus atenciones. No piense que me voy con la sangre en el ojo. ¡Son cosas de la vida! Si se acerca algún día al Samborombón, acuérdese que allá lo espera un servidor y amigo.

Prilidiano le estrechó cariñosamente. Era un hombre raro, no siempre fácil, pero cuando se daba se daba de verdad.

—Tome —le dijo—, para que le alivie el viaje. —Y presentó al gaucho una bolsita en la que tintineaba la plata. El pulpero la vació y devolvió las monedas.

—La bolsa sí, señor; como recuerdo. Y que Dios se lo pague.

El vehículo cimbró al ponerse en movimiento. Mugieron los bueyes al contacto de la picana. Con mil crujidos giraron las ruedas toscas. De pie frente al caballete, el pintor saludó con la mano. Los Benavídez se iban entre el bullicio de los mozos, muchos de los cuales les acompañarían hasta la salida del pueblo, con las muchachas en ancas.

Librodot

Prilidiano Pueyrredón reanudó su trabajo. Ya había compuesto su cuadro. A un costado, delante del rancho, el ombú con su cabezota erguida, los peones churrasqueando, Sebastián en su cabalgadura, la pulpera... Al otro, la llanura, el cañadón y la victoria reluciente de Teresa Montalvo, con el cochero pardo y la pincelada blanca de la sombrilla.

Sintió el fresco del atardecer y cerró la carpeta, la caja de colores, el caballete frágil. Pensaba con melancolía en aquellos que a esa hora misma marchaban pausadamente en pos de un nuevo destino. Imaginaba a la carreta, único punto móvil balanceado en la infinita soledad pampeana. Su bota tropezó con un objeto que despidió un son leve, casi un quejido. Se inclinó resoplando y lo recogió. Era la cajita de latón de Petrona. La sacudió suavemente, acercándola a su oído como solía hacer la pequeña, y la ternura del instante le ganó, bajo las estrellas que ensayaban su primera palidez. Al mismo tiempo le invadió una ira súbita contra Teresa Montalvo y su crueldad. Forcejeó con la caja para abrirla, y a la cólera nacida del recuerdo de la dueña del quintón se sumó la provocada por la resistencia que le oponía el instrumento cantarín.

Rabioso, la arrojó con fuerza por encima de la copa del ombú. Oyó su silbido y su golpe seco, al estrellarse en la carretera.

Después meneó la cabeza, lió un cigarrillo y se fue sin apresurarse por el camino de la barranca, hacia su quinta que sombreaban los árboles más bellos de la costa.

Esa noche se dijera que las ranas estaban atacadas de locura lunar. Durante horas no callaron. El muchacho idiota se tapó vanamente los oídos. El croar se infiltraba en su cerebro y se ponía a martillar en él, más y más reciamente, hasta que le fue imposible permanecer en su ranchito de la finca de los Montalvo y escapó desnudo hacia el cañadón. Una lechosa claridad emblanquecía el paisaje. Su cuerpo flaco, marcadas las costillas, brillaba fantasmagórico, como embadurnado de cal. Corrió a grandes zancadas entre la arboleda caliente, y rodeó el ombú en cuyas raíces ardía aún el rescoldo del fogón de la tarde. Más allá, en la hondonada misma, el suelo parecía sembrado de luciérnagas. Pero su fulgor no parpadeaba y tenía una intensidad maravillosa. Asombrado, Salustiano alzó entre el pulgar y el índice un trozo de vidrio rojo, del color del vino transparente. Al quebrarse sobre él, los rayos le arrancaron tonalidades extrañas.

El muchacho se puso de rodillas y comenzó a escarbar tras los otros fragmentos. Estaban esparcidos entre la hierba, en torno de una caja de lata rota. Pronto reunió veinte, treinta trocitos de cristal púrpura recortados en facetas sutiles. Abrió las manos y se levantó de ellas una llamarada, como si el idiota ofrendara una lámpara encendida.

Pero allí estaban de nuevo las ranas con su golpeteo demente. Cro-cro-cro, cantaban sin reposo, cro-cro-cro. El ombú movió la cabezota de gigante para repetir la canción de mofa: cro-cro-cro. La decían los pájaros dormidos en sus ramas; los insectos que trepaban por su corteza; la lechuza, los potros, la estatua italiana que asomaba entre la verdura del jardín remoto: cro-cro-cro.

Librodot

Mascullando improperios, Salustiano arrojó los rubíes del collar de Catalina Islas contra las ranas del cañadón. La algarabía paró un instante, sólo un instante, pero en seguida el interrumpido concierto reanudó su ataque monocorde: cro-cro-cro. El idiota lanzó tierra, piedras, puñados de tréboles húmedos, cuanto halló a mano, en la hondonada en cuyo fondo vacilaba un hilillo de agua quieta. Luego saltó él mismo dentro del charco que le salpicó las piernas y se echó a bailar, aplastando las joyas y las ranas despavoridas bajo los pies desnudos.

XIV

EL TESTAMENTO

1872

Los parientes llegaron muy temprano. Desde el cuarto del mirador, Máximo les vio cruzar el jardín sacudiéndose el polvo de la carretera. Flotaban los crespones de Doña Clara, y los guantes de su marido revoloteaban como negras mariposas. Detrás, Diego Ponce de León, el hijo de la vejez, caminaba desganado. Por primera vez en tantos años, los primos de Teresa dejaban de ser un mito para el hombre que les observaba a través de las rejas altas. Sus fantasmas se materializaban curiosamente en la claridad que dejaba filtrar el follaje.

Máximo continuó afeitándose y comprobó que siempre les había imaginado así: el doctor Ponce de León, bajo, rechoncho, dócil; su mujer, Clara Rey, seca, mordida por ocultas calcinaciones; el hijo único, desteñido, desflecado, en el estiramiento del final de la adolescencia. Advirtió que Teresa, que le había hablado en tantas ocasiones de ellos para burlarse de su intolerancia, nunca se los había descrito. Y, sin embargo, no hubieran podido estar construidos en otra forma.

Pasó la navaja sobre la mejilla, cuidando de no tocar la comisura del labio que tan fácilmente le sangraba, y oyó el largo grito teatral de la prima.

A no dudarlo, los tres parientes habían entrado en la cámara mortuoria. Clara se habría echado de hinojos a los pies del lecho donde Teresa reposaba con las manos juntas, escoltada por cuatro candelabros de plata con las entrelazadas iniciales de la familia. Ahora la prima hundiría la máscara de payaso triste en las sábanas de hilo donde él, Máximo Sáenz, había estirado incontables noches su cuerpo delgado, en el rito monótono de adorar a la que había muerto por fin. El doctor Ponce de León se habría hecho a un lado y no cesaría en la tarea de hacer girar el sombrero de copa

Librodot

entre los guantes de luto. Diego no tendría ojos más que para el bello Cristo de marfil del siglo XVIII, que había sido de los antepasados Islas de Garay y que coronaba la cabecera.

Máximo esbozó una mueca de asco: ¡Puah! Les conocía bien. Sabía de las exageraciones melodramáticas de Clara; sabía que su hijo, recién cumplida la veintena, alimentaba la locura del arte, la fiebre de los objetos; sabía que para el doctor Ponce de León, fuera del dinero nada contaba mucho.

A pesar de la suavidad con que deslizó la hoja brillante, se cortó. Una leve línea roja prolongó la guía engomada del bigote. Hizo un gesto de fastidio. Mientras restañaba la herida, sus ojos se encontraron con los de la imagen que copiaba el espejo. Dentro del marco de caoba, vio el rostro huesudo de un caballero de cincuenta y cinco años, con el pelo blanquinegro y el cutis curtido por el sol. Se felicitó de no haber dejado crecer la barba, en momentos en que la usaban todos, centenaria, apostólica. Parecía bastante más joven, con el ancho bigote retorcido. De no mediar los inoportunos ataques de gota, dijérase que había esquivado la mordedura del tiempo. Por lo menos lo creía así, en tanto que levantaba una y otra ceja en parodias señoriles.

Sus pensamientos volaron hacia quienes rodeaban en ese instante a la prima helada. La noche anterior había resuelto hacerles anunciar su fallecimiento. Era más serio, más digno de la jerarquía de una señora como Teresa Montalvo, proceder así. Ahora estaba arrepentido. Jamás supuso que en seguida vendrían al quintón.

Sonrió, ensayando el suave silbido que empleaba cuando quería dar la impresión de la sutileza. ¿La herencia? ¿Esperarían acaso heredar a su prima? ¡Qué disparate! Hacía dos lustros que no la trataban. Y todo por culpa suya, todo por culpa de Máximo, a quien seguramente llamarían, en sus conversaciones irritadas, “ese hombre”.

Pero no podía ser... ¿Bastaba la circunstancia de que fueran los solos parientes vivos de Teresa para que recibieran su fortuna? ¿Cómo no se les iba a ocurrir que después de más de diez años de convivencia la viuda testaría en favor de su amante... de su administrador, por usar el título con que se le designaba en las escasas presentaciones? “Máximo Sáenz, mi administrador.” Y, sin embargo, ahí estaban, y Clara —la oía por la ventana entreabierta— lloraba como si hubiera perdido a su madre.

¡Ah, por fin había sonado su hora; por fin triunfaba él; por fin había llegado el momento de salir de la oscuridad vergonzante y de mostrar quién era! Los Ponce de León rompieron relaciones con Teresa a causa suya. Le constaba. La propia Teresa le había leído, riendo a carcajadas, la severa carta que Clara le envió cinco años atrás: “Nos hemos enterado de que te vas a la quinta de San Isidro con ese hombre. Si es cierto, todo vínculo ha terminado entre nosotros.” ¡Cuánto se habría arrepentido después de su impulso alocado! Evidentemente escribió las líneas apretadas cediendo a uno de sus arrebatos de histérica. Siempre estaba interpretando algún papel, y en esa ocasión

Librodot

representaba el muy tragicómico de la virtud ofendida o del honor familiar mancillado. El doctor Ponce de León habría intentado disuadirla de una actitud que hacía peligrar una herencia respetable, pero sus esfuerzos de nada valdrían ante el ímpetu grandilocuente de su cónyuge. El mismo día, Teresa Rey de Montalvo redactó su testamento en favor de su "fiel administrador Don Máximo Sáenz". Máximo lo tenía guardado ahí, en su cuarto del mirador, dentro de una gaveta del bargueño.

La sangre había parado de manar. Eligió una corbata negra de dos vueltas. Se le antojó la más indicada para la ceremonia y también la que mejor armonizaba con el color bronceado de sus pómulos.

Se miró por vigésima vez al espejo. Ya no era un muchacho, pero aún no había perdido su tipo, su famoso tipo varonil que trastornó a las mujeres y encendió los celos de los hombres. Todavía podía ser suyo el mundo. Con María Antonia a su lado iría lejos.

Abrió el antiguo mueble español, sacó de él el documento que desde ese día le hacía enormemente rico y lo colocó en el bolsillo interior de su levita. Lo sintió crujir sobre el corazón. Se asomó a la ventana. El calor del verano vibraba en el zumbido de los insectos. Allá abajo, Diego Ponce de León estudiaba la estatua italiana.

¿Le gustaba? Sí. ¡Cómo no iba a gustarle! Pero no sería suya... era... era ya de Máximo Sáenz, del aventurero Máximo Sáenz, del miserable Máximo Sáenz, como eran suyas la noble quinta densa de tradiciones, suyas las arboledas perfumadas, y los muebles sólidos, solemnes, que Teresa había comprado a un inglés cuando se instalaron allí en 1868, y las alhajas que llenaban su cofre, y lo demás, todo lo demás, por la gracia de ese papel manuscrito y sellado que crujía sobre su corazón.

Descendió lentamente la escalera. ¿A dónde iría? ¿Enfrentaría ahora a los parientes de Teresa? ¿Chocaría con su desdén o con su plañir grotesco? ¿Clara exageraría el histrionismo hasta la pantomima del fingimiento de que entendía que él era el administrador de su prima, o preferiría enrostrarle lo que no dejaría de definir como "su vida de pecado"?

Tornó a sonreír. ¡Qué podía importarle lo que dijeran los Ponce de León de mal agüero! Los dejaría para más tarde... a ellos y al luto de Teresa y al lagrimear de los cirios y al caminar en puntas de pie por los aposentos en penumbra. Ahora debía ver a María Antonia y trazar con ella los definitivos planes de su futuro.

Mientras se dirigía hacia la casita situada a la vera del camino, dentro del quintón, dando un rodeo para no topar con el mozalbete larguirucho que admiraba las diamelas, se sorprendió recordando la primera época de su unión con la viuda de Montalvo.

Se conocieron en el Teatro Colón, en 1860, una noche en que Mlle. Lagrange cantaba "Norma". Aburrido de esa historia de druidas, sordo a la música, Máximo había apuntado los

gemelos de nácar contra la fila de palcos. En ese momento la sala entera pendía de la "Casta Diva" que desgranaba la artista ilustre.

Teresa Monealvo erguía el busto generoso, apoyados los brazos desnudos, coruscantes de esmeraldas, sobre la felpa roja del palco. Un matrimonio incoloro prestaba fondo al relampaguear de su diadema y al temblor de su abanico. A los cuarenta y seis años seguía llamando la atención con su hermosura cálida, criolla, sensual, de gran dama en el lujo opulento del otoño.

Máximo no le quitó los ojos de encima. En el entreacto, el cuchicheo de sus vecinos le informó sobre la viuda suntuosa de Don Francisco Montalvo y sobre su desprecio por los convencionalismos. La sociedad porteña no la había apartado totalmente, a causa de sus parentescos y de su prodigalidad, pero vivía al margen de los prejuicios burgueses, visitando a quien le divertía e ignorando al resto. Harto se adivinaba esa posición en el desgano con que alzaba sus anteojos hacia el nido de las cazueleras, permanentes tejedoras de comentarios malévolos, o los descendía hacia la platea ocupada por un regimiento masculino uniformado de fraques y guantes blancos.

A Máximo Sáenz le deslumbró, al tiempo que azuzó su instinto donjuanesco. De familia oscura, sin recursos, había subido la escala mundana a fuerza de frases amables y de codazos; a fuerza también de ajustar la cintura y de entornar los párpados melancólicos. Era el solterón de los secretos que se suele invitar a las comidas. Meses atrás, se había susurrado sobre su "affaire" con una rica señora extranjera, y, aunque nunca se puntualizó el asunto, ello contribuyó a su prestigio de dandy cortejador de bellas.

Un movimiento de los ocupantes del palco le convenció de que conocía, aunque vagamente, a la pareja que acompañaba a la viuda. Su audacia se alborotó en seguida y fue a saludarles. Le recibieron con disimulado desconcierto, encantados de presentar a Teresa Rey un caballero tan decorativo. Máximo permaneció allí unos minutos, pero ellos le bastaron para poner de relieve la elegancia de su figura ceñida por el frac y para dejar en la memoria de Teresa el recuerdo de sus dientes intactos y de su pelo lacio volcado sobre la oreja.

Desde esa noche la señora no pensó más que en él. Las discretas averiguaciones que hizo sobre su existencia contribuyeron a atizar su curiosidad. Un halo de misterio rodeaba su origen, sus actividades, sus medios de vida. Teresa le veía con la imaginación de pie en el palco cuyas cornisas sostenían pequeños Cupidos barrocos, y le parecía que ninguno de los hombres que había tratado íntimamente hasta entonces podía comparársele. Para él, sólo para él habíase encendido la araña de cuatrocientas luces; para él había pintado Baldassare Verazzi el "plafond" que arrebataba de entusiasmo a los críticos: para que mejor resaltaran su piel morena y sus manos fuertes, con el ópalo color de crepúsculo en el meñique izquierdo.

Se vieron varias veces y en breve —el destino lo había previsto— fueron amantes. Máximo no creyó que la pasión de Teresa duraría. Estaba habituado a que las mujeres se cansaran de él. Sin

Librodot

embargo, no fue así. Acaso la viuda se percataba de que ése sería su último amor y por eso se aferró a él con desesperadas energías. Era exclusiva y dominante. No toleraba intromisiones. El solterón comprendió algo tarde que había caído dentro de una red de la cual le sería difícil escapar. Sus relaciones con la señora de Montalvo halagaban su vanidad, pero le agarrotaban con ligaduras que estrechaba más y más el tiempo transcurrido. La viuda le daba cuanto quería. Si hubiera logrado amarla un poco hubiera sido feliz, mas con el primer vértigo había desaparecido el deslumbramiento que le atrajo hacia Teresa. De cerca, de muy cerca, notó sus defectos y vio cómo se deshacía, bajo el afeite prolijo, la carne que le había tentado a la distancia.

Pasó un año, luego otro y un tercero. Ocho años desenroscaron su curva fatigosa. Teresa se transformó en una mujer vieja; él mismo sólo se defendió del embate cruel de los días apelando a sus recursos más complicados de profesional del galanteo. Sus infidelidades abundaron. A cada descubrimiento, su amante le abrumaba con una escena de celos despeinados, con trágico aletear de mangas en los "deshabillés" de encajes. En 1868 la situación hizo crisis y Teresa se lo llevó a la quinta que había sido de su marido. Fue un verdadero secuestro. Máximo se dejó conducir como un autómata. Su cinismo sólo aspiraba a una solución: heredar a Teresa; asegurarse un final de fasto que le indemnizara de sus trajines de perpetuo recibidor de favores; un final en el cual habría coches con sus iniciales pintadas en la portezuela, caballos y mujeres.

Pero en la quinta de San Isidro encontró a María Antonia y fue como si su vida azarosa, torrencial, hubiera hallado el remanso que aplaca, por el cual suspiraba sin advertirlo.

María Antonia era apenas una niña, huérfana de un capataz de los Montalvos. Su gracia, su frescura ingenua, le sedujeron desde que la vio. La amó con la intensidad hambrienta propia de un hombre de más de cincuenta años para quien la pasión había sido un juego cuyas bazas ganadas le procuraban el modo de subsistir. Acaso colaboró también a enardecerle el saber que no volvería a sentir ese estremecimiento maravilloso y tardío. El deporte se trocaba por primera vez en algo auténtico y vital. Por eso extremó las precauciones. Quería que esa muchacha fuera suya. La necesitaba como un alimento. Cuando la logró, aplicó sus afanes a mantener a Teresa en la ignorancia de lo que sucedía. Sus encuentros en la casita de la carretera o entre los sauces del bajo del río tuvieron el sabor de lo prohibido y de lo peligroso. Al probarlo, Máximo se dio cuenta plenamente de por qué las mujeres que habían estado enamoradas de él como él padecía ahora por María Antonia, le habían sacrificado todo, a cambio de esos encuentros furtivos y rápidos, casi dolorosos, cuya violencia obra como una droga aguda.

María Antonia... María Antonia... Sus labios dibujaban su nombre mientras caminaba entre los jazmineros hacia su casa. Habían terminado los tres años de constante zozobra. Podía quedarse con ella en la quinta orgullosa de los Montalvos. O no... mejor sería que se fueran a Buenos Aires, lejos de los testigos de su prisión... o a Europa... ¿por qué no a Europa? Le compraría los vestidos

Librodot

más lujosos; la pasearía por los casinos y por los hoteles cosmopolitas. En París, en Londres, en Berlín, a donde fuera, la gente se volvería al paso de la pareja magnífica: el caballero de cabello gris, con la orquídea o el ramo de violetas en la solapa, y la muchacha de andar cadencioso. Valían la pena, a cambio de ese futuro, las noches transcurridas junto a la implacable Teresa, soñando con la otra, en tanto que sus manos en las que temblaba el ópalo buscaban inútilmente, sobre la piel fláccida, algo, un diminuto rezago de juventud, olvidado milagrosamente en la nuca o en el hueco de la axila, que le evocara la carne victoriosa y anhelada. Valían la pena...

La muerte de la señora de Montalvo había sacudido el sopor de la servidumbre. Quizá María Antonia se hubiera deslizado también hasta la casa del velorio, a la cual, en vida de Teresa, sólo acudía raramente, pues Máximo no lo toleraba, temeroso de que la viuda sospechara de sus manejos. ¡Ojalá no hubiera salido de la casita del capataz, donde habitaba con su tía complaciente! Ya asomaba el tejado sobre las copas de los árboles y se avistaban las descascaradas paredes rosas que perfumaba la diamela. Se acercó sigilosamente a la ventana de María Antonia. ¿Estaría allí? Pronto la tendría en sus brazos, palpitante, lista para iniciar a su lado el camino de cuento... Se le nublaron los ojos y debió detenerse porque la emoción demasiado fuerte le sofocaba. Se tomó de la reja y aguardó, mientras se serenaba su sangre. Al oprimirse el corazón, escuchó el crujido del papel con la firma de Teresa.

Entonces su sentido alerta de cazador de amores oyó voces en el interior del cuarto, y su cuerpo se arqueó, tenso, porque una era la de María Antonia y la otra pertenecía a un hombre, a Anastasio, el peón de la cochera. ¿De qué hablarían? ¿Y por qué ahí, por qué ahí dentro, en la habitación que llenaba el lecho de jacarandá que había sido de los padres de María Antonia?

Aguzó el oído. Anastasio reía y Máximo odió su risa burlona, al recordar al muchacho. Nunca le había sido simpático. Tenía una manera taimada de eludir sus ojos, cuando le recibía las riendas del caballo, pasando sobre la grupa sudorosa la mano abierta.

La risa de María Antonia respondió. ¡Ah, qué bien conocía esa risa Máximo Sáenz, esa risa que las precauciones habían modelado y apagado, hasta reducirla al timbre de una campanita leve agitada bajo el follaje! También sonaba ahora así, como si disimulara su vibración. Pero ¿por qué? ¿Para qué ocultarla? ¿Para ocultarla de quién? ¿Por respeto hacia la señora muerta entre los cortinajes corridos de la casona principal?

El corazón le dolía tanto que debió sentarse en el saliente de la ventana. Anastasio hablaba y Máximo odió su voz grave como había odiado su risa. Le vio, en el fondo de la caballeriza, entre los animales coceantes, desnudo el torso que la transpiración bañaba como el de un herrero. ¿Qué edad tendría? Veintiuno... veintidós años... poco más que María Antonia... Sintió que la palidez se

Librodot

extendía por su cara, por el frío de sus pómulos. La sangre le martillaba los tímpanos y para escuchar tuvo que inclinarse.

—Pero no... te digo que no... seguiremos igual... Vos tenés que arreglarte para que, si se van de aquí, el viejo me lleve con ustedes... Si se quedan, seguiremos igual...

¿Igual? ¿Igual que qué? ¡Ah, en vano pretendía engañarse! Otros habían representado para él la farsa que él había representado ante Teresa Montalvo... Pero... no, no era posible... ¿Cómo? ¿Cuándo? Le pareció que el eco remedaba la voz de Teresa, la misma voz asombrada: ¿Cómo? ¿Cuándo?

María Antonia no estaba convencida.

—Mirá, por ahora lo mejor es no apurarse y esperar, a ver qué pasa. A mí me ha dicho el viejo que piensa quedarse aquí.

¿"El viejo"? ¿Ella también? ¡Y tantas, tantas veces le había jurado, en el asilo de esa alcoba, rozándole el rostro con las yemas, que para ella era un muchacho! Se tocó la cara y tuvo la impresión de que los dedos se le hundían en la fosa de las arrugas ásperas.

Anastasio adoptó el tono de las transacciones comerciales:

—Eso sería lo más conveniente. Con la plata de que va a disponer tendrá que ocuparse de sus cosas, y aunque no quiera te dejará bastante tiempo libre... Si te vas a la casa grande, podremos vernos aquí, o si no en el cuarto de la cochera, como hacíamos antes.

Por la imaginación de Máximo atravesó la estampa de ese desván de la cochera, oloroso a caballos y a forraje. Y María Antonia, desceñido el corpiño, tumbada sobre la paja nueva... Y Anastasio... Tan jóvenes, tan burlones, importándoseles tan poco de ese lecho improvisado que para él hubiera significado una tortura... Y él entre tanto en el comedor de la casa solariega, bajo el retrato de Teresa por Jean-Philippe Goulu, o en la galería frontera del río donde Teresa, cubierta de alhajas como una madona, le servía el mate en una calabaza con filigrana de oro y la inscripción: "Soy de Don Francisco Montalvo"...

¡Ay! ¿De quién era él? ¿De quién Teresa? ¿De quién María Antonia? ¿Quién podía decir que alguien le pertenecía en este mundo?

Se inclinó un poco más. María Antonia se quejaba blandamente:

—No... ahora no... ahora no... si ya tendremos tiempo... ahora no, que puede venir.

—Bueno —respondió Anastasio—, tenés razón... pero ahora que vas a ser millonaria no te me hagás la difícil.

Había en la réplica una amenaza velada.

—Loco —dijo María Antonia, y Máximo se sorprendió ante una voz que no le conocía, engolada—, loco, hacé lo que querás pero cuidáte... mirá que podemos perdernos por una sonsera.

Crujió el lecho.

Máximo se puso de pie penosamente, como si hubiera recibido una bofetada, y echó a andar. Arrastraba los pies por el sendero de la quinta. Un golpe de brisa le trajo el llanto absurdo de la prima Clara Ponce de León. Sintió que algo se quebraba en él y que ya nada, nada le importaba. Empujó la verja y salió al camino que mullía un colchón de polvo. Se alejó hacia el pueblo, hacia la pulpería del pueblo.

El poeta Estanislao del Campo, que abandonaba la vecina quinta de su abuela política, la señora de Ibáñez, para su cabalgata matinal de funcionario en vacaciones, frenó el flete y contempló asombrado al encorvado caballero de levita y corbatón de luto que avanzaba entre los cardos sin notar que sus espinas se le adherían a la ropa admirablemente cortada. Caminaba como un ciego, meneando la cabeza, murmurando palabras incomprensibles. El poeta no reconoció en ese anciano al hombre que vivía "ayuntado", para escándalo de los quintones, con la viuda de Don Francisco Montalvo. Le oyó decir:

—No me importa nada.

Ahora caminaba por el centro de la carretera. Quedaba detrás, como huella zigzagueante, una línea de papeles que iba rompiendo, cada vez más pequeñitos, cada vez más pequeñitos, cada vez más pequeñitos...

XV

EL COLECCIONISTA

1891

Carta de Diego Ponce de León al pintor Eduardo Sívori.

San Isidro, 4 de diciembre de 1891.

Mon cher Sívori:

No quiero dejar que transcurra una hora sin expresarle el placer que me dio su visita de ayer. Sus compañeros son encantadores, especialmente Graciano Mendilaharzu. Ahora me explico que el doctor Pirovano y Manuel Lainez me hayan hablado tanto de él. Es muy consolador pensar que en

Librodot

Buenos Aires existe actualmente un grupo formado por hombres como Ballerini, Della Valle, Schiaffino, Lucio Correa Morales, Giudici, Rodríguez Etchart, Mendilaharzu y usted. Eso descansa de la conversación sobre revoluciones y finanzas. Por otra parte, demasiado bien sabe usted que esa conversación no me ha atraído nunca, y que si no voy al Círculo es porque no he nacido para la política. Aquí, en esta vieja casa, rodeado de los objetos que desde mi adolescencia he reunido, me parece que vivo en otro mundo. Algunos lo tildarán de egoísmo. Puede ser... pero usted comprenderá que prefiera sentarme delante de mi Fortuny a escuchar las explicaciones sobre el último proyecto del ministro de Hacienda, aunque siempre he admirado a Don Vicente Fidel.

A propósito del Fortuny, dígale a Schiaffino que se interesó por conocer su origen, que procede de la venta del Príncipe Demidoff, realizada en Florencia, y que hace "pendant" con uno que tiene Rufino Varela y que se titula, según creo, "Una procesión en tiempo de lluvia".

Correa Morales me proporcionó un verdadero gusto con su entusiasmo. Siempre he pensado que los coleccionistas trabajan (y perdóneme la insolencia del vocablo) tanto para ellos como para los demás. En nuestro país la tarea no es grata. ¡El arte importa tan poco todavía! Por eso considero suficientemente pagados mis desvelos, cuando veo (como vi ayer) la luz de la emoción auténtica brillando en los ojos de un entendido.

¿Qué le ha parecido la quinta después de los arreglos? ¿No está demasiado "suntuosa"? Le prevengo que me han criticado por haber traído aquí las colecciones. Guerrico dice que en Francia no me hubieran perdonado que instalara en un paraje tan húmedo obras de tanto valor, y Juan Cruz Varela insiste en que no se puede decorar un caserón que remonta a la colonia como un palacio de la calle Florida. Pero yo los dejo hablar. Ya tengo 39 años, mi querido Sívori, y puesto que no me he casado aún es casi seguro que estoy condenado a solteronismo perpetuo. Si el destino me ha negado las satisfacciones (que imagino bastante dudosas) de la vida de hogar, por lo menos me ha dejado el privilegio de hacer mi capricho. Y mi capricho ha querido que cuando Buenos Aires vibraba todavía a causa de los cañonazos y de los discursos que derribaron al pobre Juárez, cerrara la casa porteña y me viniera a San Isidro con lo que un pariente llama mi "bibelotaje".

No me he arrepentido. El aplauso de sus compañeros artistas me prueba que no me equivoqué. Le confieso que la obra de adaptación no resultó tan extraordinariamente difícil, fuera del tapizado de algunos cuartos. Lo más grave fue cerrar con vidrios la galería, para improvisar una especie de jardín de invierno y colocar en él las estatuas. Varios señores vecinos, que de tarde en tarde me visitan, arguyen que con eso he quitado luz a las habitaciones interiores y he alejado el paisaje del río, pero ¡qué más da! La "marina" de De Martino, que adquirí en su exposición del 89, siempre me ha parecido más real que el verdadero Río de la Plata, y, en cuanto a la iluminación, sostengo que la artificial es muy superior a la del día, cuando se trata de mostrar un cuadro, una porcelana o un mueble.

Librodot

Ya lo veo recorriendo mi carta, mi estimado maestro, y pensando: Ponce de León está volviéndose "gaga" con sus colecciones. ¿Para qué me escribe tan largo si nada dice en concreto?

Por eso iré directamente al motivo de estas líneas.

Ayer, cuando entramos en el billar, sus amigos lo felicitaron (y con razón) por el retrato femenino que le encargué hace unos meses. A propósito, ¿cree usted que la ubicación es la más adecuada, entre el "Baile en Marruecos", de Villegas, y la "Náyade", de Bouguereau? Aristóbulo del Valle puso el grito en el cielo cuando lo vio en ese lugar, porque, según él, la diversidad de paletas redunda en desmedro de los tres óleos. No soy de esa opinión y quisiera conocer la suya.

Para mí, la mujer vestida de lila se halla exactamente en el sitio que le corresponde: primero, por un motivo exclusivamente simbólico: el billar ocupa el centro mismo de la casa y ese retrato debe estar ahí; segundo, porque la decoración árabe de las paredes, las panoplias que compré en El Cairo y los taburetes de nácar y ébano, crean la atmósfera propicia para la personalidad de la modelo.

Y vamos al grano. Recuerdo que Giudici, Ballerini y los otros le preguntaron casi simultáneamente quién era la mujer que posó para su cuadro. Usted (que no lo sabe) me interrogó entonces con los ojos y yo me limité a bajar los míos, pues no me pareció la ocasión oportuna para explicarlo. En seguida sirvieron el oporto, Correa Morales jugó una carambola y se olvidó el episodio. Toda la atención había girado hacia la colección de "potiches" japonesas que llena la "étagère", entre los espejos "Directoire" de mi madre.

Desde entonces he meditado sobre el asunto. La soledad de esta quinta poblada de fantasmas incita a meditar. Y he llegado a la conclusión de que no es justo que usted, autor de ese retrato, ignore por qué se lo encargué y quién es la mujer que durante doce "séances" se sentó en un canapé de seda amarilla, en su taller, teniendo por fondo mi biombo de Coromandel, para que la fijara en el lienzo.

Conocí a Rosemonde el año pasado en lo de Juan Cruz Varela. Recuerdo que yo estaba con Lainez, entre las dos grandes vitrinas de los marfiles. En la sala vecina, una "diva" italiana cantaba un aria de "Traviata". Súbitamente, Rosemonde alzó la cortina de felpa y se acercó a nosotros, quitándose los guantes. Nadie habló. Ella, que es un poco miope, se inclinó sobre los estantes de vidrio donde reposan los copones, las figurillas y los relieves que tanto le envidio a Juan Cruz. Por detrás, Lainez me hizo un gesto para subrayar su asombro ante la belleza de nuestra imprevista acompañante. ¡Ay!, no necesitaba yo de su comentario mudo... Desde que la vi, Rosemonde me enloqueció. Sus manos muy pálidas, surcadas de venas azules, rivalizaban con los marfiles antiguos. Las hundió en el "manchon" de armiño y giró lentamente hacia la sala. Pero se advertía que no quería abandonar el discreto refugio. Se aproximó al escritorio Luis XV y alzó uno de los pequeños bustos de terracota. Entonces Lainez le cuchicheó algo en francés y ella rió por lo bajo. Yo intervine

Librodot

en la conversación. Sus ojos, maravillosamente violetas, se iluminaban con el resplandor de los esmaltes y de los camafeos, cada vez que se volvía hacia mí.

Nos enteramos de que era húngara, casada con un periodista rumano. Como éste había visitado a Lainez en "El Diario", el día anterior, la charla se desarrolló fácilmente. Los aplausos del cuarto vecino pronto cubrieron nuestras palabras. Se inundó de gente nuestro salón. Manuel me presentó al periodista, un anciano verboso metido dentro de una levita negra. Dos diplomáticos los arrebataron. El resto de la fiesta no me aparté de Rosemonde. Anduve con ella entre los cuadros, los tapices y las armaduras de Juan Cruz. Todo le interesaba. En seguida noté que tenía ciertas aficiones de "connaisseur". "No es extraño —me dijo—, he visto tantas casas hermosas, que es lógico que algo haya aprendido con sólo tomar el té en ellas."

Yo me sentía feliz con mi descubrimiento. Acababa de terminar la instalación de mi "bibelotaje" en San Isidro y ardía en deseos de llevar allí a la seductora extranjera, pero no osaba proponérselo, hasta que el propio Juan Cruz, sin quererlo, me facilitó la oportunidad. Se nos aproximó con una curiosa caja de música de oro, para que la examináramos, y avanzando el perfil árabe hacia Rosemonde declaró: "Tienes que invitarnos a los esposos X y a mí a visitar tu casa vieja. Estoy seguro de que les encantará y yo tengo muchas ganas de ver cómo te ha quedado."

Me apresuré a fijar fecha para unos días después. ¡Ah, mon cher Sívori, jamás olvidaré esa espera! Quería que mi casa estuviera bella como nunca, para recibir a la mujer que presidía ya mis sueños. Desde el primer momento se me había ocurrido que entre esa húngara exótica y mis colecciones existía un vínculo singular, algo como una especie de parentesco plástico. Se me antojó que mis lacas serían más perfectas y mis cristales brillarían mejor, cuando Rosemonde los alzara entre sus dedos.

Llene la casa de flores que hice venir de invernáculos distantes; encendí sahumerios; distribuí candelabros; coloqué copas colmadas de pétalos en las consolas. ¡Qué no hice para dar más relieve a mis objetos!

En cuanto entraron, imaginé que los cuadros, los bronces y las telas de Oriente, arrojadas sobre los divanes, vivían una vida nueva al paso de Rosemonde. Llevaba el vestido lila con el cual la pintaría usted, una ajustada torera de piel y un sombrero fabuloso, con cuatro plumas de "autruche". Sus grandes ojos violetas encendieron luces imprevistas en las porcelanas alemanas, en los Sevres, en las miniaturas, en las "chinoiseries". Felizmente, Varela quería verlo todo, aunque conoce muy bien mi colección. No paraba de hablar, señalando esto y elogiando aquello, repitiendo mil veces que es un crimen que yo haya instalado en un caserón tan disparatado piezas que hubieran hecho las delicias del primo Pons, ¿recuerda usted?: el "Cousin Pons" de Balzac.

Esa misma semana comí con mis huéspedes en el "Café de París". Desde entonces salimos juntos diariamente, hasta que el marido se embarcó de regreso para Francia, donde lo reclamaba el

Librodot

director de su periódico. Se embarcó solo. Para prolongar su permanencia en Buenos Aires, Rosemonde alegó que su salud no le permitiría hacer frente a los trastornos del viaje. Mentía y el marido lo adivinaba tanto como yo. Todavía veo, como si fuera hoy, la mirada irónica del viejo, cuando desde el puente del barco nos decía adiós con los guantes amarillos.

Rosemonde volvió muchas veces a la quinta. Semana a semana, su influjo sobre mí creció. Al revés de lo que supuse al principio, ante ella se esfumaron las cosas; las cosas, mi admirado pintor, a las que yo había consagrado mi vida; las cosas que eran mi vida. Acabó por alojarse en San Isidro, en casa. Cuando llegó el término del plazo establecido para su partida, le rogué que no se fuera. Ella accedió. Nos amábamos desesperadamente, y aunque yo sentía que su dominio sobre mí podía desbaratar toda una existencia mimada y ordenada, la dejaba hacer.

Entre tanto... ¿cómo explicárselo?... creí descubrir que entre ella y mis objetos fermentaba una hostilidad que iba en aumento. Varias veces la encontré vagando por las salas, hablando en su idioma incomprensible. En una ocasión me trajo los fragmentos de una de las cosas que quiero más, un caballo de cristal de roca. Me dijo que lo había roto al rozarlo con una de sus mangas. Después me di cuenta de que lo había hecho a propósito. Me di cuenta también de que obraba así por celos. Rosemonde tenía celos de esa multitud de seres desprovistos de vida, pero a los cuales yo se la había infundido, en cierto modo, con mi pasión, con mi cuidadosa solicitud.

Una tarde entró por sorpresa en la galería de las esculturas. Yo estaba abstraído, contemplando la reproducción de la Venus de Capua.

—¿Por qué no la acaricias? —me dijo rencorosamente—. Estoy segura de que lo prefieres a acariciarme a mí.

Y antes de que yo lo evitara se arrancó el largo botón de encajes hasta quedar como la diosa, descubierto el torso y los pliegues revueltos en la cadera.

Así nos enloquecíamos. Así me enloquecía.

Ese día le prometí cuanto me exigió. Cerraríamos la casa. Nos iríamos a Italia juntos. Viviríamos el uno para el otro, sin testigos. Llamaba “testigos” a mis objetos. Sollozaba como una histérica: “Tous ces témoins, tous ces témoins...”

La suerte quiso que topara con usted, cuando andaba por Buenos Aires arreglando mis asuntos para el viaje. Usted me salvó. Por eso le escribo hoy esta larga carta. Me han gustado sus cuadros desde que vi los primeros en París, en el taller de Jean-Paul Laurens. Pensé que pocos podrían interpretar como usted el “charme” extraño, novelesco, de Rosemonde. Se me ocurría que le daría a mi amiga un placer grande si hiciera pintar su retrato. Ella aceptó encantada. Sería —me dijo— su desquite sobre los objetos.

El retrato llegó a la quinta cuando faltaban cuatro días para que embarcáramos. En ese momento, por casualidad, yo estaba solo. Eso contribuyó también a salvarme. Tenga en cuenta, para

Librodot

comprenderme, que yo vivía como un sonámbulo, Sívori, como un pobre sonámbulo. Rosemonde me había arrebatado violentamente de mi mundo, que es el mundo de lo inmóvil y de lo obediente, para arrastrarme en un torbellino del cual parecía imposible huir.

Colgaron el retrato en el billar, en el corazón de la casa, entre el Bouguereau y el Villegas. Cuando lo iluminé, fue como si se hubiera roto un embrujo por obra de otro más potente. Me sacudió un estremecimiento que conmovió mis fibras más íntimas. ¿No ha oído contar que las hechiceras antiguas solían fabricar figuras, imitando la traza de las personas sobre quienes deseaban ejercer su fascinación? Para mí su retrato tuvo el valor de una de esas figuras misteriosas. Transformada en objeto, reducida a mi escala, prisionera de mi mundo, la bella húngara perdió su poder de repente, como lo había obtenido. Recuerde, para penetrar lo que puede haber de oscuro en mi reacción, lo que le he dicho al empezar esta carta, o sea que una "marina" de De Martino encierra más vida, para mi sensibilidad, que el Río de la Plata.

Por primera vez la vi como algo mío, estático, con mi biombo de Coromandel por fondo, en el pintado canapé. Entre ella y las cosas que la rodeaban —las armas, los taburetes, los otros cuadros— se estableció en seguida una amistad sutil, ese parentesco que yo imaginé cuando vino a la quinta con su marido y Juan Cruz, y que en realidad no era tal, sino por el contrario rivalidad de enemigos. Del óleo descendía, como una claridad, una paz que yo no sentía hacía meses y que se comunicaba a los objetos. Todo estaba en su sitio por fin.

Le ahorraré detalles. Rosemonde regresó sola a Europa, a Francia, donde se reunió con su esposo. Yo he conservado aquí, en mi casa de San Isidro, su efigie, que para mí no es tal sino ella misma, lo más "vivo" —para mí— de ella misma.

No muestre esta carta, Sívori. Quienes la lean me tacharán de demente, de enfermo de quién sabe qué enfermedad literaria. Los más benévolos cargarán el saldo en la cuenta de mi egoísmo.

He recobrado la tranquilidad. Rosemonde es mía como debe serlo, como mejor debe serlo: no sólo mía sino nuestra, de mis tapices, de mis porcelanas de mis esmaltes. Ahora la comprendo serenamente, como antes no hubiera podido comprenderla. Y la amo (¡sonríase, maestro!), la amamos.

Diego Ponce de León.

Librodot

XVI

RIVAL

1895

Pepa, la niña muda, pasaba las tardes de verano en el umbral de la cocina haciendo muñecas. En invierno se sentaba junto al fogón en un banquito, y fabricaba los diminutos seres de ojos de vidrio y pelo de estopa. Una vez por semana, la cocinera Rosalía se trasladaba resollando hasta el pueblo de San Isidro, para venderlos. Pepa era muy hábil. Inesperadamente, de sus dedos rojos y lastimados salían los personajes más peregrinos.

Cuando los vio por primera vez, Diego Ponce de León dijo que la pequeña tenía talento y que quizá fuera una gran escultora. Otro día declaró que sería bueno enviar a Pepa a Buenos Aires a que estudiara en un taller, acaso el de su amigo Lucio Correa Morales. Dijo también que se ocuparía de mandarla, pero de inmediato lo olvidó. Siempre estaba olvidando lo que ofrecía.

Ya era mucho, en verdad, que hubiera permitido que Pepa permaneciera en la casa. Rosalía recogió a la vagabunda una mañana de hielo, semidesvanecida junto al portón. Contaría entonces unos diez años. Era flaca como un gato abandonado y tenía una naricilla respingada. La implorante suavidad de sus ojos grises conmovió a la cocinera. La cubrió con su chal que olía a fritura y la acostó delante del horno. A poco, la niña reaccionó. Había sido muy friccionada y muy arropada por la salteña. Alrededor, los criados se empinaban, curiosos. La miraban como si fuera un pájaro hallado en la escarcha. Ramón, el hijo del cochero, la tocó con un dedo tímido. Creía que era una muñeca, de tan pálida, de tan frágil, de tan absurda en el revoltijo de trapos. Rosalía le dio un azote con el repasador:

—Dejála, mal educado, dejá a la pobrecita.

La chica abrió los ojos.

—¿Y de dónde venís? —le preguntó la gruesa provinciana.

Pero en seguida advirtieron, ella y las azaradas mujeres que la rodeaban, que la mendiga no podría responderles. Años más tarde, Rosalía continuaba sosteniendo que su ahijada era muda “por algún susto” (“por algún susto, ¿sabe?, que le han dado a la pobrecita cuando andaba solita mi alma por esos caminos de Dios”).

Librodot

En ese instante, Don Diego entró en la cocina. Aparecía por ella como un duende silencioso en los momentos más inoportunos. "Mi casa tiene que brillar como un espejo", solía decir, y la orden comprendía lo mismo a las cacerolas deslumbrantes que a los marfiles y los bronces de su colección. Aquella mañana su presencia cayó bien.

—Mire al angelito del Cielo —imploró Rosalía, densa de instintos maternales—, ¿y qué podemos hacer con ella? Si la echamos al camino, Dios nos castigará.

Ponce de León sonrió levemente, en obsequio a su escepticismo. Levantó los ojos hacia la estampa de la Virgen del Milagro de Salta, aureolada de estrellas de papel dorado, delante de la cual lloraba una vela. Sabía que lo peor era enemistarse con Rosalía mientras preparaba el almuerzo en honor de Don Manuel Ortiz Basualdo, quien vendría especialmente desde su quinta de Flores para tratar la compra de unos toros.

—Haga lo que quiera, Rosalía, siempre que no me incomode. ¿Qué tal se anuncian las empanadas?

La cocinera se las mostró, prolijamente alineadas sobre la mesa de mármol. Habría dieciocho personas a almorzar y Rosalía estaba segura de que se chuparían los dedos.

Después de la siesta la buena mujer salió para el pueblo en el "break" oscilante, el "breque", como lo llamaban todos. Iban con ella la niña muda, el cochero y su hijo. Se detuvieron delante de la iglesia. Media hora más tarde, el cura Antonio Gutiérrez había bautizado a la pequeña con el nombre de Josefa Rosalía. La cocinera se dio tiempo para encender un cirio frente a la imagen del Santo Patrono y rogarle que devolviera la voz a su "angelito del Cielo".

Cuando regresaron, varios de los convidados no habían abandonado la quinta aún. Algunos, a pesar del frío, paseaban entre los talas echados sobre los hombros los gabanes forrados de piel. Don Diego llamó a la salteña con un movimiento del bastón de malaca. El señor Ortiz Basualdo quería felicitarla y pedirle la receta del relleno de sus pasteles.

En medio de los enlevitados señores, Pepa cruzó el jardín con los ojos bajos, de la mano de Ramón. Parecía un animalito. La asustó la estatua italiana, la estatua de la diosa desnuda, y el muchacho se echó a reír.

Durante el primer año de su estada, Rosalía se ingenió por adiestrar a la pequeña para que la ayudara en la cocina. Pero no servía de nada. Súbitamente quedaba como si escuchara una voz oculta que resonaba en su interior. Olvidaba la proporción de las salsas y confundía el azúcar con la sal. La provinciana terminó por instalarla sobre una esterilla de esparto, en el zaguán que sombreaban los laureles rosas.

—Juegue, m'hijita, que para eso trabaja esta gorda vieja.

Librodot

Pepa alzaba los maravillosos ojos grises, dulces como los de una bestezuela doméstica. A los doce años se diseñaba en la vaguedad de un esbozo su belleza futura.

—Lástima que no consiga hacerla comer más —comentaba Rosalía—; la chica es bonita pero puro hueso.

Y era en realidad puro hueso, "puro huesito", como apuntaba el cochero socarrón.

Pepa cebaba un mate y lo ofrecía. Arqueaba los brazos y la cintura con una gracia natural que contrastaba con los movimientos bruscos de los criados y de los peones. Su mutismo contribuía a nimbarla del prestigio de lo que es en cierto modo inaccesible.

Sólo Ramón no respetaba ese extraño alejamiento. A veces la llevaba a que pescara con él en el río. Volvían con unos bagres horribles, barbudos, pinchones, de pintura japonesa. Un día, cuando chapoteaban el barro entre los juncos, buscando lombrices, el muchacho quiso abrazarla. Ella se desasió con un ademán que no admitía réplicas. Otra mañana, el pícaro la desconcertó desciñéndose las ropas sucias y mostrándole algo cuya existencia no imaginaba la inocente. Pepa escapó hacia la quinta y desde entonces no regresaron al río, por más que Ramón no cesaba de rondarla.

A los trece años, la niña muda descubrió que podía hacer muñecas y se dedicó a la tarea con el entusiasmo de los que, perdidos en la noche, encuentran una vacilante lucecita. Les fabricaba el cuerpo con madera y alambre y en ocasiones lo rellenaba de aserrín. La salteña y las demás mujeres del servicio le regalaban trozos de género para que las vistiera. Hubo una tan deseosa de serle grata, que cortó con ese objeto la punta del terciopelo de Génova que Don Diego hacía echar como al desgaire sobre el sofá de su salón. Con ella la niña acomodó una caperuza. Don Diego no lo supo jamás. Hubiera sido terrible que lo supiera.

Las muñecas se amontonaban en un rincón de la pieza que Pepa compartía con la cocinera, en un rancho vecino de la casona. Nunca jugaba con ellas. Ponía horas y horas en dar forma a una, cosiendo, pegando y pintando, y cuando estaba lista la agregaba a las anteriores. El cuarto parecía el interior de un carro de títeres con tantas señoritas de palo.

—¿Por qué no las vende? —le sugirió una tarde el cochero a Rosalía—. En San Isidro se las comprarían y podría juntar unos pesos para hacerle una ropa a su bolsa de huesitos.

A Rosalía la idea le interesó. La muchacha no debía andar cubierta de remiendos. Un primer ensayo feliz le hizo comprobar que el cochero no se equivocaba, de manera que una vez por semana partía para el pueblo con su paquete.

Lo singular es que la niña nunca repetía sus personajes. En el zaguán de los laureles o junto al fogón que rezongaba, urdía unas fisionomías siempre diversas y combinaba unos vestidos de cuento antiguo que nada tenían que ver con la moda. Muy seria, en alto las tijeras o la aguja, miraba al aire como un artista que aguarda su inspiración. En esas oportunidades se la oía emitir un rarísimo sonido gutural, suerte de canturreo sofocado con el cual acompasaba su trabajo sutil.

Librodot

Diego Ponce de León había fijado una sola condición para tolerar la presencia de Pepa en su finca: que no entrara jamás en su casa. La imaginaba, nadie sabrá por qué, acaso por un capricho más de su espíritu arbitrario, derribando el gran vaso de Sevres del comedor, o tocando (sobre todo eso: detestaba que "tocaran") los frascos de cristal de Bohemia que chispeaban en los estantes. La niña muda, a su juicio, debía ser torpe como una niña ciega. Algo fallaría en su mecanismo, cuando menos se esperaba.

Pero en eso, como en tantas otras cosas, Rosalía le obedeció sólo de labios afuera. A fines de 1894 aprovechó un viaje del señor a la capital para introducir a su ahijada, a escondidas, en el caserón vedado. De todos modos, Don Diego quedaría en Buenos Aires cinco días. No había miedo de que regresara por sorpresa.

—Venga, mi pobrecita —le susurró—, venga que le voy a mostrar las cosas lindas que tiene encerradas el patrón. A ver si saca alguna idea para sus chiches.

Para Pepa fue aquél un día extraordinario, revelador. Anduvieron durante más de una hora por las salas repletas de objetos delicados. Se detuvieron ante las vitrinas de camafeos, de alhajas y de miniaturas; ante la untuosa platería del comedor, una platería con tritones, con ciervos y con cisnes; ante las estatuas, ante los óleos. La casa estaba colmada de objetos. Trepaban por las paredes, hacia las cornisas, sobre las molduras de yeso. Se entremezclaban en el laberinto de las mesas, de las consolas, de los bargueños, de los caballetes, de los falsos "savonarolas" y de los dudosos fraileros. En medio de ese ambiente tallado, burilado, repujado, forjado, esmaltado, policromado hasta el último rebuscamiento de la torsión, la niña muda iba como las niñas de las leyendas por las selvas encantadas. No faltaban dragones, ni enanos, ni mosqueteros adheridos a los aparadores.

Rosalía gozaba con la admiración que compartía. Esto era una fiesta para los ojos que el humo de la cocina hacía lagrimear. Se había calado las gafas y no perdía detalle, pegando la nariz chata a los cristales transparentes.

—Mire acá, Pepa, mire estos guerreros que están peliando como los de Güemes... ¿Y este florero con pajaritos? ¿Y este reloj? ¡Lindo, no más!

De vez en vez, con autoridad de entendida, pasaba un índice cauteloso sobre el respaldo de las sillas para comprobar la ausencia de polvo.

—Y todo tan limpio, Pepa...

En el billar, la cocinera se pasmó delante de los óleos —el Bouguereau, el Villegas, el retrato de Eduardo Sívori— que enmarcaba el duelo de las panoplias. Cuando se volvió para reanudar el monólogo con su protegida, notó que la muchacha había quedado estática frente a uno de los enormes espejos del Directorio que habían sido de la madre de Don Diego Ponce de León.

Librodot

Sus catorce años se encendían en la luna borrosa. Se miraba y remiraba, ya sonriente, ya frunciendo el ceño. Cambiaba de actitud, alzaba un poco la falda, enarcaba la cintura. Dijérase que por primera vez tenía conciencia de sus pechos recién nacidos que apuntaban bajo la blusa azul. Sus ojos seguían la línea de su cuerpo, como si lo descubriera. Asistía repentinamente a la inauguración de su cuerpo, a la inauguración de esa estatua velada que hasta entonces había sido su cuerpo. Lo analizaba como si fuera un objeto más, algo armonioso y extranjero, defendido por las esfinges del marco francés. En realidad no se había visto así hasta ese instante, pues en la pieza de Rosalía no disponían más que de un espejito hexagonal, tan escaso que apenas cabía dentro de él una parte del rostro.

Giró sobre los talones y su mirada abrazó a la ninfa desnuda de Bouguereau, que el artista había pintado con un realismo dulzón, lamiendo con la punta del pincel halagüeño los pies de uñas pulidas, las piernas, las caderas generosas, los pechos redondos y agudos como pequeños cascos.

Dio un grito ronco que parecía surgir del fondo de grutas lejanas.

La cocinera se estremeció, irresistiblemente sacudida por la tensión del momento. Le tomó la mano.

—Venga, m'hija, que se hace tarde.

Esa noche, Pepa no durmió. El aliento del verano entraba por las ventanas calientes, como si un animal gigantesco rondara el rancho. La niña aprovechó el sueño de Rosalía, entrecortado de suspiros y sofocaciones, para desnudarse por completo y estirarse en la cama estrecha. La luna bañaba su carne dándole un tono plateado, la tonalidad fría y plateada de las sirenas. Sus manos recorrieron lentamente, en doloroso viaje, su cuerpo de valles y colinas. Se conquistó palmo a palmo.

Pero al otro día no resistió a la tentación de verse en el espejo del billar. Le faltaba esa etapa para cumplir el viaje desconcertante que se hace con la boca seca y los ojos encendidos. Al recogerse todos, guardó en el seno la llave del antecomedor, y no bien se durmió Rosalía la niña muda se introdujo sin ruido en la casa. Llevaba sólo un vestido leve sobre la piel morena.

¡Con qué temores atravesó los aposentos oscuros! En su diestra goteaba una vela cuyo oscilante chisporroteo despertaba en los rincones, bajo las colgaduras de felpa, entre los bufetes, fantasmas de mármol y de laca y de porcelana, crueles chinos y reyes impasibles como los reyes de los naipes.

Llegó al billar, dejó que el vestido se deslizara a lo largo de su torso y de sus piernas, conmoviéndola con su ligera caricia, alzó la bujía, y en el espejo de las esfinges creció, como un vapor primero, luego como una forma concreta, rosa y celeste su cuerpo afilado y recortado, niño todavía pero modelado ya, resuelto.

Librodot

En su marco, la ninfa de Bouguereau la observaba sacudiendo los racimos de uvas trenzados en sus bucles de señora de fines del siglo XIX.

A la mañana siguiente Don Diego regresó de Buenos Aires y la quinta recobró su ritmo habitual.

Transcurrió un mes perezoso, el mes de enero que hace fulgurar la sangre y las piedras. Pepa tornó a hacer sus muñecas de ojos de vidrio y pelo de estopa, reconcentrada, arisca, como si temiera que el rozamiento menor le sacara chispas de la carne trémula. Por la tarde desaparecía. Rosalía, inquieta, la buscaba en vano. Terminaba por encogerse de hombros y por convencerse de que había ido a pescar con Ramón. Sus cejas vigilantes se encrespaban. Algún mensaje le traía a la salteña el aire de bochorno.

La niña había construido su obra a escondidas. Era una muñeca absurda, grande como ella, con una masa de crines negras por cabellera, los labios escarlatas y los ojos grises. La guardaba en un repliegue de la barranca, detrás de un espinillo, donde una cueva abría su boca. Descendía hasta el refugio cuidando que no la espiaran. Pasaba las horas con su muñeca, hablándole con su canturreo ahogado, sensual como un estertor amoroso. La abrazaba locamente; le ceñía con los pechos firmes los pechos de aserrín; rodaba con ella sobre la tierra húmeda, desnuda como las indias que poblaron ese mismo paraje hace quinientos años.

Ramón, que vivía en acecho, las descubrió por fin, en mitad de febrero, cuando más quemaban los calores y chirriaban las cigarras, pero fue tal su asombro que nada dijo.

Un día, después de la siesta, cuando Pepa se dirigía a su abrigo, la aguardó emboscado entre los talas. Salto sobre ella, brutalmente, enardecido por el recuerdo. El cuerpo ansiado se le escurrió de las manos ásperas. Forcejearon. La muchacha le mordió un brazo y huyó.

Esa noche, el hijo del cochero bajó hasta la cueva del espinillo. Allí estaba, sobre un lecho de hojas, el monigote. Ramón titubeó un segundo, asustado por supersticiones viejas. Luego, con el cuchillo que usaba para quitar la corteza de las ramas al preparar sus instrumentos de pesca, le dio una, dos, diez puñaladas salvajes; le arrancó los nervios de lana y los senos apretados; le cegó los ojos grises, grises como los de Pepa, que parecían mofarse; le hendió la boca despintada por los besos de la mujer que quería; dejó a la muñeca, asesinada, macabra, repulsiva, asomado el mango de la daga allí donde debía tener el corazón.

A la madrugada, arrastró a la niña a la cueva y se burló de su horror, de su desconsuelo. Después, aprovechando que había quedado como inerte, de tan desesperada, la hizo suya sobre el lecho de hojas de eucalipto. Bebió sus lágrimas amargas, la devoró de besos, usó de los pobres artificios que conocía, para provocar el canturreo gutural que trastornaba sus sentidos y recobrar a la mujer exhausta que ayer, ayer no más, rodaba sobre esa tierra fría en brazos del monstruo. Ella se dejaba hacer, ausente. Nada sentía, sino el asco de una respiración jadeante y de un sudor que le

Librodot

empapaba las mejillas. Su mano tanteaba en la sombra, buscando la mano quebrada de su amante muerta.

XVII

LA MUJER DE PABLO

1897

El "break de chasse" negro y amarillo de Don Diego rueda alegremente por el camino real, al trote perfecto de sus cuatro anglonormandos. Es uno de los lujos del solterón, quien lo guía desde el alto pescante. Al lado, sus primos Guevara conversan animadamente. Don Diego hace restallar el látigo en el aire de abril. Suenan los collares de cascabeles con pelos de zorro que el señor ha hecho añadir por dandismo a las guarniciones. La vida es bella. ¿Quién imaginaría al verle pasar así, deslumbrante, que hace dos años que su fortuna cruje y declina en el torbellino de la Bolsa? ¡Ah!, pero en eso no hay que pensar ahora. Ahora hay que alisarse el bigote y hay que levantar el látigo. La gente asomada a los ranchos o tras las verjas de las quintas admira el espectáculo de fiesta. Llamean las galeras de los caballeros; lanzan chispas los botones de los lacayos con el escudo de Ponce de León grabado en París. La manta escocesa de Don Diego recoge claridades en su cuadriculado multicolor; la sombrilla de Mercedes Guevara se abre como una rosa, y las grupas de los zainos multiplican por cuatro su elástica armonía. La vida es bella. La vida es bella vista desde el pescante del "break de chasse" de Don Diego Ponce de León, que, como todos los lunes, trota alegremente hacia San Fernando, hacia la casa hospitalaria de Don Gustavo Muñoz.

El portón abierto les recibe con sus jarrones de mármol coronados de hojas verdes. La vida es bella. El pedregullo salta bajo los cascos, mientras avanzan flanqueados por las palmeras y los eucaliptos polvorientos. Ya se avista en un recodo el caserón que la hiedra cubre. En la galería, el senador se adelanta, afable, entre los ladridos de media docena de "King Charles" que arrastran hasta el suelo las orejas, como pelucas de magistrados. Habrá veinticuatro personas a almorzar, como todos los lunes: veinticuatro personas para las cuales, quienesquiera que sean, Diego Ponce de León simboliza, a los cuarenta y cinco años, el más allá de la elegancia, del refinamiento, del rumbo, de la

Librodot

existencia mimada por la suerte. La vida es bella si no se la mira con demasiada atención, si no se estudia el revés de su trama. Faltan tres años para que termine el siglo. Después, Dios dirá. En 1900 pueden acontecer cosas terribles. No solamente en la Edad Media se temía el final de las centurias.

Los lacayos palmean a los anglonormandos. La prima Mercedes Guevara cierra la sombrilla de un golpe seco. En un instante el corredor se ha inundado de un revuelo de levitas y de faldas. Todos quieren ver la entrada de Ponce de León, aun los que fingen indiferencia. Él sube la escalinata quitándose los guantes grises. La vida es bella en abril, en San Fernando, con unas pocas velas en el río, ni una nube en el cielo, y la perspectiva de un almuerzo en el que la humita criolla se come con tenedores ingleses de plata trascendental.

Don Gustavo Muñoz vivía en su quinta de noviembre a mayo. En torno del viejo senador, como alrededor de un tronco robusto, se apiñaba la familia dilatada y frágil; un pequeño mundo de parientes pobres dividido en dos sectores enemigos: los que se enriquecerían con su muerte y calculaban su futuro con ese común denominador enlutado, y los que con su muerte perderían el benéfico amparo de su sombra ilustre, a cuyo abrigo se dormía y devoraba de noviembre a mayo.

El senador, ignorante de sus intrigas, presidía su vaivén como su mesa, con una mueca astuta dibujada en la barba patriarcal. Todos hubieran querido hablarle constantemente de sus desgracias. Se sucedían los unos a los otros junto a su mecedora rechinante, como junto a un confesionario. Él les oía, benévolo, un poco displicente. Adivinaba que lo más importante se le escondía o se le desfiguraba, pero prefería no indagarlo. A cambio de su protección ramificada en una arboleda de empleos y de pensiones, les exigía que le escucharan a su vez. En eso era implacable. Evocaba episodios antiguos: “Después de la carta de Tuyú-Cué yo le dije a Mitre: vea, general...” O si no: “¡Ah, si Sarmiento me hubiera comprendido! Una tarde, en el Tigre...” O bien les esperaba unos discursos enfáticos, aprendidos de memoria. Había uno que le gustaba especialmente. Lo había pronunciado un cuarto de siglo atrás, en ocasión de algo que no recordaba, pero que bien podía ser una elección no muy clara de la provincia de Santiago del Estero: “Herederos de la democracia ateniense, cubiertos por el palio augusto de las instituciones romanas...”

Durante el almuerzo copioso, el anciano no cesó de perorar. Se hizo llevar a la mesa un ejemplar de “La Nación” para que Diego se enterara de la inspección del presidente Uriburu a las maniobras militares: “Las detonaciones resonaban como un redoble de tambor y su solo eco bastaba para evidenciar hasta dónde llega el adelanto y el poder de los armamentos modernos.” El legislador leía con voz cascada, en un silencio obsecuente orquestado por las moscas. De ahí pasó a la gira del primer mandatario y su comitiva por Chivilcoy, cuna del ministro Bermejo. “El tren —terminaba la crónica— llegará a ésa a las 9 p.m. Lleva un recorrido de 60 kilómetros por hora.”

Se generalizó la charla. Viejos y jóvenes elogiaban con una catarata de lugares comunes el progreso maravilloso que “no sabemos a dónde va a parar”.

Librodot

Diego se aburría cortésmente. Sus ojos vagaban entre los comensales, sobre las mujeres empavesadas de encajes, de cintas y de broches, y sobre los hombres severos. Detrás, las copas y los botellones rojos, azules y verdes, de un cristal facetado como el de los brillantes, montaban guardia en los aparadores.

¿Por qué iba a esos almuerzos, todos los lunes? ¿Qué buscaba allí? ¿El calor hogareño que faltaba en su gran casa solitaria, atiborrada de objetos? ¿Un pasajero olvido de sus propios problemas, cuyos fantasmas quedaban en la quinta entre los cuadros, las vitrinas y los bustos?

A su derecha se avaluaban las perspectivas de que el Dr. Pellegrini se pusiera al frente de un movimiento, refundiendo varios sectores políticos sobre la base del Partido Nacional, para hacerse fuerte en la convención que proclamaría el candidato a la presidencia de la República, en mayo o junio. A su izquierda se alababan las virtudes de la "Fosfatina Falières" y del "Pectoral de Cereza" del Dr. Ayer, que obraba milagros sobre la tos ferina.

En la otra cabecera su mirada distraída se detuvo en Pablo, el tercer hijo del senador. Hablaba quedamente, entornando los párpados, con su vecina. Diego sonrió. Presentía que después de comer Pablo le endilgaría una vez más el relato de sus amores complejos. Hacía ya tres años que cortejaba a María Teresa espectacularmente. Él era así, comunicativo, siempre pronto a mostrar su alma, dándola vuelta como un guante ante el interlocutor absorto. Pedía consejos a todos, a sus cuñadas, a sus hermanos. Por poco le hubiera preguntado también a su mujer qué pensaba de esos amores llenos de altibajos, comentadísimos. Como es natural, no había obtenido nada en concreto de María Teresa, fuera de algún fugaz apretar del talle y de algún paseo inocente a la luz de la luna, muy analizado después. ("Yo le dije... ella me dijo... yo le dije...")

María Teresa, amiga de infancia y lejana parienta de los Muñoz, pasaba los veranos en la quinta. Era una mujer hermosa, solemne, un poco estatuaria. Su romanticismo se ataviaba de peinados inverosímiles, con flores asomadas en las trenzas. Tenía las pestañas arqueadas y una voz gangosa que arrastraba las palabras en curioso paladeo. Se la consideraba audaz porque leía novelas francesas y las discutía con los hombres, cuando su soltería y sus flacas finanzas debían consagrarla más bien a tareas de sacristía o a largas labores como aquellas que las señoras de la quinta de San Fernando emprendían por la tarde, con las persianas bajas y los cuerpos, libres del corsé, revestidos por amplios batones bordados con cigüeñas y nenúfares.

Su "affaire" con Pablo —"affaire" que no era tal— suministraba tema nutrido al comadreo de la casa. Pablo había hecho confidencias individuales a todas las señoras. Ellas se inclinaban a perdonarle y sentían que su comprensión las redimía, en cierto modo, de la monotonía de su propia existencia sin más jalones que los embarazos y las enfermedades infantiles. La mujer de Pablo no era digna de él. ¿Cómo era posible que un hombre tan buen mozo, tan atrayente, se hubiera casado con una mujer incolora, insignificante, cuya sola presencia quitaba calidad a las tertulias del quintón?

Librodot

Mientras recordaba todo esto, Diego observaba a Helena, la mujer de Pablo. Estaba sentada frente a él, entre uno de sus cuñados y un primo de su marido. Callaba. Dijérase —y los moradores de la casa lo creían—que no se daba cuenta de lo que sucedía entre su esposo y María Teresa. Pero ¿cómo no iba a advertirlo, si Pablo lo proclamaba con cada una de sus actitudes?

En cuanto a María Teresa, había tomado el partido de no darse por aludida. Los comentarios intencionados se rompían contra su frialdad de estatua. Además, su porte y su gravedad no invitaban al diálogo íntimo. Las cuñadas y las primas habían tenido que contentarse con los elementos que Pablo les suministraba. Y no podían quejarse, pues éste no cejaba con sus consultas, como si el mundo entero girara en torno de su amor solar, resplandeciente, expuesto a la vista unánime.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —interrogaba—: ¿te irías por fin de casa, dejarías a Papá, a Helena y a los chicos? ¿No crees que yo también tengo derecho a la vida?

—¿No se te ocurre —preguntaba otras veces— que estoy malgastando, quemando inútilmente mis años, que lo que vivo aquí no es mi vida sino un reflejo, porque sólo junto a María Teresa viviría de verdad?

Las respuestas eran cautas. Las interlocutoras cerraban los abanicos o clavaban la aguja en la labor interrumpida, para valorar a un tiempo las responsabilidades hacia el hogar, y el derecho ("es cierto, Pablo, porque después de todo no se vive más que una vez"), el derecho que asiste a cada uno de encauzar su existencia hacia lo que más profundamente considera su razón de ser. Dosificaban con cuidado las frases. No había que asustar a Pablo, porque podía atufarse, y entonces ¡adiós a las charlas concéntricas con el eje del mismo tema, muy sobado, muy exhausto, que, a pesar de haber sido exprimido hasta los límites últimos, siempre renacía, y que constituía el entretenimiento más codiciado del quintón! Las mujeres, una a una, devanaban en sus sillas de paja la madeja que Pablo les ofrecía con voz insinuante. Lo que en ellas había de maternal y de enamorado, de sensual y de soñador, de quimera y de rebeldía embozada, florecía durante esos diálogos cuchicheados a la hora de la siesta, en el corredor que agobiaban el jazmín del país y el jazmín del cielo.

Los hombres no se interesaban menos por el asunto. Los prejuicios viriles les impedían balancear el pro y el contra de la cuestión con el mismo Pablo, pero de noche, en los respectivos lechos matrimoniales, armado el mosquitero y apagada la lámpara, inquirían con un tono soñoliento que no correspondía a la realidad.

—¿Qué te decía Pablo esta tarde en el jardín?

Así transcurrían los días en la quinta de Don Gustavo Muñoz: los paseos alternados con el senador, las obras de Penélope abandonadas en las galerías donde siempre había alguien que se sentaba sobre las agujas, los almuerzas de los lunes, las visitas de los vecinos, y el gran amor de Pablo que era como un folletín que todos leían: todos, menos la mujer de Pablo.

Librodot

Después del almuerzo, el senador se acomodó para dormitar en su mecedora, que emergía como una barca del oleaje inmóvil de los periódicos embarullados en la galería: "La Nación", "La Prensa", "El Diario", "Don Quijote". Una de sus sobrinas le hacía aire con una pantalla, esperando a que despertara para detallarle las penurias de su presupuesto. Los "King Charles" se tendieron en las baldosas. Dormidos, parecían unos señores ingleses del siglo XVII.

La inevitable partida de "croquet" se concertó en seguida. Diego prefería no jugar. Pablo le tomó del brazo y empezaron a caminar por el corredor de arriba abajo, rozando las macetas de malvones.

Una vez más, como todos los lunes, Pablo desgranó el tema consabido. Fue Diego quien lo provocó:

—Y... ¿cómo anda eso?... ¿qué novedades?

¡Ay!, no las había... "eso" seguía igual... pero pronto habría que dar el definitivo paso que se postergaba hacía tres años. ¿Qué opinaba Ponce de León?

—Ella me quiere, estoy seguro, pero comprenderás que Helena y los chicos... Ésta no es vida, Diego, no es vida...

Sus pasos cadenciosos resonaban en los mosaicos. De tanto en tanto, uno de los perros sacudía la peluca enrulada. Abril flotaba en la levedad del aire. Diego no ponía mucha atención. Meditaba sobre sus propios asuntos, tan revueltos. De un tiempo a esa parte habían logrado obsesionarle. La semana próxima debería hacer frente a un vencimiento. Tendría que ir a Buenos Aires, argüir con los prestamistas. ¿Cuántos años resistiría aún?

—De lo único que estoy plenamente seguro es del amor de María Teresa. ¡Qué mujer, Diego!... inteligente... un descanso en medio de tanta miseria...

En el césped sombreado por las magnolias, entre las rotas estatuas de material dudoso que, en lugar de brazos, mostraban el esqueleto de unos hierros macabros, las parejas disputaban. Mercedes Guevara jugaba con uno de los Muñoz; su marido, con la esposa de éste.

Diego Ponce de León suspiró solidariamente y encendió un cigarrillo. El Río de la Plata prolongaba su reverberación hacia las islas del Tigre.

—Dirás que yo debiera irme de una vez por todas. Pero, ¿y el viejo?... Lo mataría...

El viejo se había fabricado una especie de bonete con un diario, para aislarse de las moscas. Debajo, su barba fluía, casi líquida de tan transparente.

María Teresa apareció en la escalinata, majestuosa como una Juno que tuviera el busto en sopera y un abanico de carey.

—Discúlpeme —susurró Pablo—, me espera.

Librodot

Diego les vio alejarse hacia el quiosco cuya armazón de mampostería remedaba las grutas de estalactitas. Sabía que nada sucedería allí, nada que no fuera la reanudación de la charla estéril.

—Me estoy consumiendo a fuego lento, María Teresa. ¿Hasta cuándo seguiremos así?

Ella le clavaba los ojos demasiado grandes y no respondía.

Los jugadores de "croquet" observaron también la maniobra que se desarrollaba en el quiosco, pero no cambiaron impresiones. Había un acuerdo tácito al respecto, en frente de "extraños". Por otra parte estaban convencidos de la inocuidad de tales manejos. Hablar y hablar y hablar... hablar con María Teresa, y hablar con ellos de lo que hablaba con María Teresa, y volver a hablar... Inofensivo hasta ahora, pero ¡qué interesante!

Ponce de León se acodó en la barandilla y escuchó el zureo de las palomas en el palomar. Luego reanudó su marcha, feliz de estar solo. Las ventanas de reja abiertas sobre el corredor dejaban colar el bisbiseo de las señoras que allá dentro tejían unos chales infinitos.

El usurero... el martes tendría que ablandar al usurero... Era un milanés calvo y ventrudo, excesivamente amable:

—¿Qué cosita nueva ha comprado para las colecciones, signor Ponce de Leone?

La galería torcía en ángulo recto y rodeaba la casa a lo largo de dos fachadas. Diego la siguió hasta el final, hasta la percha de hierro verde donde el senador colgaba sus sombreros deformes. Cuando regresaba hacia los jugadores, sorprendió a una pareja semiescondida por las ramas del aguaribay. No logró distinguir quiénes la formaban. ¿María Teresa y Pablo? No... Desde allí podía verles en el quiosco. Pablo agitaba mucho las manos, como un actor mediocre. ¿Quiénes serían? Le intrigaba su actitud, su evidente ocultación sospechosa. ¿Dos novios? Tampoco; en la quinta no había novios.

Su curiosidad fue más poderosa que cualquier otro sentimiento. Se deslizó entre unos helechos, sin el menor ruido, y apartando las hojas divisó a Helena, la mujer de Pablo, y al primo de su esposo junto al cual había estado sentada durante el almuerzo. Ahora se estaban besando con una fiebre que excluía atenuantes y coartadas.

Diego Ponce de León volvió al paseo de baldosas. Allá lejos, Pablo continuaba su perorata, dedicada no sólo a María Teresa sino a los espectadores visibles e invisibles que, detrás de las ventanas o en una pausa del juego, estudiaban la evolución estratégica de su campaña de tres años.

Se despertó el senador y los "King Charles" ladraron a un tiempo. Los del "croquet" tardaron media hora en terminar su querella. Luego colocaron los palos estrepitosamente en la caja, como en un ataúd. Entre tanto, el coleccionista sirvió de auditorio cordial y ausente a Don Gustavo Muñoz:

—¿Le he referido ya lo que le dije a Juárez cuando la conversión? Óigame bien, porque vale la pena...

Librodot

El “break de chasse” negro y amarillo de Don Diego regresa alegremente a su quinta. La vida es bella si se la domina desde lo alto del pescante y de las guarniciones sonoras. Rígidos en su asiento, los lacayos cruzados de brazos no piensan en nada, en absolutamente nada. Al lado del caballero, sus primos parlotean con un entusiasmo juvenil que conmueve a Don Diego Ponce de León en la torre de su filosofía cuarentona.

—¿Qué opinas tú, Diego —pregunta Mercedes Guevara—: te parece que Pablo concluirá por abandonar a la pobre Helena?

—¡También! —apunta su marido— con una mujer tan ñoña, cualquier cosa se justifica...

Don Diego se atusa el bigote. Van al trote perfecto de las yuntas anglonormandas, por el camino real. No se ve ni un coche, ni un paisano a caballo. Mañana lloverá. Cerca de la chacra de Ibáñez, se cruzan con una pareja de ciclistas, en “tándem”, que siguen su mismo rumbo hacia San Isidro. Los zainos levantan tal polvareda que los excursionistas resultan irreconocibles, con sus amplias gafas oscuras y los velos de la dama.

—¿Los viste? —grita Guevara en el canto de los cascabeles—. ¿Quiénes serán?

Mercedes se inclina en el pescante, pero la nube de tierra ha tragado a los que pedalean.

—Ella se parece bastante a Helena. ¿No será Helena? Pero no... no puede ser Helena... ¿qué iba a estar haciendo aquí?, ¿y con quién?

Don Diego Ponce de León, que es simultáneamente un escéptico y un artista, silba un vals de Dalmiro Costa. Sabe que ésa es Helena. Sabe también que ni Helena ni su acompañante volverán a la quinta de San Fernando. Alza el látigo en la elegancia ceñida de su guante gris, y se da el lujo de olvidar que la semana próxima tendrá que enfrentar al usurero italiano. En la quinta de Muñoz, Pablo y María Teresa continúan enredados en su debate sempiterno (“Paolo y Francesca —sonríe Don Diego para sí— pero sin el pecado”). Detrás de cada cortinaje, una señora de botón, libre del corsé y de los prejuicios, los espía y calcula.

XVIII

EL DOMINÓ AMARILLO

1900

Los cuatro carros de mudanza se detuvieron un instante en la plaza de San Isidro, frente a la iglesia gótica todavía inconclusa. Preguntaban los carreros por el camino que les conduciría a la quinta de Don Diego Ponce de León, y se lo señaló un pinche de la vecina casa de la señora de

Anchorena. Mientras los enormes vehículos reanudaban la marcha penosa, haciendo rechinar el empedrado, la noticia se difundió por el pueblo, desfigurándose, agrandándose, hasta concretarse así: una caravana de carros cerrados herméticamente había atravesado San Isidro rumbo a la quinta de Ponce de León. Llevaba las decoraciones fantásticas que se utilizarían en el recibo de máscaras que Don Diego ofrecería el 25 de febrero, domingo de Carnaval.

Cuando llamaba a oración la campana vieja, que recuerda con sus letras perfiladas que el templo primitivo fue alzado por el capitán Acassuso, "gobernando la Silla Apostólica Clemente XI y el Imperio Felipe V", los furgones cruzaron de regreso el pueblo crepuscular. Y los que tomaban el fresco en los Tres Ombúes, junto a lo de Beccar, o escuchaban en la plaza el corneteo minucioso de la "retreta", suspendieron la conversación sobre la guerra bóer para comentar:

—El recibo del domingo será espléndido. ¡También, con la plata de Ponce de León!...

En su casa de la calle 25 de Mayo, detrás de la ventana de reja, Beatriz Amidei cosía su dominó amarillo con cintas negras. El padre hubiera querido que fuera amarillo y rojo, como el escudo de los Amidei, pero a la niña le parecía más bonita esta combinación. En tanto que ella continuaba el trabajo, el italiano le leía, como otras tardes, el poema del Florentino. Se enorgullecía de su parentesco con el Dante y recitaba los tercetos del "Paraíso" en que Cacciaguida, el antepasado ilustre, contaba al poeta cómo se enlazaba su linaje con el de Amidei, tan poderoso que sus querellas originaron la lucha de Gibelinos y Güelfos.

Con los ojos entrecerrados, el toscano miraba hacia la calle modesta de San Isidro y en su lugar veía los palacios de su Florencia natal. En uno de ellos, en la via Por Santa Maria, estaba el escudo de gules y oro de los Amidei. Guido Amidei se afanaba de proceder de una rama de esa misma casa: la rama más pobre, la más mínima, la más endeble, la más venida a menos, tan oscura que durante el último siglo sólo figuraron en ella paisanos y empleados sin categoría, pero parte al fin del gran árbol histórico, como el poeta inmortal.

¡Ay!, por llamarse Guido Amidei (no Guido, como solía explicar a sus clientes, sino Güido) había abandonado la tierra en la que todo excitaba la impetuosa vanidad de su sangre, y se había trasladado a América, al extremo del mundo. Triunfaría aquí, y rico, honrado por los grandes, volvería a la ciudad maravillosa para comprar el palacio de sus mayores y vivir en él como debía, o dejaría que su derrota se diluyera en suelo extraño, lejos de tantos testigos de un pasado de suntuosidad memorable. Guido Amidei no se resignó a ser un Amidei de la rama que devoraban escondidos taladros desde hacía muchísimo tiempo. Nutrido desde su infancia por lecturas extravagantes que avivaron el fuego de su romanticismo, soñaba con guardias de armadura, con cofres henchidos de terciopelos y de collares conquistados al Turco, y con largas serenatas en los parques. Su padre le había enseñado el oficio sutil de restaurador de muebles de época. A Guido le

Librodot

parecía que puesto que el hecho de pertenecer a la rama menestral de la familia le obligaba a poseer un oficio, ése era el más poético de todos.

Cinco años habían transcurrido desde que se trasladó a Buenos Aires con Beatriz, su hija única. Poco tardó en advertir que la ansiada victoria no llegaría jamás. Vegetó amargamente entre ebanistas y anticuarios de escasas luces, remendando consolas, emparchando sillones, añadiendo sabias pátinas a la juventud de las maderas. De tanto andar con barnices, pinturas y colas, trabajando a veces hasta horas altas, terminó por enfermar. A los cuarenta y cinco años, el daño físico y la desilusión le doblegaban como si tuviera sesenta. Los médicos se repartieron sus flacos ahorros y le aconsejaron que se radicara en algún pueblo tranquilo. Eligió San Isidro por su cercanía de Buenos Aires y montó su pequeño taller en una casa de la calle 25 de Mayo. Allí seguía cumpliendo con los encargos de los comerciantes pórtenos, pero en realidad vivía en un trasmundo creado por su imaginación, por el cual transitaban los personajes heroicos de sus sueños.

Beatriz Amidei florecía en el esplendor de los veinte años. Había conservado un dejo de la lengua toscana que era más bien una cadencia y que añadía a su conversación un encanto singular. Bella, con la belleza de su raza antigua, remozada por el aporte de sangres plebeyas pero nimbada por la remota nobleza de su origen, Beatriz atraía como los seres cuya complejidad esencial torna imposible su clasificación en los casilleros clásicos. Era una muchacha de tantas, inclinada bajo la mantilla en la iglesia sanisidrense, hasta que, cuando menos se esperaba, instintivamente, el brusco gesto con que echaba hacia atrás la cabeza, sacudiendo los aros, o la forma en que cruzaba los dedos finos, descubrían ante el espectador cautivantes zonas de misterio.

Casi nunca salía de su casa. Sentada junto a la ventana que abría a la calle, cosía labores para ayudar al mantenimiento de su vida opaca. Al lado, el padre rehacía la talla apolillada de un bargueño o agregaba años a una mesa. Y siempre andaban entre ellos aquellas sombras doradas que agitaban como alas las mangas de jirones policromos: Beatrice Portinari, Cavalcanti dei Cavalcanti, Farinata degli Uberti, unidas acaso a su genealogía, cuya ancestral persecución no había cesado en América.

Beatriz alzaba los ojos al paso de los coches que atronaban la calle. Allá iban los señores argentinos, en el lujo sonoro de los landós, de las victorias. Ella suspiraba y sentía en los dedos el dolor de los pinchazos. Guido Amidei volteaba una vez más los folios del libro vetusto y leía, hasta que la tos le detenía en mitad de un verso:

"Taciti, soli, senza compagnia
n'andavam l'un dinanzi e l'altro dopo,
come'frati minor vanno per via."

Librodot

El pensamiento de Beatriz huía de las escenas pavorosas y admirables cantadas por el Alighiero, hacia la vida que la circundaba. Ya no escuchaba los tercetos rítmicos. Dejábase acunar por su música, y a su compás veía al caballero de los trajes grises en el "break de chasse" tirado por los anglonormandos. Sabía que se llamaba Diego Ponce de León y que moraba en una quinta próxima, entre sus colecciones de arte, como un príncipe de Florencia. Y soñaba. Nada cuesta soñar, y en vez de seguir a su padre en la angustiosa búsqueda de un pasado de siglos, prefería escapar detrás del hombre maduro de ademán armonioso a cuyo paso las mujeres se apostaban en los balcones.

Hasta que las vecinas le refirieron que el 25 de febrero, domingo de Carnaval, habría en la quinta de Ponce de León un gran recibo de máscaras y que, cubierto el rostro por el antifaz, sería posible gozar de su hospitalidad famosa. Le costó bastante decidirse, pero las mismas vecinas la alentaron. Si su padre no quería acompañarla, irían juntas.

Aun en ese momento, mientras cosía el dominó negro y amarillo, Beatriz Amidei creía que lo único que la movía era la pasión italiana por los disfraces, y reía, mientras se probaba el traje rumoroso. Pero el recuerdo del caballero, destacándose como un antiguo retrato en el marco de sus colecciones, surgía de repente en el fondo del espejo y cortaba de un golpe su risa. Nadie, ni el propio espectro de Cacciaguida iracundo, podría impedir que fuera a la quinta la noche del 25 de febrero.

Así estaban, como dos niños extraviados en un bosque, la hija y el padre. Cada uno atisbaba una luz en lontananza: el uno hacia el sur, hacia el norte la otra.

Fumaban los compadritos en la esquina, vestidos de negro en el rigor del verano. Al rozar la reja de Beatriz, uno, con un jazmín en la oreja le cantó por lo bajo:

"Mañana por la mañana
me voy a las Cinco Esquinas,
a tomar un mate amargo
de la mano de mi china."

Ella retrocedió, enojada. Por la calle de San Isidro desfilaban los carruajes de charoles y barnices de 1900 y los séquitos de antorchas del siglo XIII, con las armas de los Amidei bordadas en los jubones.

El 25 cayeron algunos chubascos por la tarde, pero la noche se anunció magnífica. Los que regresaban de Buenos Aires trajeron noticias de que el Carnaval era muy "chaucho", a pesar de que se aseguraba que se habían gastado 200.000 pesos en serpentinas. El Intendente Bullrich había prohibido el juego de pomos y se pronosticaba que habría que suspender el corso oficial por la lluvia.

Librodot

Los negros candomberos, como siempre, daban escándalo, y las comisarías estaban atestadas de borrachos desde la mañana.

En su ventana, Beatriz Amidei dio los últimos toques al dominó y aplicó una randa del encaje de su madre al antifaz. Luego aguardó la noche. De la calle venía el rumor de las conversaciones mecidas por las pantallas. Los nombres bóers: Maggersfontein, Krüger, el general Koch, se mezclaban con el del jockey Olmos que había ganado tres carreras, dos de ellas poco descontadas, y con el de D. Bernardo de Irigoyen y sus perspectivas en la convención de radicales coalicionistas de La Plata.

Guido Amidei salmodiaba:

"intramo a ritornar nel chiaro mondo..."

Y Beatriz se decía que ella también retornaría al "chiaro mondo", por unas horas, en la quinta de Ponce de León.

El recibo de Don Diego fue la mejor fiesta del Carnaval de 1900: mejor aun que el baile del Hotel La Delicia, en Adrogué, con su comida al aire libre bajo un techo de serpentinas y globos. Naturalmente, nadie podía competir con él en estas cosas. Los macizos de flores ubicados entre el follaje, las guirnaldas, las luces, las tiendas en las que se servía "champagne" y refrescos, todo evidenciaba el gusto de Ponce de León. Vino gente de Buenos Aires y de los pueblos vecinos. Desde antes de la medianoche los landós no cesaron de afluir. Traían el estruendo de las máscaras y el blanquinegro señorío de los hombres de frac. El aire se había alivianado con la lluvia.

Quienes acudieron con el propósito de echar una ojeada a la colección de Don Diego, salieron defraudados.

La casa estaba cerrada totalmente y el baile se desarrolló en las galerías y en el jardín. Era explicable que así fuera, pues las colecciones comprendían muchos objetos valiosos, fáciles de sustraer, y a la fiesta podía asistir quien quisiera al amparo del disfraz. Pero con todo la gente calculó que por lo menos las ventanas estarían abiertas y que a través de las rejas se podría atisbar los salones iluminados. No fue así. Dijérase que Don Diego deseaba que esa noche su parque gozara de todos los privilegios. Los postigos habían sido clausurados y nada se veía del interior. Hasta muy tarde rondaron por los corredores externos grupos de curiosos que espiaban hacia las salas por las mirillas o por el hueco de los cortinajes. Cuando creían haber hecho un hallazgo lo señalaban con vehemencia:

Librodot

—¿Ves? Allá... a la derecha... esa mancha... debe ser la Venus de Capua... Y aquel reflejo... no... allí no... más atrás... quizá sean los esmaltes y los camafeos... Hay maravillas, te digo... ¡qué lástima que no se pueda entrar!

Diego Ponce de León iba y venía entre los corros. Se había echado sobre el frac un dominó violeta, con una elegancia a lo Prince de Sagan. Le divertía descubrir a sus amigas bajo los antifaces. Se había propuesto que esa noche nada enturbiara su buen humor. Los malos ratos quedarían para después.

Unas damas se le acercaron para rogarle que las dejara deslizarse con el mayor secreto hasta el interior de la casa. Se lo pedían aflautando las voces para que no las reconociera: —Déjanos entrar, Diego, Dieguito, sólo unos minutos. Queremos ver los cuadros del billar. Nos han contado que allí escondes el retrato de tu único amor.

Él reía y contestaba que las flores del jardín y los árboles y la estatua italiana, colorados por los fuegos de artificio, eran más hermosos que las baratijas, que el "bibelotaje" del caserón. Llamaba a un mozo y le hacía servir "champagne", y antes de que reanudaran la súplica ya se había alejado en el aleteo del raso oscuro.

La orquesta multiplicaba los valses boston de Hilarión Moreno, las polkas, las mazurkas. "¡Adiós, adiós!, ¿no me conocés?" Giraban las parejas en la alegría del "Washington Post", del "Pas des Patineurs". Y del follaje descendía una frescura deliciosa, entre el piar de los pájaros asustados.

Poco después de la una, Diego Ponce de León topó con la dama del dominó amarillo. Casi cayó sobre ella, al torcer un codo de la galería. Estaba apostada junto a una de las ventanas, mirando hacia el escritorio, pero por más esfuerzos que hacía no distinguía nada en el espesor de los visillos.

El señor se detuvo, intrigado. ¿Quién era esa mujer?

—Háblame, máscara —le dijo con su tono más acariciante—; si te reconozco no podrás negarme lo que te pida.

Ella se volvió. Temblaron sus pestañas en los cortes almendrados del antifaz. Luego escapó por el corredor lleno de gente, hacia el jardín. Diego la siguió, sorteando las parejas de bailarines. La conocía. Sin duda tenía que conocerla. Valoraba la esbeltez de su talle, la finura de su pie pequeño en el revuelo de las faldas. Le sorprendía esa fuga que aguijoneaba su curiosidad. En uno de los senderos bajo la magnolia, unos amigos del Círculo de Armas, que acababan de llegar, quisieron rodearle, pero sólo permaneció entre ellos unos segundos y les esquivó. La máscara iba hacia la glorieta japonesa que Diego había hecho construir frente al río dos lustros atrás. Los hombres la piropeaban. Uno, más audaz, quiso tomarle la mano, pero la muchacha —porque era, evidentemente, una muchacha, y muy joven— se desasió y continuó andando. Dos o tres veces dobló la cabeza, para ver si Diego la seguía. Huía de él.

Librodot

La alcanzó en el frágil paseo que circundaba el quiosco con su barandilla, entre faroles de seda y de bambú. Oía su agitada respiración. Para calmarla, Diego suavizó el timbre:

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó—. ¿Quién eres? ¡Ah!... ya sé... ya sé... eres una señora que ha venido sin su marido... ¿Y qué te importa? Tu marido no lo sabrá. Te juro que no lo sabrá. Háblame una vez, sólo una vez.

—No —respondió Beatriz Amidei—. Es inútil que busque. No me conoce.

Diego aguzó el oído: ¿quién era?, ¿quién era? Una extranjera, con seguridad, pero ¿de dónde?

El quiosco estaba milagrosamente vacío. Acaso las parejas no se arriesgaban a introducirse en la diminuta habitación que la hiedra tornaba demasiado íntima.

—Ven —susurró Ponce de León—, conversemos.

Se sentaron en un banco rústico. Delante, el río semejaba, de tan perfecto, una postal azul y plateada. A la distancia, en el barrio de los pescadores, el Carnaval orillero vociferaba su algarabía de guitarras y murgas.

Desde el corredor de la quinta, la brisa trajo los ecos de un vals de Waldteufeld.

Ella volvió a hablar y Diego advirtió que era italiana. Le respondió en ese idioma, porque tenía la coquetería de poseerlo bien. Al azar, aludió a Florencia.

—Allí he nacido —dijo Beatriz.

Lo que en Ponce de León había de "estético", se conmovió. Había visitado la ciudad única por primera vez en 1889. Tenía la cabeza densa de Ruskin y de prerrafaelistas.

—Pareces salida de un cuadro italiano, con tu traje amarillo y negro. ¿No me dejarás que te vea la cara?

—No. Es mejor así. Hablemos.

Y hablaron... hablaron... Ella, sin revelarle cómo ni cuándo, le confió que le había visto pasar a menudo en el "break de chasse".

A Diego le ganaba el encanto de la desconocida, que era también el encanto de las viejas ciudades con "palazzi" y con puentes roídos, con sociedades refinadas cuyos balcones abren sobre campiñas de cipreses y de acueductos.

—No es cierto. Estás inventando. No me has visto antes.

—Sí... sí...

Para prueba le contaba que el día anterior él había guiado su coche llevando un chaleco verdemar con botones dorados.

La intriga de Ponce de León creció con el detalle. Era verdad que esa mañana había estrenado esa prenda extravagante que el Duque de York, hijo mayor del Príncipe de Gales, había puesto a la moda.

Librodot

Y hablaron... hablaron... Hablaron de arte, de los temas que más seducían a Diego. La hija del ebanista toscano había aprendido cosas curiosas junto a él.

—Pero ¿quién eres?

Beatriz Amidei rió a su vez:

—Sólo puedo decirle que mis antepasados han sido evocados por el Dante, en el "Paraíso"... pero no vaya usted a creer que soy una duquesa o una viajera rica... soy una pobre muchacha...

¡Qué romántico era todo esto, qué estupendamente romántico, hecho de medida para entusiasmar a los cuarenta y siete años de un hombre como Ponce de León!

—Bailemos —le propuso.

Bailaron en el paseo del quiosco, a la apagada cadencia de un vals de Metra. Diego aprisionó la cintura estrecha, fugaz. El perfume de la juventud le enloquecía. Perdió la cabeza.

—Quítate el antifaz. Te daré lo que quieras si te lo quitas.

—Bueno, si me muestra sus colecciones, me lo quitaré.

El caballero se paró en seco, antes de que cesara el postrer compás.

—No. No puedo hacerlo hoy. He prometido que la casa estaría cerrada hoy para todo el mundo. Es un capricho, pero debo cumplirlo.

Beatriz Amidei tuvo un gesto en el que afloró la gracia de veinte generaciones graciosas, la gracia del Renacimiento de Simonetta Vespucci y del XVIII de Tiepolo.

—¿Acaso soy yo todo el mundo?

—No me pidas eso. Déjame verte... Mira, tú supondrás que soy un viejo loco, pues acabo de conocerte (y en verdad no te conozco), pero sin embargo te juro que hasta ahora no he hallado una mujer como tú... Te quiero, máscara, te quiero...

Sus propias palabras le embriagaban. El "champagne", el baile, esa misteriosa mujer florentina... ¿qué pasaba por el ánimo del solterón, qué inesperada sensación le sobrecogía la noche del Carnaval de 1900? Y todo el tiempo, los valses... Parecía que los árboles iban a danzar abrazados a las enredaderas... Fin de siglo... fin de siglo... y esa peregrina mujer a quien había aguardado hasta entonces, para quien había reunido sus tesoros frágiles, y que se le presentaba de repente, con su acento toscano, sus ojos verdes y su dominó negro y amarillo, en la noche más romántica de su vida de solterón...

—Vamos entonces —tornó a decir la extranjera—, vamos a ver las colecciones...

¡Ay! tenerla allí, guardarla allí como dentro de un invernáculo, en medio de sus tanagras y de sus estampas chinas...

—No puedo. Hoy no. Hoy no puedo.

Una "farandole" de enmascarados corría por el parque. Iban los pierrots, los arlequines, los "condes", las pastoras, ondulando entre los troncos, sobre el césped que pintaba el rocío. Cantaban la

Librodot

"Cavalleria Rusticana" que habían popularizado los organillos callejeros. Algunos titubeaban por la bebida. El alba flotaba sobre el río como una escuadra de navíos con las velas de gasa rosa. La ronda ascendió hasta la glorieta y envolvió a los enamorados. Beatriz Amidei aprovechó la confusión para escapar.

—¡Adiós! —le gritó todavía—, no jure en vano... Es tan poco lo que le pido... ¿Cómo puedo creerle?

Las últimas máscaras abandonaron la quinta a las seis. Los criados que Don Diego había alquilado para su fiesta también se fueron. Ponce de León vagó aún media hora entre los pisoteados canteros y las sillas derribadas. La telaraña de serpentinas prolongaba su tejido entre los árboles y la casona, como si quisiera sofocarlos con su red. En el suelo había caretas rotas y trompetas de cartón que no volverían a sonar.

Diego se estremeció en el frío de la madrugada. Sacó una llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura de la puerta principal y entró en su casa.

Una luz pálida filtraba por las persianas y las cortinas. Su débil resplandor mostraba la desnudez de los aposentos. Diego los recorrió caminando lentamente, agobiado como un anciano. En las paredes, grandes manchas rectangulares y redondas señalaban el sitio que habían ocupado los cuadros: los anónimos de la escuela holandesa, el Lefebvre, el Bouguereau, el retrato de la dama de lila, por Eduardo Sívori, el de Teresa Rey de Montalvo por Goulu, los Charles Jacque... Los muebles indicaban su ausencia en el rayado piso: aquí había estado, probablemente, una alacena; aquí, un arcón. No había nada en el comedor, ni en el billar, ni en la biblioteca, ni en las dos salas. Hacía una semana que los inmóviles habitantes de la casa de Ponce de León —los que le habían dado tanto prestigio— habían partido para Buenos Aires, encerrados en los furgones traqueteantes. Dentro de una quincena, Román Bravo los remataría en su local de la calle San Martín. Se aventarían los sillones y los grabados, los óleos y los cubiertos de "vermeil", los libros, las porcelanas y las arañas de veinticuatro bujías, para pagar las deudas de Don Diego. Al dar su recibo de máscaras, el señor se había despedido del mundo, de su mundo, con una pirueta final.

Llegó a su cuarto, encendió la lámpara y bebió un vaso de agua. Sólo quedaba allí lo imprescindible, como en un dormitorio de hotel. El género rojo que tapizaba la habitación le pareció amarillo; negros le parecieron los recuadros de madera blanca. Amarillo y negro, amarillo y negro, todo era amarillo y negro ese amanecer; amarillo y negro como el "break de chasse" que no le pertenecía ya, amarillo como el dinero perdido y negro como su futuro sin luz; amarillo y negro como el amor posible, salvador, que se le había escurrido entre las manos. Mientras se lavaba los dientes se vio la faz en el espejo, la faz negra y amarilla. Y comprendió que estaba llorando.

Librodot

XIX

EL GRITO

1913

Hacía trece años que la casa permanecía cerrada: exactamente desde el Carnaval de 1900 y el espléndido recibo de máscaras de Don Diego Ponce de León. El señor había desaparecido esa madrugada. Luego se supo que vivía pobremente en los suburbios de Roma, con el escaso dinero que le enviaban los encargados de liquidar sus propiedades. Por fin se tuvo la noticia de su muerte, ocurrida en 1908 en una pequeña "villa" rodeada de cipreses, donde se privaba de lo necesario para continuar comprando terracotas y fragmentos hallados en las excavaciones. En el derrumbe de su quiebra, la casa de San Isidro seguía en pie, como olvidada. Un pleito espinoso entablado entre acreedores y herederos la aislaba del resto de la fortuna de Ponce de León, devorada por el desastre. El Banco al cual había sido confiada su administración, tenía asuntos más graves o más simples que atender, de suerte que él también la hizo a un lado. Frente al río, la quinta aguzaba su romanticismo en el abandono. A sus leyendas sumábase ahora la fama de su embrujo: era la casa de duendes que hay en todo pueblo antiguo; la casa cuya soledad se explica diciendo que está hechizada.

El parque había crecido libremente en su torno, borrando los caminos, devastando los canteros, apoderándose de las estatuas y de los jarrones. Los árboles entremezclaron sus ramas en el ahogo de las trepadoras y de los parásitos tendidos de follaje a follaje. Un agua turbia, zumbante de mosquitos, envenenó la fuente. La herrumbre comenzó a roer los arcos de la glorieta. El edificio mismo, el desconcertante edificio construido por tantas generaciones que multiplicaron en él añadidos y remiendos, adquirió la traza de un inmenso animal peludo, bajo las enredaderas. Algunas ventanas fueron tapiadas por la hiedra voraz. Había hormigueros en los patios y murciélagos en los corredores. Una palmera, locamente, había empezado a erguir su penacho en un hueco del mirador, junto a los vidrios rotos.

Trece años. Durante trece años la casa y el jardín libraron una batalla sin cuartel, pertrechada la primera en sus rejas y sus goznes, seguro el invasor de la eficacia de sus raíces reptantes. Hasta que la casa, ceñida por la marea verde, terminó por rendirse, y los seres que habían vivido a su amparo, domesticados, sumisos ante su orgullo —la glicina, la santa rita, la enamorada del muro, los

Librodot

jazmines— aliaron sus fuerzas en un ataque supremo y se lanzaron gozosamente a escalar el gran cadáver informe.

Cerca del camino, en un rancho, moraban los cuidadores que tan mal cuidaban del caserón. Era un matrimonio formado por Ramón, hijo de un cochero de los señores, y por Pepa, una criada muda, de ojos grises y crenchas lacias. Tenían un solo hijo a quien llamaron Gervasio. Había nacido en esa misma choza, trece años antes, poco después de la huida de Don Diego, de modo que su existencia se había desarrollado paralelamente con la ruina de la casona, y mientras que la una se sumía en la decrepitud creció el otro en fortaleza.

La infancia de Gervasio transcurrió solitaria, ensimismada, dura, entre la madre que no podía hablar y el padre hosco, que a poco de encargarse de la quinta había abandonado la lucha contra los ardides de la maleza. El padre y el abuelo de Gervasio habían estado al servicio de los Ponce de León desde hacía muchos años. Ramón sabía extraños cuentos de la casa, historias que habían alumbrado como fogatas crepitantes la niñez de Gervasio, y que referían el paso de los reconquistadores por su predio, cuando los ingleses tomaron a Buenos Aires, o el suicidio de un demente en el mirador, o el fin trágico de uno de los remotos dueños, un Montalvo, en el río. Costaba que narrara, pero cuando se echaba a hacerlo asombraba al niño con la descripción de las salas colmadas de muebles y de vitrinas con joyas deslumbrantes, y con la visión de las máscaras alegres corriendo por esas mismas galerías donde los murciélagos pendían como frutas negras.

Había un cuento que entusiasmaba a Ramón más que los restantes: era el del collar de rubíes de la señora de Islas que estaba oculto en alguna parte de la casa desde hacía casi un siglo. Nadie lo había encontrado, pero Don Diego Ponce de León le había asegurado que seguía allí, detrás de alguna de las paredes, bajo alguno de los pisos, tras las baldosas de alguno de los patios. Al relatarlo, chispeaba la mirada del padre y del hijo, como si los rubíes asomaran, encendidos, en el fondo de sus ojos idénticos.

Pero a veces, durante una semana o más, el padre se negaba a proferir palabra. Era peligroso acercársele por que se enfurecía con cualquier pretexto. El niño se refugiaba junto a la madre muda, agotada a los treinta y dos años, que lavaba sin fin para ganar el sustento de los tres, y que de tanto en tanto se alzaba sobre la tina, sobándose la dolorida cintura, y lo espiaba con los ojos de perro maltratado. Escuchaban entonces, a la distancia, los golpes de la azada paterna. Ramón buscaba la alhaja perdida, y doquier, en el jardín, en el quiosco oriental, en el comedor, en la azotea, en las galerías, los pozos de profundidad absurda que cavaba rabiosamente se transformaban en cuevas de ratas.

Cuando Gervasio cumplió trece años, su padre le llevó a la quinta vecina para ofrecerle como peoncito del jardinero. Allí conoció a Angélica.

Librodot

¿Cómo no iba a enamorarse de él Angélica, esa Angélica de catorce años y de trenzas casi azules de tan oscuras, si para ella Gervasio era como un mensajero del mundo secreto, el mundo de la quinta embrujada? Sentada junto a su tío, en la terraza decorada de bancos de hierro afianzados sobre garras de león, suspendía la labor para atisbarle bajo las pestañas negras. Veía al muchacho alto y delgado, inclinado sobre la pala, y le temblaban las manos finas de señorita de la ciudad. A la hora de la siesta, cuando le oía rastrillar en el rezongo de las abejas y el monótono aserrar de las cigarras, soñaba con su pelo rubio, que el sudor le pegaba sobre la frente, con su pecho desnudo, dorado por el sol, que asomaba en la camisa, con sus dedos de uñas cuadradas, verdes y negras de arrancar yuyos y de perseguir hormigueros. De noche pensaba en él, en él y en su quinta extraña, su madre muda, su padre buscador de tesoros.

Desde muy chica había pasado los veranos frente a la finca de Ponce de León. Desde muy chica había observado cómo desaparecía la casa frontera, año a año, bajo el avance triunfal de las hojas y de los troncos. Huérfana, mimada por su tío frívolo y bonachón, vigilaba desde esa casa siempre resonante de visitas, siempre trémula por el entrar y salir de los coches, la quinta de los vecinos. Sentía un pavor invencible ante la casa de Ponce de León. Cuando regresaban a la suya al atardecer o en la claridad de la luna, evitaba mirar hacia allí. Tenía miedo no sabía de qué, si de esa soledad, de ese abandono, o de algo más terrible, algo que no fuera natural pero que podría suceder, como por ejemplo que esa casa donde tanta gente había sufrido se desperezara una noche, como un animal fabuloso e iracundo, y resquebrajara la corteza que la envolvía para echarse pesadamente a andar. A menudo, permanecía despierta hasta muy tarde. Abría la ventana y miraba hacia el quintón de Don Diego. Sólo alcanzaba a divisar, sobre el prieto follaje, el mirador y la balaustrada de la azotea. En la blancura estrellada de la hora, creía distinguir formas que se movían sobre la terraza. Le tiritaba el cuerpo núbil bajo el camisón y se llevaba las manos a los pechos apenas dibujados, porque a su miedo, sin sospecharlo, se mezclaban imprecisos elementos de sensualidad, como si aquel tenebroso aislamiento que la asustaba hasta el terror recelara la promesa de un goce raro, en vastos aposentos vacíos con chimeneas heladas y persianas chirriantes. Leía a Walter Scott y la imaginación se le coloraba de abadías y de castillos, y siempre, siempre, las escenas en que un espectro se corporiza, amenazador, tenían por marco la casa de Don Diego. Por nada en el mundo se hubiera atrevido a cruzar su verja. Por nada en el mundo.

Hasta que fue allí una vez, una sola vez. Y de noche.

Librodot

Al principio Gervasio no comprendió nada del amor de Angélica, de ese amor que le rondaba sin cesar, en las mañanas y en las tardes perezosas, y que, sin embargo, era tan evidente que sólo su ingenuidad, la despreocupación del tío mundano y la ausencia de otros testigos pudieron impedir que saliera a la luz, radiante, con fulgor de escándalo.

La niña aprovechaba cualquier ocasión para conversar con el jardinerito. Le pedía que le cortara flores, que le explicara cómo injertaba las rosas, cómo combatía los hormigueros. Cuando el tío dormía la siesta o visitaba al doctor Roque Sáenz Peña en la quinta de Aguirre, Angélica se hallaba invariablemente en los senderos que Gervasio recorría con su azada, limpiándolos de mala hierba.

Así surgió entre ellos una amistad confusa. Lo singular es que el muchacho, tan solo, no se entregara al calor de ese sentimiento con todas las fuerzas de su alma. Pero él era así, reservado, taciturno, no quería ver más allá de las espinas y de los brotes. No se daba por entendido y eso desesperaba aun más a Angélica y alimentaba su amor angustiado.

A veces hablaban de la quinta de Ponce de León. Gervasio respondía con monosílabos a las preguntas de la muchacha y esas breves palabras bastaban para que ella, en su cuarto que atestaban los muebles "art nouveau" diera rienda suelta a la imaginación y viera a su amigo como un disfrazado caballero, el caballero de la casa en ruinas prisionera de fantasmas.

Pero si la falta de madurez sensual de Gervasio le vedaba captar el amor de Angélica, su paisana malicia le hizo penetrar exactamente, hasta sus últimas penumbras, en el terror que le inspiraba su quinta. Cuando lo hubo valorado, fue como si su infancia sin juguetes recibiera un regalo estupendo. Poco a poco se lanzó a hablar, con sutiles recursos de sadismo que nadie hubiera asociado con su carácter. Así construyó para Angélica una casa macabra, a la que día a día fue incorporando elementos nuevos hasta trocarla en una madriguera de espantos.

Ella le escuchaba con los labios entreabiertos, en algún recodo del jardín. Gervasio complicaba su crueldad hasta suspender los relatos en la parte más escalofriante, como si no osara avanzar por las huellas del horror. Angélica le creía ciegamente, con la doble intensidad de la pasión que le infundía ese muchacho extravagante y hermoso, y de su desequilibrada predisposición hacia lo fantástico y lo terrible.

Como sus conversaciones seguían cotidianamente ese rumbo alocado, Gervasio no se dio cuenta hasta dos meses más tarde del amor que había encendido. El día en que ella se lo confesó, roja de vergüenza, lo que más impresionó a su espíritu de trece años, mientras la veía esfumarse corriendo entre la fronda, no fue la morbidez de sus trenzas casi azules, ni el encanto de su cuerpo en el despertar, sino la idea de que podría hacer lo que le antojara con esa hija de señores.

¡Con qué taimada habilidad redobló, a partir de ese momento, sus tretas para hacerla sufrir! El niño tuvo argucias de hombre y de hombre diabólico. En su psicología densa de sombras y de

Librodot

heredados resentimientos e inhibiciones, quizás el deseo de hacerla sufrir obrara no por el afán de obtener el sufrimiento mismo, sino por la intuición de que ése era el camino más seguro para someter la voluntad de Angélica. Angélica sería su esclava —así lo suponía él— por el miedo, cuando en realidad lo hubiera podido ser por la ternura, por el desdén, por cualquier otro sentimiento, porque ya era suya de todos modos. Pero él escogió al miedo porque al miedo lo comprendía, lo palpaba, pues si no había evolucionado todavía para el amor de la carne, que no sentía, en cambio al miedo lo conocía bien, ya que desde la niñez había convivido con él, entre la madre muda y el padre extraviado, en el caserón de pesadilla. En ese terreno movedizo podían encontrarse con la certidumbre de que la victoria le pertenecería.

A él la condujo definitivamente cuando le propuso visitar la quinta de Ponce de León. Llevarla a la casa que temía: ¿qué desquite mejor, qué prueba más rotunda de dominio, para quien nada poseía y no poseería nada?

El proyecto afinó su astucia. Se aplicó a ponerlo en práctica con todas las fuerzas de su empeño tortuoso. Meditaba en ello de noche. Su vida era tan simple, tan huera de preocupaciones, que esa sola bastó para colmarla.

Cuando advirtió borrosamente, sin definirla, la pasión de Angélica, su perversidad le insinuó que la forma de alcanzar sus propósitos era fingir que le correspondía.

Y aunque en el fondo se burlaba de ese sentimiento con la inconsciencia y la incapacidad de sus trece años, porque pensaba, aun sin haberlo comentado con otros muchachos de su edad, que "ésas eran cosas de chicas", una mañana tomó la mano que Angélica había afirmado sobre su azada y se la acarició. Luego atrajo hacia sí a la niña y la besó con un beso absurdo, que hubiera sido inocente de no mediar el móvil malvado.

Ella, en sus brazos, sintió por primera vez, como una gran ola surgida de lo más íntimo de sus entrañas, el arrebato espasmódico del amor de los cuerpos, para el cual, mucho más evolucionada que el peoncito, estaba pronta. Fue tan aguda su felicidad, tan mareante, que como en la oportunidad anterior huyó por el jardín hacia el refugio de la terraza, donde dormitaba su tío. Quedó allí en un rincón, bajo el rayado toldo, ahogada de alegría y de sorpresa.

Gervasio, que no había sentido más que un desperezamiento leve, pronto detenido, se alejó hacia la cocina de la servidumbre.

Ella no vivió más que para volver a lograr ese rapto doloroso y ardiente, en el cual todo su ser parecía fundirse. Pero Gervasio la esquivó. Atormentada por el deseo, más enamorada que nunca, Angélica le acosó en los senderos de la quinta, eludiendo al viejo jardinero. Gervasio le daba la espalda. Presentía que algo, algo secreto y punzante, algo que sería quizá la culminación del misterioso aleteo que le había estremecido, se había desatado dentro de Angélica, la mañana en que la besó. Como ignoraba de qué se trataba, no podía apreciar la extensión de su dominio, aunque

Librodot

barruntaba que ese enlace la había hecho más suya. Y continuaba madurando el plan de llevarla a la quinta de Ponce de León, como si sólo así le fuera dado someterla a su capricho.

Dos días después, bajo un cielo gris que presagiaba tormenta, la aguardó en la avenida de eucaliptos. Ella se le aproximó y quiso rodearle con los brazos, pero él, solapado, le dijo:

—No, aquí no. Aquí pueden vernos.

Señaló hacia la casa de Ponce de León, cuyo mirador coronaba la enramada frente al río, y añadió por lo bajo:

—Allí.

Angélica le miró despavorida. ¿Allí, en la casa cuyos espantos le había descrito tantas veces?

Gervasio clavó la azada en tierra.

—Allí habrá de ser. Mirá, vos estás repitiéndome siempre que me querés pero no te creo. Si venís allá te creeré. Oíme: esta noche va a llover y quiero que sea una noche de lluvia. Me ha dicho la cocinera que tu tío va a ir a cenar a lo del Presidente. Si te decidís, te vengo a buscar a las diez. Podés salir por la puerta del costado y no se va a enterar ninguno.

La niña titubeó. Él, ladino, la atrajo, tomándole las dos manos. Estaban frente a frente, pero la presión del muchacho impidió que sus cuerpos se rozaran. Angélica veía, como en un sueño, su boca ancha y roja, su pelo rubio y enmarañado, el pecho tostado por el sol, en el hueco desgarrado de la camisa. Forcejeó por ceñirse a él, pero Gervasio pudo más.

—¿Vas a venir o no? Si no, despedíte de mí.

Se dobló vencida, accediendo, y Gervasio le soltó las muñecas.

Cruzaron el portón de reja cuando lejanos truenos anunciaban la inminencia de la tempestad. Una nerviosa frescura venía del sur y comenzaron a caer los goterones. Angélica se había embozado en un capote de lluvia de su tío. Gervasio sentía el temblor de sus dedos. Iban en silencio, hollando el pasto con fiebre, electrizado por la proximidad del agua. Una luz lívida, peligrosa, acentuaba el dramatismo del caserón. Cuando llegaron a la galería, la niña tuvo una reacción de pánico:

—Volvamos —suplicó— ya hemos estado en la casa. Ya he cumplido.

Él no tuvo piedad.

—Volvéte sola, si querés; pero esto no es lo que prometiste.

Ella vaciló y miró hacia atrás, hacia la negrura del jardín que iluminaban los relámpagos. Llovía con fuerza.

Un murciélago revoloteó sobre su capucha. Amedrentada, siguió al chico que había abierto una puerta y entraron en la casa. Estaban en el vestíbulo. Por las celosías zurcidas de hiedra penetraba una luz débil que apenas señalaba la desnudez de las paredes manchadas de humedad en las que colgaban largos trozos de papel despegado. Gervasio levantó un cabo de vela que había dejado allí esa mañana y lo encendió. Avanzaron en el zangoloteo de las sombras.

Librodot

Enormes ratas, asustadas por la aparición de los intrusos, emprendieron una fuga ruidosa hacia los ángulos. Afuera los truenos se desataron y la tormenta sacudió la arboleda. Atravesaron el escritorio, dos salones y el comedor. En este último debieron dar un rodeo para no caer en uno de los pozos cavados por el padre de Gervasio, en su maniática búsqueda del collar de rubíes. Angélica iba aferrada a la mano de su compañero. Había cerrado los párpados para no ver, para no ver nada. Cuando súbitamente los abría, el miedo le atenaceaba más aún el corazón. No osaba hablar por espanto de que el eco de su voz los delatara ante los seres innominables de los relatos de su compañero, quienes seguramente acechaban desde habitaciones ocultas.

Así llegaron al último cuarto de esa ala. Allí, Angélica pensó desfallecer. La oscilación de la vela le mostró cuatro ojos brillantes. Eran dos ratas que se habían encaramado sobre el mármol de la chimenea. Rompió a llorar convulsivamente, histéricamente:

—¿Ya está? ¿Ya está? —preguntaba.

Él la estrechó como lo había hecho la mañana del jardín y la vela cayó y se apagó. Angélica temblaba tanto que los besos del muchacho no lograban apaciguarla.

—¿Ves? —repetía ella—. ¿Ves? ¿Ves que vine? ¿Ves que te quiero de verdad?

La aguda sensación que la había sobrecogido días antes renacía al contacto del cuerpo del adolescente.

—Apretáme por favor —le rogaba—, apretáme.

Entonces él le dio la medida de su saña refinada, arrancándose de sus brazos.

—No —le dijo—, esto ha sido muy fácil. Juntos no vale. Sola. Tenés que hacer algo sola. Entonces sí te creeré para siempre y podrás hacer conmigo lo que te dé la gana.

Simuló hurgar en la imaginación en pos de una nueva tortura, cuando en realidad ya la tenía meditada.

—Mirá, en el segundo patio hay una planta con flores coloradas. Son hibiscus. ¿Te acordás? Como las que hay en tu quinta al lado de la glorieta. Tenés que ir hasta allá sola y traerme una.

Ella esbozó una protesta, pero Gervasio, consciente de su imperio, la besó en la boca y en las trenzas.

—Yo te acompaño hasta la puerta que da al primer patio y te muestro el camino. Es muy fácil. En medio minuto vas y volvés. Te esperaré aquí. Si tenés demasiado miedo y no te animás, me pegás un grito y en un segundo estaré junto a vos. Te lo juro. Un solo grito. Pero si gritás habrás perdido. ¿Sabés?, es como si hubieras perdido una apuesta.

La empujó hasta la salida. Llovía a torrentes. El latigazo de un relámpago vibró en el corredor.

Librodot

—Tomás por aquí derecho. Éste es el primer patio. Cruzás aquel arco y ya estás en el segundo. La planta está en el medio. Es cosa de un momento. Y ya sabés, si no te animás, gritáme.

Cerró la puerta y, recortada por los barrotes de la reja, la vio oscilar un instante, como si el aire la meciera. Después la vio correr por la galería, hasta que se la tragó la noche de truenos.

Gervasio permaneció asido a la ventana. Del otro lado de la habitación, un estruendo feroz le hizo volverse. La tormenta había derribado uno de los eucaliptos carcomidos, sobre la casa. Una rama quebró la puerta opuesta a los patios y entró por ella. Una rama negra, como un largo brazo seco.

El niño tuvo miedo por primera vez. Entre sus piernas, las ratas se desbandaron hacia el comedor. Se encabritaron los truenos. Pálido, se afirmó en su apostadero de la reja. ¿Por qué no regresaba la muchacha? Ya debía estar aquí. Sus ojos escudriñaron las tinieblas. Pensó llegarse hasta el centro de la habitación, alejándose de las eléctricas descargas, pero se lo impidió la angustia. No se arriesgaba a girar la cabeza hacia donde la rama del eucalipto parecía el brazo de un gigante que manoteaba en la oscuridad.

¿Por qué no volvía? ¿Por qué no volvía Angélica? Por primera vez, también, tuvo ansias de sentirla junto a él, de sentir junto al suyo su cuerpo frágil y cálido. En un segundo comprendió cuánto perdería al perderla, y aquello que había sido en él confuso desperezamiento, la mañana reveladora del jardín, se concretó en deseo. Acaso su propio pavor suscitara ese sentimiento; acaso el valorar lo que su egoísmo despiadado había obligado a hacer a la muchacha; acaso la prueba del coraje de Angélica, sola en mitad del patio donde el hibiscus levantaba su incendio púrpura, como una planta infernal. Pero ¿por qué no volvía?

Abrió la puerta y espió hacia afuera, esforzándose por distinguir las formas en la noche. ¡Ah, cómo necesitaba ahora, pegado a su pecho, el pecho de la muchachita! Lo descubría por fin; descubría ese doble nido caliente, y las piernas delicadas y los labios y los ojos y el roce de la mejilla, todo lo que no había sabido ver. Era un hombre ahora, un hombre desesperado, y no un niño que inventa juegos estúpidos y crueles. ¿Por qué no volvía? Pero seguía siendo niño por la cobardía que le vedaba el dar vuelta la cabeza hacia el brazo asesino, y que le mantenía allí, cubierto de frío sudor.

¿Por qué no le llamaba? Aguzó los oídos, conteniendo la respiración, mas el estrépito de los truenos, de la lluvia y del revuelto follaje no le dejó percibir nada que no fuera el concierto furioso. ¿Y si le estuviera llamando? ¿Si le estuviera llamando con una voz de lágrimas y no pudiera oírla? O —y ante la inesperada perspectiva se hundió las uñas en las palmas— ¿si hubiera escapado de la casa, atravesando el parque, hacia el refugio de su propia quinta, de su dormitorio?

Salió a la galería y la cruzó volando. Se detuvo en el arco y abarcó el segundo patio. Los relámpagos le pintaron y despintaron con brochazos veloces su soledad. No había nadie allí. Nadie

Librodot

junto al hibiscus, nadie en el corredor. El miedo puso alas a sus trece años. Presentía detrás la rama del eucalipto, multiplicada en cien tentáculos negros. Saltó sobre los canteros hacia su propia habitación del rancho vecino del camino real. Le castañeteaban los dientes. Mordió la almohada. Había doquier manos crispadas y garfios. Sí, sin duda alguna Angélica había regresado a su casa, sin duda alguna.

La hallaron a la madrugada siguiente, cuando Ramón, Pepa y Gervasio recorrieron la casona para comprobar los daños de la tormenta. Estaba en el segundo patio. Había caído en la honda, disparatada excavación iniciada días antes por Ramón en busca del collar legendario. Estaba recogida sobre sí misma, como una momia del Altiplano. Las rodillas le tocaban la frente y el manto que la cubría le daba la traza curiosa de una pequeña bruja. Tenía en una mano una flor roja, y fija en los ojos, indeleble, la expresión de los que han visto algo que no debe verse, algo que no puede verse sin morir. Una semana más tarde, Gervasio abandonó a escondidas la quinta de Ponce de León. Ya no sería jardinero, ni dejaría que su existencia se deslizara entre los miradores de la costa de Buenos Aires. Se enroló de grumete y anduvo por mares lejanos. Y toda su vida, toda su vida vagabunda le persiguió el grito que no había oído y que no sabía si había sido proferido o no por los labios de la mujer que fue su amor único. Ése fue su castigo. Una noche de borrasca, al doblar la esquina de una calle en un barrio de prostitutas de Marsella, lo oyó nítidamente. Otra noche, bajo el azote del aguacero, lo oyó en Nápoles. Y otra noche, y otra noche, y otra noche, cada vez que los relámpagos recortaban las arboladuras y que los truenos estremecían los cafetines de la marinería, en Oriente y en Occidente, volvió a oír el largo grito demente de Angélica, pisoteada por los monstruos que había engendrado él.

XX

EL ATORRANTE

1915

En el tibio atardecer de diciembre, Ramón paladea el mate a breves sorbos. Está sentado en una silla de paja frente a la carretera. A su lado, Pepa, su mujer, aguarda con una pava de agua caliente. La dulzura de la hora inunda de paz las quintas. Ya empiezan a florecer las estrellas. Ramón

Librodot

estira las piernas largas. Como Pepa es muda, se ha habituado a monologar. A la distancia, avista al atorrante, al francés, y dice sentencioso:

—Ahí viene el musiú. Está mamao.

Pepa advierte también el bulto del pordiosero. Su alta silueta oscila levemente en la tinta negra que proyectan sobre la calle los árboles del Colegio Marín.

—Tipo fiero, el musiú —añade Ramón—, no hay vez que no se encurdele.

Acaricia con mano distraída la cadera fatigada de su mujer y comenta:

—Yo no soy así, ¿eh, Pepa? Los sábados, una copita...

Se despereza y piensa vagamente en lo maravilloso que sería estar siempre borracho.

Yves de Kerguelén continúa avanzando por el camino real. El pelo rubio, surcado de vetas grises, le cae sobre los hombros. La barba se le afila hacia el pecho. A Pepa le recuerda la imagen del Santo Labrador de la iglesia de San Isidro y también un curandero que conoció de chica y que, según contaban, era maestro en el arte de quitar el "mal de ojo".

El atorrante se aproxima a los cuidadores de la quinta de Ponce de León. Se prende de la verja para no perder el equilibrio, y su diestra revuelve entre los andrajos.

—Güenas tardes, musiú. ¿Cómo anduvo eso?

Yves de Kerguelén muestra las moneditas sobre la flacura de la palma. Hay un peso veinte. Ramón toma los treinta centavos que le cobra diariamente por dejarle habitar la casa vacía, y Pepa le ofrece un mate. El ingeniero lo rechaza con una inclinación que desearía ser galana pero que la ebriedad caricaturiza.

—¿Cuándo va a aprender a matear, musiú? Es muy sano.

Yves de Kerguelén se aleja hacia la casa de Ponce de León, entre las magnolias y los talas cenicientos. La luna asoma y pinta de celeste el edificio sofocado por las enredaderas.

—¡Estos gringos! —apunta Ramón—. Decíme si hay algo mejor que un matecito caliente a esta hora... Pero no... ya se mete en su cueva de vizcacha...

Pepa no dice nada porque nada puede decir. Le mira perderse en la arboleda. Hace un año que el atorrante es el único morador de la casa enorme; un año que cotidianamente les entrega treinta centavos, de las limosnas que recoge en el atrio de la iglesia parroquial; un año que, más allá de la medianoche, le oye vagar y hablar solo, en el jardín devorado por la maleza. Es fino. Se ve por sus maneras que no ha sido siempre un atorrante. Pero Pepa, que respeta en él, inconscientemente, las huellas del señorío, no sabe si tenerle miedo o piedad.

Yves de Kerguelén atraviesa a tientas la gran casa oscura. No necesita luces. En el vestíbulo se detiene. La luna ilumina la ventana y recorta formas extrañas en el piso. Se acerca a la reja de enhiestos barrotes y estudia el parque romántico cuyo dibujo se borra. Apoya la frente en el hierro. Detrás, como todas las noches, suenan las voces de su mujer y de Yolande de Saint-Luc, y, como

Librodot

todas las noches, en el vasto "hall" decorado de panoplias, ve a su mujer y a Yolande bajando la escalera en el temblor de las muselinas sobre las cuales reverbera la araña de cristal.

—Bonsoir, Yves —dice su mujer—. ¡Cómo has llegado de tarde! Ya nos íbamos a sentar a la mesa.

En un segundo se le disipan los vapores del vino, áspero. El ingeniero aprieta el revólver en el bolsillo. ¿Tendrá que ser hoy, Dios mío, tendrá que ser hoy? Besa a Françoise y entran en el comedor revestido de paneles de oro muerto.

Está sentado entre su mujer y Yolande. Hace dos meses que la escena se repite: exactamente desde que Françoise invitó a vivir en el caserón solariego a su amiga íntima. Yves las observa. ¡Son ambas tan jóvenes, tan frescas, tan bonitas! ¡Y se parecen tanto, en la similitud de los vestidos rumorosos! Diríase que acaban de llegar del Colegio de Rennes. ¿Qué está haciendo él entre ellas; él, taciturno, roído por las sospechas crueles; él, que de tanto en tanto palpa el arma en el bolsillo?

—¿Trabajó mucho hoy? —le pregunta Yolande.

Él sabe que ni a ella ni a Françoise les importa si ha trabajado poco o mucho, pero, como siempre, como siempre, como diez mil veces siempre, desgrana el relato monótono de su tarea:

—La fábrica de Quimper marcha. Creo que la habremos terminado en octubre. Sólo me falta corregir detalles en los últimos planos.

Vuelve a mirarlas. Sí, también se parecen en la dureza de las bocas y en la sombra de los ojos. Se parecían ya de muy niñas. En el Colegio Religioso de Rennes, donde eran inseparables, las alumnas nuevas las tomaban por hermanas. Y esa semejanza le hace sentirse más intruso.

Françoise ríe ahora con su risa musical, la risa clara de cuando estaban de novios. ¿Cómo es posible que la siga conservando intacta, en medio de este horror, en medio de este asco? Esta noche tiene que ser. Tiene que ser esta noche. Se pasa la mano por la frente.

Françoise puede ser mimosa cuando quiere; Françoise puede, como una actriz consumada, darle a su voz las inflexiones más cambiantes, más sutiles. En el colegio lo mismo hacía de Andrómaca que del Cid. Por la memoria de Yves pasa rápidamente la visión de la niña en el escenario, revestida con el jubón de Castilla, como un pequeño paje ambiguo. Se le nublan los ojos. Sí, puede hacer lo que quiera. Con él puede hacer lo que se le antoje. ¿Acaso no lo está haciendo, cínicamente? Pero ¿qué es él, después de todo, qué es el ingeniero Yves Marie de Kerguelén? ¿Para qué le sirven sus títulos y sus diplomas y la consideración de sus colegas? ¿Para qué le sirve la envidia?

—Está cansado —dice Yolande.

Esperaba la frase. Se la repiten noche a noche. Está cansado. Está cansado. ¡Ay, sí, sí, estoy cansado, cansado, desesperado de cansancio! Pero esta noche se termina. Esta noche tiene que ser. Y las dos, las dos, Yolande y Françoise. Tantea el revólver.

El silencio crece en el comedor. Yves espía de hito en hito a las dos mujeres. Tiene la curiosa, la dolorosa sensación de que siguen dialogando entre ellas, aunque no pronuncian palabras, como si sus pechos idénticos, tensos bajo las muselinas, conversaran en un idioma secreto que él no conocerá nunca.

Françoise enfría el café. Su voz armoniza con ese cuarto, con esas antiguas maderas talladas, con los bellos retratos familiares que cuelgan de los muros, con la plata, con el cristal.

—¿Por qué no tomas unas vacaciones, Yves? Te haría bien. Estás muy nervioso.

Él se estremece de esperanza. ¡Ah!, en el fondo nunca dejará de ser un ingenuo, el intruso ingenuo a quien se embauca.

—¿Vendrías conmigo, Françoise? Quiero decir... los dos solos... —Y el ingeniero lanza a Yolande una mirada veloz.— ¿Vendrías conmigo, Françoise? Tienes razón. Creo que me haría bien. Podríamos ir a París.

Françoise sonríe una vez más, indulgente. Es la sonrisa del paje en el proscenio, antes de que descienda la cortina de felpa azul.

—No —responde—, ésa no sería una cura de descanso. Yo puedo quedarme aquí con Yolande. Lo que a ti te conviene es un verdadero reposo. ¿Por qué no vas tú a París?

Yves de Kerguelén cierra los ojos. Siente, sobre la manga izquierda, la presión de la mano de su mujer. Ahí están esos dedos delgados, casi varoniles, con el aro de diamantes, esos dedos que no se atreve a besar. Corre la silla. Van hacia el salón, las dos mujeres delante, él un poco atrás. ¡Con qué gracia se afinan sus cinturas, cómo se ajusta el ritmo de sus cuerpos en el paso elástico! En el bolsillo, el revólver le pesa en tal forma que tiene la impresión de que camina llevando una carga agobiante. Son las balas. Es el plomo de las balas el que pesa así. Debe descargarlas de una vez porque si no el peso del arma le hundirá en ese sitio.

En la sala, frente al fuego, Françoise vuelve al tema:

—Resuélvete, Yves. Creo que lo más conveniente es que vayas a París. Con una quincena te bastará. A tu regreso te darás cuenta de lo mucho que te convenía.

Yves piensa que jamás la ha deseado tanto como en ese momento. Jamás la ha deseado tanto como desde que Yolande de Saint-Luc se instaló allí, para pasar con ellos una temporada. ¿Una temporada? Así la llaman ellas. Pero no se irá nunca. Françoise se lo ha insinuado el otro día:

—Déjala, Yves. Ya tenemos todo arreglado. ¡Estoy tan sola en esta casa grande! Déjala por lo menos hasta la primavera... Después... ya veremos... Yolande no tiene en el mundo a nadie más que a mí.

Después... pero no habrá después. Después está la muerte.

El chisporroteo de la chimenea les dora los brazos, el cuello, los hombros, el cabello lacio peinado a lo Cléo de Mérode. Parecen, delante del hogar, dos lámparas encendidas, dos lámparas

Librodot

blancas y doradas. El bailoteo de las llamas violetas les transparenta la línea del cuerpo, en la nube de muselinas. Yves observa desde su sillón la danza de sombras que mezcla los cuerpos ágiles. Tiene la garganta seca y un terrible dolor le agarrota las sienes. ¿Se estará enloqueciendo? ¿Necesitará en verdad el reposo que le prescriben su mujer y su amiga?

Estos meses han sido angustiosos, densos de trabajo. Por instantes su cabeza ha parecido pronta a explotar. Y las consultas... las infinitas consultas... los papeles llenos de borroneadas cifras que se apilan sobre su escritorio... "Que le pregunten al ingeniero Kerguelén"... "Que consulten con el ingeniero Kerguelén"... ¿Estará en verdad cansado? ¿Será todo una trampa de su fatiga?

Se oprime los párpados con las manos. Entonces oye la definitiva frase. Es Françoise quien la pronuncia con su voz musical:

—Empezaremos la cura hoy mismo, Yves. Por lo pronto me iré esta noche al dormitorio de Yolande, para que estés solo. Dormirás como un ángel. Y la semana que viene a París, porque seguramente allá...

Pero no puede continuar hablando. Yves de Kerguelén se ha puesto de pie de un salto, derribando el sillón. Tiene los ojos enrojecidos. En su diestra se crispa el revólver. Quiere hablar a su vez, pero la violencia de la emoción le ahoga.

—No... no... —dice—. No... no...

Las mujeres le miran espantadas. Se han abrazado instintivamente.

—No... no... —grita todavía Yves de Kerguelén.

Los dedos le tiemblan con tal vehemencia que el arma cae sobre la alfombra. Yves las ve durante un segundo más, abrazadas delante de la chimenea. Sus pechos se rozan, se quiebran sus talles.

Huye por la casa hacia el jardín. En torno, los retratos empelucados y los muebles de nobles maderas giran como ruedas multicolores.

¡Ah!, he aquí al jardín... he aquí la frescura del jardín... Irse ahora, irse sin recoger nada, para no volver nunca. Irse...

Demente, corre entre los árboles añosos. El corazón le golpea en el pecho:

—No... no... no...

¡Ah! ¡Ah! Se detiene porque cree que va a morir allí. Un tala le araña la frente.

Este jardín tibio, oloroso a magnolias y a sensualidad, no es su jardín del Finisterre. Es el jardín de otra casa remotísima, en la América del Sur. Y él, ¿qué es él, qué es el ingeniero Yves Marie de Kerguelén, sino un andrajo vestido de andrajos?

Se derrumba en un banco de piedra. Un grillo se ha puesto a cantar, cerca de la estatua italiana que la hiedra cubre.

Librodot

Es menester regresar a la casa y echarse a dormir en su jergón. Olvidar. Olvidarlo todo. Vuelve hacia el edificio negro, arrastrando los pies. Cruza lentamente los salones vacíos. Françoise y Yolande... Yolande y Françoise... No pensar, no pensar en ellas... En el "hall" se para, aterrorizado. Reverbera la araña de cristales. Su mujer y Yolande descienden la escalera en el crujir de las muselinas.

—Bonsoir, Yves —dice su mujer—. ¡Cómo has llegado de tarde hoy! Ya íbamos a sentarnos a la mesa.

Él aprieta el revólver en el bolsillo y, caminando como un autómata, las sigue hacia el comedor.

XXI

REGRESO

1918

Mercedes Guevara se sentó en un banco de hierro frente al río. La hizo estremecerse la frescura de fines de abril. Friolenta, se arrebujó en el cuello de zorros azules y su rostro desapareció entre las pieles y el ala ancha del sombrero. Sobre la falda, sus manos se crisparon en la gran manta de "skunks". Creía haber oído pasos en el jardín. El corazón le latió violentamente y, al alzar la cabeza, su cara, en la que la telaraña sutil de la cincuentena se posaba ya, surgió a la luz del atardecer. También atardecía en esa cara que había sido muy hermosa. Chispearon sus impertinentes en la extremidad del hilo de brillantes. No. No había nadie. No había nadie aún.

Su mirada abarcó la casa en ruinas, la casa en la cual había sido feliz. Luego la volvió al río. Prefería dirigirla hacia allí, hacia lo que no cambia. Entraba en la edad en que los símbolos asustan con su advertencia por doquier. El río inmutable la serenó.

Era el mismo río. Lo veía, grave y quieto, y se veía a sí misma, veinte años atrás, en esa barranca de la quinta de Ponce de León, el día en que Fernando la urgió para que partieran juntos. ¿Por qué no le había escuchado entonces? ¿Por qué no le había seguido? El miedo al escándalo pudo más. Su marido...

Se llevó a la boca el pañuelito bordado. ¡Qué idea absurda en su romanticismo había tenido, al pedirle a Fernando que este encuentro, veinte años después, se realizara en la quinta! Cuando ella le había explicado por teléfono, rápidamente, entrecortadamente, que la casa no era ya lo que había

Librodot

sido, él había respondido que no importaba. Y allí estaba, esperándole. Allí estaba, y de repente se sentía vieja como la casa, abandonada como ella.

¡Veinte años! Veinte años durante los cuales no tornaron a verse... Al principio, el despecho prolongó la separación. Fernando no le había perdonado que no le acompañara y que prefiriera permanecer con su marido. Después, cuando los Guevara fueron a Europa en 1904, y ella planeaba encontrarle en Viena, el gobierno le llamó súbitamente a Buenos Aires. Desde entonces, en el curso de veinte años, la vida se burló de ambos, sometiéndoles a un perpetuo juego de escondite. Si Mercedes y su marido llegaban a Londres —eso fue cuando Fernando era consejero de la legación— se enteraban de que su amigo había partido para Ginebra. En París, cuando estaba segura de verle, le informaban que los médicos le habían ordenado que se trasladara al sur, a la costa mediterránea. Así, durante veinte años. El destino les armaba trampas constantes. Fernando no había sido nunca muy dado a escribir cartas, de modo que a veces pasaban cuatro o cinco meses sin que tuviera más noticia de él que unas líneas garabateadas bajo el membrete del Ritz de París, del Savoy de Londres, del Adlon Hotel de Berlín. Por fin, la vida... El diplomático no se casó nunca y ella no tuvo más aventura que aquella que iluminaba su juventud con lejano resplandor.

La señora miró una vez más hacia el caserón sombrío. Una niebla desflecada lo envolvía, como una enredadera más. Desgarrándola, acudieron con paso fantasmal los alegres invitados de las fiestas de Ponce de León. Ella iba entre todos, sonriendo. ¿Quién hubiera supuesto entonces que Mercedes Guevara hubiera hecho cualquier cosa por sacudir la monotonía conyugal? Estaba pronta, alerta sin saberlo para lo que fatalmente debía producirse. Necesitaba al hombre que en esa terraza le hablaría de amor.

En esa terraza... en esa terraza cuyos balaustres se habían quebrado y cuyos muros enseñaban de tanto en tanto, como dentaduras sangrientas, la sordidez de los ladrillos.

La quinta era suya por fin. Al terminar el pleito con los acreedores de su primo Diego Ponce de León, fallado a su favor dos meses atrás, tuvo la impresión de salir de un laberinto en el que los papeles sellados se multiplicaban como puertas iguales. Ahora le parecía que regresaba a él y a su intrincada complejidad, por la confusión que la embargaba.

Aquí había sido. Aquí. Hacía veinte años. Fernando contaba entonces cuarenta y cuatro y ella veintitrés. Era el hombre más elegante de la ciudad. No, el más elegante no: el más elegante era Diego. Había algo singular en la elegancia de Fernando, algo propio, que venía del esqueleto, que se aguzaba en las sombras de los pómulos y en el brillo de los ojos, y que no le podrían quitar. Y la voz... la voz cálida, exacta en la modulación armoniosa...

Arrojó la manta de “skunks” sobre el banco. Estaba demasiado nerviosa para permanecer inmóvil. Comenzó a pasear por el caminillo de la barranca. Su tapado ceñido en la cintura se movía en el vaivén de los zorros azules que bordeaban su ruedo. Había engordado y lo disimulaba con las

Librodot

pieles. Con todo, conservaba un esplendor maduro. Bajo sus pies crujieron las hojas secas. Alzó de nuevo el impertinente de largo mango, con el ademán que había sido estudiado antes de ser natural. Para distraerse comenzó a recitar los versos de Racine que Marguerite Moreno le había enseñado a principios del siglo:

"Oui, Prince, je languis, je brûle pour Thésée,
Je l'aime..."

Pero los alejandrinos conspiraban también contra su sosiego. El aire se colmó de fantasmas.

Aquí. Aquí fue. Aquí. Nunca le había revelado que Miguel era hijo suyo. Nunca. ¿Cuándo hubiera podido hacerlo? Miguel había nacido después de su partida y esas terribles intimidades no se confían a las cartas. Veinte años. Miguel tenía ya veinte años. Pero hoy se lo diría. Debía decírselo. De aquellos amores fugaces e intensos, de aquella locura, había quedado este fruto. Él, y no Alejandro Guevara, era el padre de Miguel.

Además, en cuanto viera a Miguel, Fernando adivinaría el vínculo. ¡Se le parecía tanto! No en el físico, pues era el vivo retrato de ella, sino en el modo, en la instantánea simpatía, en el encanto misterioso, en la ironía velada. Debía decírselo ella. Miguel era suyo y no de Alejandro.

Alejandro... Se detuvo delante de la estatua italiana, cuya desnudez mohosa asomaba entre jirones de hiedra. Alejandro Guevara... su marido Alejandro Guevara... Fino también, amable, discreto... Un hombre de mundo, un impecable hombre de mundo, como ella era una mujer de mundo... Cuando sucedió "aquello" se condujo admirablemente. Ni una frase, ni una palabra, ni media palabra. El mismo pausado señorío... la distinción que se eriza ante la perspectiva de las escenas... pero ¡tan distinto!

¿Creería Alejandro que Miguel era hijo suyo? ¿Sospecharía algo? Jamás, jamás, ni media palabra... Había sido para su chico un padre ejemplar, camarada, comprensivo. ¿Le creería suyo, en verdad, en el secreto de su alma?

Los vidrios del impertinente le mostraron la desolación de la casona. ¡Había tanto que hacer, si se le quería devolver su antigua apostura! Quizá lo más aconsejable —lo que, por otra parte, aconsejaban los arquitectos— fuera demolerla. ¡Qué tristeza! Rotos los escalones de mármol; hendidas las paredes robustas; había un negro boquete en la pared: eso fue una espantosa noche de tormenta, cuando cayó el eucalipto y murió la niña. El corredor... A él salían su primo Diego y Alejandro y Fernando, después de comer, con las tazas de café. Sus cigarrillos ardían en la oscuridad. Los vestidos vaporosos de las señoras ponían manchas claras en la noche, como si fuera otro juego de la luna. Se presentía lo que no se alcanzaba a ver. Flotaba en el aire un hálito tibio, el hálito de

Librodot

diciembre. En la sombra, Fernando buscaba su brazo desnudo, sus dedos titilantes de topacios y de perlas. Y su voz rica parecía la voz de diciembre.

En ese momento oyó la voz de Fernando. Pero no la reconoció.

Tampoco le reconoció a él en el encorvado caballero cuyo rostro se desvanecía en la penumbra del chambergo y de los astracanes. Fernando le besaba las manos y no cesaba de repetir en francés, con su voz desconocida:

—No debí hacerte venir aquí con este frío.

Mercedes sintió el frío como una punzada. Estaban bajo el aguaribay centenario y ya se divisaba poco, muy poco, en la indecisión húmeda del crepúsculo. Fernando la apartó suavemente y quedaron mirándose. Se embozaban ambos en el astracán y en los zorros azules, como si temieran mostrarse. Pero ella advertía que él había perdido estatura. Seguía siendo inverosímilmente delgado. El diplomático alzó los dedos cadavéricos, con el juego familiar de retrato del Greco que antes era una forma de coquetería y que ahora resultaba macabro en la oscuridad.

—¡Tantos años —murmuró—, tantos años, Mercedes! Y siempre magnífica...

La señora se sentó en el banco de hierro y se cubrió las rodillas con la manta de "skunks". Él se acomodó a su lado, tosiendo brevemente, y ella le tendió la extremidad de las pieles suaves.

Nunca, nunca hubiera imaginado que su encuentro iba a ser así. Todavía guardaba entre las cartas de Fernando su fotografía de veinte años atrás, aquella que le tomaron en esa misma quinta y en la que él vestía de brin blanco. También conservaba la reproducción de su retrato por Boldini que había recortado de "L'Illustration". Era la efigie teatral de un príncipe, todo banda, collar y estrellas, todo nerviosidad y crispación en el uniforme verde. Y ahora...

Ahora Fernando le hablaba de las incomodidades de su viaje en tiempos de guerra y de los muebles y el guardarropa que había perdido en el bombardeo de Pisa por los austríacos.

Le oía y tenía la angustiosa impresión de que la habían robado, de que en el curso de ese viaje azaroso habían sustituido un hombre por otro, para burlarla. ¿Dónde estaba la gracia encendida; dónde, aquella desconcertante pirotecnia del idioma que tanto la sedujo; dónde, los imprevistos; dónde, también, la deliciosa corriente que la mantenía en suspenso cuando se hallaban juntos y solos?

Nada, nada. Fernando conversaba con ella como con una extranjera. Le escuchaba desde una distancia infinita, como si toda la escena —la casa lúgubre, las bocanadas de bruma entre los árboles, las arañadas pieles— fueran irreales, fueran fragmentos de una pesadilla. Cerró los ojos.

—Lo que no se sabe es si Marquito Avellaneda volverá a la embajada de Madrid... Julián Enciso va a Dinamarca de primer secretario... ¿Cómo está Julián?

Librodot

Mercedes respondía automáticamente. Y todo el tiempo la acosaba la misma duda dolorosa: ¿sentiría él lo que ella estaba sintiendo? ¿Vería en ella lo que ella veía en él?

—¿Y tu libro —le preguntó por cambiar de tema—; por qué no lo escribiste? ¿Te acuerdas de que en este banco lo planeaste?

Una pausa de silencio cayó sobre los dos y se oyó un batir de alas en el follaje. La evocación pareció conmover al diplomático. Posó una mano sobre la de Mercedes, en la caricia de los "skunks", y ella tembló al contacto de esos dedos ásperos que no reconocía, como no reconocía nada, ni la casa, ni el parque, ni al caballero, en la melancolía de ese fin de abril.

—¡Tantos años! —repitió Fernando—. ¡Tantos, tantos años! No. No lo he escrito. No pude escribirlo. No sé escribir. Además, la vida me ha llevado y traído, de Viena a Berlín, de Berlín a Londres, a París, a Roma... No he tenido tiempo... he malgastado mi tiempo... Mientras que tú... ¿cómo estás tú, Mercedes, cómo estás tú?

Había esperado para preguntárselo. Mercedes suspiró:

—Mi vida ha sido muy sencilla. Alejandro y Miguel: eso fue todo. Tú te habías ido...

—Sí... sí... —y por el tono Mercedes comprendió que el ministro quería esquivar las alusiones a su partida violenta, veinte años antes—. ¿Y Miguel... cómo es Miguel?

La señora creyó que iba a sentirse mal, que le iba a dar uno de esos desvanecimientos que la postraban una hora en la "chaise-longue", olvidada la novela de Paul Bourget sobre los encajes.

—Ven —le dijo—, caminemos. La quinta ha cambiado mucho.

—También hemos cambiado nosotros —susurró Fernando.

Él le tomó el brazo y dieron unos pasos hacia la casa de Ponce de León.

—¡Pobre Diego! —comentó por lo bajo—. Lo visité en Roma poco antes de su muerte. Seguía rodeado de chucherías y siempre encantador. Estuvo en el Vaticano, cuando me dieron la Orden de San Gregorio... ¿Sabes que tengo la Orden de San Gregorio?... ¡Pero eso qué te puede importar ahora! Perdona a este viejo chocho, Mercedes. La vida construye y destruye.

Ella quiso reaccionar, dominar al momento cruel, torcerlo para que todo modificara el rumbo inexplicable y volviera a ser lo que había sido. Ensayó una broma:

—Mon cher, mon cher, estamos hablando como dos personajes de un teatro de títeres: la señora y el caballero de San Gregorio. La señora dice y el caballero contesta; el caballero dice y contesta la señora. ¿Es posible que nuestra intimidad se haya perdido?

—Nuestra intimidad no puede perderse jamás —respondió Fernando, y al hacerlo puso en la réplica un énfasis que a Mercedes le sonó a cosa falsa, precisamente a parlamento de "guignol". ¡Su intimidad con el caballero de San Gregorio y de la Legión de Honor y de la corona de éste y de la

Librodot

cruz de aquél...! Pero esa intimidad no existía... Al caballero de San Gregorio no le había conocido nunca. Nada tenía que ver con esta quinta densa de memorias.

El egoísmo del solterón asomó en una frase:

-—El pasado es peligroso, Mercedes, muy peligroso. Si se lo permitimos, salta sobre nosotros para despedazarnos. Nos está acechando. El pasado es un tigre.

El pasado es un tigre. Sí, aquí reconocía por primera vez a Fernando; ésa era su forma de expresarse. Lástima que la empleara justamente para alejarse más de ella, para encerrarse en su caparazón. Lástima que el momento en que le encontraba fuera aquel en que estaban más lejanos.

—¿Y Alejandro? —preguntó el ministro.

Iban por la galería, bajo las bóvedas rumorosas de brisa, muy lentamente.

—Alejandro ha cambiado menos que nosotros, quizá porque tenía menos que cambiar. ¿Te acuerdas que solías decir que a nosotros la imaginación nos mantenía alerta como dos vigías? Nosotros hemos dejado de vigilar, pero él, que no vivía como nosotros en tensión perpetua, no ha cambiado.

Fernando se escudó nuevamente en las trivialidades:

—Es cierto. Hay gente que no cambia. En Buenos Aires he tenido muchas sorpresas.

Y se puso a enumerar la gente con quien había tomado el té y comido desde su llegada.

Pero ella no le escuchaba casi. Pensaba en la inmutable serenidad de Alejandro, y súbitamente valoraba condiciones que no había apreciado hasta entonces: su parca elegancia, su desdén por los comentarios inútiles, su don de convivencia, eso que hacía que en un salón su presencia aplacara los ánimos. Fernando había sido el chisporroteo; él, la llama inmóvil. Ahora el chisporroteo se había extinguido, pero la llama continuaba ahí, con su luz franca.

El ministro reía con risa de vieja mientras refería los cuentos de la sociedad de Buenos Aires.

Y una nueva angustia sobrecogió a Mercedes: ¿habría sido así antes, veinte años antes? ¿Habría sido así y ella, sin experiencia, no se habría dado cuenta, embaucada por los fuegos fatuos? Todo conspiró entonces para rodearle de prestigio: su prestancia física, su futuro literario, su inventiva mordaz. Pero la prestancia se había deshecho como la casa de Ponce de León; el futuro intelectual había quedado detrás, en el cementerio de las ilusiones; y la inventiva... ¿habría sido siempre así: un engañoso juego de nombres y de motes, una mofa levantada entre las risas de las mujeres, a la sombra de las magnolias del quintón? ¿Cuándo la habían robado? ¿En el barco que traía a la Argentina al condecorado pasajero que compartía la mesa del capitán, o en la quinta de San Isidro, a fines del siglo XIX, cuando le besaba apasionadamente en el quiosco japonés?

Dijérase que Fernando sentía también la pesadumbre del encuentro. De no ser así, ¿por qué se empeñaba en disfrazarla con tentativas tan pobres de “amusement”? A los nombres porteños

sucedían atropelladamente los de la nobleza europea: las princesas, los duques. Entre ellos bailaba el modelo de Boldini, como un muñeco, en el titilar de las cruces de esmalte.

Otra pausa se abatió sobre ambos, y la temieron como si se hubieran precipitado en un pozo oscuro y silencioso del cual no podrían salir. Fernando hizo un esfuerzo:

—¿Y Miguel, cómo es Miguel?

—¿Miguel? Pronto lo verás. Vendrá a buscarme con Alejandro.

La noche descendía de golpe, como si el ramaje de la arboleda la hubiera estado conteniendo en su caída.

Miguel... la simpatía de Miguel... aquella pureza de sus ojos claros que iluminaba la ironía y la apaciguaba... la gracia de Miguel... No, nada le unía a su padre. Más se parecía a Alejandro. Acaso se pareciera a lo que Fernando había sido veinte años atrás. Pero no. Ahora comprendía que tampoco se parecía a aquél. A quién se parecía era a la imagen que Mercedes había forjado de Fernando en veinte años de ausencia. A ése sí. Pero ése no existía. Ése era un mito disparatado y bello, cuyo altar acababa de derrumbarse calladamente, con todas sus lámparas, al pie del aguaribay de Ponce de León.

—¿Me has extrañado? —preguntó el ministro—. ¿Has pensado en mí?

—Sí. Muchas veces. Te he querido mucho, Fernando.

Empleaba el tiempo pasado. Lo relegaba a ese pasado que es un tigre. Y sin embargo continuaba buscando con los ojos en el refugio negro del astracán algo que le devolviera al amante de su juventud.

—Yo también te he querido mucho, Mercedes. Hoy podemos hablar de eso con tranquilidad.

—Deja, no revolvamos cosas antiguas. ¿Qué vas a hacer en Buenos Aires?

Sus cartas se ocultaban en un ropero, bajo los encajes, atadas con una cinta azul. Las releía con el recuerdo y cobraban cuerpo en su ánimo, nítidas las trampas que debió hacer inconscientemente para convencerse de que eran cartas de amor, para pescar entre el parloteo endeble que alimentara su propio amor iluso. ¡Las cartas! Ni eso le quedaba ya...

—¿Qué vas a hacer en Buenos Aires?

Él recobró su empaque. A los setenta y cinco años no había logrado madurar definitivamente, y el tono reposado, el tinte de blanda melancolía que imponía el encuentro le desazonaban. Escapó a su atmósfera:

—¡Oh!, debo hacer mil cosas. Dolores me ha pedido que la acompañe mañana a la Recoleta, en el traslado de los restos del general. Luego tengo que ir a ver a Carmencita y a los López. A Dalmiro lo vi ayer. Con las Buudrix comeré esta noche.

Librodot

A Mercedes, en su soledad, esos nombres se le antojaban tan remotos como los de las dos soberanas fantásticas recién muertas cuyas biografías llenaban columnas en los diarios: Tai-Tou, emperatriz de Abisinia; Lilino- kalani, reina de Hawai.

Se pasó la palma helada sobre los párpados:

—Hace mucho frío. Quizá sea mejor que te vayas, Fernando. Yo esperaré a Alejandro y a Miguel.

El anciano vaciló:

—Estoy algo apurado. Tengo que vestirme para la comida de esta noche. Es cierto que hace frío, pero me hubiera gustado conocer a Miguel. ¿No quieres que te lleve a Buenos Aires?

—No. Ve tú solo. Yo esperaré aquí.

Fernando se puso de pie y empezó a calzarse los guantes de piel de Suecia. Titubeó nuevamente:

—¿No tienes nada que decirme, Mercedes? ¿Nada... sobre ti... sobre Miguel...?

Ella sintió una vez más que el paisaje oscilaba alrededor y creyó que le iba a dar un mareo. Pugnó por descubrir en la sombra la expresión de Fernando, pero no pudo distinguirla:

—No... nada más...

—Entonces saluda a Alejandro de parte mía. Dile que lo encontraré en el Círculo. Y saluda también a Miguel.

—Sí... sí... —respondió Mercedes— a Miguel... a Miguel y a su padre.

Vio perderse entre los talas, encorvado y fino, al caballero de San Gregorio cuyo rostro ignoraría siempre. Alzó los impertinentes y las lágrimas le empañaron los cristales. Luego quedó sola junto a la casa en ruinas.

XXII

LA QUE RECORDABA

1919

Recordaba una gran casa prisionera del follaje. A veces la veía nítidamente, perfilando el dibujo de sus columnas y sus arquerías. Otras, una neblina tenue, como la que flota sobre los pantanos, envolvía toda su estructura, de suerte que sólo distinguía, en el verde-gris indeciso, la veleta y los cristales del mirador. También recordaba un perfume intenso, simultáneamente fresco y lascivo. Pero no sabía que ése era el olor de las magnolias. Nunca había visto una magnolia. Las

recordaba, sí, pero no las había visto. Es decir que sí, que sí las había visto... ¿Cuándo? ¡Qué desconcertante era todo para ella y para los que la rodeaban! Aquella casa, por lo pronto, a la que llamaba sin motivo "la Casa del León"... aquella casa y su río ancho como un mar... (Tampoco sabía que ése era el Río de la Plata.)

Cuando una tormenta se desataba sobre el tranquilo paisaje de Yerres, en Seine-et-Oise, su madre le cubría la cabeza con su chal de la India y la apretaba contra el seno, para aquietar el miedo que la estremecía. No había nada que hacer. Era inútil argüir con ella; inútil explicarle que los rayos y los truenos y la lluvia no son nada, que el amparo del Pequeño Castillo bastaba para alejar cualquier influencia amenazadora. Jacqueline lloraba en silencio y se refugiaba en el aposento más oscuro del edificio rojo.

Las tormentas conmovían las imágenes vagas que guardaba, como en un álbum secreto, en las brumas de su memoria. Ascendían del fondo misterioso, a modo de las flores que duermen en los lagos y que de repente suben, abiertas las corolas, a la superficie. Al resplandor violento de los rayos, la casa de las columnas y de los corredores, la Casa del León, se precisaba con más vigor en su espíritu obsesionado. Veíala fosforescer en el relampagueo. Árboles lacios se sacudían en su torno y la azotaban con el ramaje. La memoria que venía de más allá de la memoria le diseñaba entonces brevemente la casa espectral que se vinculaba a la idea de angustia.

Su padre y su madre se esforzaban desesperadamente por comprender el sentido de sus descripciones despavoridas. ¿Dónde estaba esa casa; dónde, ese río inmenso? Jacqueline no había conocido más casa que el Pequeño Castillo, ni más río que el Yerres. El castillejo había sido habitado por Guillaume Budé, helenista de Francisco I. De su fábrica primitiva sólo quedaban dos torres, alzadas frente a la plaza del pueblo. Los Martín alquilaban allí tres cuartos. En uno de ellos nació Jacqueline. Vivían sencillamente, calladamente. Los domingos iban hasta el Yerres con una cesta, pasando la Mare aux Grenouilles, y merendaban. ¡Ay!, ese río no podía compararse con el que atormentaba los sueños de su hija. Era delgado y sereno. Las copas de los árboles se tocaban casi sobre su corriente mansa. Para sosegarse los Martín se repetían que probablemente la niña había oído alguna vez el cuento fantástico, el cuento de la Casa del León y del río absurdo. Pero la minucia de las descripciones de la pequeña les desazonaba.

Una noche, cuando Jacqueline contaba poco más de seis años, una tempestad furiosa volcó su cólera sobre el valle. Las ráfagas hicieron vibrar las paredes antiguas detrás de las cuales, en el siglo XVI, el humanista admirado por Erasmo traducía las medallas griegas. Cargóse el aire de electricidad y el viejo jardín se impregnó del olor de la tierra anegada. No paró de llover durante tres días y medio. Para los Martín, fueron de tortura. Encerrados en su departamento, creyeron que su niña iba a morir. Le acometió un temblor histérico que nadie podía apaciguar y luego cayó en un sopor entrecortado por los lamentos y las palabras pronunciadas en una lengua que ignoraban.

Librodot

Al segundo día llegó el médico aldeano en su bicicleta. Le tomó el pulso, le abrió los párpados y confesó su perplejidad. Lo mejor sería que consultaran con un especialista de París.

Cesó la lluvia y Jacqueline recobró el sentido. Se incorporó en el lecho, entre su padre y su madre, y ésta la estrechó con fuerza. Era la hija única y la hija de la ancianidad. El padre tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—¿Has vuelto a la Casa del León? —le preguntó.

—Sí. En el medio del jardín hay una estatua blanca.

—¿Una estatua de un león?

—No. Es una señora. Anduve por el corredor y atravesé muchos cuartos vacíos. Era de noche... Un chico me llevaba de la mano. Yo tenía un miedo terrible...

Jacqueline se echó a llorar. La madre la besó nuevamente:

—No pienses más en eso —la arrullaba—, no pienses más, Jacqueline.

La niña los asombró con su respuesta:

—No me llamo Jacqueline. No me llamen así. Me llamo Angélica.

Y no dijo "Angélique", a la francesa, sino Angélica, a la española, haciendo sonar la "g".

El padre comenzó a caminar por la habitación sombría, entre los muebles severos de la época del rey Luis Felipe. Se oía el tic-tac del reloj sostenido por el Cronos de bronce, y el gorgoteo del agua que chorreaba de los tejados.

—¿Quién te ha dicho que tu nombre es ése? Tu nombre es Jacqueline, mi pobrecita.

—Je m'appelle Angélica.

—Mais non, mais non...

La niña tornó a llorar.

—Déjala —intervino la madre—, no la perturbes.

Las luces moradas del crepúsculo teñían los cortinajes de felpa. Madame Martín abrazó a Jacqueline y la meció como cuando era muy niña. En la iglesia que corona la talla de San Fiacre, patrono de los jardineros, sonaron las campanadas del ángelus. La madre se puso a la ventana para disimular su congoja. Ahí estaba el paisaje familiar y seguro, fijo como una gran calcomanía en el cristal: la Place du Taillis, con su fontana regalada por un alcalde; la rue de Concy, por la cual trepaba un paisano con su carretilla. Todo se afirmaba en el sitio que le había sido asignado, reposadamente, juiciosamente; todo respondía a una armonía inquebrantable. Parecía imposible que a pocos metros, en una casa francesa varias veces centenaria, una niña estuviera delirando con otra casa y otro paisaje de árboles perfumados, y con un río tan dilatado que su monstruosidad repugnaba al equilibrio de la escena enmarcada por las cortinas.

—El chico me llevaba por la casa llena de ratas y de bichos. Había una tormenta horrible, mamá. Me empujó para que saliera al patio... Un árbol enorme cayó sobre la casa...

Librodot

Se quedó dormida. Despertó a medianoche. Sus padres la velaban. Martín quiso distraerla:

—Mañana iremos a París y te compraré una muñeca vestida de celeste.

Jacqueline se animó:

—Una muñeca, con su vestido...

Volvió a ser presa de un sueño pesado. La madre le rozó con los labios la frente:

—Tiene fiebre —dijo.

Entonces Jacqueline empezó a hablar a borbotones, afanosamente, en su lengua extraña. Se sentó en la cama con los ojos muy abiertos, aunque continuaba dormida. De tanto en tanto, en su relato incomprensible, distinguían el nombre de Angélica. Un sudor frío le cubría la cara.

—Ve a buscar al señor cura y al doctor —rogó la madre.

Martín tardó horas en regresar. Le acompañaba el anciano abate, pues no había hallado al médico, solicitado en consulta desde Montgeron.

El cura se despojó de la capa de lluvia y del pañolón oliente a tabaco, con el cual abrigaba su garganta. Se puso de hinojos junto al lecho y rezó.

Jacqueline no paraba de hablar. El sacerdote hundió la cabeza cana en las manos. Sus latines rítmicos se mezclaron al insano balbuceo.

Y Jacqueline veía la casa de las columnas y del mirador, entre las magnolias y los jazmines. Iba de la diestra del niño cruel, quien la empujaba hacia la noche, hacia los truenos y los relámpagos.

Eso era lo que quería decirles, lo que quería repetirles en el lenguaje sonoro y áspero que no podían entender.

El padre tocó la manga del párroco. Éste levantó la cabeza.

—¿Qué dice? —le preguntó—. ¿En qué habla? Parece italiano.

—Creo que es español —contestó el cura, y reanudó su rezo.

—¿Español? ¡Pero si no lo ha aprendido nunca!

...La empujaba hacia la noche de monstruos. Gervasio —¡por fin recordaba su nombre!— la empujaba hacia el segundo patio, y la casa no se llamaba la Casa del León sino la casa de Ponce de León. Ahora caía en un pozo que habían cavado cerca de una planta púrpura. Trataba de salir de allí desesperadamente. Sobre ella, rodeando el hoyo, los seres espantosos formaban su ronda. El corazón se le detuvo.

—Je suis morte! —gritó—. Je suis morte! ¡Angélica! ¡Angélica!

Y se estiró en el lecho revuelto. El sacerdote le unió las manos infantiles y la habitación se llenó del gemir de la madre.

—¡Explíqueme, padre! —se debatía Martín—. ¡Explíqueme, por favor!

—No sé —respondió el abate—, no lo sabremos jamás. Cosas hay en el mundo que no puede percibir nuestra débil comprensión. Jacqueline ha vuelto al misterio. Oremos por ella.

Librodot

Se persignaron los tres en el atardecer de Seine-et-Oise que plateaba los álamos, mientras Jacqueline, pasajera de equipaje confuso, reanudaba el viaje cuyas etapas se borran en el secreto de la noche intermedia.

XXIII

MUERTE DE LA QUINTA

1924

Carta de Ángel S. Fernández, su administrador, a Da. Mercedes Ponce de León de Guevara.

Buenos Aires, 5 de marzo de 1924.

Señora Doña Mercedes Ponce de León de Guevara.
Hotel Meurice. Rue de Rivoli. PARÍS.
Distinguida señora:

Me es grato responder por la presente a su atenta de fecha 6 de febrero último, concerniente a la venta en remate de su propiedad de San Isidro. He conversado al respecto con el Sr. Rufino de Elizalde y la operación podría llevarse a cabo alrededor del 15 de mayo, dividiendo la quinta en nueve lotes de buenas proporciones. Oportunamente le enviaré el plano de la partición que hará confeccionar el Sr. Elizalde. Comparto su opinión sobre la conveniencia de proceder de inmediato a la demolición de la casa y he tomado las providencias necesarias. El trabajo comenzará el lunes próximo. Como la medianera de los lotes 4, 5 y 7 pasa precisamente por el edificio, su demolición es inevitable.

De acuerdo con sus instrucciones me entrevisté a principios del año en curso con el Dr. Pedro Díaz Cornejo para sugerirle la posibilidad de escribir una historia de la propiedad, la que quedaría como recuerdo de la misma, y fijar los honorarios correspondientes. El Dr. Díaz Cornejo prometió ocuparse del asunto y la semana pasada me envió una comunicación de la cual he hecho extractar lo que considero de más interés para su información.

Con esa copia me permito mandarle la de parte de una carta del joven Marcos Ponte, alumno de la Facultad de Filosofía y Letras y compañero de estudios de mi hijo Jaime, quien describe una

Librodot

curiosa experiencia que me parece digna de su atención. Debo adelantarle que dicho joven, según me dice Jaime, es sumamente imaginativo, circunstancia que conviene tener en cuenta para justipreciar el valor de su testimonio. Recientemente solicitó mi autorización para pasar una tarde en la quinta y se la concedí, pues tengo pruebas de su seriedad. De regreso dirigió a Jaime la carta aludida, que incluyo en este sobre.

El viernes le haré girar por medio de Tomasini los 12.000 pesos que pide de la venta del maíz de Coronel Vidal.

A la espera de sus gratas órdenes me repito su seguro servidor.

Ángel S. Fernández.

2 Adj.

Fragmento de la citada carta del doctor Pedro Díaz Cornejo.

...Lamento, pues, la inutilidad de mis búsquedas, ya que deseaba sinceramente complacer a la Sra. de Guevara y el tema me atraía en principio. Desgraciadamente, la antigua quinta llamada "de Ponce de León" no parece ofrecer materia suficiente para el trabajo planeado. Si algunos documentos existen, se han esquivado a mis afanes.

No he podido corroborar la permanencia de Liniers en dicha propiedad, cuando avanzaba sobre Buenos Aires para reconquistarla. El dato, conservado como tradición en la familia, es desconocido por el Dr. Adrián Beccar Varela, autor de "San Isidro" (Bs. As., 1906), a quien consulté al respecto. El propio Liniers es poco explícito. En su parte al Príncipe de la Paz dice textualmente: "Al día siguiente 5 del corriente me dirigí al Pueblo de San Isidro, que atravesamos entre las aclamaciones de todo él. Acampé la Tropa en un hermoso sitio, pero la noche fue cruel de viento y agua, que mi gente sufrió con mucha constancia. El día 6 siguiendo el temporal determiné alojar el Ejército en el Pueblo, tanto para darle descanso como para limpiar las armas. Duró el tiempo recio del S.E. con aguaceros, en el que perdieron los Ingleses 5 de sus Lanchas Cañoneras, hasta el 9 que marché para venir a tomar el Puesto de la Chacarita de los Colegiales...", etc. (José Toribio Medina, "Imprenta en el Antiguo Virreinato del Río de la Plata", en "Anales del Museo de La Plata", tercera parte, Buenos Aires, 1892, pág. 198.)

Si Liniers no lo declara y ningún historiador lo prueba, mal puedo salir yo sosteniendo caprichosamente que su Estado Mayor pernoctó en la quinta que a la sazón pertenecía a Don Fernando Islas de Garay (1806). Me aseguran que en algún sitio hay un trozo de las memorias de Don Rodrigo Islas, quien murió demente, que puntualiza el hecho, pero no he conseguido hallarlas.

Librodot

Y aunque se encontraran, el testimonio de un extraviado mental surtiría muy flaco efecto en una monografía rigurosa.

Tampoco he sido feliz en lo que atañe a la obra literaria de Don Francisco Montalvo (1812-1847). Don Ricardo Rojas ni lo menciona en su estudio monumental "La Literatura Argentina", publicado de 1917 al año pasado en cuatro grandes tomos. Hubiérale correspondido a este caballero figurar en el volumen consagrado a "Los Proscriptos" (más por la época que por su condición de tal), pero no lo he visto ni siquiera citado entre los concurrentes al Salón Literario de Marcos Sastre. Verdad que, según me ha expresado usted por haberlo oído a la señora de Guevara, los poemas del Sr. Montalvo se habrían perdido en un incendio que tuvo lugar hacia 1853 en el quintón. El presunto poeta tendría entonces 23 años. Su huella se ha esfumado quizá para siempre. Ni Vicente Fidel López, ni Juan María Gutiérrez, ni Miguel Cané (padre), ni Juan Bautista Alberdi, ni Félix Frías, ni ninguno de sus contemporáneos de relieve alude a él, siquiera al pasar, en sus obras o en las correspondencias que he podido recorrer tanto en el Archivo General de la Nación como en las Bibliotecas Nacional y del Congreso.

En cuanto al óleo de Prilidiano Pueyrredón "San Isidro" (1867), que D. Antonio Muñiz Barreto compró este año al Dr. Vicente Centurión, nada indica que se trata de un paisaje de nuestra quinta, si bien es cierto que la configuración del terreno ha cambiado notablemente por las mejoras introducidas en el último medio siglo.

Quédannos entonces, como base documental sólida para reconstruir la historia de la quinta de Ponce de León, las referencias a la colección artística de Don Diego, que albergó de 1890 a 1900. Por importante que ésta haya sido, no suministra materiales suficientes para la labor que se desea realizar. Además, un trabajo de esa índole entra más dentro de la especialidad de un hombre como D. Eduardo Schiaffino, a quien se podría consultar.

Sin embargo, mis investigaciones no han sido totalmente vanas. El análisis detallado del título de la propiedad, que se halla en bastante mal estado, y el de numerosos testamentos que revisé en el Archivo General de los Tribunales, me ha permitido por lo menos elaborar la lista completa de los sucesivos dueños de la quinta. Como sé que a la Sra. de Guevara le interesará guardarla, se la incluyo aquí:

Don Francisco Montalvo, de 1718 a 1748.

Doña Leonor Castillo de Montalvo, su viuda, de 1748 a 1779.

Desde entonces hasta 1806 se extiende una testamentaría confusa.

Don Fernando Islas de Garay (por adquisición), de 1806 a 1812.

Doña María Islas de Garay de Montalvo, su hija, de 1812 a 1820.

Don Francisco Montalvo, hijo de ésta, de 1820 a 1847.

Doña Teresa Rey de Montalvo, su esposa, de 1847 a 1872.

Librodot

Doña Clara Rey de Ponce de León, prima de Doña Teresa, de 1872 a 1881.

Don Diego Ponce de León, su hijo, de 1881 a 1908.

La sucesión de éste se prolongó hasta 1918, año en que se otorgó la posesión a su prima, Doña Mercedes Ponce de León de Guevara, su actual dueña.

Verá usted por estos apuntes que no he sido lerdo. Con todo, y por desgracia, la quinta de Ponce de León no nos brinda más que leyendas. Para mí, ahí no ha sucedido nada que realmente valga la pena de ser narrado, y de no mediar el encanto romántico de la casa y su antiguo parque..., etc.

Fragmento de la carta de Marcos Ponte a su amigo Jaime Fernández.

...Vuelvo a decirte, por eso, cuánto he sentido que no me acompañaras ayer por la tarde a la quinta de Ponce de León que tu padre me permitió visitar tan amablemente. Es uno de los lugares más hermosos —acaso el más hermoso— que he visto en mis pocos años. Tiene la belleza de lo muy viejo y de lo que sobrevive en el abandono. Como la conoces, no te la describiré. Acaso, con el andar del tiempo, mi visita de ayer dé motivo para un poema de esos que tú lees sin reírte, pero que en verdad no sé si te gustan o no. Lo que sí quisiera transmitirte es la rarísima impresión de estar constantemente "rodeado" y "acechado" que me sobrecogió desde que me fui haciendo a su atmósfera. Sentía como si en cualquier instante se fuera a abrir la puerta de la galería para dar paso a una dama muerta hace un siglo, o si entre los talas y las magnolias fuera a aparecer algo sobrenatural, algún fantasma severo o sonriente. Y para que nada faltara, en el momento más agudo —te confieso que estaba con los nervios en tensión—, cuando hacía una hora que paseaba por el corredor de baldosas sueltas y bajo los árboles sombríos, esa aparición se produjo. Claro que no fue cosa del otro mundo, sino de éste, pero de todos modos resultó tan extraña, acaso por mi mismo estado de ánimo, que me asustó.

Me había detenido yo delante de la estatua clásica que representa una ninfa y que la hiedra cubre casi por completo, y daba forma en la cabeza a los alejandrinos que quisiera dedicarle. Estaba ensimismado, poseído por la soledad, por el misterio de la hora, por las secretas corrientes que me estremecían como si fuera una veleta celosa. Y de repente oí una voz a mis espaldas. Pegué un brinco y ahí, en el claroscuro del atardecer, vi la pareja más singular que pueda fabricar la fantasía. Él era un anciano cetrino, de rasgos nobles. Traía un pañuelo anudado a la cabeza y se arrebozaba en una gran capa negra, totalmente sembrada de estampas religiosas. Sí, lo que lees: de estampas religiosas. Ella era una delicia de mulata. Vestía de blanco, un traje ancho, arcaico, y llevaba los guantes más verdes

Librodot

del mundo. Tardé en comprender de qué se trataba, pero luego recordé que en la zona acampa una tribu de gitanos. A no dudarlo —¿de dónde, si no, iban a salir?—, de ella procedían.

El viejo me habló en un español castizo:

—¿Cree su merced —me interrogó cortésmente— que nos quitarán la estatua?

La pregunta resultaba tan original como la pareja. Fíjate que dijo: "nos quitarán", como si la estatua fuera algo suyo, propio, o si morara en la casa que está deshabitada hace tanto tiempo. Y luego —¿cómo explicármelo?— su voz resonaba como si en realidad fuera el eco de una voz que venía de infinitas distancias, y su ademán, cuando levantó la mano fina, tenía una lentitud inverosímil, de espectro o de fantoche. La niña de los guantes verdes me miraba, solemne, y era también como si su mirar viniera de muy lejos...

Dos gitanos —¿comprendes, Jaime?—, nada más que dos gitanos... Pero entonces me pareció que el follaje vecino empezaba a agitarse detrás de los intrusos, aunque no soplaba la brisa menor, y temblé. No vi nada más, nada, nada más, y sin embargo me pareció (te lo subrayo, me pareció) que había allí disimuladas muchas otras personas, como si los árboles fueran una bambalina de teatro a cuyo amparo los actores estaban ensayando la estrafalaria vestimenta, y que de un instante al otro iba a surgir a la luz del crepúsculo una procesión de seres tan peregrinos, tan irreales como el viejo de las estampas cosidas.

Eché a correr sin volver la cabeza. Fui un imbécil, un imbécil, pero me dio un miedo atroz. Huí hacia el camino. Y todo el tiempo, mientras me apresuraba por la carretera de San Isidro, oía la salmodia del castellano, tierna y viril:

—¿Cree su merced que nos quitarán la estatua?

7 de mayo de 1947 - 5 de mayo de 1948.

Librodot